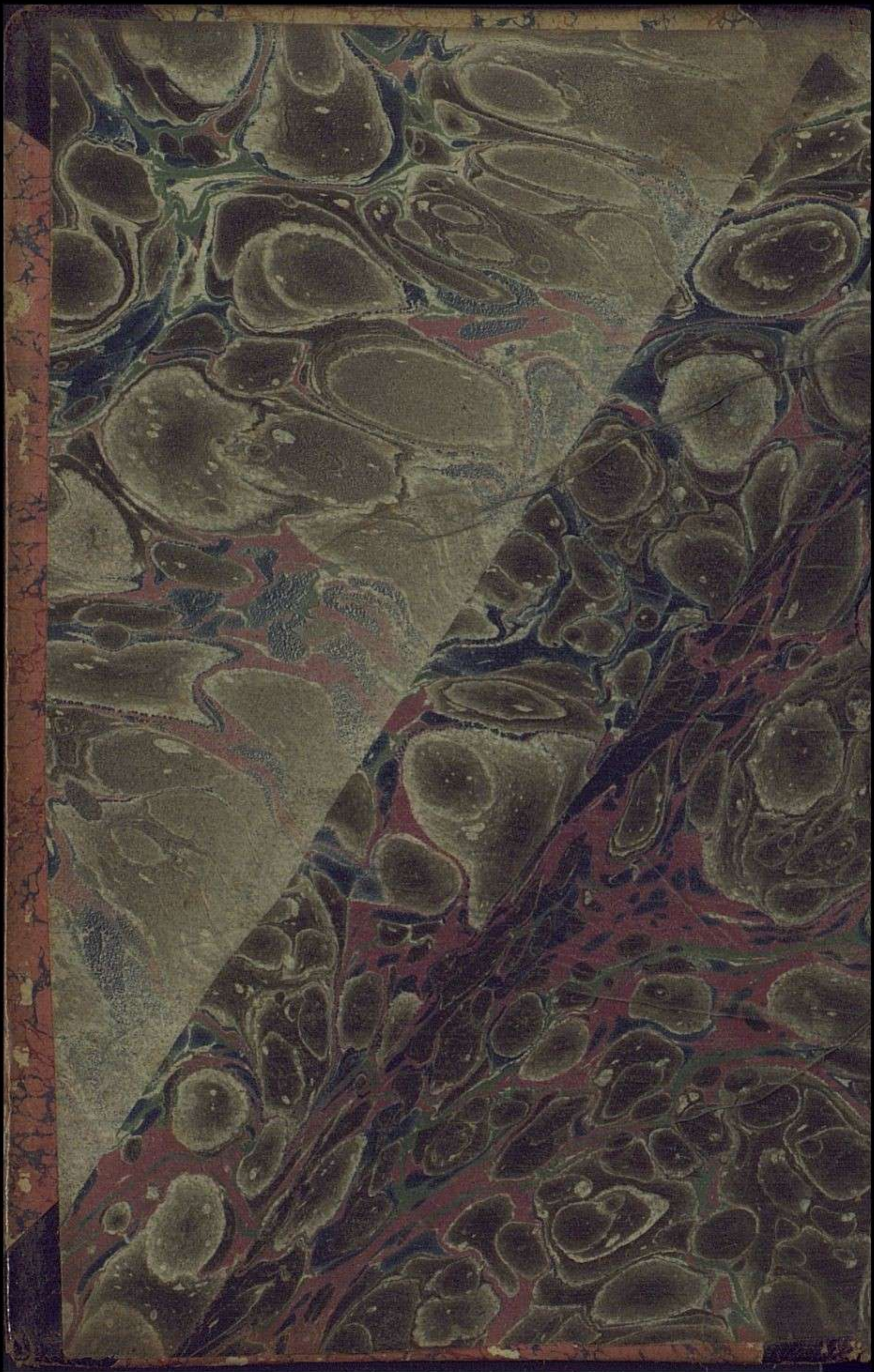

XIX
50(III)

LOS MISTERIOS

DE PARIS.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

BIBLIOTECA - VALENCIA - SANTO TOMAS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
1784

LOS MISTERIOS

DE PARIS,

POR M. EUGENIO SUÈ,

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. M. G.

TOMO SEGUNDO.

VALENCIA:

IMPRENTA DE D. JOSE MATEU CERVERA,

A CARGO DE V. LLUCH. = 1844.

Es propiedad del Editor.

R. 134

CAPÍTULO I.

IDILIO.

Las cinco estaban dando en la iglesia de la pequeña aldea de Bouqueval; el frio era fuerte, y el cielo estaba claro: el sol, descendiendo lentamente por detrás de los grandes árboles deshojados que coronan las alturas de Ecouen, teñia el horizonte de un color purpúreo, y lanzaba sus pálidos y oblícuos rayos sobre las vastas llanuras endurecidas por el hielo.

Cada estacion ofrece casi siempre en los campos sus atractivos particulares. Unas veces la brillante nieve cámbia las campiñas en inmensos paisages de alabastro, que despliegan sus inmaculados esplendores sobre un cielo de un gris rosado. Entonces, algunas veces al anochecer, atravesando la colina ó descendiendo al valle, el habitante de la granja en-

tra en ella algo mas tarde de lo acostumbrado, y su caballo, su capa, su sombrero, todo se halla cubierto de nieve: el frio es intenso, el aire glacial, y la noche que va avanzando, anúnciase sombría; pero á lo lejos, en medio de los árboles desnudos, se distinguen alegremente iluminadas las ventanas de la granja: su elevada chimenea despide una espesa columna de humo, que indica al colono que le está esperando un fuego ardiente y una cena rústica, y luego una velada alegre y divertida, y noche apacible y cálida, mientras que el viento deja oir sus silbidos al esterior, y mientras que los perros de las casas de campo esparcidas por la llanura, ladran y se contestan á lo lejos.

A veces, desde por la mañana, la escarcha suspende en los árboles sus gotas cristalinas, que el sol de invierno hace centellear con el brillo esmaltado del prisma: la tierra de labor, húmeda y crasa, está penetrada por largos sulcos, en donde está tendida la liebre, y por donde corren alegremente las perdices.

Por una y otra parte se oye el melancólico sonido del cencerro de los carneros de un gran ganado esparcido sobre las pendientes verdes y floridas de las montañas, mientras que el pastor, bien envuelto en su manta gris con rayas negras, y sentado al pie de un árbol, canta y teje al mismo tiempo un canastillo de juncos.

En algunas ocasiones se va animando la escena: el eco repite los débiles sonidos de la trompa y los gritos de la jauría: un gamo espantado sale repentinamente de la espesura del bosque, entra en la llanura huyendo, y va á perderse en el horizonte por medio de otra maleza.

Las trompas y los ladridos se acercan; perros blancos y anaranjados salen á su vez del arbolado,

corren sobre la parda tierra, se dirigen á los barbechos sin cultivo, y humeando de una á otra parte, siguen ladrando la pista del gamo. Tras estos vienen los cazadores vestidos de encarnado, inclinados sobre el cuello de sus caballos, y animan á la jauría con las trompas y los gritos. Este torbellino atronador pasa como un fogonazo: el ruido va disminuyendo poco á poco hasta llegar á estinguirse, y los perros, los caballos y cazadores, desaparecen á lo lejos en el bosque en donde se ha refugiado el gamo.

Entonces vuelve á renacer la calma, y el silencio profundo de las grandes llanuras; la tranquilidad de los dilatados horizontes no se vé interrumpida mas que por el canto monótono del pastor.

.....

Estos cuadros, estos sitios campestres abundaban en las cercanías de la aldea de Bouqueval, situada, á pesar de su proximidad á Paris, en una especie de desierto, al que no se podia llegar sino por caminos de travesía.

Oculta durante el verano en medio de los árboles como un nido entre las hojas, la granja en donde se hallaba retirada la Guillabaora, aparecia entonces enteramente al descubierto y sin ningun velo de verdura.

Helada por el frio el agua que llevaba el arroyo, se semejaba á una cinta de plata mate desarrollada en medio de unos prados siempre verdes, por los cuales pacian con lentitud unas hermosas vacas, dirigiéndose poco á poco hácia el establo. Impelidas por la aproximacion de la noche varias bandadas de palomas, iban á descansar sucesivamente sobre la aguda cumbre del palomar: los nogales inmensos que durante el estío daban sombra á los patios y habitaciones de la granja, despojados en-

tonces de sus hojas, dejaban ver las tejas y paredes cubiertas de musgo de color de esmeralda.

Un pesado carro tirado por tres caballos vigorosos, corpulentos, con espesas crines, pelo lustroso, con colleras azules guarnecidas de cascabeles y penachos encarnados, iba cargado de gabillas de trigo procedente de una hacina de la llanura. Este carro entró en el patio por la puerta carretera, mientras que un numeroso ganado lanar se apresuraba á pasar por una de las puertas laterales.

Animales y personas parecian impacientes de escapar á la frescura de la noche para gozar de las dulzuras del descanso: los caballos relincharon alegremente á la vista de la caballeriza; los carneros balaron frente á la puerta de los cálidos apriscos; los labradores echaron una mirada de regocijo al través de las ventanas de la cocina del piso bajo, en donde se preparaba una cena sustanciosa.

Reinaba en la granja un órden admirable y estremo, y una limpieza minuciosa é insólita. En vez de estar cubiertos de barro seco, esparcidos aqui y allá, y espuestos á la intemperie de las estaciones, el rastrillo, las rejas de arado, los rodillos y otros instrumentos aratorios, entre los cuales habia algunos de nueva invencion, estaban todos alineados, limpios y colgados bajo un vasto cobertizo, en donde los carreteros iban tambien á colocar con simetria los arneses de sus caballos: vasto, limpio y bien planteado el patio, lleno de arena, no ofrecia á la vista aquellos montones de estiércol, y aquellos charcos que en otras posesiones esponen la salud y causan una mala vision; y el corral, rodeado de un enrejado verde, recibia y encerraba á todos los animales de pluma que entraban por la noche por una puertecilla que salia al campo.

Sin que seamos molestos con muy grandes deta-

lles, diremos que en todas estas cosas, esta granja pasaba en el pais, y con mucha razon, por una *granja-modelo*, tanto por el órden establecido en ella, y por la escelencia de su agricultura y de sus cosechas, como por la dicha y moralidad de las innumerables personas que estaban alli ocupadas. En otra ocasion diremos la causa de esta superioridad tan próspera: entretanto conduciremos al lector á la puerta enrejada del corral, que no cedia en nada á lo demas de la granja por la elegancia campestre de su gallinero y criadero de pollos, y su pequeño canal de piedra, por donde corria una agua viva y límpida, desembarazada entonces de los hielos que podian obstruirla.

Hubo una especie de revolucion repentina entre los habitantes alados del corral: las gallinas dejaron sus perchas cacareando; los pavos cloquearon; las gallinazas de Indias gañieron; las palomas abandonaron su palomar, y descendieron al corral arrullando. Todas estas locas alegrías las causaba la llegada de María.

Greuze ó Watteau no hubieran jamás imaginado un modelo tan encantador, si las megillas de la pobre Guillabaora hubieran estado mas redondas y mas encarnadas. Sin embargo, á pesar de su palidéz, á pesar de lo flaco de sus megillas, la espresion de sus facciones, el conjunto de su persona, la gracia de su talle, hubieran sido aun dignas de ocupar los pinceles de los grandes artistas que hemos nombrado.

El gorrito redondo de María, descubria su frente y sus cabellos rubios: como todas las aldeanas de los alrededores de París, sobre aquel gorro, del que se veian siempre el fondo y las alas, llevaba colocado llano y prendido detrás de la cabeza, con dos alfileres, un largo pañuelo de indiana, en-

carnado, cuyas puntas flotantes caían sobre sus espaldas; tocado pintoresco y gracioso que debieran envidiarnos la Suiza y la Italia.

Una pañoleta de batista blanca cruzada sobre su seno, estaba sujeta al cuerpo por su delantal: un jubon de una ropa ordinaria azul, con mangas justas, dibujaba su delgado talle, y hacia resaltar su saya espesa de tela de algodon parda, listada de blanco; unas medias muy blancas y zapatos con coturnos, ocultos bajo unos pequeños zuecos negros, guarnecidos hasta el empeine de unas punteras de cabritilla, completaban su traje de una sencilléz rústica, al que los encantos naturales de María daban una gracia estrema.

Con una mano sostenia su delantal por las dos puntas, y con la otra sacaba puñados de grano, que distribuía á la multitud alada que la rodeaba.

Un hermoso pichon de una blancura argentífera, con el pico y las patitas de púrpura, mas atrevido y familiar que sus compañeros, despues de haber revoloteado algun tiempo al rededor de María, vino á colocarse sobre su hombro.

La jóven, acostumbrada sin duda á este atrevimiento, no cesó de arrojar su grano; pero volviendo á medias su dulce rostro, de un perfil encantador, levantó un poco la cabeza, y aproximó sonriendo sus rosados labios al piquito encarnado de su amigo.

Los últimos rayos del sol de ocaso, lanzaban un reflejo de oro pálido sobre este cuadro sencillo.

CAPÍTULO II.

INQUIETUDES.

Mientras que la Guillabaora se hallaba ocupada en estos cuidados campestres, la señora Jacinta y el cura de Bouqueval, sentados junto á la chimenea en una habitacion de la granja, hablaban de María, objeto que era siempre para ellos del mayor interés.

El anciano cura, pensativo, abstraido, con la cabeza baja y los codos apoyados sobre sus rodillas, estendia maquinalmente hácia el hogar sus trémulas manos. La señora Jacinta, ocupada en coser, le miraba de cuando en cuando, pareciendo que esperaba su respuesta.

Despues de un momento de silencio, dijo el sacerdote:

—Teneis razon, señora Jacinta; será preciso ins-

truir al señor Rodolfo: si María nos oculta alguna cosa, tal vez pueda él conseguir que se lo confiese todo á él, porque le mira como su bienhechor, y le está muy reconocida....

—¿Pensais del mismo modo que yo, señor cura? Entonces esta misma tarde le escribiré bajo el sobre que me dejó, y la direccion al paseo de las Viudas....

—¡Pobre muchacha! continuó el cura. ¿Qué pesar podrá ahora aquejarla, cuando tantos motivos tiene para ser feliz?...

—Nada puede distraerla de su melancolía, señor cura.... ni aun su aplicacion al estudio....

—No puede menos de confesarse que ha hecho progresos estraordinarios en el corto tiempo que nos hemos dedicado á su educacion.

—Verdad es, señor cura. ¡Aprender á leer y escribir casi correctamente, y saber las cuentas necesarias para ayudarme á llevar los libros de la granja! Y ademas, esa niña es tan aplicada y activa en todas las cosas, que me dá un placer y me maravilla.... ¿No se ha dedicado espontáneamente al trabajo de tal manera, que me ha hecho temer por su salud?

—Por fortuna, ese médico negro nos ha tranquilizado respecto á las consecuencias que pudiera causar esa tosecilla ligera que nos puso en recelo.

—¡Es tan bueno ese Mr. David! ¡se interesa tanto por ella! Bien que en esto no hace mas que lo que todos cuantos la conocen.... Aqui todos la aman y la respetan, aunque esto no tiene nada de particular; pues gracias á las miras elevadas y generosas de Mr. Rodolfo, las gentes de esta hacienda son escogidas entre las mejores del pais.... Pero los séres mas groseros, los mas indiferentes esperimentarian el atractivo de esa dulzura, á la vez angélica

y tímida, que parece estar siempre pidiendo disimulo..... ¡Pobre niña! ¡como si ella sola fuera culpable!

El cura dijo despues de algunos momentos de reflexion:

—¿No me dijisteis que la tristeza de María se habia hecho notable desde que estuvo en esta granja la señora Dubreuil, arrendadora del señor duque de Lucenay en Arnouville, el dia de Todos Santos?

—Sí, señor cura; desde entonces la he observado triste; y sin embargo, la señora Dubreuil, y sobre todo su hija Clara, modelo de candor y de bondad, han esperimentado como todo el mundo los efectos de las gracias de María: entrambas la prodigan diariamente muestras de amistad, y todos los domingos, como sabeis, nuestros amigos de Arnouville vienen á visitarnos, ó bien vamos nosotros á verles á su casa. Pues á pesar de esto, casi diria que cada visita aumenta la melancolía de nuestra querida niña, aunque Clara la ama ya como una hermana.

—En verdad que este es un estraño misterio, señora Jacinta.... ¿cuál puede ser la causa de ese sentimiento oculto? ¡Deberia ser ahora tan feliz! Entre su vida presente y su vida pasada, hay una diferencia como del infierno al paraiso.... Yo, sin embargo, no me atreveria á acusarla de ingratitud....

—¡Ella!... ¡gran Dios!... ¡ella ingrata.... cuando con tanta ternura reconoce nuestros menores cuidados! ¡ella, en quien siempre hemos hallado los instintos de tan rara delicadeza! Esa pobre niña, ¿no hace todo cuanto puede para ganar, por decirlo asi, su subsistencia? ¿No trata de compensar por sus servicios la hospitalidad que se le dá? No es

esto tan solo: escepto los domingos, en que exijo que se vista con mayor esmero para acompañarme á la iglesia, siempre ha querido llevar unos vestidos tan ordinarios como los de las demas jóvenes campesinas; y á pesar de todo esto hay en ella una distincion y una gracia tan naturales, que está encantadora, con esos mismos vestidos, ¿no es verdad, señor cura?

—¡Ah! ¡cómo reconozco en eso el orgullo maternal! dijo el anciano sacerdote sonriendo.

A estas palabras, los ojos de la señora Jacinta se llenaron de lágrimas. Pensaba en su querido hijo.

El cura adivinó la causa de su emocion, y le dijo:

—¡Señora, tened valor! Dios os ha enviado á esa pobre niña para ayudaros á esperar el momento de encontrar á vuestro hijo. Y luego no tardará mucho á uniros á María un lazo muy sagrado: una madrina, cuando comprende bien su mision, es casi una madre. En cuanto al señor Rodolfo, al retirarla del abismo, le ha dado, por decirlo asi, la vida del alma.... y ha cumplido ya desde entonces con los deberes de padrino.

—¿La encontrais suficientemente instruida para administrarla ese sacramento que sin duda no ha recibido aun la infeliz?

—Ahora cuando me acompañe al presbiterio, la prevendré que esa ceremonia se efectuará probablemente dentro de quince dias.

—Tal vez, señor cura, presidireis algun dia otra ceremonia tambien tan dulce y tan grave....

—¿Qué es lo que quereis decir?

—Si María fuera amada cuanto merece; si ella distinguiera á un hombre honrado y laborioso, ¿por qué no habia de casarse?

El cura meneó tristemente la cabeza, y respondió:

¡Casarla! Pensad en ello bien, señora Jacinta, pues que en conciencia será indispensable confesarlo *todo* al que quiera ser esposo de María.... ¿y qué hombre, á pesar de mis buenos informes y los vuestros sobre el presente, se atreveria á arrostrar lo pasado, que ha manchado la juventud de esa desgraciada? Nadie querria hacerla su compañera.

—¡Pero el señor Rodolfo es tan generoso! Estoy persuadida que hará por su protejida mas aun de lo que ha hecho.... Una dote....

—¡Ah! dijo el cura interrumpiendo á la señora Jacinta; ¡infeliz María, si la avaricia ha de ser la única que calme los escrúpulos de su esposo! Se veria entregada á una suerte la mas penosa, y no tardarian á seguir á esa union las mas terribles recriminaciones.

—Teneis razon, señor cura; eso seria horrible. ¡Ah! ¡qué porvenir tan infeliz la está reservado!

—Las faltas que debe expiar son muy graves, dijo el sacerdote con severidad.

—¡Dios mio! ¿Pero cómo podia haberse libertado de seguir la senda del vicio, siendo tan jóven, abandonada, sin recursos, sin apoyo, casi sin nociones del bien y del mal, y arrastrada á pesar suyo á su perdicion por el mal ejemplo?

—El buen juicio moral debiera haberla sostenido é ilustrado; y por otra parte, ¿ha tratado ella de sustraerse á esa horrible suerte? ¿Son, acaso, tan raras en París las almas caritativas?

—Sin duda alguna; ¿pero dónde buscarlas? Antes de poder descubrir alguna, ¡cuántas repulsas, cuánta indiferencia! Y luego que para María no se trataba de una limosna pasagera, sino un interés continuo que la hubiera colocado en situacion de ganar honradamente su subsistencia.... Muchas madres se hubieran compadecido de ella; pero era

necesario tener la dicha de encontrarlas. ¡Ah! creedme, yo he conocido la miseria.... y estoy persuadida que á menos de una casualidad providencial semejante á la que, aunque tarde, me ha hecho encontrar al señor Rodolfo; á no ser, repito, por una de esas casualidades, los infelices, repelidos casi brutalmente á sus primeras peticiones, creen imposible encontrar la piedad, y acosados por el hambre.... por el hambre tan imperiosa, buscan las mas veces en el vicio los recursos que desesperan obtener de la compasion del prógimo.

En este momento la Guillabaora entró en el salon.

—¿De dónde vienes, hija mia? le preguntó la señora Jacinta con interés.

—De ver el frutero, despues de haber cerrado las puertas del corral. Las frutas están bien conservadas, escepto algunas que he apartado.

—¿Por qué no le has dicho á Claudina que se ocupara en eso, María? Estareis aun cansada.

—No lo creais; ¡me divierto tanto en esto, señora! ¡es tan agradable el olor de las frutas maduras!

—Será preciso, señor cura, que os enseñe María su frutero cualquier dia, dijo la señora Jacinta. No podeis figuraros el órden con que está arreglado: cada especie de frutas está separada en diversos estantes, y aun estos mismos se hallan divididos en varias casillas.

—¡Oh! señor cura, estoy segura que estareis satisfecho, dijo ingénuamente la Guillabaora. Vereis qué bonitas están las manzanas encarnadas y las peras de color de oro. Hay, sobre todo, unas pequeñitas, que tienen unos colores tan hermosos, rosados y blancos, que parecen un nido de cabecitas de querubines escondidas entre las verdes ho-

jas, añadió la jóven con la exaltacion de un *artista* por su obra.

El cura miró á la señora Jacinta sonriendo, y dijo á María:

—Ya he admirado la lechería que tú diriges, hija mia; es capáz de causar envidia á la muger mas difícil de contentar: cualquiera de estos dias iré tambien á admirar tu frutero, y esas hermosas manzanas encarnadas, y las peras de color de oro, y todo lo demas. Pero el sol se ha puesto ya, y no te quedará mas tiempo que para acompañarme al presbiterio y volver aqui antes que cierre la noche.... Toma tu manton, y vámonos, hija mia.... Pero casi estoy pensando que hace demasiado frio, y valdrá mas que te quedes: cualquiera de los de la casa me acompañará.

—Señor cura, no la hagais rabiar, dijo la señora Jacinta; ¡ella está tan contenta de acompañaros todas las tardes!

—Señor cura, añadió la Guillabaora dirigiendo al sacerdote sus grandes ojos azules y tímidos; creería que no estabais contento de mí, si no me permitierais acompañaros como de costumbre.

—¿Yo? ¡Pobre muchacha!... vamos, pues; toma pronto tu manton, y arrópate bien.

María tomó y se echó al momento sobre sus hombros un pañuelo de abrigo bordado, y con una cinta de terciopelo negro, y dió el brazo al cura.

—Por fortuna, dijo este, no está muy lejos, y el camino es seguro.

—Hoy, sin embargo, es algo mas tarde que otros dias, repuso la señora Jacinta, y podrá acompañarte alguno de la granja, María.

—Entonces me tendrian por miedosa.... dijo María sonriendo; gracias, señora; no incomodeis á nadie por mí. De aqui al presbiterio no hay aun un

cuarto de hora.... y yo estaré de vuelta antes de anochecer....

— No me empeñaré en ello, porque, gracias á Dios, no hemos oido hablar nunca de ladrones en este pais.

— Á no ser asi, no aceptaria yo el brazo de esta niña, dijo el cura, aunque me sirva de grande alivio.

En seguida el cura abandonó la granja, apoyado sobre el brazo de María, que arreglaba su paso ligero á la marcha lenta y penosa del anciano.

.....

Algunos momentos despues, el sacerdote y la Guillabaora llegaron junto al camino quebrado en donde estaban emboscados el Dómine, la Mochuelo y Jorobeta.

CAPÍTULO III.

LA EMBOSCADA

La iglesia y el presbiterio de Bouqueval, se elevaban á un lado en medio de un castañar, desde donde dominaban toda la aldea.

María y el cura tomaron una senda que conducia á la casa de la abadía, atravesando el camino quebrado de que estaba esta colina diagonalmente cortada.

La Mochuelo, el Dómine y Jorobeta, ocultos en una de las anfractuosidades del camino, vieron al cura y á María descender al barranco, y salir por una cuesta escarpada. Las facciones de la jóven estaban ocultas por el pañuelo, y la tuerta no reconoció á su antigua víctima.

—¡Silencio! dijo la vieja al Dómine; la *chavea* y el *arajai* (1) acaban de atravesar el *martillo* (2):

(1) La muchacha y el cura.
(2) El camino.

no puede menos de ser ella, segun las señas que nos ha dado el caballero enlutado: traje de aldeana, estatura mediana, sayas listadas, manton de lana con bordado negro. Acompaña todos los dias del mismo modo al *arajai* á su casa, y se retira sola. Cuando vuelva á pasar por alli, será necesario caer sobre ella y llevarla al carruage.

—¿Y si pide socorro? repuso el Dómine; la oirán de la granja, puesto que decís que nos hallamos cerca; porque vosotros veis... si podeis ver, añadió con voz sorda.

—No hay duda que se vé aqui cerca la granja, dijo Jorobeta. Hace un momento que me he subido á una de las paredes, y he oido á un carretero que hablaba con sus caballos en aquellas cuadras.

—Pues entonces mirad lo que hemos de hacer, repuso el Dómine despues de un momento de silencio. Jorobeta se pondrá de acecho á la entrada de la senda. Cuando vea venir desde lejos á esa niña, saldrá á su encuentro, diciendo en medio de sollozos, que es hijo de una pobre muger anciana que está herida de resultas de una caida en el barranco, y suplicará á la jóven que vaya á ayudarle.

—Ya lo comprendo, querido. La pobre vieja será tu Mochuelo. ¡Oh! *vali graznao* (1); eres el rey de los *chimas valvalós* (2). ¿Y luego qué he de hacer?

—Te meterás bien adentro del barranco, hácia el lado donde espera Barbillon con el coche.... yo me ocultaré tambien alli cerca. Asi que Jorobeta haya llevado á esa niña adonde tú te hallas, deja ya de fingimientos, y salta sobre ella: una *ancla* al rede-

---

(1) Bien pensado.
(2) De los hombres sábios.

dor del *gaban* (1) y otra á la boca, para cogerle la *desosada* (2) para que no grite.

—Comprendo; como hicimos con aquella muger del canal de San Martin, cuando la hicimos ahogar despues de haberle *rastillado* el *ovillo* (3) que llevaba bajo el brazo: lo mismo que entonces, ¿no es verdad?

—Perfectamente.... Mientras que tú tengas sujeta á la muchacha, Jorobeta vendrá á buscarme, y entre los tres la envolveremos en mi capa, la llevamos al carruage de Barbillon, y de alli á la esplanada de San Dionisio, donde nos espera el enlutado.

—¡Eso si que es magnífico! ¿Sabes que no hay en el mundo quien te iguale? Si tuviera dinero haria un castillo de fuego sobre tu cabeza, y te iluminaria con vasos de color como á San Cárlos, patron del *bederre* (4). Oye tú, perillan; si quieres ser hombre de provecho, no tienes mas que aprender del Dómine; ¡ese es todo un hombre!... dijo orgullosamente la Mochuelo á Jorobeta.

Y luego dirigiéndose al Dómine:

—Ahora que me acuerdo, tú no sabes lo que hay: Barbillon tiene un miedo de los demonios á ser *filimichao* (5).

—¿Y por qué?

—Hace algun tiempo que *baraustó* (6) por una disputa que habia tenido con él, al marido de una lechera que venia todas las mañanas del campo con un carretoncillo tirado por un asno, á vender leche

---

(1) Una mano al rededor del cuello.
(2) La lengua.
(3) Robado el lio de ropa.
(4) El verdugo.
(5) Sentenciado á muerte.
(6) Dió de puñaladas.

á la Cité, á la esquina de la calle de la Trapería vieja, cerca de la taberna del *Conejo blanco*.

El hijo del Zurdillo no comprendia el caló, y escuchaba á la Mochuelo con una especie de curiosidad engañada.

—Quisieras saber lo que estamos hablando, ¿no es verdad?

—¡Vaya si quisiera!...

—Si eres obediente, yo te enseñaré el caló. No tardarás mucho en tener bastante edad para que pueda servirte. ¿Estarás contento con que te lo enseñe?

—¡Toma si lo estaré! Y tambien me gustará mas estar en vuestra compañia que con el viejo charlatan, ayudándole á componer sus drogas y limpiando su caballo. Si yo supiera dónde tiene sus *polvos de matar ratones para los hombres*, se los habia de echar en su comida para no verme precisado á estar en su compañía.

La Mochuelo se echó á reir, y dijo á Jorobeta abrazándole:

—Ven y dame un abrazo por el gusto que me das.... picaron.... ¿Pero cómo sabes tú que esos polvos de matar ratones que tiene tu amo pueden servir para los hombres?

—¡Toma! porque se lo oí decir un dia que estaba oculto en el cuarto negro de su habitacion, en donde él coloca sus botellas y sus máquinas de acero, y donde machaca en sus morteretes....

—¿Y qué le oiste decir? preguntó la Mochuelo.

—Le oí que decia á un caballero, dándole unos polvos en un papel: «cualquiera que tome esto en tres veces, iria á contárselo al Padre Eterno.... sin que se sepa por qué ni cómo, y sin que quede la menor señal....»

—¿Y quién era ese caballero? preguntó el Dómine.

—Un jóven buen mozo que tenia cara de muger y bigotes negros.... Volvió otra vez, pero esta última, cuando marchó le seguí por órden de monsieur César Bradamanti, para saber á dónde iba á parar. El precitado jóven entró en la calle de Chaillot, en una casa magnífica. Mi amo me habia dicho: «Adonde quiera que vaya ese caballero, síguele, y espérale á la puerta: si sale de aquella casa, vuelve á seguirle hasta que no vuelva á salir del punto adonde haya entrado, porque esto será una prueba de que alli es su casa: entonces, Jorobeta, amigo mio, trata por cualesquiera medios de saber su nombre, pues de lo contrario te arranco las orejas.»

—¿Y qué sucedió?

—¡Qué ha de suceder! Que me empeñé en ello, y supe el nombre de aquel caballero.

—¿Y cómo lo hiciste? preguntó el Dómine.

—¡Tóma! yo que no soy tonto, entré en la portería de la casa mencionada de la calle de Chaillot, de donde no salia el señorito; encontré un portero muy bien compuesto con una casaca parda, con cuello amarillo, llena de galones de plata.... y le dije: «¡Hola! camarada, vengo para recibir cien sueldos que vuestro amo me ha prometido por haberme encontrado y haberle devuelto un perrito negro que se llama *Trompeta*; por mas señas que ese caballero es moreno, lleva bigotes negros, un gaban blanco y un pantalon azul claro; me ha dicho que vivia en la calle de Chaillot, número 11, y que se llamaba Dupont.—El caballero de quien hablas es mi amo, y se llama el vizconde de Saint-Remy: aqui no hay mas perro que tú, maldito pilluelo, que si no te marchas al momento te voy á desollar», contestó el portero acompañando sus palabras de un puntapié que me hizo rodar.... Pero

no importa, continuó filosóficamente Jorobeta; yo supe el nombre del jóven de los bigotes negros que iba á buscar el veneno rateril para los hombres: se llama el conde de Saint-Remy, my, my, Saint-Remy, añadió el hijo del Zurdillo repicando, segun costumbre, las últimas sílabas.

—¿Quieres que te coma, trastuelo? dijo la Mochuelo abrazando á Jorobeta; ¡cuán truan eres! Merecias ser hijo mio segun tu talento.

Estas palabras hicieron una profunda impresion á Jorobeta: su fisonomía maligna, picaresca y astuta, se volvió repentinamente triste; pareció que tomaba sériamente las demostraciones maternales de la Mochuelo, y respondió:

—Y yo tambien os amo muchísimo, porque me abrazasteis el primer dia que vinisteis á buscarme al *Corazon sangriento*, en casa de mi padre.... Desde que murió mi madre, solo vos me habeis acariciado: todo el mundo me pega y me despide como á un perro sarnoso; todos, basta la señora Pipelet, la portera.

—¡Vieja loca! ¡ya la compondré yo! dijo la Mochuelo tomando un aire de incomodidad que engañó á Jorobeta; ¡rechazar el amor de un muchacho como este!...

Y la Mochuelo abrazó de nuevo á Jorobeta con una afectacion grotesca.

El hijo del Zurdillo, profundamente conmovido con esta nueva prueba de afecto, correspondió á ella con espansion, y esclamó en medio de su reconocimiento:

—¡No teneis mas que mandarme, y vereis cómo os obedezco.... cómo os sirvo!...

—¿De veras? Pues mira, no te arrepentirás....

—¡Oh! ¡Yo quisiera estar siempre con vos!

—Si eres dócil, ya veremos de hacer de modo que no te separes de nosotros.

—Sí, dijo el Dómine; tú me acompañarás como á un pobre viejo; dirás que eres mi hijo; te introducirás en las casas, y ya verás lo que es bueno, añadió el bandido con furor. La Mochuelo nos ayudará, y aun podremos dar algunos golpes maestros: yo enseñaré á ese diablo de Rodolfo.... que me ha cegado, que aun no he terminado mi carrera.... El me quitó la vista, pero no me ha podido quitar mi intencion para el mal.... Yo seré la cabeza, Jorobeta los ojos, y tú, Mochuelo, serás la mano. Me ayudareis, ¿no es verdad?

—¿Pues no sabes que somos amigos hasta la eternidad? Cuando salí del hospital y supe que me habias mandado á buscar por el tonto de San Mandé, ¿no fui al momento á buscarte adonde tú te hallabas en casa de aquellas gentes, diciendo que era tu muger?

Estas palabras de la tuerta trajeron un mal recuerdo á la memoria del Dómine, que cambiando bruscamente de tono y de lenguage con la Mochuelo, la dijo con voz irritada:

—Sí, yo me fastidiaba alli solo con aquellas gentes honradas; al cabo de un mes ya no podia estar alli.... tenia miedo.... Entonces me ocurrió la idea de mandarte llamar, ¡y harto me pesa! añadió mas irritado. Al dia siguiente de tu llegada me robaron el dinero que me restaba del que me habia dado ese demonio de Rodolfo de la alameda de las Viudas. Sí.... me robaron mi cinturon lleno de oro, mientras estaba entregado al sueño.... Tú sola has podido efectuar esa traicion.... y esta es la causa por que me encuentro ahora á tu disposicion.... ¡Ah! ¡siempre que pienso en esto, no sé

como no te mato en el mismo momento.... vieja ladrona!...

Y dió un paso en direccion á la tuerta.

—¡Cuidado con que hagas el menor daño á la Mochuelo! esclamó Jorobeta.

—¡Os he de asesinar á entrambos, á tí y á ella, víboras del infierno! esclamó el bandido con furor. Y oyendo hablar á Jorobeta junto á él, le lanzó un puñetazo que le hubiera derribado á ir bien dirigido.

El hijo del Zurdillo, tanto por vengarse como para vengar á la Mochuelo, cogió una piedra, apuntó al Dómine, y le dió en la frente una pedrada. El golpe no fué peligroso, pero el dolor fué bastante vivo. El bandido se levantó furioso, terrible como un toro herido; dió algunos pasos hácia adelante, pero al momento tropezó.

—¡Rómpete la cabeza! esclamó la Mochuelo riendo á carcajadas.

A pesar de los sangrientos lazos que la unian á aquel mónstruo, veia por muchas razones, y con una especie de alegria feroz, el abatimiento de aquel hombre en otro tiempo tan temible y tan ufano por sus fuerzas atléticas.

La tuerta justificaba asi á su modo este espantoso pensamiento de La Rochefoucauld: « que siempre esperimentamos alguna especie de satisfaccion en las desgracias de nuestros mejores amigos.»

El asqueroso muchacho, con facciones de garduña, participaba tambien de la alegria de la tuerta, y al ver que tropezaba nuevamente el Dómine, le dijo:

—¡Abre el ojo, vejete, abre el ojo! por aqui, por aqui, que tropiezas.... ¿Qué no ves?... Limpia bien las gafas....

Imposibilitado de poder atrapar al muchacho,

el hercúleo asesino se detuvo: dió en el suelo una patada con el mayor furor, puso sus dos enormes puños velludos á los ojos, y dió un rugido ronco como el de un tigre feroz.

—¿Qué toses, pobre viejo? dijo el hijo del Zurdillo; toma, aqui tienes una escelente regalicia; un gendarme me la ha dado, y no puede menos de probarte. Y recogió un puñado de arena fina, que arrojó á la cara del asesino.

Azotado en la cara por la lluvia de arena, tuvo que sufrir mas el Dómine con este nuevo insulto que con la pedrada, porque se introdujo en una porcion de sus cicatrices abiertas, y le hizo estremecer: estendió entonces sus brazos en cruz por un movimiento de desesperacion inesprimible, y levantando entonces al cielo su espantoso rostro, esclamó con una voz profundamente suplicante:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

En boca de un hombre manchado con todos los crímenes, y ante quien en otro tiempo temblaban los mas atrevidos malvados, aquella esclamacion involuntaria dirigida á la misericordia divina, tenia cierta cosa de providencial.

—¡Ah, ah, ah! ¿qué haces puesto en cruz? esclamó riendo la Mochuelo. La lengua cambia tus palabras: á quien debes llamar en tu ausilio no es á Dios, sino al demonio.

—¡Un cuchillo al menos para poder matarme!... ¡un cuchillo.... puesto que todo el mundo me abandona!... gritó el miserable mordiéndose los puños con una furia salvage.

—¿Un cuchillo?... ¿pues no tienes tú uno en el bolsillo.... y por cierto que tiene buen filo?... ó si no, en el otro mundo podrán contarlo el viejecillo de la calle de Roule, y el comerciante de ganado, y....

El Dómine, puesto de este modo en *camino* de despacharse á sí mismo, mudó de conversacion, y repuso con voz sorda y débil:

—¡El Terrible si que era bueno!... él no me ha robado, y tuvo compasion de mí....

—¿Y por qué dijiste que yo te habia robado tu dinero? replicó la Mochuelo pudiendo apenas contener sus ganas de reir.

—Solamente entraste tú en mi habitacion, dijo el bandido; ¿y de quién quieres que sospeche habiéndome robado aquella misma noche? Los pobres labradores era imposible....

—¿Por qué no han de robar esas gentes como cualesquiera otras? ¡Porque beben leche y porque van á segar yerba para sus conejos!

—En fin, de todos modos, lo cierto es que me han robado.

—¿Y tiene acaso la culpa tu Mochuelo?... Vamos, ven acá y date á razon. ¿Crees que si te hubiera atrapado tu cinto me hubiera quedado contigo despues de dar el golpe? ¡Tambien eres muy necio! Estáte seguro que si hubiera podido hubiese cogido tu dinero; pero á fé de Mochuelo que no me hubieras visto el pelo hasta haber consumido el último maravedí, porque me gustas siempre, á pesar de tus ojos blancos.... Vamos, pues; sé razonable, y no vayas á romperte de ese modo los dientecillos rechinándolos.

—¡Cualquiera diria que estaba rompiendo nueces! dijo Jorobeta.

—¡Ah, ah, ah! tiene razon el mocosuelo.... Vamos, cálmate hombre, y déjale reir, porque eso lo lleva la edad.... Pero confiesa que eres injusto: cuando el hombre enlutado que tiene la figura de un espectro me dijo: «Mil francos se os dan si robais á una jóven que hay en la granja de Bouque-

val, y si la llevais á un sitio de la plaza de San Dionisio que se os indicará.» Dime, truan, ¿no es cierto que inmediatamente he ido á buscarte y proponerte el negocio, en vez de haber escogido á otro que tuviera buena vista? Esto es como si quisiera hacerte alguna limosna.... porque escepto para sostener á la rapaza mientras que la embalemos con Jorobeta, me servirás de tanto como una quinta rueda á un ómnibus. Pero es igual; fuera de que te hubiera robado si me hubiera sido posible, siempre deseo hacerte bien.... Quiero que todo se lo debas á tu querida Mochuelo: este es mi objeto.... Daremos doscientos francos á Barbillon por haber guiado el carruage, y haber venido aqui una vez con el criado del gran señor enlutado á reconocer el sitio donde era preciso ocultarnos para esperar á la rapaza.... y nos quedarán ochocientos para nosotros dos.... ¿Qué dices á todo esto? Y bien, ¿aun estás incomodado contra tu vieja?

—¿Y quién me asegura que tú me darás lo mas mínimo una vez dado el golpe? dijo el bandido con sóbria desconfianza.

—Es verdad que podria no darte nada, porque estás bajo mi yugo como lo estaba en otro tiempo la Guillabaora.... Es, pues, preciso que te dejes dirigir como yo quiera, hasta que el demonio te tueste en sus parrillas. ¡Hola! ¡hola! ¿qué es esto? ¿Quieres estar siempre de hocico con tu Mochuelo?... añadió la tuerta dando sobre la espalda del Dómine, que continuaba mudo y decaido.

—Tienes razon, contestó este con un suspiro de rabia concentrada; esta es mi suerte.... ¡yo.... yo á merced de un niño y de una muger á quienes en otro tiempo hubiera aniquilado de un soplo! ¡Oh! ¡si yo no tuviera miedo á la muerte! dijo volviendo á dejarse caer sentado sobre un ribazo.

—¡Te has vuelto ahora cobarde!... ¡eres cobarde!... dijo la Mochuelo con desprecio. Habla ahora de tu conciencia, y será la farsa completa. Si no tienes mas valor, anda, que voy á marcharme, y te dejo.

—¡Y no poderme vengar de ese hombre que me ha martirizado y me ha puesto en la horrible posicion en que me veo, y de la que no saldré jamás! esclamó el Dómine en un acceso de furor. ¡Oh! mucho temo á la muerte, sí, la temo mucho; pero si me dijeran: van á entregar en tus brazos á ese hombre.... entre tus brazos.... y luego os arrojarán á los dos á un abismo, yo diria: bien, que me arrojen.... sí.... porque estoy bien seguro que no lo soltaría hasta que los dos llegáramos al fondo.... y mientras fuéramos rodando le morderia en el rostro, en la garganta, en el corazon: le mataría, en fin, con mis dientes, sin acordarme del cuchillo.

—Me alegro; asi es como te quiero.... tranquilízate.... verás como encontramos á ese maldito Rodolfo.... y tambien al Terrible.... Al salir del hospital he ido á rondar por la alameda de las Viudas.... todo estaba cerrado.... Pero pregunté al caballero enlutado: «En otra ocasion quisisteis darnos una gratificacion para hacer cierta cosa al mónstruo del señor Rodolfo: ¿tendremos ocasion de hacer algo contra él despues del robo de la jóven? — *Puede ser que si*», me respondió; ¿oyes? *Puede ser*.... ¡Valor, querido mio! nos vengaremos de Rodolfo, sí, yo te lo prometo.

—¿De veras no me abandonarás? dijo el bandido á la Mochuelo con tono sumiso, pero desconfiado. Si ahora me abandonases, ¿qué seria de mí?

—Sí, de veras.... ¡Pero seria de ver si Jorobeta y yo nos escurriésemos ahora con el carruage, y te dejáramos aqui, en medio de los campos.... en esta

noche próxima en que se prepara un frio de lo fino!... Si que seria buen chasco, ¿no es verdad?

Al oir esta amenaza, el Dómine se estremeció: acercóse á la Mochuelo, y la dijo temblando:

—No, no, no hareis tal cosa ni tú ni Jorobeta.... eso seria una infamia.

—¡Ah, ah, ah! ¡una infamia! ¡calla, calla! ¿Y el vejete de la calle de Roule? ¿Y el ganadero? ¿Y la muger del canal de San Martin? ¿Y el hombre del paseo de las Viudas? ¿Crees tú que te habrán encontrado amable.... con la punta de tu puñal? ¿Por qué ha de ser imposible jugarte una á su vez?

—Tienes razon, lo confieso, dijo el Dómine con voz sorda.... vamos.... he hecho mal en sospechar de tí; he obrado mal tambien queriendo pegar á Jorobeta; te pido perdon por ello, ¿lo oyes?... y á ti tambien, Jorobeta.... á los dos os pido perdon.

—Yo quiero, dijo Jorobeta, que pida perdon de rodillas por haber querido pegar á Mochuelo.

—¡Maldito muchacho!... ¡me hace reir! dijo la Mochuelo; y por cierto me hace entrar en ganas de ver la facha que vas á hacer de ese modo. Vamos, de rodillas, como si estuvieras requiebrando amorosamente á tu Mochuelo: vamos, despáchate, ó te abandonamos; y te advierto que dentro de media hora es ya de noche.

—¿Y qué le importa á él que sea de dia ni de noche? dijo Jorobeta riendo: ha dado en tener siempre cerradas sus ventanas, porque temerá, tal vez, echarse á perder el cútis.

—Ya me teneis de rodillas.... perdóname, Mochuelo, y tú tambien, Jorobeta.... vaya, ¿estais contentos? dijo el bandido arrodillándose en medio del camino. Ahora no me abandonareis, ¿no es esto?

Este grupo estraño, colocado, por decirlo asi,

cómo en un cuadro en la pared de un ribazo, iluminado por los rogizos resplandores del crepúsculo, presentaba un aspecto repugnante. En medio del camino el Dómine, en ademan suplicante, estendia hácia la tuerta sus manos membrudas; su áspera y espesa cabellera caia á manera de crin sobre su lívida frente; sus rojos párpados, desmesuradamente abiertos por efecto del espanto, dejaban entonces ver la mitad de su pupila inmóvil, empañada, vidriosa, muerta.... la mirada de un cadáver.

Sus formidables espaldas estaban humildemente encorvadas; aquel hércules se arrodillaba temblando á los pies de una muger y de un niño. La Mochuelo, envuelta en un manton encarnado, con la cabeza cubierta de una vieja papalina de tul negro, que dejaba escapar algunas mechas de cabellos pardos, dominaba al Dómine con su grande estatura. El rostro huesoso, atezado, arrugado y plomizo de aquella vieja, con nariz retorcida, espresaba una alegria insultante y feroz; su ojo verde brillaba como un carbon encendido: una sonrisa siniestra retorcia sus labios sombreados de largos pelos, y mostraba tres ó cuatro dientes largos, amarillos y casi descarnados.

Jorobeta, vestido con su blusa y cinturon de cuero, se detenia sobre un pie, y se apoyaba sobre el brazo de la Mochuelo para conservar su equilibrio. La fisonomía enfermiza y traviesa de aquel niño, de un color tan pálido como sus cabellos, espresaba en aquel momento una malicia satírica y diabólica.

La sombra que proyectaba el ribazo, redoblaba el horror de esta escena, que casi iba ocultando la creciente oscuridad.

—¡Pero prometedme al menos que no me aban-

donareis! repitió el Dómine espantado del silencio de la Mochuelo y de Jorobeta, que se gozaban viendo su terror. ¿Os habeis marchado por ventura? añadió el asesino inclinándose para escuchar, y tendiendo maquinalmente los brazos.

—No, no, estamos aqui; no tengas miedo. ¡Abandonarte! antes morir que hacer semejante cosa. Ahora voy á decirte, para que te tranquilices, por qué motivo no te abandonaré jamás.... Escúchame bien: siempre he sentido un placer en tener alguno á quien hiciera sentir la fuerza de mis uñas.... bien fueran animales ó personas.... Antes de tener á la Alondra (á quien deseo que el demonio me envie para tener el gusto de bañarla en vitriolo), antes de la Alondra tenia un muchacho que se murió por mis martirios, y fué la causa de que estuviese en la galera por seis años: durante este tiempo la tomé con los pájaros, que me entretenia en desplumar vivos.... pero me divertia poco, porque morian pronto. Al salir del encierro cayó en mis garras la Guillabaora; pero la maldita se me escapó cuando aun podia yo divertirme con su pellejo: luego tuve un perro que ha sufrido tanto como ella, y que he concluido con quebrarle una pierna de delante y otra de atrás; y esto lo puso tan raro, que me hacia morir de risa.

—Será necesario que yo haga lo mismo con un perro que conozco, y que ha tenido el atrevimiento de morderme, dijo Jorobeta.

—Cuando te encontré, continuó la Mochuelo, seguia la pista á un gato.... Pues bien, desde ahora tú serás mi gato, mi perro, mis pájaros, mi Alondra; tú serás, en fin, el objeto de mi diversion. ¿Lo comprendes ahora? En vez de un pájaro ó un niño á quien atormentar, tendré un lobo ó un tigre, aunque esté un poco cano, ¿no es esto?

—¡Vieja infernal! esclamó el Dómine levantándose como una fiera.

—¡Vamos, cuidado con lo que dices á tu vieja! Pues bien, estás en libertad de dejarla cuando quieras; no seré yo quien te lo impida.

—Sí, sí, la puerta está abierta; corre, *cegallon*, y no tuerzas el camino, dijo Jorobeta sin dejar de reir.

—¡Oh! ¡morir.... morir!... esclamó el Dómine torciéndose los brazos.

—¿Estás delirando, hombre? ¿qué estás diciendo? ¡Morir tú! ¡estás loco! eres mas fuerte que el puente Nuevo: vive, vive, querido, para la felicidad de tu Mochuelo. Yo te haré padecer de cuando en cuando, porque asi me divierto, y porque será preciso que ganes el pan que yo te dé; pero me ayudarás en algunos buenos golpes como el de hoy, y en otros mejores, en que podrás servir; en fin, tú serás mi perro: cuando te diga trae, traerás; muerde, morderás. A pesar de lo dicho, yo no quiero que hagas nada contra tu voluntad: si en vez de la vida que te propongo prefieres tener rentas, tener carruage en compañia de una linda muchacha, ser condecorado con una cruz de honor, tener un título, ver claro en lugar de estar ciego, no hay cosa mas fácil: no te detengas, dílo, y te se servirá al momento.... ¿No es esto, Jorobeta?

—Eso es, al momento, sin perder tiempo, dijo el hijo del Zurdillo riendo; pero inclinándose al suelo de repente, dijo en voz baja: oigo venir gente por la senda, ocultémonos.... pero no es la muchacha que esperamos, porque vienen por el mismo sitio que vino ella.

En efecto, una aldeana robusta, en la fuerza de su edad, seguida de un perrazo mastin, y llevando á su cabeza un canasto cubierto, apareció de alli á

unos pocos minutos, atravesó el barranco, y tomó la senda que habian seguido el párroco y la Guillabaora.

Volveremos á reunirnos con estos dos personages, y dejaremos á los tres cómplices emboscados en el barranco.

CAPÍTULO IV.

EL PRESBITERIO.

Los últimos rayos del sol se estinguian lentamente detrás de la masa imponente del castillo de Ecouen y de los bosques que le rodeaban : por todas partes se estendian , hasta perderse de vista , inmensas llanuras con sulcos parduzcos endurecidos por el hielo.... formando una vasta soledad, cuyo oasis parecia la aldea de Bouqueval. El cielo, perfectamente sereno, se habia teñido á la puesta del sol de largas tiras purpúreas, señal segura de viento y de frio : estas fajas, en un principio de un encarnado vivo, iban volviéndose de color de violeta á medida que el crepúsculo invadia la admósfera.

El disco argentado de la luna, destacándose de un fondo de azul y de sombra, empezaba á lanzar

sus dulces rayos sobre la tierra. El silencio era absoluto, la hora solemne.

El cura se detuvo un momento sobre la colina para gozar del aspecto de tan hermoso paisage á la caida de la tarde.

Despues de algunos momentos de meditacion, tendiendo su mano trémula hácia las profundidades del horizonte, medio oculto por las sombras de la noche, dijo á María que caminaba á su lado silenciosa y pensativa.

—Mira, hija mia, esa inmensidad, cuyos límites no se distinguen.... no se oye en ella el menor ruido.... parece que el silencio y el infinito nos dén casi una idea de la eternidad.... Te digo esto, María, porque eres sensible á las bellezas de la creacion. Muchas veces me ha conmovido la admiracion religiosa que te inspiraban.... á pesar de haber estado tanto tiempo privada de contemplarlas.... ¿No te afecta como á mí la calma imponente que reina á estas horas?

La Guillabaora no contestó ni una palabra. El cura, asombrado, se volvió á mirarla: la jóven lloraba.

—¿Qué tienes, hija mia?

—Padre mio, ¡soy muy desgraciada!

—¡Desgraciada!... ¿tú eres aun ahora desgraciada?

—Sé que no tengo derecho para quejarme de mi suerte despues de todo cuanto han hecho por mí.... y á pesar de todo....

—¿Y á pesar de todo, qué?...

—¡Ah! padre mio, perdonad estos pesares; conozco que ofenderán á mis bienhechores....

—Escúchame María: varias veces te hemos preguntado el motivo de la tristeza que te persigue, y que causa á tu segunda madre tan vivas inquietu-

des.... siempre has evadido las contestaciones, y nosotros hemos respetado tu secreto, aunque con el sentimiento de no poder aliviar tus penas.

—¡Ay de mí! padre mio, yo no puedo deciros lo que pasa en mí misma. Del mismo modo que vos, me he sentido conmovida al aspecto de esta noche tranquila y triste.... mi corazon se ha sentido oprimido.... y he llorado....

—¿Pero qué tienes, María? Tú sabes cuánto te amo.... vamos.... confiésamelo todo. Por otra parte, puedo decírtelo, se acerca el dia en que la señora Jacinta y el señor Rodolfo te presentarán á las fuentes del bautismo, prometiendo ante Dios protejerte siempre.

—¡El señor Rodolfo!... ¡mi salvador! esclamó María levantando sus manos al cielo: ¿se dignará aun concederme esa nueva prueba de afecto? ¡Oh! padre mio, no os ocultaré que temo demasiado ser ingrata.

—¡Ingrata! ¿y por qué razon?

—Para que me comprendais mejor, es preciso que os hable de los primeros dias que llegué á la granja.

—Ya te escucho; iremos hablando por el camino.

—Sereis indulgente, ¿no es verdad, padre mio? Lo que voy á deciros es tal vez una cosa muy mala.

—El señor te ha probado que es misericordioso; ten valor y confianza.

—Cuando supe al llegar aqui que no saldria ya de la granja ni me separaria de la señora Jacinta, dijo María despues de un momento de meditacion, creia que soñaba. Al principio esperimenté como un aturdimiento de felicidad; á cada instante pensaba en el señor Rodolfo. A veces, estando sola, y á pesar mio, levantaba los ojos al cielo como para buscarle y darle las gracias. En fin, padre mio....

me acuso.... que pensaba mas en él que en Dios, porque él habia hecho conmigo lo que solo Dios podia hacer.... Yo era feliz.... feliz como aquel que ha escapado para siempre á un gran peligro. Vos y la señora Jacinta estabais tan amables conmigo, que yo me juzgaba mas digna de lástima.... que de vituperio.

El cura miró á la Guillabaora con sorpresa; ella continuó:

—Poco á poco me fuí acostumbrando á esta vida tan tranquila; no tenia ya miedo al despertarme de encontrarme en casa la hostelera; yo me sentia, por decirlo asi, dormir con seguridad: toda mi alegría era ayudar á la señora Jacinta en sus labores, aplicarme á las lecciones que vos me dabais, padre mio.... y aprovecharme tambien de vuestros consejos. Escepto algunos momentos de vergüenza si pensaba en lo pasado, me creía igual á todo el mundo, porque todo el mundo era bondadoso conmigo, cuando un dia....

Los sollozos interrumpieron en este momento la relacion de María.

—Vamos, tranquilízate, hija mia: ten valor, y continúa.

La Guillabaora, enjugando sus ojos, continuó:

—No habreis olvidado, padre mio, que en las fiestas de Todos Santos, la señora Dubreuil, arrendadora de la quinta de Arnouville, perteneciente al duque de Lucenay, vino aqui con su hija para pasar algunos dias.

—Es cierto; y he visto con placer la amistad que tenias con Clara, jóven dotada de las mejores cualidades.

—Es un ángel, padre mio.... un ángel.... Cuando supe que habia de venir para quedarse algunos dias en la granja, mi felicidad fué muy grande, y no

pensaba mas que en el momento en que veria á una compañera tan deseada. Llegó por fin. Yo estaba en mi cuarto, que debia partir con ella, y lo adorné del mejor modo que me fué posible, y enviaron á buscarme. Entré en el salon; mi corazon latia con violencia. La señora Jacinta, mostrándome á aquella linda jóven, que tenia un aire tan dulce como modesto y bondadoso, me dijo: «María, aqui tienes una amiga;» y la madre de Clara añadió: «y yo espero que tú y mi hija no tardareis en ser como dos hermanas.» Apenas su madre habia pronunciado estas palabras, la señorita Clara corrió á abrazarme.... Entonces, padre mio, dijo María llorando, no sé lo que pasó de repente dentro de mí.... pero cuando sentí el rostro puro y fresco de Clara apoyarse sobre mi megilla marchita.... esta megilla se puso ardiente de vergüenza.... de remordimientos.... ¡me acordé de lo que era yo!... ¡haberme atrevido á recibir las caricias de una jóven tan honrada!... ¡oh! esto me pareció un engaño.... una hipocresía indigna....

—Pero, hija mia....

—¡Ah! padre mio, esclamó María interrumpiendo al cura con una exaltacion dolorosa; cuando el señor Rodolfo me arrancó de la Cité, yo tenia ya vagamente la conocencia de mi degradacion.... ¿pero creeis que la educacion, que los consejos, que los ejemplos que he recibido de la señora Jacinta y de vos, ilustrando de repente mi alma, no me hayan hecho comprender que era mas culpable que desgraciada?... Antes de la llegada de la señorita Clara, cuando me atormentaban estas ideas, las sofocaba, tratando de tener contenta á la señora Jacinta y á vos, padre mio.... Pero la vista de una jóven de mi edad, tan hermosa, tan virtuosa, me ha hecho pensar en la distancia que existirá siempre de ella

á mí.... Por la primera vez de mi vida se ha presentado á mi imaginacion, que hay manchas que nada puede borrar.... Desde aquel dia me persigue ese pensamiento. A pesar mio esa idea me atormenta sin cesar, y desde ese dia, en fin, no tengo un momento de tranquilidad....

La Guillabaora enjugó sus ojos llenos de lágrimas.

Despues de haberla mirado durante algunos instantes con una tierna conmiseracion, dijo el cura:

—Reflexiona, hija mia, que si la señora Jacinta queria que fueras amiga de la señorita Dubreuil, era porque sabia que eras digna de esta amistad por tu buena conducta. Las acusaciones que tú te diriges, casi son una ofensa á tu segunda madre.

—Ya lo sé, padre mio; conozco que obraba mal, pero no podia vencer mi vergüenza y mi temor.... Pero aun no os lo he dicho todo; me falta valor para acabar.

—Continúa, María; hasta aqui tus escrúpulos, ó mas bien tus remordimientos, son pruebas á favor de tu corazon.

—Cuando Clara se quedó en la granja me puse tan triste, como alegre habia creido ser pensando en el placer de tener una compañera de mi edad: ella, por el contrario, estaba enteramente alegre. Habíanle colocado una cama en mi alcoba. La primera noche, antes de acostarse me abrazó, diciéndome que me amaba mucho, y que esperimentaba un afecto irresistible hácia mí, exigiéndome que la llamase Clara, asi como ella me llamaba María. Luego empezó á rezar sus oraciones, diciéndome que uniria mi nombre á sus plegarias, si yo queria unir el suyo á las mias: yo no me atreví á negarla este deseo. Despues de haber hablado aun durante algun rato, se durmió; yo no me habia acostado

aun : acerquéme á su lecho, y me puse á contemplar con los ojos llenos de lágrimas su rostro angelical ; y luego, al pensar que dormia en el mismo cuarto que yo.... que yo, á quien habian encontrado en una taberna en compañía de los ladrones y asesinos.... temblaba como si hubiese cometido una mala accion, sentia vagos terrores.... pareciame que Dios me habia de castigar algun dia.... Por fin, me acosté, y tuve sueños horrorosos: volví á ver las figuras siniestras que casi habia olvidado: al Terrible, al Dómine, á la Mochuelo, á esa muger tuerta que me habia atormentado durante mi niñéz : ¡oh! ¡qué noche!... ¡Dios mio! ¡qué noche! ¡qué sueños! dijo la Guillabaora estremeciéndose solo al pensarlo.

—¡Pobre María! replicó el cura con emocion; ¿por qué no me has confiado desde el primer momento todas esas cosas? Entonces te hubiera tranquilizado.... pero continúa.

—Yo me habia dormido muy tarde, y la señorita Clara vino á despertarme abrazándome. Para vencer lo que ella llamaba mi indiferencia, y probarme su amistad, quiso confiarme un secreto. Clara debia casarse, asi que cumpliera diez y ocho años, con el hijo del arrendador de la quinta de Goussaiuville, á quien amaba tiernamente, y este casamiento estaba ya desde mucho tiempo convenido por ambas familias. En seguida me contó en pocas palabras su vida pasada.... vida sencilla, tranquila, feliz : jamás se habia separado de su madre, ni la abandonaria tampoco, porque su prometido esposo debia tener parte con su suegro en el arrendamiento y esplotacion de la granja. «Ahora, María, me dijo, me conoces ya como si fueras mi hermana : cuéntame ahora tu vida....» A estas palabras creí morirme de vergüenza.... me sonrojé, y res-

pondí balbuciente y con vaguedad, temiendo desmentir á la señora Jacinta, porque ignoraba lo que habia dicho, que huérfana y educada por personas severas, no habia sido muy feliz durante mi infancia, no habiendo empezado á serlo hasta que estuve en compañía de la señora Jacinta. Entonces, Clara, mas bien por interés que por curiosidad, me preguntó que en dónde me habia criado, si en la ciudad ó en el campo, cómo se llamaba mi padre, y sobre todo, si recordaba haber visto alguna vez á mi madre. Cada una de estas preguntas me confundia, porque era necesario responder á ellas con mentiras, y vos, padre mio, me habíais dicho ya cuán malo es mentir.... Pero Clara no imaginó que yo pudiera engañarla. Atribuyendo la perplegidad de mis respuestas al pesar que me causaban los tristes recuerdos de mi infancia, me creyó y me compadeció con una bondad que me llegó al corazon. ¡Oh, padre mio! ¡jamás podreis formaros una idea de lo que padecí en esta primera entrevista! ¡cuánto me costaba no decir una sola palabra que no fuera hipócrita y falsa!...

—¡Desgraciada! ¡que la cólera de Dios caiga sobre aquellos que arrojándote en el abominable sendero de la perdicion, te forzaron tal vez á sufrir por toda la vida las inexorables consecuencias de una primera falta!

—¡Oh! sí, han sido bien infames conmigo, padre mio, repuso amargamente María, porque mi vergüenza es indeleble. Pero aun no es esto todo: á medida que Clara me hablaba de la dicha que le esperaba, de su matrimonio, de su vida dulce de familia, no podia prescindirme de comparar su suerte con la mia, porque á pesar de las bondades de que me veo colmada continuamente, mi suerte será siempre miserable: al hacerme comprender

la virtud vos y la señora Jacinta, me habeis hecho comprender tambien la abyeccion de la vida pasada, y nada podrá impedirme el haber sido la hez de cuanto hay de mas vil en el mundo. ¡Ah! puesto que el conocimiento del bien y del mal habia de serme tan funesto, ¡por qué no me dejaban en mi infelicidad!

—¡María! ¡María! ¿qué dices?

—¿No es verdad, padre mio, que es muy malo lo que digo? ¡Ah! hed aqui lo que no me atrevia á confesaros.... Si, hay ocasiones en que soy tan ingrata, que desconozco las bondades que se me prodigan, para decir: Si no me hubieran arrancado á la infamia, la miseria me hubiese quitado la vida bien pronto; y á lo menos hubiera muerto en la ignorancia de una pureza que no podré conseguir jamás.

—¡Ah! María, ¡eso es fatal! Una alma generosamente dotada por el Criador, aunque no hubiera estado mas que un dia sumergida en el fango de donde te han sacado, guarda siempre un sello que no puede borrarse.... La justicia divina es inmutable.

—Ya lo veis, padre mio, esclamó dolorosamente María; ¡debo desesperar hasta la muerte!

—Debes desesperar de borrar de tu vida esa página desconsoladora, dijo el sacerdote con voz triste y grave; pero debes tambien esperar en la misericordia infinita del Todopoderoso. Aqui en la tierra solo hay para tí, pobre niña, lágrimas, remordimientos, expiacion; pero algun dia, allá arriba, añadió levantando la mano hácia el firmamento, que empezaba á estrellarse, allá arriba, perdon, felicidad eterna.

—¡Piedad!... ¡piedad.... Dios mio!... ¡soy aun tan jóven, y mi vida podrá ser tan larga!... dijo la

Guillabaora con voz desesperada, cayendo de rodillas á los pies del párroco por un movimiento involuntario.

El cura estaba de pie en la cima de la colina, no lejos de la que se elevaba el presbiterio: su sotana negra, su rostro venerable, circuido de largos cabellos blancos, y suavemente iluminado por los últimos fulgores del crepúsculo, se dibujaba sobre el horizonte trasparente y límpido.

El sacerdote elevaba al cielo una de sus trémulas manos, y abandonaba la otra á María, que la cubria de lágrimas.

Tirado hácia atrás el capucho de su pañolon gris, caía sobre su espalda, y dejaba ver el perfil encantador de la jóven, su hermosa mirada suplicante y llena de lágrimas.... su cuello de una brillante blancura, en donde se veía el nacimiento sedoso de sus rubios cabellos.

Esta escena sencilla y grande, formaba un contraste, una rara coincidencia con la innoble escena que casi en el mismo momento pasaba en las profundidades del barranco entre el Dómine y la Mochuelo.

Oculto en las tinieblas de un negro barranco, asaltado de cobardes terrores, un espantoso asesino, sufriendo la pena de sus crímenes, se habia tambien arrodillado.... pero delante de su cómplice, furia infernal y vengativa que le atormentaba sin piedad, y le inducia á nuevos crímenes.... ante su cómplice.... causa primera de las desgracias de María.

De María, á quien atormentaba un incesante remordimiento.

¿No era concebible la exageracion de su dolor? Rodeada desde su infancia de séres degradados, malvados, infames, dejaba su prision por la cueva

de una hostelera, otra prision horrible: no habiendo salido jamás de los patios de su encierro, ó de las calles cavernosas de la Cité, ¿está desgraciada jóven no habia vivido hasta entonces en una ignorancia profunda del bien y de la hermosura, tan estraña á los sentimientos nobles y generosos como á los esplendores magnificos de la naturaleza?

Y hé aqui que abandona repentinamente su cloaca infecta por un retiro encantador y rústico; su vida inmunda, para disfrutar una existencia feliz y apacible en medio de los séres mas virtuosos, mas tiernos y mas compasivos de sus infortunios....

En fin, todo cuanto hay de admirable en la criatura y en la creacion, se revela á la vez y en un momento á su alma asombrada.... A este espectáculo imponente, su espíritu se dilata, porque su inteligencia se ha desarrollado, porque sus nobles instintos se han despertado.... Y ademas de estas nuevas sensaciones, conociendo su primera degradacion, esperimenta por su vida pasada un horror doloroso é incurable, y está persuadida, como lo dice, «que hay manchas que no se borran jamás....»

.....

—¡Oh! ¡Infeliz de mí! decia la Guillabaora con acento desesperado; mi vida entera, aunque fuese tan larga, tan pura como la vuestra, padre mio, será para siempre atormentada por la conciencia y por el recuerdo de lo pasado.... ¡Infeliz de mí!

—Al contrario, María; ¡dichosa tú, á quien el señor envia esos remordimientos llenos de amargura, pero saludables! ¡Ellos prueban la religiosa susceptibilidad de tu alma!... ¡Otras muchas que la tengan menos noble que la tuya, hubiesen en tu lugar olvidado bien pronto lo pasado para no pensar en otra cosa que en gozar de la felicidad *pre-*

sente! ¡Una alma delicada como la tuya, encuentra padecimientos en aquello en que otras vulgares no encuentran ningun dolor! pero cada una de estas penas te será tomada en cuenta en la otra vida. Créeme: Dios no te ha dejado un momento en el camino de tu perdicion, mas que para reservarte la gloria del arrepentimiento y la recompensa eterna debida á la expiacion. El mismo Señor lo ha dicho: « Aquellos que hacen el bien sin combatir, y que vienen á mí con la sonrisa en los labios, son mis escogidos; pero aquellos que heridos en la lucha, vienen á mí heridos y llenos de sangre, esos son los escogidos.... de entre mis escogidos....» Valor, pues, hija mia.... Nada te faltará; ni sosten, ni apoyo, ni consejos.... Yo soy ya muy viejo.... pero la señora Jacinta y el señor Rodolfo pueden vivir aun largos años.... El señor Rodolfo, sobre todo.... que te manifiesta tanto interés.... que sigue tus progresos con una solicitud tan ilustrada.... dime, María, dime, ¿podrias jamás sentir el haberle encontrado?

La Guillabaora iba á responder, cuando fué interrumpida por la aldeana de que hemos hablado, que siguiendo el camino que la jóven y el cura, iba á reunirse con ellos; era una criada de la granja.

—Perdonad, disimuladme, señor cura, dijo al sacerdote; pero la señora Jacinta me ha encargado que llevase este canasto de fruta al presbiterio, y que al mismo tiempo acompañase á su vuelta á la señorita María, porque se hace tarde; pero he traido al *Turco* conmigo, dijo la criada acariciando á un enorme perro de los Pirineos, que hubiera luchado con un oso: aunque no deba temerse en el pais un mal encuentro, sin embargo, siempre es prudente el cuidado.

—Tienes razon, Claudina; por otra parte ya he-

mos llegado al presbiterio: darás las gracias de mi parte á la señora Jacinta.

Luego, dirigiéndose á la Guillabaora, la dijo en voz baja y con acento grave:

—Es preciso que vaya mañana á la conferencia del diocesado, pero volveré sobre las cinco de la tarde. Si te parece te esperaré en el presbiterio. Veo, segun el estado de tu alma, que tienes necesidad de hablar aun largo tiempo conmigo.

—Gracias, padre mio, respondió María; puesto que me lo permitís, vendré mañana.

—Pero ya estamos á la puerta del jardin, dijo el cura; deja ese canasto, Claudina; mi sirvienta lo tomará. Volveos pronto á la granja, porque ya es de noche, y va aumentando el frio. María, hasta mañana á las cinco.

—Hasta mañana, padre mio.

El cura entró en su jardin, y la Guillabaora y Claudina, seguidas del Turco, volvieron á tomar el camino de la granja.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

CAPÍTULO V.

EL ENCUENTRO.

La noche se habia presentado clara y fria.

Segun lo propuesto por el Dómine, la Mochuelo se habia internado con este bandido por el barranco hasta un sitio mas separado de la senda, y mas cercano al camino en donde esperaba Barbillon con el coche.

Jorobeta, colocado de atalaya, acechaba la vuelta de María, á la que debia atraer á la emboscada suplicándola que le ayudara á socorrer á una pobre muger anciana.

El hijo del Zurdillo habia caminado algunos pasos fuera del barranco para ir á la descubierta, cuando prestando atencion, oyó á lo lejos á la Guillabaora que hablaba con la aldeana que iba en su compañía. No yendo sola la jóven, el plan estaba ya desba-

ratado, y asi Jorobeta se apresuró á bajar nuevamente al barranco, y corrió á advertir á la Mochuelo.

—La jóven viene en compañía de otra, dijo en voz baja.

—¡Que el demonio cargue con esa maldita! esclamó la Mochuelo furiosa.

—¿Con quién viene? preguntó el Dómine.

—Sin duda alguna con la aldeana que hace poco pasó por la senda, seguida de un gran perro. He reconocido la voz de una muger.... dijo Jorobeta.... callad..... ¿oís.... oís el ruido de los zuecos?...

En efecto, en el silencio de la noche resonaba á lo lejos el ruido de los zapatos de madera, sobre la nieve endurecida.

—Ellas son dos.... yo puedo encargarme de la pequeña del manton gris; pero ¿y la otra? ¿cómo lo hemos de arreglar? ¡Este pobre diablo está ciego.... y Jorobeta es demasiado débil para sujetar á esa camarada del demonio! ¿Qué hemos de hacer, pues? repitió la Mochuelo.

—Yo no soy muy fuerte, pero si quereis me arrojaré á las piernas de la aldeana como un perro, mordiéndola y arañándola con las manos, y no la dejaré moverse, y durante este tiempo, vos, Mochuelo, cogereis á la pequeña....

—Y si gritan y chillan, las oirán de la granja, repuso la Mochuelo, y tendrán tiempo para venir á socorrerlas antes de que hayamos podido llegar al coche de Barbillon.... Es mas difícil de lo que parece llevarse á una muchacha que quiere defenderse....

—Y ademas, ¡llevan en su compañía un perro muy grande! dijo Jorobeta.

—¡Bah, bah! si no fuera mas que eso, con un puntapié le rompia las muelas á su perro, dijo la Mochuelo.

—Ya se acercan, repuso Jorobeta prestando oido al ruido de los pasos lejanos; van á bajar al barranco.

—Pero, habla tú, mostrenco, dijo la Mochuelo al Dómine; ¿qué nos aconsejas?... ¿te has vuelto mudo?

—No podemos hacer nada por hoy, contestó el bandido.

—¿Y los mil francos del enlutado? esclamó la Mochuelo; ¿se los llevará el diablo? ¡Bonitos estábamos! Tu puñal..... dame tu puñal.... Yo mataré á la compañera para que no nos estorbe: y en cuanto á la pequeña, entre Jorobeta y yo la arreglaremos.

—Pero el enlutado no entra en que se mate á nadie....

—Pues bien, le pondremos en cuenta esa sangre, y será necesario que nos la pague ademas, pues que será nuestro cómplice.

—Miradlas.... ya bajan.... dijo Jorobeta en voz baja.

—¡Dame tu puñal! esclamó la Mochuelo tambien en voz baja.

—¡Oh! no, Mochuelo.... esclamó Jorobeta con espanto, tendiendo la mano hácia la tuerta; es demasiado.... matarla.... ¡oh! no, no.

—Venga el puñal te digo.... repitió en voz baja la Mochuelo, sin atender á las súplicas de Jorobeta, y quitándose los zapatos. Iré descalza para poder acercarme á ellas, y sorprenderlas: ya está oscuro, pero sin embargo reconoceré muy bien á la pequeña por su manton, y *diñaré* á la otra.

—¡No! dijo el bandido; hoy es imposible: mañana será aun tiempo.

—¿Tienes miedo, *mándria*? dijo la Mochuelo con un desprecio feroz.

—No tengo miedo, respondió el Dómine; pero

puedes errar el golpe, y echarlo todo á perder.

El perro que acompañaba á la aldeana olfateó sin duda á las gentes emboscadas en el barranco, acortó el paso, ladró con furia y no respondió á las voces reiteradas de María.

—¿No oyes á su perro? Hélos ahi.... pronto, dame tu puñal.... ó si no.... esclamó la Mochuelo con tono amenazador.

—Ven, pues, á tomármelo.... á la fuerza.... dijo el Dómine.

—¡Se acabó.... ya es tarde! esclamó la Mochuelo, despues de haber escuchado un momento con atencion; ya han pasado.... ¡Ya me la pagarás, tunante! añadió furiosa levantando los puños hácia el Dómine.... por culpa tuya hemos perdido mil francos.

—Puede que al contrario, hayamos ganado mil, dos mil, tal vez tres mil, obrando de este modo, repuso el Dómine con un tono de autoridad. Escúchame, Mochuelo, añadió, y verás si he hecho mal en no darte mi pnñal.... Tú vas á volverte con Barbillon.... y los dos ireis con su carruage al punto donde espera el enlutado.... direis que hoy no ha podido hacerse nada; pero que mañana quedará despachado el negocio.

—¿Y tú? murmuró la Mochuelo siempre irritada.

—Escucha y calla: la pequeña va sola todas las tardes acompañando al cura, y es una casualidad que hoy la haya acompañado alguien: por lo tanto, es probable que mañana tengamos mejor suerte; asi, pues, volverás mañana en el coche de Barbillon, y y os detendreis en el mismo parage que hoy.

—Pero, ¿y tú? ¿qué vas á hacer?

—Jorobeta va á acompañarme á la granja en donde vive esa jóven: dirá que nos hemos estraviado, que es hijo mio, y que soy un pobre artesano que he cegado en una operacion de mi oficio; que íbamos

á Louvres á casa de un pariente que nos puede socorrer, y que nos hemos estraviado queriendo ir por un camino mas corto. Pediremos que nos dejen pasar la noche en la granja en cualquier rincon de la cuadra, cosa que jamás se niega á nadie. Nos creerán esas gentes, y nos darán cama.... Jorobeta examinará bien las puertas, las ventanas y las salidas de la casa: casi siempre hay dinero en ellas en esta estacion; yo que he tenido tierras, añadió con amargura, estoy bien enterado de ello. Estamos en la primera quincena de enero.... este es el momento precioso, esta es la época en que se pagan los arrendamientos vencidos.... La granja, segun decís, está situada en un parage desierto: una vez que estemos enterados de las entradas y salidas, se podrá volver con los amigos, y es cosa hecha....

—Vamos, tienes una cabeza como hay pocas; ¡qué talento! dijo la Mochuelo calmándose; continúa, pichon mio, continúa.

—Mañana por la mañana, en vez de marchar de la granja, me quejaré de un dolor que me impide caminar: si no quieren creerme, enseñaré la llaga que he conservado desde que rompí el grillete, y que siempre me está haciendo padecer. Diré que es una quemadura que me hice con una barra de hierro ardiendo, cuando trabajaba en mi oficio, y me creerán. De esta manera podré quedarme en la granja parte del dia, y Jorobeta tendrá mas tiempo para poder examinarlo todo bien. Por la tarde, en el momento en que salga la jóven, como tiene de costumbre, con el cura, diré que estoy mejor, y que me encuentro en disposicion de marchar. Jorobeta y yo seguiremos á la jóven de lejos, y vendremos á esperarla aqui. Conociéndonos ya, no desconfiará de nosotros al vernos; nos acercamos á ella.... nosotros dos, Jorobeta.... y una vez que pueda alcan-

zarla mi brazo, respondo del éxito: la atrapamos, y los mil francos son nuestros. Pasados unos dos ó tres dias, podremos endosar el negocio de la granja á Barbillon ó á otros, y partir luego con ellos, si hay utilidades, puesto que nosotros somos los que preparamos y les damos los antecedentes para el golpe.

—Ven acá, *cegallon*, que no hay en la tierra quien te iguale, dijo la Mochuelo abrazando al Dómine. Pero dime: ¿y si por casualidad no va mañana la jóven á acompañar al cura?

—Volveremos á la operacion pasado mañana: este es un bocado que se come mejor frio y lentamente: por otra parte, esto causará gastos que aumentarán la cuenta del enlutado; y luego, una vez en la granja, podré juzgar exactamente, segun lo que oiga, si será posible robar á esa niña por el medio que hemos adoptado, y sino buscaremos otro.

—Corriente: veo que tu plan es famoso. Sabes tú que cuando estés enfermo te habremos de tener por consultor; y que solo con esto vas á ganar mas dinero que un abogado.... Vamos, abraza á tu Mochuelo, y al avío.... esos aldeanos se acuestan como las gallinas. Yo voy corriendo á buscar á Barbillon; mañana á las cuatro estaremos en la cruz del camino con el carruage, á menos que de aqui allá no le prendan por lo del marido de la lechera.... de la calle de la Trapería vieja. Pero si no vengo con él, vendré con otro, porque el falso coche de alquiler es propiedad del enlutado, y podrá conducirle otro. Un cuarto de hora despues que hayamos llegado, estaré aqui aguardándote.

—Hemos, pues, concluido ya.... Hasta mañana, Mochuelo.

—¡Tonta de mí! ¡ya se me habia olvidado darle la cera á Jorobeta, por si hay que tomar copia de al-

guna cerradura en la granja! Toma, hijo mio; ¿sabrás hacer uso de ella? dijo la tuerta dando un pedazo de cera á Jorobeta.

—Vaya si sabré; mi padre me ha dado lecciones. Por órden suya saqué la muestra de la cerradura de una cajita de hierro que mi amo el charlatan guarda en un gabinete negro.

—Me alegro; pero á fin de que no se corra, no te olvides de mojar la cera, despues de haberla calentado bien en tu mano.

—Estoy enterado de todo, respondió Jorobeta; ya veis que hago todo cuanto me mandais, porque.... porque veo que me amais un poco; ¿no es verdad, Mochuelo?

—¡Sí te amo!... ¡Te amo tanto como si fueras hijo mio y del difunto Napoleon!... dijo la Mochuelo abrazando á Jorobeta que se quedó inmoderadamente ufano de esta comparacion imperial. Hasta mañana, querido mio.

—Hasta mañana, contestó el Dómine.

La tuerta fué á buscar el coche. El Dómine y Jorobeta salieron del barranco, y tomaron el camino de la Granja: la luz que brillaba al través de las ventanas les servia de guia.

¡Estraordinaria fatalidad que reunia asi á Anselmo Duresnel con su muger, á quien no habia visto desde que fué condenado á trabajos públicos!

CAPÍTULO VI.

LA VELADA.

Hay cosa mas alegre que ver la cocina de una gran casa de labranza á la hora de la cena? ¿Hay cosa alguna que recuerde mejor la calma y el bienestar de la vida campestre?

Una prueba de lo que decimos hubiérase podido encontrar en el aspecto de la cocina de la granja de Bouqueval.

Su inmensa chimenea alta de seis pies, y ocho de ancha, se parecia á un gran hueco de piedra abierto sobre un horno grande, en cuya estremidad arrojaba llamas una verdadera hoguera de haya y encina. Aquel enorme brasero esparcia tanta claridad como calor por todos los ángulos, y hacia inútil la luz de una lámpara suspendida de una viga, que atravesaba la cocina.

Las grandes marmitas y cacerolas de cobre colocadas sobre los vasares, aumentaban por su limpieza el brillo de los rayos de luz escapados de la hoguera: una gran fuente del mismo metal brillaba como un espejo ustorio, no lejos de una artesa de nogal, cuidadosamente encerrada, de donde se exhalaba un apetitoso olor de pan, todavía caliente. Una mesa larga, maziza, cubierta de unos gruesos manteles, estremadamente limpios, ocupaba el centro de la estancia; el sitio de cada individuo estaba marcado por uno de aquellos platos de loza, morenos por fuera y blancos por dentro, y por un cubierto de hierro reluciente como la plata.

En medio de la mesa se veía una gran sopera llena de potage de legumbres, que humeaba como un cráter, cubriendo con su sabroso vapor un plato formidable de berzas ácidas con jamon, y otro plato no menos formidable de guisado de carnero con patatas; y en fin, una pierna de vaca asada, rodeada de dos ensaladas de invierno, y próxima á dos cestas de manzanas y dos quesos, completaban la abundante simetría de aquella comida que estaba preparada para los habitantes de la granja. Tres ó cuatro cántaros de barro llenos de cidra espirituosa, y otros tantos panes grandes como ruedas de molino, estaban á disposicion de los labradores.

Un perro viejo de ganado, negro, casi sin dientes, decano de la gente canina de la granja, debia á su avanzada edad y á sus antiguos servicios, el permiso de permanecer al lado del fuego. Usando modesta y discretamente de este privilegio, con el hocico apoyado sobre sus dos patas delanteras, seguia con la vista atenta las diferentes evoluciones culinarias que precedian á la cena.

Este perro venerable se entendia por el nombre poco bucólico en verdad, de *Lisandro*.

Tal vez la comida ordinaria de las gentes de esta granja, aunque sencilla, parecerá un poco suntuosa; pero la señora Jacinta, fiel á las órdenes que recibia de Rodolfo, mejoraba en cuanto le era posible la suerte de sus servidores, esclusivamente escogidos entre las gentes mas honradas y mas laboriosas del pais. Pagábaseles ámpliamente, haciase su suerte muy feliz y envidiable, y por esta razon, entrar á servir en la granja de Bouqueval, era el objeto de todos los buenos labradores de aquellas comarcas; inocente ambicion, que sostenia entre ellos una emulacion tanto mas laudable, cuanto que venia á redundar en beneficio de los amos á quienes servian, porque nadie podia presentarse á pretender alguna de las plazas vacantes, como no estuviera adornado de los mejores antecedentes.

Rodolfo creaba de esta manera en una pequeña escala una especie de *granja-modelo*, no solamente dedicada á la mejora de los animales y de los procedimientos aratorios, sino sobre todo, al *mejoramiento de los hombres*, y se dirigia á este objeto interesando á que fuesen probos, activos é inteligentes.

Despues de haber terminado los preparativos de la cena y colocado sobre la mesa un jarro de vino añejo destinado á acompañar á los postres, la cocinera de la granja fué á tocar la campana.

A tan satisfactoria llamada, los labradores, mozos de la granja, lecheras y criadas, en número de doce ó quince, entraron alegremente en la cocina. Los hombres tenian un aspecto robusto y franco; las mugeres eran afables y graciosas; las muchachas avispadas y alegres: todas aquellas plácidas

fisonomias respiraban buen humor, quietud y contento de sí mismas, y se disponian con natural apetito á hacer los honores á aquella comida bien ganada por los rudos trabajos de aquel dia.

La presidencia de la mesa fué ocupada por un viejo labrador con cabellos blancos, facciones nobles, mirada viva, y la boca un tanto burlona; verdadero tipo del aldeano sencillo, de aquellos caractéres firmes y rectos, de imaginacion clara y lucida, rústica y maliciosa, que sienten crecer la yerba.

El viejo Chatelain, que asi se llamaba este Nestor, no habia dejado la granja desde su infancia, y era entonces el gefe de los labradores y el director de los trabajos. Cuando Rodolfo compró la casa y hacienda, le fué recomendado con justicia aquel anciano, y él le conservó y le invistió, bajo las órdenes de la señora Jacinta, del cargo de una especie de superintendencia de los trabajos de cultivo. Chatelain ejercia sobre el personal de la granja una grande influencia debida á su edad, á su saber y á su esperiencia.

Todos los demas habitantes de la casa fueron colocándose en su sitio.

Despues de haber dicho en alta voz el *Benedicite*, Chatelain, siguiendo una antigua y santa costumbre, trazó una cruz sobre uno de los panes con la punta de un cuchillo, y cortó un pedazo representando la *parte de la Virgen*, ó la parte del pobre; llenó en seguida un vaso de vino con la misma invocacion, y lo colocó todo sobre un plato, que pusieron en medio de la mesa.

En este momento, los perros que estaban de guardia ladraron con fuerza; el viejo Lisandro les respondió por un sordo gruñido, y retorciendo su hocico, dejó ver dos ó tres colmillos todavía respetables.

—Alguien se acerca á las paredes del patio, dijo el viejo Chatelain.

Apenas habia dicho estas palabras, cuando sonó la campana de la puerta principal.

—¿Quién puede venir tan tarde? dijo el anciano labrador; todos están en casa.... Sin embargo, vé á ver quién es, Juan René.

Juan René, mozo de la granja, dejó con sentimiento sobre su plato una enorme cucharada de sopa caliente, sobre la que soplaba con una fuerza capáz de causar envidia al mismo Eolo, y salió de la cocina.

—Esta es la vez primera, despues de largo tiempo, que la señora Jacinta y la señorita María no vienen á sentarse junto á la lumbre para asistir á nuestra cena, dijo Chatelain; y aunque tengo bastante hambre, comeré con mucho menos apetito.

—La señora Jacinta ha subido al cuarto de la señorita María, porque volviendo de acompañar al señor cura se puso algo indispuesta, y se ha acostado, respondió Claudina, la robusta jóven que habia vuelto con María del presbiterio, y habia trastornado sin saberlo los siniestros designios de la Mochuelo.

—Pero la indisposicion de la señorita María no será cosa de cuidado, ¿no es verdad? preguntó con interés el viejo Chatelain.

—¡No, no, gracias á Dios! La señora Jacinta ha dicho que no será nada, repuso Claudina. A no ser asi, hubiera enviado á buscar á París á Mr. David, á ese médico negro.... que con tanto cuidado asistió á la señorita María cuando estuvo enferma. ¡En verdad que es cosa bien asombrosa un médico negro! Si fuese para mí, confieso que no tendria confianza. Un médico blanco puede pasar.... al fin es cristiano.

—¿Y Mr. David no curó prodigiosamente á la señorita María, que estaba tan débil y desmejorada en un principio?

—Es verdad.... pero un médico negro.... enteramente negro.... causa miedo.

—¿No es el mismo quien ha curado á la vieja Ana, que de resultas de una llaga en las piernas no podia tan solamente menearse de su cama hacia tres años?

—Sí señor, no puedo negarlo.

—Pues entonces, ¿qué tiene que ver?...

—No hay duda alguna; pero un médico negro.... considerad.... todo negro, todo negro....

—Escúchame, hija mia: ¿de qué color es la vaca Felina?

—Blanca como un cisne, y dá una leche abundante y muy buena.

—¿Y la vaca Corina?

—Negra como un cuervo, y es necesario hacerle justicia; tambien dá escelente leche.

—¿Y de qué color es la leche de la vaca negra?

—Blanca.... eso es muy natural; blanca como la nieve.

—¿Tan blanca y tan buena como la de Felina?

—Ciertamente.

—¿Aunque Corina sea negra?

—A pesar de que sea negra.... ¿Pero qué tiene que ver la leche con que la vaca sea negra, roja ó blanca?

—¿Eso no importa nada?

—Nada absolutamente.

—Pues bien, hija mia, ¿por qué no quieres que un médico negro sea tan bueno como uno blanco?

—¡Toma!... ¿eso era por el color?... dijo la jóven despues de un momento de meditacion; pero puesto que Corina la negra tiene tan buena leche como

Felina la blanca, convengo en que el color de la piel no importa nada.

Estas reflexiones fisiognomónicas de Claudina sobre la diferencia de razas blanca y negra, fueron interrumpidas por la entrada de Juan René, que se soplaba los dedos con tanto vigor como habia soplado la sopa.

—¡Oh! ¡qué frio! ¡qué frio hace esta noche!... ¡hiela las piedras! dijo al entrar. Mas vale estar aqui dentro que fuera en semejante tiempo. ¡Qué frio!

—Una helada que ha principiado por un viento de Este, será fuerte y larga, y esto ya debias saberlo, muchacho. ¿Pero quién ha llamado? preguntó el decano de los labradores.

—Un pobre ciego y un niño que le acompaña.

CAPÍTULO VII.

LA HOSPITALIDAD.

Y qué es lo que quiere ese ciego? preguntó Chatelain á Juan René.

—Ese pobre hombre y su hijo se han estraviado queriendo ir á Louvres por el atajo; y como hace un frio tan fuerte y la noche es tan oscura, porque el cielo se cubre de nubes, el ciego y su hijo piden por Dios que se les deje pasar la noche en la granja, en cualquiera rincon de la cuadra.

—La señora Jacinta es tan buena, que jamás rehusa la hospitalidad á los desgraciados: estoy seguro que consentirá en que pasen aqui la noche esas pobres gentes.... pero es preciso avisarla. Marcha tú, Claudina, y díselo.

Claudina desapareció.

—¿Y en dónde espera ese hombre? preguntó Chatelain.

—En las trojes.

—¿Y por qué lo has metido en las trojes?

—Si llega á quedarse en el patio, los perros se los comen crudos á él y á su hijo. Sí, sí; por mas que decia «calla, Medoro.... toma, Turco.... aqui, Sultan....» Jamás los he visto tan incomodados. Y eso que en la quinta jamás se les instiga á morder ni lanzarse contra el pobre como en otras muchas partes....

—A fé, hijos mios, que esta noche tendrá buen destino la *racion del pobre* que hemos reservado hoy.... Estrechaos un poco.... bastante. Pongamos dos cubiertos mas, uno para el ciego y otro para su hijo, porque estoy seguro que la señora Jacinta los dejará pasar aqui la noche.

—Lo que á mí me admira es que los perros se hayan puesto tan furiosos, dijo Juan René; y sobre todo el Turco, á quien se llevó Claudina al ir al presbiterio, estaba como un demonio.... Cuando le acaricié para calmarle, tenia el pelo de sus lomos erizado, y parecia un puerco-espin. ¿Qué es lo que decís sobre esto, señor Chatelain, vos que todo lo sabeis?

—Yo digo, muchacho, yo *que lo sé todo*, digo que los animales saben aun mas que yo.... Cuando el huracán de este otoño, que cambió el riachuelo en torrente, y yo volvia de noche oscuro con mis caballos de labor, sentado sobre el caballo viejo, que el diablo me lleve si yo hubiera sabido por dónde habia de pasar, porque no se veía nada.... pues bien: dejé caer las bridas sobre el cuello del caballo, y él solo encontró lo que ninguno de nosotros hubiéramos encontrado.... ¿Quién es el que le enseñó?

—Cierto; ¿quién le enseñaria entonces al caballo?

—El que enseña á las golondrinas á hacer sus nidos en los techos, y á las nevatillas á criar en los cañaverales, hijo mio.... Y bien, Claudina, dijo el viejo á la lechera, que volvia á entrar llevando sobre su brazo dos pares de sábanas muy blancas, que despedian un olor de salvia y de verbena; la señora Jacinta ha dado órden para que cenen y duerman aqui esta noche el pobre ciego y su hijo, ¿no es verdad?

—Aqui traigo las sábanas para hacerles las camas en el cuarto chico que hay al último del corredor.

—Vé, pues, á buscarles, Juan René.... Tú, hija mia, acerca dos sillas á la lumbre para que se calienten antes de sentarse á la mesa.... porque esta noche hace mucho frio.

De nuevo se volvieron á oir los ladridos furiosos de los perros, y la voz de Juan René que trataba de apaciguarlos. La puerta de la cocina se abrió bruscamente, y el Dómine y Jorobeta entraron con precipitacion como si fueran perseguidos.

—¡Tened cuidado con vuestros perros! esclamó el Dómine con espanto; poco ha faltado para que nos mordieran.

—A mí me han arrancado un pedazo de la blusa, dijo Jorobeta pálido aun de miedo.

—Perdonad, hermano, dijo Juan cerrando la puerta; pero jamás he visto á los perros mas inquietos... A buen seguro que consiste en el frio su aumento de furor; pero no tienen razon en querer morder para calentarse.

—Vamos, ¡tambien tú! dijo el labrador deteniendo al viejo Lisandro en el momento en que, gruñendo con aire amenazador, iba á arrojarse sobre los recien venidos. Ha oido ladrar con furia á

los otros perros, y quiere hacer lo mismo. Marcha.... viejo salvage.... acuéstate al momento....

A estas palabras de Chatelain, acompañadas de un puntapié significativo, Lisandro volvió, aunque sin dejar de gruñir, á su sitio privilegiado junto al hogar.

El Dómine y Jorobeta continuaban á la puerta de la cocina sin atreverse á dar un paso. Envuelto en un capote azul con cuello de pieles, con el sombrero calado sobre su gorro negro, que le ocultaba casi enteramente la frente, el bandido tenia de la mano á Jorobeta, que se pegaba á él, mirando con desconfianza á los labradores: la honradéz de aquellas fisonomías, trastornaba y casi atemorizaba al hijo del Zurdillo. Los caractéres perversos sienten tambien sus antipatías y simpatías. Las facciones del Dómine eran tan horribles, que los habitantes de la granja quedaron por un momento sorprendidos, unos por repugnancia, otros por espanto. Esta impresion no escapó á Jorobeta; el espanto de los labradores le tranquilizó, y se llenó de orgullo del efecto que causaba su compañero. Pasado este primer movimiento, y no pensando ya Chatelain mas que en llenar los deberes de la hospitalidad, dijo al Dómine:

—Buen hombre, acercaos al fuego y os calentareis primero, y luego cenareis con nosotros, porque llegais á tiempo que íbamos á sentarnos á la mesa; sentaos aqui. ¡Pero dónde tengo mi cabeza! añadió Chatelain; me dirijo á vos que estais ciego desgraciadamente, debiéndome dirigir á vuestro hijo. Vamos tú, muchacho; acompaña á tu padre á la chimenea.

—Voy á hacerlo, señor, respondió Jorobeta con un acento gangoso, lisongero é hipócrita. ¡Dios os recompense tanta caridad! sígueme, pobre papá,

sigueme.... cuidado.... Y el muchacho guió los pasos del bandido.

Los dos se acercaron al fuego. Al principio Lisandro gruñó sordamente; pero habiendo olfateado un momento al Dómine, lanzó repentinamente aquella especie de ladrido lúgubre que hace decir comunmente que los perros *ahullan á la muerte*.

—¡Maldito sea.! dijo entre sí el Dómine. ¡Cómo olfatean la sangre estos pícaros animales! Traigo el mismo pantalon que llevaba la noche del asesinato del ganadero....

—¡Es cosa bien estraordinaria! dijo en voz baja Juan René; ¡el alarido de ese perro al oler á ese buen hombre, es el *ahullido de agonía!*

Entonces ocurrió una cosa estraña. Los ahullidos de Lisandro eran tan penetrantes, tan lastimeros, que le oyeron los demas perros (el patio de la granja solo estaba separado de la cocina por una ventana con cristales); y segun la costumbre de la raza canina, repitieron mas fuertemente aquellos lamentables gemidos.

Aunque poco supersticiosos, los habitantes de la granja se miraron casi con espanto. En efecto, lo que sucedia era singular.

Un hombre á quien no habian podido mirar sin horror, entra en la quinta. A su vista los animales, hasta entonces pacíficos, se ponen furiosos y lanzan clamores siniestros, que segun las creencias populares, predicen la proximidad de la muerte.

El mismo bandido, á pesar de su empedernido corazon, á pesar de su audacia infernal, se estremece un momento al oir aquellos ahullidos fúnebres, mortuorios.... que saludaban su llegada.... la llegada del asesino.

Jorobeta, escéptico, descarado como un pilluelo de Paris, corrompido, por decirlo asi, desde la

cuna, fué el único que permaneció indiferente al efecto moral de esta escena. Libre del temor de ser mordido, aquel aborto raquítico se burló de lo que aterraba á los habitantes de la granja y hacia estremecer al Dómine.

Pasado el primer estupor, salió Juan René de la cocina, y no tardó mucho á oirse el chasquido de su látigo, que disipó los lúgubres *presentimientos* del Turco, de Sultan y de Medoro. Poco á poco volvieron á serenarse los rostros contristados de los labradores, y de alli á algunos momentos, la espantosa fealdad del Dómine les inspiró mas compasion que horror; compadecieron al cogitranco por su enfermedad; le encontraron hasta interesante, y le aplaudieron mucho por los cuidados afectuosos que prodigaba á su padre.

El apetito de los labradores, amortiguado por un momento, se despertó con una nueva energía, y no se oyó durante algunos instantes mas que el ruido de los tenedores.

Al mismo tiempo que meneaban bien las quijadas y hacian desaparecer de la mesa aquellos rústicos manjares, los hombres y las mugeres de la granja observaban con enternecimiento la cuidadosa atencion que tenia el niño con el ciego, á cuyo lado lo habian colocado. Jorobeta le cortaba los pedazos de carne y el pan, y le daba de beber con una solicitud filial.

Este era, sin embargo, el lado agradable de la medalla; pero hé aqui el reverso:

Tanto por crueldad como por espíritu de imitacion, muy natural á su edad, Jorobeta esperimentaba un placer cruel en atormentar al Dómine, á ejemplo de la Mochuelo, á quien se complacia en copiar de esta manera, y á quien amaba con una especie de entusiasmo.

¿Cómo sentia este perverso muchacho la necesidad de ser amado? ¿Cómo se encontraba feliz con el afecto que le manifestaba la Mochuelo? ¿Cómo podia, en fin, conmoverse al recuerdo de las antiguas caricias de su madre? Esto era una de aquellas frecuentes y numerosas anomalías que de vez en cuando protestan felizmente contra la unidad en el vicio. Esperimentando, como lo hemos indicado, del mismo modo que la tuerta, un encanto singular en tener, siendo un sér tan ruin, como á juguete suyo á un nebundo tigre..... Jorobeta, sentado á la mesa de los labradores, concibió la infamia de querer aumentar su placer, forzando al Dómine á que sufriera sus malos tratamientos sin pestañear siquiera.

Cada una de las atenciones ostensibles que prodigaba á su supuesto padre, las compensaba con un puntapié subterráneo, particularmente dirigido á una llaga muy antigua que el Dómine, como otros muchos presidiarios, tenia en la pierna derecha, en el sitio en donde se hallaba colocado el anillo de su cadena mientras estuvo en presidio.

Fuéle necesario al bandido un valor tanto mas estóico para ocultar sus sufrimientos á cada golpe de Jorobeta, cuanto que este mónstruo, á fin de colocar á su víctima en una posicion mas difícil aun, escogia para sus ataques el momento en que el Dómine bebia, ó bien el que estaba hablando.

Sin embargo, la impasibilidad de este último no se desmentia jamás, y contuvo maravillosamente su cólera y su dolor, pensando (lo cual no escapaba á la penetracion de Jorobeta) que seria muy peligroso para el éxito de sus designios, dejar adivinar lo que pasaba por *debajo de la mesa*.

—Toma, pobre papá, aquí tienes una nuez mon-

dada, dijo Jorobeta poniendo sobre el plato del Dómine uno de estos frutos, cuidadosamente separado de su cáscara.

—Asi me gusta, hijo mio, dijo el anciano Chatelain; y luego, dirigiéndose al bandido: sois muy digno de lástima, por cierto; pero teneis un hijo tan bueno.... que esto os debe consolar.

—Sí, sí, mi infelicidad es grande; y á no ser por la ternura de este hijo querido.... yo....

El Dómine no pudo contener un grito agudo.... El hijo del Zurdillo habia llegado esta vez á lo vivo de la llaga; el dolor fué intolerable.

—¡Dios mio!... ¿qué es lo que tienes, mi pobre papá?... esclamó Jorobeta con voz afectada, y arrojándose al cuello del Dómine.

En su primer movimiento de cólera y de furor, el bandido quiso ahogar en sus brazos hercúleos á Jorobeta, y lo apretó de tal manera contra su pecho, que el muchacho, perdiendo la respiracion, dejó escapar un sordo gemido; pero reflexionando al momento que no podia pasar sin él, el Dómine se contuvo, y le arrojó sobre la silla.

En todo esto los aldeanos no vieron mas que una mútua muestra de afecto paternal y filial, y creyeron que la palidéz y la sofocacion de Jorobeta, eran causadas por la emocion de este *buen hijo*.

—¿Qué es lo que os sucede, buen hombre? preguntó Chatelain. Vuestro quejido ha hecho palidecer á vuestro hijo.... ¡pobre niño! ¡aun no puede respirar!

—No ha sido nada, respondió el Dómine recobrando su sangre fria. Mi antiguo oficio era herrero, y hace algun tiempo que trabajando una barra de hierro encendida, la dejé caer sobre mi pierna, y me hizo una herida tan profunda, que todavía no está cicatrizada.... y acabo de recibir en ella un

golpe con el pie de la mesa, y no he podido contener un grito de dolor.

—¡Pobre papá! dijo Jorobeta vuelto de su *emocion*, y arrojando una mirada diabólica al Dómine; ¡pobre papá! es cierto, señores; jamás se ha podido curar de su pierna.... ¡ah! ¡jamás!... ¡pobrecito! Yo quisiera tener esa llaga, con tal que no la tuviera mi pobre papá.

Las mugeres miraron á Jorobeta con enternecimiento.

—Siento mucho, buen hombre, repuso Chatelain, que no hayais venido á la granja hace tres semanas, en vez de venir esta noche.

—¿Y por qué?

—Porque hemos tenido aqui durante algunos dias un doctor de París, que tiene un remedio maravilloso para las enfermedades de las piernas. A una anciana de la aldea, que no podia dar un paso hacia ya tres años, el doctor la dió un ungüento para sus heridas, y ahora corre como un gamo, y no tardará mucho en ir á pie á París al *paseo de las Viudas* para dar las gracias á su salvador. Ya veis que de aqui allá hay un buen trecho.... ¿Pero qué es lo que teneis? ¿os duele aun esa maldita herida?

Estas palabras *paseo de las Viudas*, traían á la memoria del Dómine tan terribles recuerdos, que no habia podido menos de estremecerse y contraer sus horrorosas facciones.

—Si, respondió procurando serenarse; aun siento algunas punzadas....

—Tranquilízate, papá; yo te curaré con mucho cuidado la herida esta noche, dijo Jorobeta.

—¡Pobre muchacho! dijo Claudina; ¡cuánto quiere á su padre!

—Verdaderamente es sensible, continuó diciendo Chatelain al Dómine, que no esté aqui ese digno

médico ; pero sin embargo, pienso que todo puede arreglarse, porque es tan caritativo como instruido : cuando volvais á París haceos que os acompañe á su casa vuestro hijo, y estoy seguro que os curará ; no es difícil que conserveis sus señas : vive en el paseo de las Viudas, número 17. Si olvidais el número.... no importa.... pues alli hay pocos médicos, y sobre todo médicos negros.... porque habeis de saber que este escelente doctor David, es negro.

La cara del Dómine estaba de tal modo sulcada de cicatrices, que no pudo conocerse su palidéz. Sin embargo, palideció.... y palideció horriblemente al oir citar el número de la casa de Rodolfo, y luego hablar de David.... el doctor negro.... De aquel negro que por órden de Rodolfo le habia hecho padecer un suplicio espantoso, cuyas horribles consecuencias sufria á todas horas.

Aquel dia era funesto para el Dómine.

Primeramente habia sufrido los tormentos de la Mochuelo y del hijo del Zurdillo : llega á la granja, y los perros ahullan presagiando la muerte á su aspecto homicida, y quieren devorarle : en fin, la casualidad le conduce á una casa en la que se hallaba su verdugo pocos dias antes.

Cada una de estas circunstancias hubiera bastado á escitar sucesivamente la rabia ó el temor del bandido ; pero reuniéndose en el espacio de algunas horas, le produjeron un efecto violento.

Por la primera vez de su vida esperimentó una especie de terror supersticioso.... y se preguntó á sí mismo, si podia la casualidad por sí sola reunir incidentes tan estraños.

Chatelain no observó la palidéz del Dómine, y continuó:

— Cuando os marcheis, buen hombre, daremos

las señas del doctor á vuestro hijo, y creed que se alegrará Mr. David de que se le ponga en el caso de poderos prestar este servicio: ¡es tan buen sugeto! ¡lástima que tenga un aspecto tan melancólico!... Vamos.... brindemos á la salud de vuestro futuro salvador....

—Gracias.... no tengo sed, dijo el Dómine con aire sombrío.

—Bebe, querido papá, bebe un poquito, y te hará provecho.... á tu pobre estómago, añadió Jorobeta poniendo un vaso en la mano del ciego.

—No, no quiero beber, dijo este.

—No es sidra lo que os he puesto; es vino añejo, dijo el labrador. Pocos aldeanos hay que lo beban como este. ¡Vaya! No hay muchas granjas como la nuestra.... ¿Qué os parece de nuestra comida ordinaria?

—Es escelente, respondió maquinalmente el Dómine, cada vez mas absorvido en sus siniestros pensamientos.

—Pues bien; todos los dias es lo mismo: buen trabajo, y buena comida; buena conciencia, y buena cama: hé aqui nuestra vida en pocas palabras: somos siete labradores, y sin que sea alabanza, trabajamos tanto como catorce. A los simples labradores se les dán ciento cincuenta escudos al año; á las lecheras y mozas de la granja, sesenta escudos, y se distribuye entre todos una quinta parte de los productos de la granja.... Con esto ya comprendereis que no dejamos descansar un momento á la tierra, porque cuanto mas produzca, tantas mas ventajas tenemos.

—Poco podrá enriquecerse vuestro amo tratándoos de esa suerte, dijo el Dómine.

—¿Nuestro amo?... ¡Oh! no es un amo como los

demas. Tiene una manera de enriquecerse, que es solamente peculiar suya.

—¿Qué quereis decir? preguntó el ciego, que deseaba entablar otra conversacion para librarse de los pensamientos siniestros que le perseguian. Vuestro amo es muy estraordinario.

—Estraordinario en todo, buen hombre. Pero mirad, la casualidad os ha traido aqui, puesto que esta aldea está tan separada de todo camino. Sin duda alguna no volvereis aqui jamás; pero antes de marcharos os enteraré de lo relativo al régimen interior, y á nuestro amo: os lo voy á decir en dos palabras, con la condicion de que lo repetireis á todo el mundo.... Ya vereis; son cosas tan buenas para dichas, como para escuchadas....

—Decid, pues, replicó el Dómine; ya os escucho.

CAPÍTULO VIII.

UNA GRANJA-MODELO.

Y no os pesará de haberme escuchado, dijo Chatelain al Dómine. Figuraos que nuestro amo se dijo un dia á sí mismo: «Yo soy muy rico, pero esto no me hace que coma dos veces.... si yo hiciera de modo que pudieran comer aquellos que nada tienen que llevarse á la boca, y que comieran mejor los que apenas satisfacen el hambre, seria una cosa muy buena. Pues manos á la obra; vamos á remediar á las personas honradas y laboriosas.» Y nuestro amo compró esta granja que entonces no valia mucho, y no ocupaba mas que dos carros: yo lo sé todo porque he nacido aqui. Nuestro amo aumentó las tierras por razones que sabreis despues.... Al frente de la granja ha puesto á una digna señora, tan respetable como desgraciada.... estas son siem-

pre buenas cualidades para nuestro amo.... y la dijo: «Esta casa será como la casa de Dios, abierta para los buenos, cerrada para los malos: se ahuyentará de aqui á los mendigos perezosos, pero se concederá siempre la *limosna del trabajo* á los laboriosos: esta limosna no humilla al que la recibe, y aprovecha al que la da: el rico que no la hace es un mal rico, y no merece las comodidades de que goza.» Esto es lo que dice nuestro amo, y á fé mia que tiene razon; pero no se contenta solo con aconsejar, sino que tambien lo pone en ejecucion. En otro tiempo habia un camino recto de aqui á Ecouen, por el que se acortaba una larga legua; pero estaba tan socavado que no podia pasarse por él; era la muerte de los caballos y carruages. Algunas cargas de piedras y un poco de dinero que hubiese proporcionado cada arrendatario de las cercanías, hubieran puesto el camino transitable; pero por mas que cada uno de por sí tuviera deseo de ver aquel camino en buen estado, ninguno de todos queria gastar un maravedí ni trabajar en él. Nuestro amo, pues, al ver esto, dijo: «El camino se hará; pero como quiera que los que podrian contribuir á hacerlo, no contribuyen, como por otra parte es un camino de lujo, y aprovechará algun dia á los que tengan caballos y carruages, es preciso que por ahora aproveche á los que solo tienen dos brazos, son vigorosos y carecen de trabajo. Asi, por ejemplo, cuando un mozo robusto llama á la puerta de la granja, y dice: «Tengo hambre y no encuentro en qué ocuparme.» Se le replica: « Aquí tienes una buena comida, un azadon, una pala; ahora os acompañarán al camino de Ecouen: todos los dias habeis de componer dos toesas de camino, y se os darán ocho reales, si una cuatro, si media dos, y sino, nada.» A la tardecita, al volver de los campos, voy yo á inspeccionar el tra-

bajo, y de este modo veo lo que hace cada uno.

—¡Y cuando uno piensa que ha habido dos pícaros holgazanes, tan desvergonzados que comieron su racion y robaron la pala y azadon! dijo Juan René con indignacion; esto era capáz de retraernos de hacer bien.

—Verdad es, dijeron algunos labradores.

—No digais eso, hijos mios, repuso Chatelain; ¿dejaríamos, acaso, de sembrar y plantar, porque haya orugas, corgojos y otros mil animalillos que roen las hojas y se comen el grano? No, no, se matan los insectos perjudiciales, y gracias á Dios, nacen con mas vigor otras nuevas plantas y otras espigas, que indemnizan del perjuicio recibido, y ni aun queda el menor señal de que hayan pasado por allí los animales dañinos. ¿No es verdad, buen hombre? dijo el anciano al Dómine.

—Sí por cierto, contestó este, que parecia que estaba reflexionando profundamente.

—Para las mugeres y los niños hay tambien ocupaciones que son proporcionadas á sus fuerzas, añadió Chatelain.

—Y á pesar de eso, dijo Claudina, no adelanta mucho el camino.

—¡Toma! eso es una prueba, hija mia, de que felizmente en el pais no carecen de trabajo las gentes honradas.

—Pero á un enfermo, á mí, por ejemplo, dijo de repente el Dómine, ¿no se me concederia por caridad un pedazo de pan y un asilo bajo el techo hospitalario de esta granja.... para el corto tiempo que me resta de vida? ¡Oh! si asi fuese.... os aseguro.... que pasaría mis dias dando gracias á vuestro amo.

El bandido hablaba entonces sinceramente. No se arrepentia de sus crímenes; pero la existencia apacible y feliz de los labradores escitaba su envidia

con tanto mas motivo, cuanto que le espantaba el porvenir que le reservaba la Mochuelo; porvenir que él habia estado lejos de prever, y que le hacia arrepentir mas y mas, porque llamando cerca de si á su cómplice, habia perdido para siempre la posibilidad de vivir en compañía de las gentes honradas, en cuya casa lo habia colocado el Terrible.

Chatelain miró al Dómine con asombro.

—¿Pero, buen hombre, yo no os creia tan sin recursos?

—¡Ah! ¡sí, Dios mio, sí!... yo he perdido la vista por un accidente de mi oficio.... Voy á Louvres á buscar algunos ausilios de un pariente lejano.... pero, como podeis imaginar.... á veces las personas son tan egoistas.... tan duras.... dijo el Dómine.

—El poderoso no debe ser egoista, replicó Chatelain; ademas, un artesano bueno y honrado, como vos, desgraciado como vos, y con un hijo tan buen hijo como el vuestro, será capáz de enternecer á las piedras.... ¿Pero el maestro que os daba trabajo antes de vuestra desgracia, cómo no hace algo por vos?...

—Ha muerto, dijo el Dómine despues de vacilar un momento; y el era mi único protector.

—¿Pero el hospicio de los ciegos...?

—No tengo aun edad para entrar en él....

—¡Pobre hombre!... ¡sois bien digno de lástima!

—Y bien, ¿creeis que si no encuentro en Louvres los ausilios que espero, vuestro amo, á quien respeto ya sin conocerle, no tendrá piedad de mí?

—Desgraciadamente, como podreis considerar, esta granja no es un hospicio.... Por lo regular, aqui se concede á los enfermos hospedaje para una noche ó un dia.... luego se les da un socorro.... y se les encomienda á Dios por despedida.

—De ese modo no hay ninguna esperanza de que

vuestro amo se interese en mi triste suerte.... dijo el bandido con un suspiro de sentimiento.

—Yo os digo el órden regular, buen hombre; pero nuestro amo es tan compasivo, tan generoso, que es capáz de todo.

—¿Lo creeis asi? esclamó el Dómine. ¿Sería posible que consintiera en dejarme vivir en un rincon? ¡Sería yo feliz con tan poca cosa!

—Os repito que nuestro amo es capáz de todo.... Si consiente en admitiros en la granja, no tendréis necesidad de ocultaros en un rincon; sereis tratado como cualquiera de nosotros.... como lo habeis sido hoy.... Ya se verá en qué ocupar á vuestro hijo, segun su fuerza; buenos consejos y buenos ejemplos no le han de faltar: nuestro venerable párroco le instruirá como á los demas niños de la aldea, y crecerá en tiempo y en bondad, como suele decirse.... Pero para todo esto será necesario mañana por la mañana hablar con *Ntra. Sra. del Buen Socorro*....

—¿Qué decís? dijo el Dómine.

—Nosotros llamamos asi á la señora que dirige la granja... Si ella se interesa por vos, es cosa hecha... en cosas de caridad, nuestro amo no sabe rehusarla nada....

—¡Oh!... ¡entonces yo le hablaré.... yo le hablaré!... esclamó alegremente el Dómine, viéndose ya libre de la tiranía de la Mochuelo.

Esta esperanza encontró poco eco en Jorobeta, que no se sentia muy dispuesto á aprovecharse de las ofertas del viejo labrador, y *crecer en bondad* bajo los auspicios de un venerable cura. El hijo del Zurdillo tenia inclinaciones poco campestres, y la imaginacion demasiado diabólica. Fiel, por otra parte, á las tradiciones de la Mochuelo, hubiera visto con un vivo sentimiento que el Dómine se sustrajera á su comun despotismo, y quiso por lo mis-

mo recordar al Dómine que no debia entregarse tan fácilmente á las ilusiones campestres y risueñas, tan distantes de la armonía de su vida pasada....

—¡Oh! sí, repitió el Dómine, yo hablaré á *Nuestra Señora del Buen Socorro*.... Ella se apiadará de mí, y....

Jorobeta dió en este momento, y con el mayor disimulo, un fuerte puntapié al Dómine, dirigido en medio de la llaga.

El dolor interrumpió y abrevió la frase del bandido, que despues de un estremecimiento doloroso, continuó:

—Sí, yo espero que esa buena señora tendrá piedad de mí.

—¡Pobre papá! repuso Jorobeta; pero tú no te acuerdas para nada de mi buena tia.... la *señora Mochuelo*, que te quiere tanto.... ¡Pobre tia *Mochuelo*! ¡Oh! será capáz de venirte á buscar en compañía de mi primo *Barbillon*.

—¡Ese buen hombre tiene parientes entre las aves y los peces!... dijo en voz baja Juan René con un acento malicioso, y dando con el codo á Claudina que estaba á su lado.

—¡Calla, burlon, no te rias de esos infelices! respondió tambien la moza en voz baja, dando á su vez á Juan René un codazo capáz de romperle una costilla.

—¿La señora Mochuelo es parienta vuestra? preguntó el labrador al Dómine.

—Sí; es una parienta.... respondió con sombría tristeza.

En caso que pudiera encontrar en la granja un recurso inesperado, temia que la tuerta, por venganza, fuera á denunciarle; creía tambien que los nombres estraños de sus pretendidos parientes, la *señora Mochuelo* y el *señor Barbillon*, citados por

Jorobeta, escitasen sospechas; pero sus temores sobre este particular fueron vanos. Solamente Juan René fué quien tomó de ellos pretesto para una chanza que dijo en voz baja, y fué muy mal recibida por Claudina.

—¿Esa es la parienta que vais á buscar á Louvres? preguntó Chatelain.

—Sí, dijo el Dómine; pero yo creo que mi hijo se engaña contando demasiado con ella.

—¡Oh! ¡no tal, pobre papá, no me engaño, no!... Ya sabes que ella es la que te ha mandado el agua con que curó tu pierna.... y ha dicho el modo cómo debe usarse.... Ella es la que me ha dicho: «Haz por tu pobre papá, lo que yo misma haria.... y Dios te recompensará.» ¡Oh! mi tia te ama entrañablemente.... no puedo dudarlo.

—Está bien, está bien, dijo el Dómine interrumpiendo á Jorobeta; eso no impedirá, sin embargo, hablar mañana por la mañana á la buena señora de aqui.... y de implorar su apoyo para con el propietario de esta granja; pero, añadió para cambiar de conversacion y poner término á las imprudentes palabras de Jorobeta; pero á propósito del propietario de esta granja, me habiais prometido hablarme de la organizacion particular.

—Yo soy quien os lo he prometido, dijo Chatelain, y voy á cumplirlo. Nuestro amo, despues de haber inventado la que él llama *limosna del trabajo*, se dijo á sí mismo: «Hay establecimientos y premios para promover la mejora de los caballos, los demas animales, los carruages, y otras mil cosas, y me parece que no seria fuera del caso ocuparse tambien en la mejora de los hombres. Buenos animales, es una cosa útil; pero mejorar á los hombres seria aun mas útil, aunque mas difícil. Con una avena pesada, buenos prados, agua viva y

pura, cuidados bastantes y un abrigo seguro, podrán adelantar los animales y satisfacer nuestros deseos; pero en los hombres es cosa muy diferente: no es tan fácil poner á un hombre en el camino de la virtud, como meter á una bestia en carril. La yerba aprovecha al buey, porque es sabrosa al gusto y le agrada al mismo tiempo que le nutre: pues bien; para que los buenos consejos aprovechen al hombre, será necesario que encuentre sus ventajas siguiéndolos....»

—Asi como el buey encuentra su ventaja en comer buena yerba, ¿no es verdad, señor Chatelain?

—Justamente, muchacho.

—Pero, señor Chatelain, dijo otro labrador, se ha hablado de una especie de granja, en la que unos jóvenes ladrones que habian tenido, á pesar de esto, una buena conducta al mismo tiempo, aprendian la agricultura, y eran cuidados como príncipes.

—Es verdad, hijos mios; hay algo de bueno en eso: es humano y caritativo el no desesperar á los malos; pero tambien convendria mucho hacer esperar á los buenos. Un jóven honrado, robusto y laborioso, teniendo ganas de obrar bien y de aprender, se presentaria á la granja de esos jóvenes exladrones, y le dirian: «¿Has robado alguna vez, y has sido vagabundo? — No. — Pues bien, no hay ocupacion para tí.»

—Teneis razon en lo que decís, señor Chatelain, dijo Juan René. Suele hacerse por los malos lo que no se hace por las gentes honradas: está visto que se quiere mejorar á los animales, pero no á los hombres....

--Nuestro amo, pues, con objeto de dar ejemplo y mejorar esto, ha establecido esta granja, como estaba diciendo á este buen hombre: «Yo sé bien dijo él, que *allá arriba* hay recompensas para las

gentes honradas ; pero *allá arriba* está tan alto, tan lejos.... y algunos (á quienes es preciso compadecer, hijos mios) no tienen la vista y el aliento suficiente para alcanzar hasta allí, ¿y luego tendrán tiempo alguna vez para mirar *allá arriba*? Durante el dia, desde la aurora hasta que se oculta el sol, encorvados sobre la tierra, la aran y la cavan para un amo: por la noche duermen fatigados sobre una estera.... El domingo se embriagan en la taberna para olvidar las fatigas del dia anterior y del siguiente: y la razon es, porque aquellas fatigas son estériles para ellos. Despues de un trabajo forzado, ¿es acaso su pan menos negro, menos dura su cama, su hijo menos enfermizo, y su muger menos débil para criarle? ¡Criarle.... cuando aun no ha podido comer lo necesario!... No, no, no. A pesar de esto, sé muy bien, hijos mios, que su pan es negro, pero es pan; que su gergon es duro, pero es una cama; enclenques sus hijos, pero viven; los infelices soportarian tal vez alegremente su suerte si creyeran que todos la tienen igual. Pero van á la ciudad, al pueblo, ó á la aldea, el dia del mercado, y ven allí pan blanco, espesos y cálidos colchones, muchachos rollizos como flores de mayo, y tan hartos que arrojan la comida á los perros.... ¡Ah! entonces, cuando vuelven á su gruta de tierra; á su pan negro, á su gergon, estas gentes, al ver á sus hijuelos raquíticos, macilentos, muertos de hambre, á los que hubieran querido llevar la comida que en la ciudad se arrojaba á los perros, se dicen á sí mismos: «Puesto que es preciso que haya pobres y ricos, ¿por qué no hemos nacido ricos? esto es injusto.... ¿por qué no hemos de probar de todo una vez?» Sin duda alguna, hijos mios, es fuera de razon lo que dicen.... y no sirve para hacerles mas ligero el yugo que llevan; y sin embargo, ese yugo duro y pesa-

do, que muchas veces hiere y aniquila, lo llevan sin descanso y sin esperanza de poderlo sacudir jamás.... ni de conocer un dia, un solo dia, la felicidad que da una mediania.... Toda la vida del mismo modo... ¡Ah! eso parece largo.... tan largo como un dia de lluvia sin el menor rayo de sol. Entonces se va al trabajo con tristeza y fastidio; y finalmente, la mayor parte de los jornaleros se dicen: «¡Para qué he de trabajar mas y mejor! ¡Qué me importa que la espiga sea mas ligera ó mas pesada! ¡Para qué tengo yo de sacrificarme! Seamos solamente honrados: no hagamos mal, puesto que el mal se castiga; y supuesto que el bien no tiene recompensa, no hagamos tampoco bien.... Tengamos las cualidades de buenas bestias de carga: paciencia, fuerza y docilidad....» Estos pensamientos son perjudiciales, hijos mios.... de esta indiferencia á la haraganería, no hay mas que un paso, y de la haraganería al vicio hay menos aun.... Desgraciadamente, esos que ni buenos ni malos, ni hacen bien ni mal, son el mayor número; estos son, pues, ha dicho nuestro amo, á quienes es preciso mejorar, ni mas ni menos que si tuvieran el honor de ser caballos, ó animales de cuernos ó de lanas.... «Hagamos que ellos tengan un interés en ser activos, sábios, laboriosos, amantes de sus deberes.... probémosles que haciéndose mejores, serán materialmente mas felices.... y todo el mundo ganará.... Para que les aprovechen los buenos consejos, demos aqui abajo, como quien diga, un poco de la felicidad, que espera á los justos allá arriba....»

Una vez formado el plan, hizo nuestro amo saber por estos contornos que necesitaba seis labradores, y otras tantas mugeres ó mozas de la granja; pero queria escoger á todos estos entre los mejores habitantes del pais, mediante informaciones que haria

tomar de las autoridades civiles, de los curas párrocos ó de otras personas. Debian ser pagados como lo somos nosotros, es decir, como príncipes; los alimentos debian ser mejores que los comunes del pueblo, y dividir entre todos los trabajadores la quinta parte de los productos de las cosechas: permanecerían dos años en la granja para dar lugar á otros labradores, escogidos bajo las mismas condiciones, y al cabo de cinco años podian volver á presentarse si habia vacantes.... Asi es que, desde la fundacion de la granja, los labradores y jornaleros se dicen en las cercanías: «Seamos activos, honrados, laboriosos; hagámonos notar por nuestra buena conducta, y podremos conseguir algun dia una plaza en la granja de Bouqueval; alli viviremos como en un paraiso durante dos años; nos perfeccionaremos en nuestro estado; adquiriremos un buen peculio, y ademas, al salir de alli, todos querrán adquirirnos, puesto que para entrar se necesitan las mejores cualidades.»

—Yo ya estoy contratado para entrar en la granja de Arnouville, en casa de Mr. Dubreuil, dijo Juan René.

—Y á mí me han invitado para la de Gonesse, dijo otro labrador.

—Ya lo veis, buen hombre, de este modo todo el mundo gana: los arrendadores de las quintas comarcanas se aprovechan doblemente; no hay para dar mas que doce plazas de hombres y mugeres, y lo menos hay en el canton cincuenta aspirantes, todos dignos de entrar en ella; pero aun cuando no consigan la plaza, no por eso abandonan sus buenas cualidades, y como suele decirse, el que empieza á ser bueno, lo conserva, porque si una vez no se consigue la buena suerte, otra se alcanza; en fin, esto hace que cada dia se aumente el número de

personas mas dignas. Mirad.... con perdon sea dicho, por cada caballo que gana el premio de la carrera, de fuerza y de belleza, se crian despues ciento capaces de disputar el premio en su tiempo. Pues bien, cada uno de los otros ciento que no han conseguido el premio, no por eso se quedan menos buenos y menos valientes.... ¿Qué tal, buen hombre, cuando yo os decia que nuestra granja no era una granja ordinaria, y que nuestro amo no era tampoco un amo cualquiera, tenia razon?

—Efectivamente.... esclamó el Dómine; y cuanto mas grandes me parecen su bondad y su generosidad, mas confianza tengo de que se apiadará de mi suerte. Un hombre que hace bien tan noblemente, y con tanta inteligencia, no debe pararse en un beneficio de mas ó de menos.

—Al contrario, buen hombre, se mira mucho, dijo Chatelain; pero lo hace para poder tener una nueva satisfaccion por su buena accion; y soy de opinion que os quedareis en la granja, y que no será esta la última vez que os senteis á la mesa.

—¿De veras?... ¡Ah! á pesar mio tengo esperanzas.... ¡Si supierais cuán feliz seria, y cuán reconocido estaria á semejante favor! esclamó el Dómine.

—Yo tengo confianza en la bondad de nuestro amo.

—Pero sepa yo al menos su nombre y el de la *señora del Buen Socorro*, dijo vivamente el Dómine; pueda yo desde ahora empezar á bendecir tan nobles nombres.

—Comprendo vuestra impaciencia, dijo el labrador; pero, sin embargo, no espereis nombres muy estrepitosos y campanudos, al contrario, son nombres dulces y sencillos como los de los santos. *Ntra. Señora del Buen Socorro* se llama la *señora Jacinta*, y nuestro amo se llama el *señor Rodolfo*.

—¡Mi muger!... ¡mi verdugo!... murmuró el bandido aterrado por esta revelacion.

CAPÍTULO IX.

LA NOCHE.

Rodolfo!!! ¡La señora Jacinta!!!

El Dómine no podia creerse engañado por una fortuita semejanza de nombres: antes de condenarle á un terrible suplicio, Rodolfo habia manifestado hácia la señora Jacinta un vivo interés. La presencia reciente del negro David en la granja, probaba al Dómine que no se engañaba.

Reconoció algo de providencial y fatal en este último encuentro que destruia las esperanzas que habia fundado por un momento sobre la generosidad del dueño de aquella granja, y su primer movimiento fué huir.

Rodolfo le inspiraba un invencible terror: tal vez se hallaria entonces en la granja.... Apenas se repuso de su estupor, el bandido se levantó de la me-

sa, tomó de la mano á Jorobeta, y esclamó con aspecto delirante:

—¡Vámonos.... guíame.... salgamos de aquí!

Los labradores se miraron con sorpresa.

—¿Marcharos.... ahora? ¿qué es lo que estais pensando, buen hombre? dijo Chatelain; ¿qué mosca os ha picado? ¿habeis perdido el juicio?

Jorobeta se aprovechó diestramente de esta idea, dió un largo suspiro, hizo una señal de cabeza afirmativa, y llevando su dedo índice sobre la frente, dió asi á entender á los labradores que su padre estaba algo loco.

El labrador anciano le respondió por una señal de inteligencia y de compasion.

—¡Ven aqui, ven, y salgamos de esta casa! repitió el Dómine tirando de Jorobeta.

Jorobeta, absolutamente decidido á no abandonar una buena cama para correr por el helado piso de los campos y montañas, dijo con voz dolorida:

—¡Dios mio, pobre papá! esto es que te da el acceso; cálmate, y no quieras salir ahora, porque el frio de la noche te hará mal.... Mira, mas quiero tener el sentimiento de desobedecerte, que llevarte fuera de aqui á estas horas... Luego, dirigiéndose á los labradores, añadió: ¿no es verdad, señores, que me ayudareis á no dejar salir de aqui á mi padre?

—Sí, si, tranquilízate, hijo mio, dijo Chatelain; no abriremos á tu padre.... no tiene mas remedio que dormir en la granja.

—No me obligareis á quedarme aqui, esclamó el Dómine; y ademas incomodaría á vuestro amo.... al señor.... Rodolfo.... Me habeis dicho que la granja no era un hospicio; por lo tanto os repito que me dejeis salir....

—¡Incomodar á nuestro amo!... tranquilizaos.... Desgraciadamente no habita en la granja, ni viene

tan á menudo como quisiéramos.... pero aun cuando estuviera aqui, tampoco le incomodariais.... Esta casa no es un hospicio, es verdad; pero ya os he dicho que los enfermos, tan dignos de lástima como vos, podian pasar en ella un dia y una noche.

—¿Vuestro amo no está aquí esta noche? preguntó el Dómine algo mas tranquilo.

—No: segun acostumbra, debe venir dentro de cinco ó seis dias. Asi, ya veis que vuestros temores son infundados.... No es probable que nuestra buena señora baje ya esta noche, pues de lo contrario ella os tranquilizaria. ¿No ha dispuesto que se os arregle la cama? Por lo demas, si no la hablais esta noche, podreis hacerlo mañana antes de vuestra marcha.... Entonces podeis suplicarle para que se interese con nuestro amo en vuestra suerte, y que os admita en la granja.

—No, no, he cambiado de idea.... dijo el bandido con terror; mi hijo tiene razon; mi parienta de Louvres tendrá compasion de mi.... Iré á buscarla....

—Como gusteis, dijo afablemente Chatelain, creyendo tratar con un hombre, cuyo cerebro estaba algo trastornado. Os marchareis mañana por la mañana; pero en cuanto á continuar vuestro camino esta noche con ese pobre niño, contad con que lo impediremos de todos modos.

Aunque Rodolfo no estuviera en Bouqueval, los terrores del Dómine estaban muy lejos de calmarse: aunque horriblemente desfigurado, temia aun ser reconocido por su muger que podia bajar de un momento á otro, y en este caso estaba persuadido que le denunciaria y haria prender, porque él habia siempre pensado que Rodolfo, al imponerle un castigo tan terrible, habia querido sobre todo satisfacer el odio y la venganza de la señora Jacinta.

Pero el bandido no podia dejar la granja, porque se encontraba á merced de Jorobeta, y no tuvo otro remedio que resignarse; mas para evitar la sorpresa de su muger, dijo á Chatelain:

—Puesto que me asegurais que mi estancia por esta noche no incomodará á vuestro amo, ni á la señora.... acepto la hospitalidad que me ofreceis; pero como estoy tan cansado, y quisiera marchar mañana al amanecer, desearia acostarme con vuestro permiso.

—Bien, mañana como gusteis.... aqui se madruga mucho, y para que no os volvais á perder se os enseñará el camino.

—Si quereis, yo acompañaré á ese hombre un buen trecho de camino, dijo Juan René, porque la señora me dijo que tomase el carrito para ir á buscar mañana unos sacos de dinero á casa del escribano de Villiers-le-Bel.

—Bueno, acompañarás á ese pobre ciego hasta ponerle en camino; pero irás á patita, dijo Chatelain, porque luego ha cambiado la señora de idea: ha reflexionado, y con razon, que no convenia tener tanto dinero en la granja por ahora; que el lunes próximo se podrá ir á Villiers-le-Bel, y hasta entonces tan bien está el dinero en casa del escribano como aqui.

—Yo respeto mucho la opinion de la señora; ¿pero qué hay que temer aquí por el dinero, señor Chatelain?

—Nada, hijo mio, á Dios gracias.... Pero, sin embargo, mas quisiera tener aqui quinientos sacos de trigo que diez talegos de escudos. Vamos, repuso Chatelain dirigiéndose al Dómine y á Jorobeta; venid, buen hombre, y tú sígueme, hijo mio, añadió tomando una luz. Luego, precediendo á los dos huéspedes de la granja, los condujo á una pequeña

habitacion del piso bajo, adonde llegaron despues de haber atravesado un largo corredor, sobre el que se abrian muchas puertas.

El labrador dejó la luz sobre la mesa, y dijo al Dómine:

—Aqui os quedais; que Dios os conceda una noche tranquila, buen hombre. En cuanto á tí, estoy seguro que dormirás bien, porque es cosa de tu edad.

El bandido fué á sentarse, sombrío y pensativo, sobre el borde de la cama, adonde le acompañó Jorobeta.

El cojitranco hizo una señal de inteligencia al labrador en el momento que salia del cuarto, y salió al instante al corredor, en donde le esperaba.

—¿Qué quieres, hijo mio? le preguntó Chatelain.

—¡Ay señor! ¡qué carga tan pesada tengo! ¡pero todo sea por Dios! Queria deciros que á veces mi pobre papá tiene unos ataques durante la noche, asi como convulsiones, y yo solo no puedo socorrerlo: si tuviera que llamar, ¿me oirían para venir á socorrerme?

—¡Pobre muchacho! dijo el labrador con interés; no tengas cuidado.... ¿Ves esa puerta al lado de la escalera?

—Sí señor, ya la veo....

—Pues bien, uno de los criados de la granja duerme ahí siempre; no tienes necesidad mas que de dispertarle, pues la llave está á la puerta; si es necesario vendrá á socorrer á tu padre.

—¡Ay señor! ¡entre ese criado de la granja y yo tal vez no podamos sujetar á mi pobre papá si le dan las convulsiones!... ¿no podriais venir tambien vos, que sois tan bueno.... tan bueno?

—Yo, hijo mio, duermo, asi como los demas trabajadores, muy lejos de aqui, en otras habitacio-

nes, á la otra parte del patio.. Pero no tengas cuidado. Juan René es vigoroso, seria capáz de sujetar un toro por los cuernos. Por otra parte, si necesitara que le ayudase alguno, iría á dispertar á la vieja cocinera, que duerme en el primer piso, junto á la habitacion de la señora y de la señorita.... en caso necesario sirve de enfermera, porque es muy cuidadosa.

—¡Oh! gracias, gracias, señor; voy á rogar á Dios por vos, porque sois muy caritativo para mi papá.

—Bien, hijo mio.... Vamos, buenas noches; yo confio que no necesitareis de nadie para contener á tu padre. Vuélvete, pues; tal vez te estará esperando.

—Voy corriendo.... Buenas noches, señor.

—¡Dios te guarde, hijo mio!

Y el anciano se marchó.

Apenas hubo vuelto la espalda, cuando el cojuelo le hizo un gesto estremadamente burlon é insultante, muy familiar á los *pilluelos* de París; gesto que consiste en llevar la mano izquierda á la nuca, dando con la palma de ella, y cada vez sacudir hácia adelante la mano derecha.

Con una astucia diabólica, aquel peligroso muchacho acababa de sorprender una parte de las noticias que queria adquirir para servir á los siniestros proyectos de la Mochuelo y el Dómine, y sabia ya que el cuerpo del edificio, en el que iba á pasar la noche, no estaba habitado mas que por la señora Jacinta, María, una vieja cocinera y un criado de la granja.

Jorobeta, al entrar en la habitacion que ocupaba en compañía del Dómine, se guardó bien de acercarse á él. Este último le oyó, y le dijo en voz baja:

—¿De dónde vienes, canalla?

—¡Vaya si es curioso el cegallon!...

—¡Oh! ¡ahora vas á pagarme todo lo que me has hecho sufrir esta noche, bribon! esclamó el Dómine, y se levantó furioso buscando á tientas á Joroneta, apoyándose en las paredes para guiarse. ¡Te he de ahogar, víbora maldita!

—¡Pobre papá!... ¡cuán alegre estás, pues quieres jugar á la gallina ciega con tu querido hijo! dijo Jorobeta riendo á carcajadas, y escapando con la mayor facilidad de la persecucion del Dómine.

Este, arrebatado al principio por un movimiento irreflexivo de cólera, no tardó mucho en verse obligado, como siempre, á renunciar á la persecucion del hijo del Zurdillo. Precisado á sufrir sus descaradas burlas hasta el momento en que pudiera vengarse sin peligro, el bandido, devorando su impotente ira, se arrojó sobre su cama blasfemando.

—¡Pobre papá! ¡Tienes dolor de muelas.... pues que hablas de ese modo! Si te oye jurar el señor cura, ¿qué habia de decir? Buena penitencia te esperaba....

—¡Bien, bien! dijo el bandido con voz sorda y contraida, despues de un largo silencio: ¡búrlate de mí, abusa de mi desgracia.... anda, cobarde.... vaya una generosidad!...

—¡Quién habló que la casa honró! esclamó Jorobeta riendo; ¡robando y matando á todo el que se le presentaba cuando no era cegallon, y ahora me viene hablando de generosidad!

—Pero yo no te he hecho nunca mal, y no debieras atormentarme asi....

—Se lo has querido hacer á la Mochuelo hace poco.... Y cuando pienso que querias quedarte aqui, haciendo el mándria, entre los labradores.... ¿querias tal vez ponerte á leche de burra?

—¡Miserable! si yo hubiera tenido la posibilidad de quedarme en esta granja, que quisiera ahora

que se la llevaran mil demonios, casi me lo hubieran impedido tus insolencias.

—¡Tú quedarte aquí! ¡vaya una broma! ¿Y quién hubiera sido el *jaco de batalla* de la señora Mochuelo? ¿tal vez yo? Gracias, yo no juego.

—¡Aborto infernal!

—¡Aborto! sí, tienes razon; yo digo como *mi tia* Mochuelo: «No hay cosa mas divertida como hacerte rabiar á mas no poder, siendo un hombron que me matarias de un puñetazo.... esto es mas *sabroso* que si fueras débil....» Estabas magnífico esta noche.... ¡vaya, qué comedia tan graciosa.... y solo para mí! A cada puntapié que te arrimaba á la sordina, la cólera te se subia á la cabeza, y tus ojos blancos se ponian encarnados, como si echasen sangre por los bordes; solo les faltaba un poquito de azul en medio, y hubieran sido tricolores.... dos verdaderas cucardas de sargentos de la guardia civil....

—Vamos, bien; quieres reirte, porque estás alegre.... sea en buen hora.... es cosa que lleva la edad.... ya no me enfado, dijo el Dómine con tono afectuoso, esperando ablandar á Jorobeta; pero en vez de estarte aquí martirizándome, harias mejor en acordarte de lo que te ha dicho la Mochuelo, á quien tanto quieres, y deberías examinarlo todo y sacar los sellos de las cerraduras con la cera. Ya has oido que han hablado de una gruesa suma de dinero que tendrán aquí el lunes. Volveremos aquí con los amigos, y daremos un buen golpe.... ¡Bah! bien necio era de quererme quedar aquí.... á los ocho dias de estar con estas gentes ya hubiera estado fastidiado.... ¿no es verdad, muchacho? dijo el bandido para adular á Jorobeta.

—Te aseguro, bajo palabra de honor, que te hubiera tenido lástima.... dijo el hijo del Zurdillo riendo.

—Sí, sí, puede darse aquí un buen golpe.... y aun cuando no hubiera aquí nada que robar, volveria á esta casa con la Mochuelo para vengarme, dijo el bandido con voz alterada por el furor y por el odio; porque no me queda duda que ha sido mi muger la que ha escitado contra mí á ese infernal Rodolfo: y al dejarme ciego, ¿no me puso él á la merced de todo el mundo.... de la Mochuelo, de un pilluelo como tú?... pero yo me vengaré de ella, puesto que no puedo vengarme de él.... sí, me vengaré de mi muger; ella pagará por todos.... aun cuando tuviera que pegar fuego á esta casa, y sepultarme en sus ruinas.... ¡Yo quisiera.... yo quisiera!...

—Lo que tú quisieras, vejete, ¿es saber dónde está tu muger? Y decir que ella está á diez pasos de tí.... ¡esto sí que es persecucion! Si yo quisiera, te acompañaría á la puerta de su alcoba.... sí, yo.... porque sé donde duerme, yo lo sé, sí señor, lo sé.... añadió Jorobeta.

—¿De veras? esclamó el Dómine con una alegría feroz; ¿lo sabes, de veras?...

—Ya te veo venir, dijo Jorobeta; voy á hacerte sostener sobre tus patas traseras, como á un perro, á quien se enseña un hueso.... ¡Atencion, viejo Azor!

—¿Tú sabes dónde está la alcoba de mi muger?... repitió el bandido volviéndose hácia el lado adonde se oia la voz de Jorobeta.

—Sí, lo sé; y lo mejor de todo es, que en el cuerpo del edificio que habitamos, no duerme mas que un solo criado de la granja; sé cuál es su puerta, y tiene la llave á la parte de afuera: ¡crac! una vuelta, y ya está encerrado.... ¡Vamos, de pie, viejo Azor!

—¿Quién te lo ha dicho? esclamó el bandido levantándose involuntariamente.

—Bien, Azor.... Al lado de la alcoba de tu muger, duerme una vieja cocinera.... otra vuelta de llave, y somos ya dueños de la casa, dueños de tu muger, y dueños de la jóven del manton gris que veníamos á robar.... Ahora daca la pata, viejo Azor, ¡daca la pata al momento!

—Mientes, mientes; ¿cómo has podido saber todo eso?

—Aunque soy cojo, no soy rana.... Hace un momento imaginé decir á ese viejo parlanchin, que por las noches solias padecer á veces de convulsiones, y le he preguntado dónde podria pedir ausilio si te atacaban.... Entonces me respondió, que si acaso sucedia, podria despertar al criado y á la cocinera, y me ha enseñado donde dormian.... uno abajo y la otra arriba, al lado del cuarto de tu muger.

Despues de un largo silencio, le dijo el Dómine con voz tranquila, pero con sincera y espantosa resolucion:

—Escúchame.... yo estoy bastante fuerte y robusto.... pues bien.... sí.... lo confieso.... he tenido hace un momento una esperanza que me hace parecer mi suerte mas horrible aun.... la cárcel, el presidio, la guillotina, son nada en comparacion de lo que estoy sufriendo desde esta mañana.... y esto lo tendré que soportar siempre.... Acompáñame á la alcoba de mi muger, aquí tengo mi puñal, la asesinaré.... Me matarán despues, pero poco importa.... el odio me sofoca.... me vengaré, y esto me aliviará.... Lo que ahora sufro, es demasiado, demasiado.... para mí, ante quien todo temblaba. ¡Ah! si tú supieras lo que padezco.... tendrias compasion de mí.... Hace rato que me parece que mi cráneo va á rebentar.... mis venas laten con violencia, mi cerebro se abrasa....

—¿Tienes jaqueca, vejete? está visto.... estornuda.... y está todo curado.... dijo Jorobeta con nuevas carcajadas. ¿Quieres un polvo?

Y dando fuertemente con la mano izquierda sobre el dorso de la derecha que tenia cerrada, como si hubiera dado sobre una caja de tabaco, añadió cantando:

Escelente tabaco
Tengo en mi caja,
Pero por mas que huelas,
¡Que no le catas!...

—¡Dios mio, Dios mio! ¡quieren volverme loco! esclamó el bandido, que verdaderamente estaba casi insensato por una especie de eretismo de venganza sanguinaria, ardiente, implacable, que buscaba en vano satisfacer. La exhuberancia de fuerza de este mónstruo no podia compararse mas que con su impotencia.

Era un lobo hambriento, furioso, hidrófobo, punzado durante todo un dia por un niño al través de las barras de su jaula, que sentia á dos pasos de sí una víctima que satisfaría á la vez su hambre y su furor.

Al último sarcasmo de Jorobeta, el bandido casi perdió enteramente la razon. A falta de víctima, quiso en su frenesí derramar su sangre.... Por un momento estuvo decidido á matarse; y si hubiera tenido en la mano una pistola, no hubiera vacilado en ejecutarlo. Sacó de su bolsillo un puñal, y lo empuñó para herirse.... pero por rápidos que fueron estos movimientos, la reflexion, el miedo, el instinto vital, fueron aun mas veloces. Faltó el valor al asesino, y su brazo armado volvió á caer sobre sus rodillas.

Jorobeta habia seguido sus movimientos con ojo

atento; y cuando vió el desenlace inofensivo de aquella escena trágica, esclamó riendo:

—Muchacho, avisa á los sepultureros, y dispon lo necesario para el entierro....

El Dómine, temiendo perder la razon en un último é inútil esfuerzo de furor, no quiso oir, si puede decirse asi, este nuevo insulto de Jorobeta, que se burlaba tan insolentemente de la cobardía de un asesino que retrocedia ante el suicidio. Desesperando escapar á lo que él llamaba por una especie de fatalidad vengativa, la *crueldad* de aquel niño malvado, el bandido quiso tentar un último esfuerzo, dirigiéndose á la ambicion de Jorobeta.

—¡Oh! le dijo en tono casi suplicante: condúceme á la puerta de mi muger: tú tomarás cuanto quieras en su cuarto, y luego te salvarás: me dejarás solo.... ¡grita si quieres al asesino!... Me prenderán y me matarán en el acto.... ¡tanto mejor!... moriré vengado, puesto que no tengo valor de acabar por mi mismo.... ¡Oh! condúceme, sí, condúceme; estoy bien seguro que en su habitacion hay oro, hay alhajas: todo será para tí.... para tí solo.... ¿lo oyes?... para tí solo; yo no te pido mas que me acompañes á la puerta de su alcoba....

—Sí.... ya lo comprendo.... quieres que te lleve á su puerta.... luego á su cama.... y luego que te diga dónde has de darle; y luego, en fin, que guie tu brazo, ¿no es verdad? ¡Quieres hacerme servir de mango de tu puñal!... ¡mónstruo infernal! repuso Jorobeta con una espresion de desprecio, de cólera y horror, que por la primera vez en todo aquel dia puso séria su cara de garduña, hasta entonces burlona y desvergonzada: antes me matarás, que obligarme á que te conduzca á esa alcoba.

—¿Lo rehusas?

El hijo del Zurdillo no respondió nada, y se acercó con los pies desnudos y sin ser oido del Dómine, que sentado sobre la cama, tenia siempre el puñal en la mano: luego, con una agilidad y una destreza maravillosas, Jorobeta le cogió aquella arma, y de un brinco estuvo al otro lado del cuarto.

—¡Mi puñal! ¡mi puñal! esclamó el bandido tendiendo los brazos.

—No, no, porque serias capáz mañana por la mañana de querer hablar con tu muger, y arrojarte sobre ella para matarla.... puesto que eres bastante fuerte, como tú dices, pero tambien tan cobarde, que no te atreves á matarte tú mismo....

—¡Tambien tú defiendes á mi muger! esclamó el bandido, cuyas ideas empezaban á turbarse. ¿Eres, acaso, el demonio en forma humana? ¿En dónde estoy? ¿por qué la defiendes?

—Para hacerte rabiar.... replicó Jorobeta; y su fisonomía volvió á tomar su aire sarcástico.

—¡Ah! murmuró el Dómine en una enagenacion completa; ¡pues bien! ¡voy á poner fuego á la casa!... nos quemaremos todos, sí, todos.... estoy decidido.... La luz.... la luz....

—¡Ah, ah, ah! esclamó Jorobeta volviendo á soltar la carcajada. Sopla, vivo te lo doy, que si muerto me lo dás, tú lo pagarás: si no te se hubiera apagado la luz de tus ojos.... y para siempre.... hubieras visto como la nuestra hace ya una hora que está apagada.... y volvió á sus carcajadas.

El Dómine lanzó un sordo gemido; tendió los brazos, y cayó sobre el suelo, la cara contra tierra, herido de un acceso de sangre á la cabeza, y quedó sin movimiento.

—¡Ya te entiendo, viejo canalla!... dijo Jorobeta; esa es una treta para hacerme ir á tu lado para

echarme el guante.... Cuando te hayas cansado de estar echado sobre el suelo, ya te levantarás.

Y el hijo del Zurdillo, decidido á no dormirse por miedo de ser sorprendido á tientas por el Dómine, se quedó sentado en su silla, con los ojos fijos sobre el bandido, persuadido de que este le tendia un lazo, y sin creerlo de modo alguno en peligro. Para emplear el tiempo agradablemente, Jorobeta sacó misteriosamente un bolsillo de seda, y contó lentamente y con miradas de codicia y júbilo las diez y siete monedas de oro que contenia.

El lector habrá ya adivinado la fuente de las riquezas mal adquiridas de Jorobeta.

Cuando Mad. de Harville iba á ser sorprendida por su esposo en la cita fatal que habia dado al comandante, Rodolfo le entregó un bolsillo, y dijo á la jóven marquesa que subiera al quinto piso á casa de Morel, con pretesto de llevarle algunos socorros. La señora de Harville subia rápidamente la escalera, llevando en la mano el bolsilllo, cuando Jorobeta, que bajaba de casa del charlatan, atisbó el bolsillo, afectó caerse sobre la marquesa, dió contra ella, y al tiempo del choque lo robó sutilmente. Mad. de Harville, atemorizada oyendo los pasos de su marido, se habia apresurado á llegar al quinto piso, sin poderse quejar del robo atrevido del cojuelo.

Despues de haber contado y recontado su dinero, no oyendo ningun ruido en la granja, salió Jorobeta, descalzo, con oido atento, cubriendo la luz con su mano, para sacar una copia de las cerraduras de las cuatro puertas que se abrian sobre el corredor, dispuesto á decir si lo sorprendian fuera del cuarto, que iba á buscar ausilio para su padre.

Al entrar Jorobeta, encontró al Dómine tendido del mismo modo.... Inquieto por un momento,

prestó oido, y observó que el bandido respiraba libremente, y creyó que prolongaba indefinidamente el ardid.

—¿Sigue la farsa, viejo marrullero? le dijo.

Una casualidad habia salvado al Dómine de una congestion cerebral, tal vez mortal. Su caida habia producido una abundante y saludable hemorragia nasal.

Cayó en seguida en una especie de estupor febril, medio soñoliento, medio delirante, y tuvo entonces este sueño estraño y espantoso.

CAPÍTULO X.

EL SUEÑO.

El Dómine soñaba lo siguiente:

Veía á Rodolfo en la casa del paseo de las Viudas. Todo seguia en el mismo estado en el salon en donde habia sufrido el bandido su horrible suplicio. Rodolfo estaba sentado detrás de la mesa sobre la que se hallaban los papeles del Dómine y el Espíritu-Santo de lápiz-lazuli que él habia regalado á la Mochuelo. La fisonomía de Rodolfo es grave y triste. A su derecha está de pie el negro David, impasible y silencioso: á su izquierda el Terrible, que observa esta escena con aire estupefacto.

El Dómine no es ciego aun; pero vé al través de un liquido sanguíneo que llena la cavidad de sus órbitas. Todos los objetos se le presentan teñidos de un color rogizo.

Asi como las aves de rapiña se ciernen inmóviles en los aires sobre la víctima á quien fascinan antes de devorar, asi vé el Dómine sobre su cabeza un monstruoso mochuelo, que tiene por cabeza la horrible cara de la tuerta.... Aquel animal dirige incesantemente sobre él su ojo redondo, flamígero y verduzco. Aquella mirada contínua pesa sobre su pecho con una gravedad inmensa.

De la misma manera que habituándose á la oscuridad se llegan á distinguir objetos al principio inperceptibles, el Dómine percibia que un inmenso lago de sangre le separa de la mesa en donde se halla Rodolfo.

Este juez inflexible toma poco á poco, del mismo modo que el Terrible y el negro, proporciones colosales.... Estos tres fantasmas llegan á tocar el techo, que va tambien elevándose.

El lago de sangre está tranquilo y terso, como un espejo encarnado. El Dómine vé reflejar en él su horrible imágen. Pero bien pronto esta imágen se borra por el hervidero de las olas que se alborotan. De su agitada superficie se eleva como la exhalacion fétida de un pantano, de una neblina lívida de aquel color violado propio de los labios de los asesinados.

Pero á medida que aquella neblina asciende.... las figuras de Rodolfo, del Terrible y del negro, continúan tambien creciendo, creciendo, de una manera incomensurable, y dominan siempre el siniestro vapor. En medio de este vapor, vé el Dómine aparecer espectros pálidos, escenas mortíferas, de que él es el protagonista.... En aquel espejo fantástico, descubre en primer lugar á un anciano de corta estatura y cabeza calva: lleva una levita oscura y una gorra con visera verde, y está ocupado, en un aposento desmantelado, en contar

y arreglar á montones varias monedas de oro, á la luz de una lámpara. Al través de la ventana, alumbrada por la pálida luna que blanquea la cima de algunos grandes árboles agitados por el viento, se vé el Dómine á si mismo á la parte de afuera.... acercando á los cristales su horrible semblante. Sigue los menores movimientos del anciano con vista activa y perspicáz.... luego rompe un cristal, abre la vidriera, salta de un brinco sobre su víctima, y le clava un largo puñal entre las espaldillas.

La accion es tan rápida, el golpe tan pronto, tan seguro, que el cadáver del anciano queda sentado sobre la silla....

El asesino quiere retirar el puñal... de aquel cuerpo muerto, pero no puede.... redobla sus esfuerzos... pero en vano. Quiere entonces abandonar su puñal.... Imposible.... la mano del asesino está clavada al mango del puñal, del mismo modo que la hoja del puñal lo está al cadáver del asesinado....

El matador oye entonces ruido de espuelas y de sables en la pieza vecina, y para escapar á cualquiera precio, quiere llevarse con él el pequeño cuerpo del anciano, del que no puede separar su cuchillo ni su mano.... pero tampoco puede conseguirlo.... aquel débil cadáver pesa como una masa de plomo. A pesar de sus fuerzas hercúleas, á pesar de sus desesperados esfuerzos, no puede levantar tan enorme peso.

El ruido de los pasos y de los sables se acerca mas y mas.... La llave dá vueltas en la cerradura.... la puerta se abre.... La vision desaparece.... y entonces el mochuelo agita sus alas gritando:

—¡ESTE ES EL VIEJO RICHARD DE LA CALLE DE ROULE.... TU PRIMER ENSAYO DE ASESINATO.... DE ASESINATO.... DE ASESINATO!...

El vapor que cubria el lago de sangre va vol-

viendo á hacerse trasparente, y deja ver un nuevo espectro.

El dia empieza á asomar, la niebla es espesa y sombría.... Un hombre vestido á la manera que suelen ir los mercaderes de ganado, está tendido muerto sobre la orilla de un gran camino. La tierra removida, la yerba arrancada, prueban que la víctima ha hecho una resistencia desesperada.... Este hombre tiene cinco heridas sangrientas en el pecho.... Está muerto, y sin embargo silba á sus perros, y grita pidiendo socorro: ¡á mí.... á mí!... Pero silba y dá voces por sus cinco grandes heridas, cuyos bordes anchurosos.... se agitan como labios que estuvieran hablando.... Estos cinco gritos, estos cinco silbidos simultáneos, saliendo de aquel cadáver por la *boca* de sus heridas, causan espanto.... En este momento el mochuelo bate sus alas y parodia los gemidos fúnebres de la víctima, dando cinco carcajadas, pero con una risa estridente, feróz, como la risa de los locos, y esclama:

—¡Este es el mercader de ganado de Poissy!... ¡asesino!... ¡asesino!... ¡asesino!...

Ecos subterráneos y prolongados repiten entonces con estrépito las risas siniestras del mochuelo, y luego parece que se vayan á perder en las entrañas de la tierra. A este ruido, dos grandes perros negros como el ébano, con los ojos centelleantes como carbones encendidos, que se hallan siempre junto al Dómine, empiezan á ladrar y dar vueltas á su alrededor con una rapidéz vertiginosa. Casi le tocan, y sus ladridos son tan lejanos, que parecen llevados por el viento de la mañana. Poco á poco los espectros se van quedando de un color mas pálido, se borran como las sombras, y desaparecen en el lívido vapor, que no cesa de subir.

Una nueva exhalacion cubre la superficie del

lago de sangre, y se coloca sobre él. Es una especie de niebla verduzca trasparente, semejante á la que resultaria del corte vertical de un canal lleno de agua. Primeramente se vé el cauce del canal, cubierto de un fango espeso lleno de reptiles, ordinariamente imperceptibles á la vista, pero que habiendo aumentado de volúmen como si se les mirase con un microscopio, toman aspectos monstruosos, proporciones enormes relativamente á su magnitud natural. Aquello no es la lama comun de los estanques; es una masa compacta, viviente, que se agita sin cesar; un entrecruzamiento inestricable que horniguea y pulula tan estrecha, tan espesamente, que una sorda é imperceptible ondulacion mueve apenas el nivel de aquel fango, ó mas bien, de aquel banco de animales impuros. Por encima se desliza lentamente una agua fangosa, muerta, que arrastra en su pesado curso las inmundicias que continuamente vomitan los sumideros de una gran ciudad, llevando los restos de toda clase de cadáveres de animales.

De repente el Dómine oye el ruido de un cuerpo que cae pesadamente en el agua. Aquella agua, en su brusco reflujo salpica el rostro del bandido.... Al través de una porcion de burbujas de aire, que suben á la superficie del canal, vé sumirse rápidamente una muger que lucha.... que lucha.... Y se vé á sí mismo y á la Mochuelo marcharse precipitadamente de los bordes del canal de San Martin, llevándose una caja envuelta con una tela negra. Sin embargo, asiste á todas las fases de la agonía de la víctima, que él y la tuerta acaban de arrojar en el canal. Despues de esta primera inmersion, vé á la muger que sube á flor de agua, y agita precipitadamente sus brazos, como uno que no sabiendo nadar, ensaya en vano su salvacion. Oyese luego

un gran grito.... Este grito estremo, desesperado, se termina por el ruido sordo y reprimido de una ingurgitacion involuntaria.... y la muger desciende por segunda vez al fondo del agua. El mochuelo, que se mantenia siempre inmóvil, parodia entonces el estertor convulsivo de la ahogada, como habia parodiado los gemidos del ganadero, y repite en medio de fúnebres carcajadas:

—*Glo.... Glo.... Glo....*

Los ecos subterráneos repiten estos gritos.

Sumergida de nuevo la muger ahogada, hace á pesar suyo un violento movimiento de aspiracion; pero en vez de aire, es agua lo que aspira.... Entonces su cabeza se inclina hácia atrás; el rostro se inyecta de sangre y se pone amoratado; su cuello lívido é hinchado; sus brazos se ponen tiesos y en una última convulsion; la ahogada, agonizante, agita sus pies que descansaban sobre el lodazal. Entonces es rodeada de una nube de cieno negruzco, que sube con ella á la superficie del agua.

Apenas la ahogada exhala su último suspiro, se halla ya cubierta de un enjambre de microscópicos reptiles, habitadores voraces y horribles del cieno de los pantanos.... El cadáver queda un momento á flor de agua, oscila aun un poco, luego se abisma lenta y horizontalmente, los pies algo mas bajos que la cabeza, y empieza á seguir entre dos aguas el curso del canal. A veces el cadáver dá una vuelta sobre sí mismo, y su cara se encuentra de frente al Dómine: entonces el espectro le mira fijamente con sus dos ojos azulados, vidriosos y opacos.... sus labios violados se agitan.... El Dómine está lejos de la ahogada, y sin embargo siente murmurar junto á su oido.... *glo.... glo.... glo....* acompañando estas estrañas palabras con el ruido singular que hace una botella sumergida al llenarse de agua.

El mochuelo repite *glo.... glo.... glo....* agitando sus alas, y esclama:

—¡Esa es la muger del canal de San Martin!... ¡asesino!... ¡asesino!... ¡asesino!...

Los ecos subterráneos repiten estas palabras; pero en lugar de perderse poco á poco en las entrañas de la tierra, se vuelven mas fuertes, y parece que se acerquen. El Dómine cree que aquellas carcajadas resuenan desde el uno al otro polo.... La vision de la ahogada, desaparece.

El lago de sangre, á cuya opuesta estremidad veía el bandido contínuamente á Rodolfo, toma un color negro bronceado: luego se vuelve rojo, y se cámbia bien pronto en un líquido ardiente como metal puesto en fusion; y luego, este lago de fuego se eleva y va subiendo hácia el cielo como una manga inmensa. Es ya un horizonte incandescente como el hierro hecho ascua. Este horizonte inmenso, infinito, deslumbra y quema á un tiempo la vista del Dómine, que clavado en su asiento, no puede separar sus miradas.... Entonces, sobre este fondo de lava ardiente, cuya reverberacion le devora, vé pasar uno á uno y con lentitud los espectros negros y gigantescos de sus victimas....

—¡La linterna magica de los remordimientos.... de los remordimientos.... de los remordimientos!...

Esclamó el mochuelo batiendo sus alas y riendo á carcajadas.

A pesar de los dolores intolerables que le causa esta contemplacion incesante, el Dómine tiene siempre la vista fija sobre los espectros que se agitan en aquel lienzo inflamado. Entonces esperimenta una sensacion terrible. Pasando por todos los grados de una tortura sin nombre, á fuerza de mirar aquella hoguera volcánica, siente que las pupilas, que han reemplazado la sangre que lle-

naba sus órbitas, van poniéndose calientes, quemantes, y se funden en aquel hornillo, humean, hierven, y en fin, se calcinan en sus cavidades como en dos crisoles de hierro candente. Por una espantosa facultad, despues de haber *visto* y sentido las trasformaciones sucesivas de sus pupilas hasta que se han hecho ceniza, cae nuevamente en las tinieblas de su primitiva ceguera.

Pero hé aqui que de repente sus dolores intolerables se calman como por encanto. Una brisa aromática, de una frescura deliciosa, ha pasado sobre sus órbitas, ardientes aun. Esta brisa es una mezcla suave de los olores que en la primavera exhalan las flores campestres bañadas del húmedo rocío matinal. El Dómine oye á su alrededor un susurro ligero como el de las blandas ráfagas que juegan con el follage, como el de un manantial de agua viva que se desliza murmurando sobre su cauce de guijarros y de musgo. Millares de avecillas gorgean de cuando en cuando las mas melodiosas fantasías: cuando callan, voces infantiles de una angélica pureza, cantan palabras estrañas, desconocidas; palabras, por decirlo asi, aladas, que el Dómine oye subir á los cielos con un ligero estremecimiento.

Un sentimiento de bienestar moral, de una suavidad y languidéz indefinibles, se apodera poco á poco de él. Espansion del corazon, enagenamiento de imaginacion, movimiento de alma, de que ninguna impresion física, por mas fuerte que sea, podrá dar una idea. El Dómine se siente mecer suavemente en una esfera luminosa, etérea, y le parece que se eleva á una distancia inmensa de la humanidad.

.....

Despues de haber gozado por algunos momentos de esta felicidad sin nombre, se encuentra en el

tenebroso abismo de sus pensamientos habituales.

Continúa soñando, pero no es mas que un bandido con mordaza, que blasfema y se condena en accesos de impotente furor.

Resuena una voz sonora y solemne.... ¡Es la voz de Rodolfo!

El Dómine se estremece: cree estar soñando; pero el espanto que le inspira Rodolfo es tan formidable, que hace, pero en vano, todos los esfuerzos posibles para escapar á esta nueva vision.

La voz habla.... el bandido escucha.... El acento de Rodolfo no está irritado; está, al contrario, lleno de tristeza y de compasion.

—«Pobre miserable, dijo al Dómine; la hora del arrepentimiento no ha sonado aun para tí.... solo Dios sabe cuándo sonará.... El castigo de tus crímenes está aun incompleto. Has sufrido, pero todavía no has expiado: el destino prosigue su obra de alta justicia.... Tus cómplices se han cambiado en verdugos: una muger y un niño te sujetan y atormentan.... Cuando te mandé imponer un castigo terrible como tus crimenes, ya te lo dije.... sí, te lo dije.... acuérdate de mis palabras: *Tú has abusado criminalmente de tu fuerza.... los mas vigorosos, los mas fuertes, temblaban en tu presencia: tú temblarás ante los mas débiles....* Has abandonado el oscuro retiro en que podias vivir para el arrepentimiento y la expiacion.... Has tenido miedo al silencio y á la soledad.... Hace un momento has envidiado la vida apacible de los labradores de esta granja.... ¡pero era ya tarde.... demasiado tarde! ¡Te has arrojado casi sin defensa en medio de una turba de malvados y asesinos, y tienes miedo de permanecer mas tiempo al lado de las gentes honradas en donde te se habia colocado!...

Has querido adormecer tus sentidos por nuevas maldades.... Has desafiado ferozmente al que habia querido privarte de la posibilidad de dañar á tus semejantes, y este criminal desafío ha sido vano. A pesar de tu audacia, á pesar de tu maldad, á pesar de tu fuerza, estás encadenado.... La sed de crímenes te devora, y no puedes satisfacerla.... Hace un momento, en un espantoso y sanguinario eretismo, has querido asesinar á tu muger: ella está ahí, bajo el mismo techo que tú: duerme sin defensa, y tú tienes un puñal: su alcoba está á dos pasos; ningun obstáculo te impide llegar hasta ella; nada puede sustraerla á tu furor; nada mas que tu impotencia....

El sueño que has tenido, el que ahora tienes, podrian servirte de una gran leccion, podrian salvarte.... Las imágenes misteriosas de este sueño, tienen un profundo sentido.... El lago de sangre en que te se han aparecido tus víctimas.... es la sangre que has derramado.... La lava ardiente que lo ha reemplazado.... es el devorador remordimiento que debiera haberte consumido, á fin de que Dios algun dia, tomando en cuenta tus largos tormentos, te llamara á su seno.... y te hiciera gozar las dulzuras inefables del perdon. ¡Pero no sucederá asi.... no, no! estos avisos serán inútiles.... lejos de arrepentirte, echarás de menos cada dia con horribles blasfemias el tiempo en que cometias aquellos crímenes.... ¡Ah! De esta lucha contínua entre tus instintos sanguinarios y la imposibilidad de satisfacerlos, entre tus hábitos de opresion feroz y la necesidad de someterte á séres tan débiles como crueles, ¡resultará para tí una suerte tan horrible y cruel!... ¡Oh, pobre miserable!...»

Y la voz de Rodolfo se alteró. Callóse un momento, como si la emocion y el espanto le hubie-

ran impedido continuar.... El Dómine sintió que se le erizaban los cabellos sobre la frente.... ¿Cuál era, pues, su suerte?... ¿qué podia aplacar á su verdugo?...

—«La suerte que te espera es tan espantosa, repuso Rodolfo, que aunque Dios en su venganza inexorable y omnipotente quisiera hacerte expiar á tí solo los crímenes de todos los hombres, no inventaria un suplicio mas espantoso.... ¡Infeliz! ¡infeliz de tí! La fatalidad quiere que sepas el espantoso castigo que te espera, y quiere asimismo que no hagas nada para libertarte de él.... Vas á descubrir tu porvenir...»

Parecióle al Dómine que volvia á adquirir la vista.... abrió los ojos.... y vió....

Pero quedó tan espantado de la vision, que lanzó un grito penetrante, y despertó sobresaltado de aquel horrible sueño.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

CAPÍTULO XI.

LA CARTA.

Las nueve de la mañana estaban dando en el relox de la granja de Bouqueval, cuando la señora Jacinta entraba sin hacer ruido alguno en el cuarto de María.

El sueño de esta jóven era tan ligero, que se despertó casi al momento. Un brillante sol de invierno lanzaba sus rayos al través de las persianas y las cortinas de tela de Persia, y esparcia un tinte rojizo en la habitacion de la Guillabaora, y daba á su pálido semblante los colores que le faltaban.

—Y bien, hija mia, dijo la señora Jacinta sentándose sobre la cama de la jóven, y dándole un beso en la frente; ¿cómo te encuentras?

—Algo mejor, señora.... os doy las gracias....

—¿No te has despertado esta mañana temprano?

—No señora....

—Tanto mejor. Ese pobre ciego y su hijo que se han hospedado esta noche aqui, han querido marchar al amanecer; y yo temia que el ruido que han hecho al abrir las puertas, te despertase....

—¡Pebrecillos! ¿por qué se han marchado tan pronto?

—No lo sé: ayer noche, asi que estuviste algo sosegada, bajé á la cocina para verles; pero los dos estaban tan cansados, que habian pedido permiso para acostarse. Chatelain me ha dicho que el ciego parecia no estar en completo juicio, y todos en la quinta están admirados de las afectuosas atenciones del hijo de ese infeliz. Pero mira, María, has tenido una poca calentura, y no quiero que te espongas al frio: hoy no saldrás de esta habitacion.

—Perdonad, señora; pero es preciso que vaya al presbiterio esta tarde á las cinco: el señor cura me espera.

—Eso seria una imprudencia: estoy segura que has pasado mala noche: tus ojos están cargados, y manifiestan que has dormido poco.

—Es verdad.... y he tenido tambien sueños espantosos.... He visto en sueños á la muger que me atormentaba cuando era niña, y me he despertado sobresaltada.... llena de miedo.... Es una debilidad ridícula que me avergüenza.

—¡Y á mí me aflige tambien esa debilidad, porque te hace padecer, hija mia! dijo la señora Jacinta con un tierno interés, viendo llenarse de lágrimas los ojos de la Guillabaora.

Esta se arrojó al cuello de su madre adoptiva, y ocultó su rostro en su seno.

—¡Dios mio! María, ¿qué tienes? ¡Me das miedo!

—Sois tan buena para mí, señora, que me avergüenzo de no haberos confiado lo que he confiado

al señor cura: mañana os lo dirá todo él mismo, porque me costaria demasiado repetiros esta confesion....

—Vamos, vamos, hija mia, tranquilízate: estoy segura que en ese gran secreto que has comunicado al señor cura, hay mas digno de alabanza que de vituperio. No llores de ese modo, porque me haces poner triste.

—Perdonad señora; pero sin saber por qué, hace dos dias que se me oprime el corazon á cada momento.... A pesar mio se me saltan las lágrimas.... Tengo negros presentimientos.... y me parece que me va á suceder alguna desgracia....

—¡María!... ¡María! Te reprenderé si te afectas de ese modo por temores imaginarios. ¿No tenemos bastantes pesares reales, para que nos creemos otros que no existen?

—Teneis razon, señora; he hecho mal: trataré de vencer esta debilidad.... ¡Pero si supieseis cuánto me reprendo á mí misma el no estar siempre alegre, risueña y feliz.... como deberia estarlo! ¡ah! mi tristeza debe pareceros ingratitud.

La señora Jacinta iba á tranquilizar á la Guillabaora, cuando entró Claudina despues de haber llamado á la puerta.

—¿Qué quieres, Claudina?

—Señora, acaba de llegar Pedro en el cabriolé de la señora Dubreuil, y trae de Arnouville esta carta para vos, y dice que está de prisa.

La señora Jacinta leyó en alta voz lo siguiente:

«Querida amiga: Me haríais un gran servicio y sacaríais de un apuro, si vinierais inmediatamente á la granja: Pedro os llevará y os volverá despues de comer. No sé verdaderamente qué hacer. Mi marido está en Pontoise, adonde ha ido para la venta de lanas, y recurro á vos y á María. Clara

saluda á su querida hermana, y la espera con impaciencia. Procurad venir antes de las once, para almorzar con nosotras.

Vuestra sincera amiga,

JUANA DE DUBREUIL.»

—¿Qué le ocurrirá á nuestra amiga? dijo la señora Jacinta á María. Felizmente, el tono de la carta indica que no se trata de cosa de mucha gravedad....

—¿Quereis que os acompañe? preguntó la Guillabaora.

—No será tal vez muy prudente, porque hace mucho frio. Pero sin embargo, repuso la señora Jacinta, esto te distraerá: arrópate bien, y podrá serte favorable este corto paseo....

—Pero, señora, ¿habeis olvidado que el señor cura me espera esta tarde á las cinco en el presbiterio?

—Tienes razon: pues bien, te prometo que antes de las cinco estaremos de vuelta.

—Gracias, señora; me alegraré mucho de ver á la señorita Clara....

—¡La *señorita Clara!*... dijo la señora Jacinta en tono de amorosa reconvencion; ¿dice ella, acaso, la *señorita María* cuando habla de tí?

—No señora.... respondió la Guillabaora bajando los ojos; pero yo....

—¡Tú!... eres muy cruel contigo misma, y no piensas mas que en atormentarte: olvidas ya las promesas que acabas de hacerme. Vístete pronto, con ropa de abrigo, y podremos llegar antes de las once á Arnouville.

Luego, saliendo con Claudina, la señora Jacinta la dijo:

—Que espere un poco Pedro, que al momento estamos dispuestas.

CAPÍTULO XII.

RECONOCIMIENTO.

Media hora despues de esta conversacion, la señora Jacinta y María subian en uno de aquellos carruages de que sé sirven los ricos hacendados de las cercanías de París. Bien pronto aquel cabriolé, tirado de un vigoroso caballo, guiado por Pedro, rodó rápidamente por el camino cubierto con césped, que conduce de Bouqueval á Arnouville.

Los vastos edificios y numerosas dependencias de la quinta esplotada por Mr. Dubreuil, atestiguaban la importancia de esta magnífica posesion que la señorita Cesarina de Noirmont habia llevado en dote al duque de Lucenay.

Los chasquidos del látigo de Pedro, advirtieron á la señora Dubreuil de la llegada de María y de la señora Jacinta, y al bajar estas del carruage,

fueron alegremente recibidas de Clara y su madre.

La señora Dubreuil tendria unos cincuenta años; su fisonomía era tranquila y afable: las facciones de su hija, jóven, con ojos azules, megillas frescas y encarnadas, respiraban candor y bondad.

La Guillabaora quedó maravillada cuando Clara saltó á su cuello, y vió á su amiga vestida como ella de aldeana, en vez de ir con su vestido de costumbre.

—¿Cómo es eso? ¿Tambien vos Clara, tambien vos *disfrazada* de aldeana? dijo la señora Jacinta abrazando á la jóven.

—Pues qué, ¿no es preciso que imite en todo á su hermana María? dijo la señora Dubreuil. No nos ha dejado parar hasta que ha tenido su jubon, su saya, y todo el vestido como María.... Pero dejemos estar los caprichos de estas niñas, dijo madama Dubreuil suspirando: venid, y os contaré mis apuros.

Al llegar al salon con su madre y la señora Jacinta, Clara se sentó junto á María, la dió el mejor sitio junto al fuego, la tomó una mano entre las suyas para ver si estaban muy frias, la volvió á abrazar, y la llamó por lo bajo su picarona hermanita, dándola quejas por el largo intervalo que guardaba en sus visitas.

Si el lector no ha olvidado la conversacion de la pobre Guillabaora y del cura, comprenderá que ella debia recibir estas caricias tiernas é ingénuas con una mezcla de humildad, de placer y de temor.

—¿Y qué es lo que os sucede, mi querida Dubreuil? dijo la señora Jacinta; ¿en qué puedo serviros?

—¡Dios mio! En muchas cosas, y ahora os lo voy á esplicar. Ya sabeis, segun creo, que esta granja

pertenece en propiedad á la señora duquesa de Luceñay, y con ella es con quien nosotros nos entendemos directamente, sin contar para nada con el apoderado del señor duque.

—En efecto, ignoraba esta circunstancia.

—Vais, pues, á saber por qué os la manifiesto.... Como digo, la señora duquesa, ó bien la señora Simon, su primera camarera, es la que recibe el importe del arrendamiento de la quinta. La señora duquesa es tan buena, tan buena, aunque un poco viva, que es un placer verdadero el tener relaciones con ella: mi marido y yo nos arrojaríamos al fuego por complacerla.... ¡Toma! eso es muy natural: la he conocido pequeñita cuando venia aqui con su padre el difunto duque de Noirmont.... Hace poco tiempo que nos pidió seis meses adelantados de arriendo.... Cuarenta mil francos; esta cantidad no se encuentra, como quien dice, detrás de la puerta.... pero nosotros teníamos esta suma reservada para el dote de Clara, y de la noche á la mañana tuvo la señora duquesa su dinero en buenos luises de oro.... ¡Esas grandes señoras necesitan tanto para su lujo!... Sin embargo, solamente hace un año que la señora duquesa es mas exacta en cobrar su arrendamiento: antes parecia no tener jamás necesidad de dinero.... pero ahora es muy diferente.

—Hasta el presente, amiga mia, no veo aun en qué pueda serviros.

—Voy á ello, voy á ello. Os he dicho todo esto para daros á entender que la señora duquesa tiene puesta en nosotros toda su confianza.... Sin contar que á la edad de doce ó trece años fué madrina de Clara, en compañía de su padre.... y siempre se ha acordado de su ahijada.... Ayer tarde, pues, recibi por un propio esta carta de la duquesa:

«Es absolutamente indispensable, mi querida señora Dubreuil, que el pabellon pequeño del jardin se arregle para pasado mañana por la tarde: haced trasportar alli todos los muebles necesarios, tapices, colgaduras, etc. etc. En fin, que nada falte, y que esté todo lo mas *confortable* que sea posible....»

—¡*Confortable!* ¿lo entendeis, señora Jacinta? y está subrayada la palabra, dijo la señora Dubreuil mirando á su amiga con aire meditabundo é inquieto, y luego continuó:

«Haced encender fuego de dia y de noche en el pabellon, para privarle de la humedad, porque hace mucho tiempo que no se le ha habitado. Tratareis á la persona que vaya á esa, como me trataríais á *mí misma*. Una carta que os entregará esta persona, os instruirá de lo que espero de vuestro celo, al que tan agradecida estoy. Cuento con él nuevamente, sin temor de abusar, porque sé cuán buena sois y lo que me amais. Adios, mi querida amiga. Un abrazo á mi linda ahijada, y creed en el afecto que os profesa

CESARINA NOIRMONT DE LUCENAY.»

«P. D. La persona de que os hablo llegará pasado mañana por la tarde. Sobre todo os encargo que no olvideis poner el pabellon lo mas *confortable* que se pueda.»

—Ya lo veis; ¡vuelta con la palabra subrayada! dijo Mad. Dubreuil metiendo en su bolsillo la carta de la duquesa de Lucenay.

—¡Y bien! no hay cosa mas sencilla, contestó la señora Jacinta.

—¡Cómo muy sencilla! ¡pues me gusta! ¿No lo habeis comprendido? La señora duquesa quiere que el pabellon esté lo mas *confortable* que sea po-

sible, y por esto os he rogado que vinierais. Clara y yo nos hemos devanado los sesos buscando qué queria decir *confortable*, y no hemos podido comprenderlo.... Y eso que Clara ha sido pensionista en Villier-le-Bel, y se ha llevado qué sé yo cuántos premios en historia y geografía.... Pues á pesar de todo, no ha podido adelantar mas que yo respecto á esa palabra: es preciso que sea una palabra de la córte ó del gran tono.... Ya veis en qué confusion debe ponernos; pues la señora duquesa quiere que el pabellon esté *confortable*, subraya la palabra, la repite dos veces, y nosotras no sabemos lo que quiere decir.

—Gracias á Dios, yo podré esplicaros ese gran misterio, dijo sonriendo la señora Jacinta: *confortable*, en esta ocasion, quiere decir un aposento cómodo, bien amueblado, bien caliente; una habitacion, en fin, que no falte nada de lo que sea necesario, y aun supérfluo.

—¡Ah! ¡Dios mio! ya comprendo; pero entonces aun estoy en mayores confusiones. La señora duquesa habla de tapices, de muebles y de muchas *etceteras*, y nosotros no tenemos aqui tapices, y nuestros muebles son de lo mas regulares; y luego, en fin, yo no sé si la persona que ha de venir es caballero ó señora, y necesariamente ha de estar todo dispuesto para mañana á la tarde.... ¡Qué hemos de hacer! ¡qué hemos de hacer! aqui no puede buscarse. En verdad, señora Jacinta, que esto es capáz de volverme loca.

—Pero mamá, dijo Clara; toma los muebles de mi cuarto, y mientras tanto iré á Bouqueval á pasar tres ó cuatro dias con María.

—¡Buenos están los muebles de tu cuarto! dijo Mad. Dubreuil encogiéndose de hombros; ¡te parece á tí que eso es bastante.... bastante *confor-*

table.... como dice la señora duquesa! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡dónde van á buscar semejantes palabras!

—¿Ese pabellon está ordinariamente deshabitado? preguntó la señora Jacinta.

— Sí señora: es una casita que está sola al otro lado del jardin. El príncipe la habia hecho edificar para la señora duquesa cuando era pequeñita, y cuando venia á la quinta con su padre, lo ocupaba ella. Hay tres hermosas habitaciones, y al fin del jardin una lechería suiza, en donde la señora duquesa, cuando era niña, se divertia jugando á la lechera. Desde que se casó no la hemos visto en la quinta mas que dos veces, y en cada una ha pasado un rato en el pabellon. La primera vez, hará seis años, vino á caballo con....

Luego, como si la presencia de María y de Clara la impidiera decir mas, la señora Dubreuil replicó:

—Pero yo hablo y hablo, y este no es el modo de salir del compromiso.... vamos á ver, ayudadme á ello, querida amiga; dadme algunos consejos.

— Decidme en primer lugar cómo está ahora amueblado ese pabellon.

—Apenas lo está: en la sala principal hay una estera de juncos, un camapé, unos sillones, una mesa, y algunas sillas ordinarias. Ya veis que este mueblage no puede ser muy *confortable*.

—Pues bien, en vuestro lugar hé aqui lo que haria: son las once de la mañana aun; lo primero mandaría á París una persona inteligente y activa; en dos horas, á lo mas, llegaba á París; va á casa de un tapicero, le entrega la lista que voy á hacer despues de haber visto lo que hace falta en el pabellon, y le dirá que cueste lo que cueste....

—Seguramente.... con tal que quede contenta la

señora duquesa, nada me importan los gastos....

—Le dirá, pues, que cueste lo que cueste, es indispensable que lo que va anotado en la lista esté aqui esta tarde ó esta noche, asi como tres ó cuatro de sus oficiales para arreglarlo todo al momento.

—Podrán venir en el carruage de Gonesse, que sale de Paris á las ocho de la noche....

—Y como no se trata mas que de trasportar muebles, arreglar alfombras y colocar cortinages, todo puede estar corriente mañana por la tarde.

—¡Válgame Dios, mi buena amiga! ¡de qué confusion me habeis sacado!... Jamás hubiera pensado en tal cosa.... Sois mi Providencia.... Vais á tener la bondad de hacerme la lista para que el pabellon esté....

—*¿Confortable?*... sí, sin duda.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡otra dificultad!... que no sabemos si es hombre ó muger la persona que esperamos. La señora duquesa solo dice en su carta *una persona*: ¡esto es una confusion!

—Nada; se arregla como si esperaseis á una muger, señora Dubreuil, y si es un hombre, aun mejor para él.

—Teneis razon.... teneis razon.

Una criada de la quinta fué á avisar que el almuerzo estaba ya en la mesa.

—Almorzaremos al momento, dijo la señora Jacinta; pero mientras que voy á escribir la lista de lo necesario, haced tomar las medidas de las tres piezas, en altura y estension, á fin de que pueda irse disponiendo ya desde un principio el cortinage y las alfombras.

—Bien, bien.... voy, pues, á decir todo esto al que ha de ir á Paris.

—Señora, dijo la criada; ahí fuera está tam-

bien la lechera de Stains: trae sus chismes en un carrito tirado por un asno.... ¡y en verdad que no pesan mucho!...

—¡Pobre muger! dijo Mad. Dubreuil con interés.

—¿Quién es esa muger? pregunto la señora Jacinta.

—Una aldeana de Stains que tenia cuatro vacas, y que iba á vender su leche todas las mañanas á París. Su marido era albeitar y herrador, y necesitando un dia comprar hierro, acompañó á su muger, quedando convenidos en volver á buscarla á la esquina de la calle en donde acostumbraba vender su leche. Desgraciadamente, la lechera habia colocado su mercancía en un mal barrio, segun parece, y cuando su marido volvió, la encontró rodeada de una porcion de hombres borrachos, que habian cometido la infamia de derramarle la leche en medio de la calle. El marido quiso reconvenirles, y le maltratan; defiéndese entonces, y en la riña recibe una puñalada que lo hace caer muerto.

—¡Ah! ¡qué horror! esclamó la señora Jacinta. ¿Y no han preso al asesino?

—Desgraciadamente no, porque escapó en medio del tumulto. La pobre viuda asegura que lo reconoceria perfectamente, porque lo ha visto varias veces con otros camaradas que habitan en aquel barrio; pero hasta el presente han sido inútiles cuantas diligencias se han practicado en su busca; y despues de la muerte de su marido, la pobre lechera se ha visto obligada, para poder pagar algunas deudas, á vender sus vacas y unas pocas tierras que tenia. El arrendador del castillo de Stains me ha recomendado á esa pobre muger como una criatura escelente, tan honrada como infeliz, porque tiene tres hijos, de los cuales el mayor no tiene mas que doce años, y yo le he dado una plaza que habia vacante en la quinta.

—No me admira la bondad que mostrais á esa pobre muger, amiga mia.

—Dime, Clara, ¿quieres acompañar á la lechera á su habitacion, mientras voy á avisar al que ha de ir á Paris?

—Sí, mamá; María vendrá conmigo.

—Está claro; ¿podeis, acaso, pasar sin estar juntas?

—Y yo, repuso la señora Jacinta sentándose delante de una mesa, empezaré á hacer mi lista para no perder tiempo, porque necesitamos estar de vuelta en Bouqueval á las cuatro.

—¡A las cuatro! ¿para qué tanta prisa? dijo madama Dubreuil.

—Sí; María debe estar á las cinco en el presbiterio.

—¡Oh! si se trata del señor cura, es cosa sagrada, dijo Mad. Dubreuil. Voy, pues, á dar las órdenes necesarias.... Estas niñas tendrán muchas cosas que decirse, y es menester que les demos todo el tiempo necesario.

—Pues si os parece marcharemos á las tres.

—Como gusteis.... Pero os vuelvo á dar las gracias.... ¡qué idea tan feliz he tenido en escribiros para que vinierais á ayudarme! dijo Mad. Dubreuil. Vamos, Clara.... y tú, María....

Mientras que la señora Jacinta escribia; Mad. Dubreuil salió por un lado, y las dos jóvenes por otro, con la criada que habia anunciado la llegada de la lechera de Stains.

—¿Dónde está esa pobre muger? preguntó Clara.

—Está con sus hijos, con su carrito y su amo en el patio de los trojes, señorita.

—Vas á ver á esa pobre muger, María, dijo Clara tomando el brazo de la Guillabaora; cuán pálida está, y qué aspecto tan triste tiene con su trage de viuda. La última vez que vino á ver á mamá, me

lastimó el corazon : lloraba á lágrima viva hablando de su marido ; y luego , de repente , se secaban sus lágrimas , y entraba en accesos de furor contra el asesino. Entonces.... me daba miedo, por el aspecto furioso que tomaba; pero á la verdad, su sentimiento es muy natural.... ¡infeliz!... ¡hay personas muy desgraciadas!... ¿no es verdad , María?

—Sí , sí.... no hay duda.... respondió la Guillabaora suspirando con aire distraido ; hay personas muy desgraciadas ; teneis razon , señorita....

—¡Vamos , otra vez! esclamó Clara , dando con el pie en el suelo con una impaciencia de pesar ; aun vuelves á hablarme de *vos*.... y me llamas señorita : ¿estás enfadada conmigo , María?

—¡Yo!... ¡Dios mio!

—Pues entonces , ¿por qué me hablas de *vos*?... Acuérdate que mi madre y la señora Jacinta te han reprendido por esto.... y te advierto que se lo avisaré , y te volverán á reñir , y tanto peor para tí....

—Clara , perdona ; estaba distraida....

—¡Distraida.... cuando me ves despues de ocho dias de separacion! dijo tristemente Clara ; ¡distraida! .. eso está muy mal hecho ; pero no , no , eso no puede ser , María.... mira , al fin creeré que eres orgullosa....

María se puso pálida como la muerte , y nada respondió.... Al verla una muger que llevaba luto de viuda , habia lanzado un grito de cólera y horror.

Aquella muger era la lechera que vendia todas las mañanas la leche á la Guillabaora , cuando esta vivia en la tasca del Conejo blanco.

CAPÍTULO XIII.

LA LECHERA.

La escena que vamos á referir pasaba en uno de los patios de la quinta, en presencia de los labradores y de las mozas de labor que volvian de sus trabajos para tomar su comida del medio dia.

Bajo un soportal, se veia un carrito tirado por un asno, que contenia el miserable y rústico ajuar de la viuda; un muchacho de doce años, ayudado de otros dos de menor edad, empezaba á descargar el carrito.

La lechera, enteramente vestida de negro, era una muger de cerca de cuarenta años, de aspecto tosco, viril y resuelto: sus párpados estaban encarnados de llorar. Al ver á María, lanzó primeramente un grito de espanto; pero bien pronto el dolor, la indignacion, la cólera, contrajeron sus faccio-

nes : se precipitó sobre la Guillabaora, la tomó brutalmente por el brazo , y esclamó mostrándola á las gentes de la quinta:

—Aqui teneis una bribona que conoce al asesino de mi pobre marido.... Millares de veces la he visto hablar con aquel bandido.... cuando yo vendia leche á la esquina de la calle de la Trapería vieja, ella venia á comprarme un sueldo todas las mañanas: ella debe saber quién es el malvado que cometió el asesinato, porque es compañera de todos esos bandidos. ¡Oh! ¡ahora si que no te me escaparás , bribona! esclamó la lechera exasperada por injustas sospechas, y agarró el otro brazo de María que , trémula y avergonzada , queria escapar.

Clara , estupefacta con tan brusca agresion , no habia podido hasta entonces hablar una sola palabra ; pero al ver aquel aumento de violencia , esclamó dirigiéndose á la viuda:

—¡Estais loca.... el pesar os ha trastornado la cabeza!... ¡Mirad que os engañais!

—¡Que me engaño! replicó la lechera con amarga ironía; ¡que yo me engaño!... ¡Oh , no , no me engaño!... Ved sino como palidece.... ¡miserable.... cómo tiembla!... La justicia te obligará á hablar.... vas á venir conmigo ante el magistrado.... ¿lo oyes? y no te valdrá la resistencia.... porque yo tengo buenos puños , y te haré ir arrastrando....

—¡Insolente! esclamó Clara exasperada ; salid de aquí.... ¡Atreverse á faltar de ese modo al respeto á mi amiga , á mi hermana!

—¡Vuestra hermana!... vamos , vamos , señorita, vos si que estais loca.... respondió groseramente la viuda. ¡Vuestra hermana! ¡Una muchacha abandonada , á quien he visto mas de seis meses por las calles de la Cité!

A estas palabras, los labradores dejaron oir pro-

longados murmullos contra María, tomando partido, como era natural, en favor de la lechera que era de su clase, y cuya desgracia les interesaba.

Los tres muchachos, oyendo gritar á su madre, corrieron á su lado, y la rodearon llorando sin saber de que se trataba. El aspecto de estos pobres niños, vestidos tambien de luto, redobló la simpatía que inspiraba la viuda, y aumentó la indignacion de los labradores contra María.

Clara, atemorizada de aquellas demostraciones casi amenazantes, dijo á las gentes de la granja con voz conmovida:

—Haced salir de aquí á esa muger; os repito que el dolor trastorna su cabeza: ¡María, María, perdónala! ¡Dios mio, esa loca no sabe lo que se dice!

La Guillabaora, pálida, con la cabeza baja para evitar todas las miradas, permanecia muda, anonadada, inerte, y no hacia el menor movimiento para escapar de las robustas manos de la lechera.

Clara, atribuyendo este abatimiento al espanto que debia inspirar á su amiga semejante escena, dijo de nuevo á los labradores:

—¿No me habeis oido? Os mando que echeis de aqui esa muger.... puesto que insiste en sus injurias, para castigarla de sus insolencias, no tendrá ya aquí la plaza que mi madre la habia prometido; que no vuelva en su vida á poner los pies en esta quinta.

Ningun labrador se meneó para obedecer las órdenes de Clara, y uno de ellos se atrevió á decirle:

—Pero, señorita, si es una muger perdida; y conoce al asesino del marido de esta pobre muger.... es preciso que vaya á declarar ante el magistrado.

—Os repito que no entrareis jamás en la quinta, dijo Clara á la lechera, á menos que pidais perdon

al momento á la señorita María, por vuestras groserías.

—¡Me despedís, señorita! Sea en buen hora, respondió la viuda con amargura. Vámonos, hijos mios, añadió abrazando á los huérfanos; volved á cargar el carrito, y nos marcharemos á ganar el pan á otra parte. El Señor tendrá piedad de nosotros; pero al menos, al marcharnos, nos llevaremos tambien á casa del magistrado á esa miserable, y se verá obligada á denunciar al asesino de mi pobre marido.... puesto que conoce á toda la cuadrilla.... Porque vos sois rica, señorita, repuso mirando insolentemente á Clara, porque teneis amigas de esa calaña, ¡habeis de ser tan dura con los pobres!

—Verdad es, dijo un labrador; la lechera tiene razon.

—¡Pobre muger!

—Ella está en su derecho....

—Despues que han asesinado á su marido... quieren aun que esté contenta....

—No puede impedírsele que haga lo posible para descubrir al asesino de su marido.

—Es una injusticia despedirla.

—¿Es acaso culpa suya que la amiga de la señorita Clara venga á ser.... una muger perdida?

—No debe arrojarse á la calle á una muger honrada.... á una madre de familia, á causa de una picarona semejante.

Y los murmullos iban haciéndose amenazadores, cuando Clara esclamó:

—¡Bendito sea Dios!.... aquí viene mi madre.

En efecto, Mad. Dubreuil atravesaba el patio, de vuelta del pabellon del jardin.

—¿Qué es esto, Clara? ¡y tú, María! dijo acercándose al grupo; ¿no venís á almorzar? Vamos, hijas mias, que se hace tarde.

—¡Mamá! esclamó Clara ; defended á mi hermana de los insultos de esta muger , dijo señalando á la viuda ; por favor , despedidla : ¡si supierais las insolencias que ha tenido el atrevimiento de decir á Maria!

—¡Cómo! ¿se ha atrevido...?

—Sí , mamá : mirad como tiembla mi pobre hermanita.... apenas puede sostenerse.... ¡Ah! ¡es una vergüenza que sucedan aquí semejantes escenas!... perdónanos , María.... yo te lo suplico.

—¿Pero qué significa esto? preguntó Mad. Dubreuil mirando á su alrededor con aire inquieto, despues de haber observado la opresion de la Guillabaora.

—No tengas cuidado.... la señora será justa.... murmuraron los labradores.

—Aquí está la señora.... ahora serás tú la que irá á la calle , dijo la viuda á María.

—¡Con que es verdad! dijo Mad. Dubreuil á la lechera que tenia siempre cogida del brazo á María; ¡os atreveis á hablar de esa manera de la amiga de mi hija! ¡Ese es el modo de reconocer mis bondades! ¡Dejad en paz á esa pobre niña!

—Yo os respeto , señora , y estoy reconocida á vuestros favores , dijo la viuda soltando el brazo de María ; pero antes de acusarme y echarme de vuestra casa en compañía de mis hijos , interrogad á esa jóven.... Tal vez no se atreverá á negar que yo la conozco , y que ella me conoce tambien....

—¡Dios mio! ¿María , oyes lo que dice esa muger? preguntó Mad. Dubreuil enteramente sorprendida.

—¿Te llamas la Guillabaora , sí ó no? dijo la lechera á María.

—Sí.... dijo la infeliz en voz baja , sin atreverse á mirar á Mad. Dubreuil ; sí , de ese modo me llamaban....

—¡Ah! ¿lo veis? esclamaron los labradores irritados; ¡ya confiesa, ya confiesa!

—Ya confiesa.... ¿pero qué.... qué es lo que confiesa? esclamó Mad. Dubreuil algo espantada de la declaracion de María.

—Dejadla responder, señora, repuso la viuda; vereis como tambien confiesa que habitaba en la Cité, en una casa infame de la calle de Febes, y que venia á comprarme todos los dias un sueldo de leche; confesará tambien que ha hablado á menudo delante de mí al asesino de mi pobre marido.... ¡Oh! estoy bien segura que ella lo conoce.... es un jóven pálido, que siempre estaba fumando, y que llevaba un gorro griego, una blusa y cabellos largos: ella debe saber su nombre.... ¿es verdad? responde, miserable, esclamó la lechera.

—Podrá ser muy bien que haya hablado con el asesino de vuestro marido, porque desgraciadamente hay en el barrio de la Cité mas de un asesino, dijo María con voz desfallecida; pero no sé de quien quereis hablar.

—¡Cómo!... ¿qué es lo que dice? esclamó madama Dubreuil horrorizada. ¡Ha hablado con asesinos!...

—Las criaturas de su clase no tratan con otra gente.... respondió la viuda.

Mad. Dubreuil quedó en un principio estupefacta con tan estraña revelacion, confirmada por las últimas palabras de María; pero comprendiéndolo todo al momento, retrocedió con espanto y horror, cogió violenta y bruscamente á Clara del brazo, y la separó del lado de la Guillabaora, á quien se habia acercado para sostenerla, y esclamó:

—¡Ah! ¡qué infamia! Cuidado, Clara, no te acerques á esa miserable.... ¿Pero cómo ha podido recibirla en su casa la señora Jacinta? ¿cómo se ha atrevido á presentármela, y ha permitido que mi

hija...? ¡Dios mio, Dios mio, esto es horrible.... apenas puedo creer lo que veo! Pero no, no; la señora Jacinta es incapáz de tal indignidad.... ella habrá sido engañada como nosotras.... á no ser asi.... seria una infamia....

Clara, abatida y asustada de esta crueldad, creía estar soñando. En su cándida ignorancia no comprendia las terribles recriminaciones que se hacian á su amiga: su corazon se comprimió, y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el estupor de la Guillabaora, muda y aterrada como un criminal ante sus jueces.

—Ven, ven, hija mia, dijo Mad. Dubreuil á Clara, y luego volviéndose hácia María: ¡Y tú, indigna criatura, Dios castigará tu infame hipocresía! ¡Atreverse á permitir que mi hija.... un ángel de virtud, la llamase su amiga, su hermana!... ¡su amiga! ¡su hermana! ¡tú.... la hez de lo que hay de mas vil en la sociedad! ¡qué desvergüenza!... ¡atreverse á mezclarse entre las gentes honradas, cuando merecia sin duda estar con sus iguales en una cárcel!...

—Sí, sí, esclamaron los labradores, debe ir á la cárcel.... ella conoce al asesino.

—¡Y tal vez sea su cómplice!

—¿Ves tú como hay una justicia en el cielo? dijo la viuda á la Guillabaora.

—En cuanto á vos, buena muger, dijo Mad. Dubreuil á la lechera, lejos de despediros, sabré recompensar el servicio que me habeis hecho desenmascarando á esa miserable.

—Muy bien; nuestra ama es justa.... murmuraron los labradores.

—Vente, Clara, repuso la arrendadora; la señora Jacinta nos dará una esplicacion de su conducta, ó de lo contrario no la vuelvo á ver en mi vida, por-

que si no ha sido engañada, se ha portado con nosotros de una manera horrible.

—Pero, mamá, mirad á esa pobre María.

—Que muera de vergüenza, si acaso la tiene. Despreciadla.... yo no quiero que permanezcas á su lado un solo momento. Es una de aquellas criaturas, á las que una jóven como tú, se deshonra en dirigir la palabra.

—¡Dios mio, Dios mio! mamá, dijo Clara resistiéndose á su madre que queria llevársela, yo no sé qué significa todo eso.... María podrá ser culpable, puesto que vos lo decís; pero miradla, miradla.... está casi desmayada.... tened piedad de ella al menos.

—Sois muy buena, señorita Clara, puesto que me perdonais. Si os he engañado, ha sido bien á pesar mio.... muchas veces me lo he reprendido á mí misma.... dijo María dirigiendo á su protectora una mirada de inefable reconocimiento.

—Pero, madre mia, ¿sereis tan implacable que no tengais piedad de ella? esclamó Clara con voz compasiva.

—¿Piedad.... de ella? Vaya.... á no ser por la señora Jacinta que se la llevará al momento, ya hubiera mandado arrojar á esa miserable á la puerta de la quinta como una apestada, respondió duramente Mad. Dubreuil llevándose á su hija, que volviéndose por última vez hácia la Guillabaora, esclamó:

—¡María, hermana mia! yo no sé de qué te acusan; pero estoy segura de que no eres culpable, y te amo siempre.

—Calla.... calla.... dijo Mad. Dubreuil poniendo la mano sobre la boca de su hija; cállate.... afortunadamente todos son testigos que despues de esa odiosa revelacion, no has permanecido un momen-

to á solas con esa muger perdida.... ¿no es verdad, amigos mios?

—Sí, sí, señora, dijo un labrador, nosotros somos testigos que la señorita Clara no ha permanecido un momento con esa muger que no puede menos de ser una ladrona, puesto que tiene relaciones con los asesinos.

La señora Dubreuil se llevó de allí á Clara, y la Guillabaora quedó sola en medio del grupo amenazador que se habia formado á su alrededor.

A pesar de las recriminaciones de Mad. Dubreuil, la presencia de esta y la de Clara habian tranquilizado algún tanto á María sobre las consecuencias de aquella escena; pero despues de haberse marchado aquellas dos, encontrándose á merced de los aldeanos, le faltaron las fuerzas, y se vió obligada á apoyarse sobre la pared del profundo abrevadero de los caballos de la quinta.

Nada mas tierno que la postura de esta desgraciada; nada mas amenazador que las palabras y actitud de los aldeanos que la rodeaban.

Sentada casi de pie sobre aquella márgen de piedra, la cabeza baja, oculta entre las dos manos, su cuello y su seno velados por las puntas cuadradas del pañuelo de indiana encarnado que rodeaba su cabeza, la Guillabaora, inmóvil, ofrecia la mas viva espresion del dolor y de la resignacion.

A algunos pasos de ella, la viuda del asesinado, triunfante y exasperada aun contra María por las imprecaciones de Mad. Dubreuil, mostraba la jóven á sus hijos y á los labradores con gestos de odio y de desprecio.

Las gentes de la quinta, agrupadas en círculo, no disimulaban los sentimientos hostiles que les animaban: sus ásperas y groseras fisonomías espresaban á un tiempo la indignacion, la rabia y una es-

pecie de burla brutal é insultante: las mugeres eran las que se mostraban mas furiosas y atrevidas. La interesante belleza de la Guillabaora no era una de las menores causas de su encarnizamiento contra ella.

Hombres y mugeres no podian perdonar á María el haber sido tratada de igual á igual por sus amos. Y luego, no habiendo podido algunos labradores justificar bastante buenos antecedentes para entrar en la granja de Bouqueval, conservaban contra la señora Jacinta una especie de indignacion, de que debia resentirse su protegida.

Los primeros sentimientos de los séres incultos son siempre estremos.... escelentes ó detestables; pero se hacen sumamente peligrosos cuando una multitud cree autorizadas sus brutalidades por los delitos reales ó aparentes de aquellos á quienes persigue su odio ó su cólera.

Aunque la mayor parte de los labradores de esta quinta no tuvieran tal vez todos los derechos posibles para incomodarse, respecto á la Guillabaora, parecian contagiosamente irritados, pensando que les degradaba su contacto con ella; su pudor se exasperó solamente con pensar á qué clase habia pertenecido aquella infeliz, que aun habia tenido la audacia de confesar que habia hablado varias veces con asesinos. ¿Faltaba algo mas para exaltar la cólera de aquellos campesinos, escitados aun por el ejemplo de Mad. Dubreuil?

—Es preciso llevarla á casa del magistrado, esclamaba el uno.

—Sí, sí..... y si no quiere marchar.... la llevaremos arrastrando....

—Y se atreve á vestir como las doncellas honradas de la aldea, añadió una de las mas feas maritornes de la quinta.

—Con su aspecto de mosquita muerta, repuso otra, le hubieran dado la comunion sin confesarse.

—Y se atrevia á entrar en la iglesia?

—¡Desvergonzada!... ¿por qué habia de comulgar?

—¡Y aun le parecia poco igualarse á los amos!

—¡Como si nosotros fuésemos para ella personas de ínfima ralea!

—Felizmente á todos les llega su hora.

—¡Oh! ¡será preciso que hables y denuncies al asesino!... esclamó la viuda. Todos sois de la misma cuadrilla.... y aun no estoy bien segura.... de no haberte visto aquel dia con ellos. Vamos, vamos; no se trata de lloriquear ahora que has sido reconocida. ¡Muéstranos tu cara, que será digna de verse!

Y la viuda bajó brutalmente las dos manos de la jóven, que ocultaba su rostro bañado de lágrimas.

La Guillabaora, cubierta de vergüenza, empezó entonces á temblar de espanto, hallándose á merced de aquella gente furiosa: juntó sus manos,.volvió hácia la lechera sus ojos suplicantes y temerosos, y dijo con dulce voz:

—¡Dios mio! señora.... hace ya dos meses que estoy en la quinta de Bouqueval.... por consiguiente no he podido ser testigo de la desgracia que me manifestais.... y....

La tímida voz de María fué sofocada por estos gritos furiosos:

—Llevémosla á casa del juez.... alli se esplicará.

—Vamos pronto, vamos.

Y el grupo amenazador se aproximaba mas y mas á la Guillabaora, mientras que esta, juntando sus manos por un movimiento maquinal, miraba á una y otra parte con espanto, pareciendo que invocaba socorro.

—Sí, sí, dijo la lechera; por mas que mires á tu

alrededor, no tendrás ahora á la señorita Clara que te defienda; no te nos escaparás.

—Por piedad, señora, replicó María temblando; yo no trato de escaparme, y estoy dispuesta á responder á cuanto se me pregunte.... puesto que esto puede seros útil.... Pero ¿qué mal he hecho á todas las personas que me rodean y me amenazan?...

—¿Qué has de hacer? Has tenido el atrevimiento de acompañarte con nuestra señorita, y haberte querido hacer igual á nuestros amos, cuando nosotros, que valemos mil veces mas que tú, no nos atrevemos á ponernos á su lado.... Hé aqui lo que nos has hecho.

—Y luego, ¿por qué has querido que echaran de aqui á esta pobre viuda y á sus hijos? dijo otro.

—No he sido yo; era la señorita Clara.... quien queria....

—Déjanos en paz, repuso el labrador interrumpiéndola; ni tan solo has intercedido por ella: estabas contenta de que se la privase de este recurso.

—No, no ha intercedido por ella.

—Tiene mal corazon.

—¡Una pobre viuda.... con tres hijos pequeñitos!

—Si no he hablado en su favor, dijo María, es porque no tenia fuerzas para hablar una palabra....

—¡Pero la tenias para hablar con los asesinos!

Asi como sucede en las conmociones populares, aquellos aldeanos, mas brutos que malvados, se irritaban, se escitaban y entusiasmaban con el ruido de sus propias palabras, y se animaban en razon de las injurias y amenazas que prodigaban á su víctima. Asi sucede á veces con el pueblo, que llega sin conocerlo, por una exaltacion progresiva, hasta la perpetracion de los actos mas injustos y mas feroces.

El círculo amenazador de los individuos de la quinta, se aproximaba mas y mas á María; todos acompañaban sus palabras de gesticulaciones, y la viuda del herrero no se contenia de modo alguno. Separada tan solo de la profunda balsa que servia de abrevadero por el parapeto sobre que se apoyaba, la Guillabaora tuvo miedo de ser arrojada al agua, y esclamó dirigiendo hácia ellos sus manos suplicantes:

—Pero ¡qué quereis de mí, Dios mio! ¡Por piedad, no me hagais mal!...

Y como la lechera, sin dejar de gesticular, se acercaba mas y mas, y la ponia sus dos puños casi sobre el rostro, María esclamó retirándose hácia atrás con espanto:

—Por favor, señora.... no os acerqueis tanto, que vais á hacerme caer al agua....

Estas palabras de María despertaron en aquellas gentes groseras una idea cruel. No pensando mas que hacer una de aquellas *chanzas pesadas* de aldeanos, que las mas veces os dejan medio muerto en el sitio, uno de los mas estúpidos esclamó:

—¡Una zambullida!... ¡Démosle una zambullida!...

—Sí.... sí.... ¡Al agua!... ¡al agua!

Repitieron en medio de estrepitosas carcajadas y frenéticos aplausos.

—Eso es, ¡una buena zambullida!... Esto no la matará.

—¡Y le enseñará á no meterse entre las gentes honradas!

—¡Sí, sí!... ¡al agua! ¡al agua!...

—Justamente se ha roto el yelo esta mañana.

—¡Esa miserable perdida se ha de acordar de las gentes de Arnouville!

Al oir estos gritos inhumanos, al ver la exasperacion de aquellas fisonomías estúpidamente irritadas, que avanzaban para apoderarse de ella, María se creyó muerta.

A su primer espanto sucedió bien pronto una especie de amarga alegría: entreveía su porvenir bajo tan negros colores, que dió mentalmente gracias al cielo de que acortase de este modo sus penas: no pronunció ya la menor queja, y se dejó caer de rodillas; cruzó religiosamente las manos sobre su pecho, y aguardó orando.

Los labradores, sorprendidos de la actitud y de la muda resignacion de la Guillabaora, vacilaron un mómento en ejecutar sus proyectos salvages; pero criticados de su debilidad por la parte femenina de la asamblea, empezaron nuevamente á vociferar para animarse á llevar á efecto sus malvados designios.

Dos de los mas furiosos iban ya á agarrar á la pobre María, cuando oyeron una voz alterada y solemne que les gritaba:

—¡Deteneos!

En el mismo instante, la señora Jacinta, que se habia abierto paso por medio de aquella muchedumbre, llegó al lado de la Guillabaora, que continuaba arrodillada, la tomó en sus brazos, y la levantó diciendo:

—¡Levántate, hija mia!... ¡levántate, hija querida! ¡Solo ante Dios se dobla la rodilla!

La espresion, el tono de la señora Jacinta fueron tan esforzados é imperiosos, que la muchedumbre retrocedió sin hablar palabra. La indignacion coloraba vivamente los labios de la señora Jacinta, ordinariamente pálidos. Lanzó sobre los labradores una mirada firme, y les dijo con voz fuerte y amenazadora:

—¡Desgraciados!... ¡no os dá vergüenza tratar de ese modo á una pobre niña!...

—Es una....

—¡Es mi hija! esclamó la señora Jacinta interrumpiendo á uno de los labradores; el cura de Bouqueval, á quien todo el mundo bendice y venera, la ama y la proteje; y las personas á quien él estima, deben ser respetadas por todo el mundo.

Estas simples palabras impusieron á los labradores. El cura de Bouqueval era considerado en el pais como un santo, y algunos aldeanos no ignoraban el interés que se tomaba por la Guillabaora; pero aun á pesar de esto se dejaron oir algunos murmullos: la señora Jacinta comprendió el sentido, y esclamó:

—Aunque esta desgraciada jóven fuese la última de las criaturas, y estuviera abandonada de todos, no por eso seria menos odiosa vuestra conducta hácia ella. ¿De qué quereis castigarla? ¿Y con qué derecho? ¿Cuál es vuestra autoridad? ¿La fuerza? ¿No es vergonzoso y hasta indica cobardía, que unos hombres tomen por víctima á una jóven sin defensa? Ven, María; ven, hija mia; vámonos á nuestra casa: alli, al menos, te conocen y te aprecian....

La señora Jacinta tomó del brazo á María: los labradores confusos, y reconociendo la brutalidad de su conducta, se separaron respetuosamente.

La viuda solamente se adelantó, y dijo á la señora Jacinta con resolucion:

—Esa jóven no saldrá de aqui, á menos que no haya prestado su declaracion ante el juez, manifestando lo que sepa sobre el asesinato de mi marido.

—Querida amiga, dijo la señora Jacinta conteniéndose; mi hija no tiene que hacer aqui ninguna declaracion; si la justicia necesita de sus declara-

ciones, la hará llamar, y yo la acompañaré.... Hasta entonces nadie tiene derecho á interrogarla.

—Pero, señora.... debeis saber que....

La señora Jacinta interrumpió á la lechera, y la dijo severamente:

—La desgracia de que habeis sido víctima, puede apenas disculpar vuestra conducta: algun dia sentireis las violencias que tan imprudentemente habeis escitado. La señorita María vive conmigo en la granja de Bouqueval; decídselo al juez que ha recibido vuestra primera declaracion, y allí esperamos sus órdenes.

La viuda no pudo replicar nada á tan justas palabras: sentóse sobre el parapeto del abrevador, y se puso á llorar amargamente abrazando á sus hijos.

Algunos minutos despues de esta escena, se presentó Pedro con el cabriolé, y la señora Jacinta y Flor celeste subieron en él para volver á Bouqueval.

Al pasar por delante de las habitaciones de la arrendadora de Arnouville, observó la Guillabaora á Clara, que lloraba medio escondida detrás de una persiana entreabierta, y que hizo á Flor celeste una señal de despedida con su pañuelo.

CAPÍTULO XIV.

CONSUELOS.

¡Ah! señora, ¡qué vergüenza para mí! ¡qué pesadumbre para vos! dijo Flor celeste á su madre adoptiva, cuando se encontró á solas con ella en el pequeño salon de la granja de Bouqueval. Habreis sin duda roto para siempre la amistad con madama Dubreuil por culpa mia: ¡oh! ¡cuán ciertos eran mis presentimientos!... Dios me ha castigado por haber engañado á esa señora y á su hija.... he sido la manzana de la discordia entre vos y vuestra amiga....

—Mi amiga.... es una escelente muger, hija mia, pero su cabeza está bastante vacía.... Por lo demas, como tiene muy buen corazon, estoy segura de que mañana se arrepentirá de su loco arrebato de hoy.

—¡Ah! señora, no creais que yo quiera justifi-

carla acusándoos; ¡nada de eso, Dios mio!... Pero vuestro afecto hácia mí os ha cegado tal vez.... Poneos en lugar de la señora Dubreuil.... Saber que la compañera de su querida hija.... era.... lo que yo era.... decidme.... ¿puede vituperársele su indignacion maternal?...

La señora Jacinta no encontró por desgracia nada que responder á esta pregunta de Maria, que repuso con exaltacion:

—¡Mañana sabrá todo el pais esta escena deshonrosa que he sufrido á los ojos de todos! No es por mí por quien temo; pero ¡quién sabe ahora si la reputacion de Clara tendrá que sufrir en adelante por haberme llamado su amiga, su hermana! Yo hubiera debido seguir mi primer impulso.... resistir á mi inclinacion hácia la señorita Dubreuil.... y aunque me hubiera espuesto á su aversion, sustraerme á la amistad que ella me ofrecia.... Pero yo he olvidado la distancia que me separaba de ella, y vos habeis visto que en su consecuencia he sido castigada; sí, cruelmente castigada.... porque tal vez habré causado una pérdida irreparable á una jóven tan virtuosa y tan buena...

Hija mia, dijo la señora Jacinta despues de un momento de reflexion; haces muy mal en dirigirte tan dolorosas reconvenciones: tu vi la pasada ha sido culpable.... sí, muy culpable.... Pero ¿crees que no vale algo el haber merecido por tu arrepentimiento la proteccion de nuestro venerabl: párroco? ¿No has sido presentada á Mad. Dubreuil bajo sus auspicios y los mios? Tus solas cualidades, ¿no le han inspirado el afecto que te profesaba libremente?... ¿No ha sido ella quien ha exigido que llamaras á Clara hermana tuya? Y finalmente, asi como se lo he dicho hace poco, porque ni debia ni queria ocultarle nada, ¿podia yo, estando segura

como estoy de tu arrepentimiento, dar conocimiento de lo pasado, y hacer de este modo tu rehabilitacion mas penosa.... imposible tal vez, haciéndote desesperar entregándote al desprecio de las gentes, que si hubieran sido tan desgraciadas y sufrido el abandono que tú, podrian no haber conservado como tú el secreto instinto del honor y de la virtud? La revelacion de esa muger ha sido sensible, funesta; ¿pero debia yo, adelantándome á ella, sacrificar tu reposo futuro á una eventualidad casi improbable?

¡Ah! señora, lo que prueba que mi posicion es falsa y miserable para siempre, es que vos habeis tenido razon, por afecto hácia mí, de ocultar lo pasado, y que la madre de Clara ha tenido tambien razon de despreciarme en nombre de ese pasado: de despreciarme.... como todo el mundo me despreciará en adelante, porque la escena de la quinta de Arnouville va á hacerse pública, y todo el mundo va á saberlas.... ¡Oh! voy á morirme de vergüenza.... no podré sufrir las miradas de nadie.

—¡Ni aun las mias, pobre niña! dijo la señora Jacinta anegada en lágrimas y abrazando á María.... Sin embargo, no hallarás en mi corazon mas que la ternura y el afecto de una madre.... Valor, pues, María. Aquí estás rodeada de amigos, y esta casa será para tí el mundo entero.... salvaremos esa revelacion que tanto temes: nuestro buen párroco reunirá á las gentes de la granja que tanto te aman ya, y les dirá la verdad sobre lo pasado.... Créeme, hija mia; su palabra tiene tal autoridad, que esta revelacion te hará aun mas interesante.

—Os creo, señora, y me resignaré á vuestros deseos. Ayer, en nuestra conversacion, me anunció el señor cura dolorosas expiaciones; veo que empiezan, y no debo maravillarme por ello. Me dijo

tambien que mis penas me serian tomadas en cuenta.... Asi lo espero..... sostenida en estas esperanzas por vos y por él, ya no me quejaré.

—Por otra parte, vas á verlo dentro de un rato, y no podian venir mas á tiempo sus saludables consejos. Son ya las cuatro y media; puedes por lo mismo, hija mia, disponerte para ir al presbiterio.... Voy á escribir al señor Rodolfo para instruirle de lo que ha ocurrido en Arnouville.... Un propio llevará la carta.... y luego iré á buscarte á casa del digno cura, porque es urgente que hablemos los tres.

Poco despues, la Guillabaora salia de la granja, dirigiéndose al presbiterio por el camino quebrado, en donde habian convenido encontrarla la víspera el Dómine, la tuerta y Jorobeta.

CAPÍTULO XV.

REFLEXION.

.....

María, como podrá haberse visto por sus conversaciones con la señora Jacinta y el cura de Bouqueval, se habia aprovechado tan noblemente de los consejos de sus bienhechores, se habia asimilado de tal manera á sus principios, que á cada momento se desesperaba mas al pensar en su abyeccion pasada.

Desgraciadamente, se habia aun desarrollado su talento á medida que aumentaban y fructificaban sus escelentes instintos en medio de la atmósfera de honradéz y de pureza en que vivia.

Con una inteligencia menos elevada, una sensibilidad menos esquisita y una imaginacion menos viva, María se hubiera consolado mas fácilmente.

Habíase arrepentido; un venerable párroco la habia perdonado; hubiera olvidado los horrores de

la Cité entre las dulzuras de una vida rústica en compañía de la señora Jacinta: hubiérase, por fin, entregado sin temor á la amistad que le profesaba la señorita Dubreuil, y esto, no por indiferencia respecto á las faltas que habia cometido, sino por la ciega confianza en las palabras de aquellos, cuya escelencia reconocia.

Decíanle estos: ahora tu buena conducta te hace igual á las gentes honradas; y casi se persuadia que no habia ninguna diferencia entre ella y estas gentes.

El doloroso acontecimiento de la quinta de Arnouville la habia afectado sensiblemente; pero no hubiera jamás, por decirlo asi, previsto ni anticipádose aquella escena, vertiendo lágrimas amargas, esperimentando vagos remordimientos á la vista de Clara, durmiendo inocente y pura en la misma habitacion que la antigua *pensionista* de la Tasca.

¡Pobre niña!... ¿no se habia dirigido ella misma bien á menudo, en el silencio de sus largos insomnios, recriminaciones mucho mas amargas que las que le dirigieron los habitantes de la quinta?

Lo que minaba sordamente la existencia de María, era el análisis, el exámen incesante de lo que ella se reprochaba, y sobre todo la comparacion constante del porvenir que le imponia su inexorable vida pasada, y el porvenir que hubiera soñado sin esta.

El espíritu de análisis, de exámen y de comparacion, es casi siempre inherente á las inteligencias privilegiadas. En las almas altivas y orgullosas, este espíritu conduce á la duda y á la rebelion contra los demas. En las tímidas y delicadas, á la duda y la rebelion contra sí mismas.

Si se condena á las primeras, ellas se absuelven: si se absuelve á las segundas, ellas se condenan.

El cura de Bouqueval, á pesar de su santidad, y la señora Jacinta, á pesar de sus virtudes, ó mas bien, el cura de Bouqueval y la señora Jacinfa, á pesar de su santidad y de sus virtudes, no podian imaginarse lo que padecia la Guillabaora desde que su alma, libre de sus manchas, podia contemplar toda la profundidad del abismo en que la habian sumido.

No sabian que los horribles recuerdos de la Guillabaora tenian casi el poder y la fuerza de la realidad: no sabian que aquella jóven, dotada de una sensibilidad esquisita, de una imaginacion pensadora y poética, de una finura de impresion dolorosa á fuerza de susceptibilidad, no sabian que aquella jóven no pasaba un solo dia sin recordarse, y sin sentir con un pesar mezclado de incomodidad y de espanto las vergonzosas miserias de su existencia pasada.

Figuraos una niña de diez y seis años, cándida y pura, que tiene la conciencia de su candor y su pureza, arrojada por algun poder infernal en la infame taberna del Conejo blanco, é invenciblemente sometida al poder de la tabernera.... Tal era para María la reaccion de lo pasado sobre lo presente.

Haremos comprender de este modo la especie de sentimiento retrospectivo, ó mas bien el *rechazo* moral que sufria tan cruelmente la Guillabaora, de modo que la hacia tener un sentimiento de no haber muerto en el lodazal, lo cual no se habia atrevido á confesar al cura.

Por poco que se reflexione y que se tenga esperiencia de la vida, no se tomará por una paradoxa lo que voy á decir.

Lo que hacia á María digna de interés y de piedad era, que no solamente no habia amado nunca, sino que sus sentidos habian permanecido siempre

dormidos y helados. Si muchas veces, mugeres tal vez menos delicadamente dotadas que María esperimentan castas repulsiones largo tiempo despues del matrimonio, ¿causará admiracion que esta desgraciada, embriagada por la tabernera, y arrojada á los diez y seis años en medio de la horda de fieras selváticas que poblaban la Cité, no haya esperimentado mas que horror y espanto, y haya salido moralmente pura de aquella cloaca?

Las ingénuas confidencias de Clara Dubreuil con motivo de su cándido amor hácia el jóven con quien debia unirse, habian lacerado el corazon de María: sentia que tambien ella hubiera amado con ardor, que tambien habria conocido el amor con todos sus sacrificios y con cuanto tiene de noble, de puro y de grande; y sin embargo, no le era permitido inspirar y gozar de semejante sentimiento, porque si ella amara.... elegiria en razon de la elevacion de su alma.... y cuanto mas digna de ella fuera esta eleccion, mas indigna se creería de semejantes amores.

CAPÍTULO XVI.

EL CAMINO HONDO.

Ocultábase el sol en el horizonte: la llanura estaba desierta y silenciosa.

María se acercaba á la entrada del camino hondo que le era preciso atravesar para llegar al presbiterio, cuando vió salir del barranco á un muchachuelo cojo, vestido con una blusa gris y una gorra azul, que parecia lloroso, y desde lo mas lejos que vió á la Guillabaora, corrió hácia ella,

—¡Tened compasion de mí, buena señora! dijo uniendo las manos en tono suplicante.

—¿Qué quieres? ¿qué tienes, hijo mio? le preguntó la Guillabaora con interés.

—¡Ay, mi buena señora! mi pobre abuelita, que es muy vieja, muy vieja, ha caido allá abajo, al bajar al barranco, y se ha hecho mucho mal.... casi

me temo que se haya quebrado una pierna.... Yo tengo muy pocas fuerzas para ayudarla á levantar. ¡Dios mio, cómo lo he de hacer.... si vos no teneis la bondad de ayudarme! ¡Pobre abuelita mia; tal vez va á morirse!

La Guillabaora, conmovida por el dolor que manifestaba el cojuelo, esclamó:

—Tampoco yo tengo mucha fuerza, hijo mio; pero quizás entre los dos podamos socorrer á tu abuela.... Vamos pronto á su lado.... Yo vivo en aquella granja que está aqui cerca, y si la pobre vieja no puede ir acompañada de nosotros, haré que venga gente por ella.

—¡Oh, buena señora! Dios os bendecirá por todo el bien que hagais, no lo dudeis.... Por aqui.... á dos pasos en el camino hondo, como os lo he dicho: al bajar á él se ha caido.

—¿No eres de este pais? preguntó la Guillabaora siguiendo á Jorobeta, á quien habrá sin duda reconocido el lector.

—No, mi buena señora; venimos de Ecouen.

—¿Y á dónde vais?

—A casa de un buen párroco que vive alli bajo.... dijo el hijo del Zurdillo para aumentar la confianza de María.

—A casa del señor abate Laporte, sin duda.

—Efectivamente, amable señora, á casa del abate Laporte; mi pobre abuela le conoce mucho, muchisimo....

—Justamente iba yo tambien alli; ¡qué encuentro tan feliz! dijo María adelantándose hácia el camino hondo.

—¡Abuela, abuelita! ya voy, ten paciencia.... ya traigo quien te socorra, gritó Jorobeta para prevenir al Dómine y á la Mochuelo, á fin de que estuvieran prontos para coger á su víctima.

—¿Pues qué no ha caido lejos de aqui tu abuela? preguntó la Guillabaora.

—No, amable señora; detrás de ese árbol grueso que se vé desde aqui, al revolver el camino, á unos veinte pasos.

De repente, se paró Jorobeta. El galope de un caballo resonó en el silencio de aquella soledad.

—¡Todo está perdido! se dijo á sí mismo Jorobeta.

El camino hacia un recodo muy pronunciado, á algunas toesas del parage en que el hijo del Zurdillo se encontraba con la Guillabaora. Presentóse un caballero en aquella revuelta, y cuando estuvo junto á la jóven, se detuvo. Oyóse entonces el trote de otro caballo, y algunos momentos despues llegó un criado, vestido con un gaban oscuro con botones de plata, con calzon de ante, y botas de montar.

Su amo, vestido sencillamente con un paletó bronceado y un pantalon gris claro, montaba con una gracia perfecta un caballo bayo, de muy buena casta, de una belleza singular: á pesar de la larga carrera que acababa de hacer, el lustre brillante de su piel, con sus reflejos dorados, no se empañaba en lo mas mínimo.

El caballo del lacayo, que permaneció inmóvil á algunos pasos de su amo, era tambien de muy buena raza y distincion.

En aquel caballero, de rostro moreno y encantador, reconoció Jorobeta al vizconde de Saint-Remy, que suponian era el amante de la duquesa de Lucenay.

—Hermosa, dijo el vizconde á la Guillabaora, cuya belleza le llamó la atencion, ¿me harias el gusto de indicarme el camino de Arnouville?

María, bajando los ojos ante la mirada profunda y atrevida de aquel jóven, respondió:

—Asi que salgais del barranco, caballero, tomad

el primer sendero á mano derecha, y ese sendero os conducirá á una alameda de cerezos, que va directamente hasta Arnouville.

—Mil gracias, hermosa.... Me dais las señas mejor que una muger vieja que he visto tendida al pie de un árbol á algunos pasos de aqui, y no he podido conseguir de ella otra contestacion que gemidos.

—¡Pobre abuelita! murmuró Jorobeta con voz doliente.

—Permitidme aun otra pregunta, dijo Mr. de Saint-Remy dirigiéndose á la Guillabaora; ¿podreis decirme si encontraré fácilmente en Arnouville la quinta de Mr. Dubreuil?

La Guillabaora no pudo menos de estremecerse al oir aquellas palabras, que le recordaban la penosa escena de aquella mañana, y respondió:

—Los edificios de la quinta están á un lado del camino que debeis seguir para ir á Arnouville, caballero.

—Mil gracias, amable jóven, dijo Mr. de Saint-Remy, y partió á galope seguido de su lacayo.

Las hermosas facciones del vizconde se habian desarrugado algun tanto desde el momento que vió á María; pero asi que quedó solo volvieron á quedarse sombrías y contraidas por una inquietud profunda.

María, acordándose de la persona desconocida, para quien preparaban el pabellon de Arnouville, segun las órdenes de Mad. Lucenay, no dudó que fuera aquel hermoso jóven.

El galope de los caballos resonó aun por algun tiempo sobre la tierra endurecida por el yelo: luego fué disminuyendo el ruido, y finalmente se estinguió.... Todo quedó nuevamente silencioso.

Jorobeta respiró.

Queriendo tranquilizarse y advertir á sus cómplices, de los cuales el uno, el Dómine, se habia ocultado á la vista de los caballeros, Jorobeta esclamó:

—¡Abuela! ya voy.... en compañía de una buena señora que viene á socorrerte.

—¡Corre, corre, hijo mio! ese caballero que iba montado nos ha hecho perder algunos minutos, dijo la Guillabaora apresurando el paso, á fin de llegar á la revuelta del camino.

Apenas llegó, cuando la Mochuelo, que estaba emboscada, dijo en voz baja:

—¡A mí, camarada!

Y luego, saltando sobre la Guillabaora, la cogió del cuello con una mano, y con la otra la comprimió los lábios, mientras que Jorobeta, arrojándose á los pies de la jóven, se agarró á ellos, impidiéndole dar un paso.

Todo esto habia pasado con tal rapidéz, que la Mochuelo no habia tenido tiempo para examinar las facciones de la Guillabaora; pero en el corto instante que necesitó el Dómine para salir del escondite donde se habia metido para presentarse á tientas con su capa, la vieja reconoció á su antigua víctima.

—¡La Alondra! esclamó estupefacta en un principio: luego añadió con una alegría feroz: ¿Con que eres tú otra vez? ¡Ah! el demonio te ha enviado sin duda.... has tenido la suerte de caer otra vez en mis manos.... En el coche traigo mi vitriolo, y esta vez va á llevar un buen baño tu linda cara.... porque me irrita tu rostro de ángel.... ¡Hola! tú, canalla, cuidado que te muerda, y tenla bien mientras la metemos en el coche.

El Dómine cogió con sus fuertes manos á la Guillabaora, y antes de que pudiera lanzar el menor

grito, la Mochuelo le arrojó el pañuelo á la cabeza, y la envolvió estrechamente con él.

En un momento, atada María y con una mordaza, fué puesta en imposibilidad de gritar ni de hacer el menor movimieuto.

—Ahora te toca á tí cargar con el fardo, cegato, dijo la Mochuelo. Vaya, vaya, no será tan pesado como la caja de la muger ahogada en el canal de San Martin.... ¿no es verdad, hombre? Y como el bandido se estremeció á estas palabras que le recordaban su espantoso sueño de la noche anterior, la tuerta continuó: ¿Qué es lo que tienes, cegato?... cualquiera diria que estás tiritando.... desde esta mañana, á cada instante estás dando diente con diente como si tuvieras calentura, y entonces miras con un aire como si buscaras alguna cosa.

—¡Buen truan es! está mirando como vuelan las moscas, dijo Jorobeta.

—¡Vamos, vamos, camarada! cárgate la Alondra á cuestas.... ¡Corriente!... añadió la Mochuelo viendo que el bandido tomaba á María en sus brazos, como si fuera un niño dormido. ¡Al coche.... al coche.... pronto!

—Pero, ¿quién me ha de guiar á mí? preguntó el Dómine con una voz sorda, estrechando su suave y ligero fardo en sus brazos hercúleos.

—¡Viejo maldito! nada se le olvida, dijo la Mochuelo.

Y apartando su chal, se quitó un pañuelo de algodon que cubria su descarnado cuello, le dió algunas vueltas á lo largo, y dijo al Dómine:

—Abre la mano, coge este pañuelo entre tus dedos, y aprieta bien.... Jorobeta tomará el otro estremo, y no tendrás mas que seguirle.... A buen ciego, buen perro.... Ven aqui, trastuelo.

El cojitranco dió un salto hácia adelante, mur-

muró en voz baja un ladrido imitativo y grotesco, tomó el estremo del pañuelo que le daban, y condujo de este modo al Dómine, mientras que la Mochuelo apresuró el paso para ir á avisar á Barbillon.

No hemos querido decir nada del terror de María cuando se vió en poder de la Mochuelo y el Dómine, porque es fácil que lo suponga el lector. Ella se sintió desfallecer, y no pudo oponer la menor resistencia.

Algunos momentos despues habia sido trasportada al coche guiado por Barbillon, y á pesar de la oscuridad de la noche habian sido cerradas cuidadosamente las ventanillas del carruage, y los tres cómplices se dirigieron con su víctima, casi exánime, hácia la esplanada de San Dionisio, en donde Tom les aguardaba.

CAPÍTULO XVII.

Clementina de Harville.

El lector nos disimulará que abandonemos á una de nuestras heroinas en una situacion tan crítica; situacion, cuyo desenlace daremos mas adelante.

Las exigencias de esta narracion múltiple, por desgracia demasiado variada en su unidad, nos obligan á pasar incesantemente de uno á otro personage, á fin de hacer marchar y progresar, en cuanto nos sea posible, el interés general de la obra (si por ventura hay algun interés en esta obra, tan difícil como concienzuda é imperfecta.)

Hemos de seguir todavía á algunos de los actores de esta historia á las buhardillas, en donde se estremecen de frio y de hambre unos miserables, tímidos, resignados, probos y laboriosos.

A algunas prisiones de hombres y mugeres, unas

veces risueñas y floridas, otras negras y fúnebres, pero siempre vastas escuelas de perdicion, atmósfera nauseabunda y viciada, en donde la inocencia se pierde y se marchita.... sombríos pandemonios en donde es muy fácil entrar puros, pero se sale casi siempre corrompido....

A algunos hospitales en que el pobre, tratado algunas veces con tierna humanidad, echa menos tambien muchas veces el jergon solitario que mojaba con el helado sudor de la fiebre.

A aquellos misteriosos asilos en que la jóven seducida y abandonada da á luz, regándolo con amargas lágrimas, al hijo á quien no debe volver á ver.

A aquellos terribles lugares en que la locura tierna, grotesca, estúpida, asquerosa ó feroz, se muestra bajo aspectos siempre espantosos.... desde el insensato pacífico que rie tristemente, con aquella risa que hace llorar.... hasta el frenético que ruge como una fiera, agarrándose á las rejas de su choza.

Tenemos, finalmente, que esplorar.... Pero ¿á qué fin tan larga enumeracion? ¿No debemos temer amedrentar al lector? El ha querido hacernos el gusto de seguirnos á sitios bastante singulares, y tal vez vacilaria en acompañarnos en nuevas peregrinaciones.

Dicho ya esto, pasemos adelante.

.....

Se tendrá presente que la víspera del dia en que sucedieron los acontecimientos que acabamos de referir (el robo de la Guillabaora por la Mochuelo) habia Rodolfo salvado de un peligro inminente á Mad. de Harville; peligro que suscitára los celos de Sarah, que habia avisado al marqués de Harville la cita tan imprudentemente concedida por su esposa á Mr. Cárlos Robert.

Rodolfo, profundamente conmovido por aquella

escena, habia vuelto á entrar en su casa al salir de la calle del Temple, dejando para el dia siguiente la visita que él queria hacer á la señorita Rigolette y á la familia de los infelices artesanos, de quienes hemos hablado, porque los creia al abrigo de la necesidad, gracias al dinero que habia entregado para ellos á la marquesa, á fin de hacer su pretendida visita caritativa mas verosímil á los ojos de Mr. de Harville. Desgraciadamente, Rodolfo ignoraba que Jorobeta se habia apoderado de aquel bolsillo, y ya se sabe el modo cómo el cojuelo habia cometido aquel robo atrevido.

Hácia las cuatro recibió el príncipe la carta siguiente:

«Monseñor:

Os debo mas que la vida, y quisiera manifestaros hoy mismo mi profundo reconocimiento. Mañana tal vez me haria volver muda la vergüenza.... Si pudierais hacerme el honor de venir esta noche á mi casa, concluiríais este dia del modo como le habeis comenzado, monseñor.... por una accion generosa.

Clementina Orbiñy de Harville.»

P. D. No os molesteis en contestarme, monseñor; yo no saldré de casa en toda la noche.»

Rodolfo, satisfecho con haber prestado á Madama de Harville un servicio eminente, sentia, sin embargo, la especie de intimidad forzada que esta circunstancia establecia repentinamente entre él y la marquesa.

Incapáz de hacer traicion á la amistad de Mr. de Harville, pero profundamente movido por la gracia singular y la atractiva belleza de Clementina, Ro-

dolfo, observando su aficion demasiado viva hácia ella, habia casi renunciado á verla despues de un mes de asíduas visitas.

Asi es que recordaba con emocion la conversacion que habia sorprendido en la embajada de *** entre Tom y Sarah.... Esta, para dar un pretesto á su odio y á sus celos, habia afirmado, no sin razon, que Mad. de Harville conservaba siempre, aunque sin saberlo, un sério afecto á Rodolfo. Sarah era demasiado sagáz, demasiado esperta, demasiado iniciada en el conocimiento del corazon humano, para no haber comprendido que Clementina, creyéndose descuidada, desdeñada tal vez por un hombre que habia hecho sobre ella una impresion profunda, que Clementina, despechada, cediendo á las obsesiones de una amiga pérfida, habia podido interesarse casi por sorpresa hácia las desgracias imaginarias de Cárlos Robert, sin olvidar por esto completamente á Rodolfo.

Otras mugeres, fieles á la memoria del hombre á quien en un principio habian distinguido, hubieran permanecido indiferentes á las melancólicas miradas del *comandante*. Clementina de Harville fué, pues, doblemente culpable, aun cuando no hubiera cedido mas que á la seduccion de la desgracia, y que un vivo sentimiento del deber, unido tal vez al recuerdo del príncipe, recuerdo saludable que velaba en el fondo de su corazon, la hubiera preservado de una falta irreparable.

Rodolfo, pensando en su entrevista con la marquesa de Harville, estaba entregado á raras contradicciones. Bien resuelto á resistir á la inclinacion que lo arrastraba hácia ella, tan pronto se creía feliz creyendo olvidar su amor reprochándole una eleccion tan poco noble como la de Cárlos Robert, tan pronto por el contrario sentia amargamente ver

caer el prestigio de que la habia rodeado hasta entonces.....

.....

Clementina de Harville esperaba tambien esta entrevista con ansiedad: los dos sentimientos que en ella predominaban, eran una dolorosa confusion cuando pensaba en Rodolfo.... y una aversion profunda al pensar en Cárlos Robert.

Habia muchas razones que la impelian á esta aversion, á este odio. Una muger arriesga á veces su tranquilidad y su honor por un hombre; pero jamás puede perdonarle el haberle colocado en una posicion humillante ó ridícula.

Mad. de Harville, espuesta á los sarcasmos y á las insultantes miradas de la señora Pipelet, por poco se murió de vergüenza, y no era solo esto.... Al recibir de Rodolfo el aviso del peligro que corria, Clementina habia subido precipitadamente á la buhardilla, y como la direccion de la escalera estaba de tal modo que pudiera distinguirse la puerta del primer piso, habia observado al subir á Cárlos Robert, vestido con su brillante bata, en el momento en que reconociendo el ligero paso de la muger á quien esperaba, entreabria su puerta con aire risueño, confiado y conquistador.... La insolente fatuidad del trage *significativo* del *comandante* dió á entender á la marquesa cuán groseramente habia sido engañada, respecto á aquel hombre. Llevada por la bondad de su corazon, por la generosidad de su carácter, á un paso que podia perderla, le habia concedido aquella cita, no por amor, sino solamente por conmiseracion, á fin de consolarle del papel ridículo que el mal gusto del duque de Lucenay le habia hecho representar delante de ella, en la embajada de ***.

¡Júzguese, pues, del desagrado de Mad. de Har-

ville al aspecto de Cárlos Robert, vestido como de triunfo!...

Las nueve acababan de dar en el relox del gabinete en donde solia estar habitualmente Mad. de Harville.

Las modistas y tapiceros han abusado de tal manera del estilo de Luis XV, y del *renacimiento*, que la marquesa, dama de muchísimo gusto, habia prohibido en su habitacion esa especie de lujo que se habia hecho tan vulgar, habiéndole destinado tan solo á la parte del palacio de Harville en donde se recibian las visitas.

Nada mas elegante y distinguido que los adornos del aposento en donde la marquesa esperaba á Rodolfo.

La tapicería y cortinages, sin cenefas ni franjas, eran de una tela de la India de color de paja; sobre este fondo brillante se dibujaban, bordados en seda mate del mismo color, arabescos caprichosos del gusto mas esquisito; y los cristales estaban cubiertos por dobles encajes de Alenzon.

Las puertas, de madera de rosa, estaban embutidas de molduras de plata sobredorada, primorosamente cincelada, que formaba varios cuadros, en cada uno de los cuales habia un medallon de porcelana de Sevres, de cerca de un pie de diámetro, representando flores y pájaros de un trabajo y una brillantéz admirables. Las molduras de los espejos y las varillas de las colgaduras eran tambien de madera de rosa, con los mismos adornos de plata sobredorada.

El friso de la chimenea, de blanco mármol, y sus dos cariatidas, de una belleza antigua y de una gracia esquisita, eran debidas al cincel magistral de Marochetti, cuyo artista eminente habia consentido esculpir esta deliciosa obra maestra, acor-

dándose sin duda que Benvenuto no se desdeñaba de modelar jarros de agua-manil y armaduras.

Dos candelabros y dos quinqués de plata sobredorada, preciosamente trabajados por *Gouttiere*, acompañaban al relox, que lo formaba una masa cuadrada de lapiz-lazuli, elevada sobre un zócalo de jaspe oriental; y coronada de una ancha y magnífica copa de oro esmaltado, enriquecida de perlas y rubíes, y perteneciente al mejor tiempo del renacimiento florentino....

Algunos escelentes cuadros de la escuela veneciana, de mediana dimension, completaban aquel conjunto de distinguida magnificencia.

Gracias á una innovacion preciosa, aquella linda habitacion estaba suavemente iluminada por una lámpara, cuyo globo, de cristal mate, casi desaparecia en medio de un grupo de flores naturales, contenidas en una profunda é inmensa copa de China, azul, purpurada y de oro, suspendida al techo como una araña por tres gruesas cadenas de oro, á las que se rollaban los verdestallos de varias plantas enredaderas; algunos de sus ramos, flexibles y llenos de flores, salian de la copa y volvian á caer graciosamente como una franja de fresca verdura sobre la porcelana esmaltada de oro, de púrpura y de azul.

Insistimos sobre estos detalles, sin duda pueriles, para dar una idea del buen gusto natural de Madama de Harville, (síntoma casi siempre seguro de una buena alma), y porque ciertas miserias ignoradas, ciertas misteriosas desgracias, parecen aun mas activas cuando contrastan con las apariencias de lo que hace á los ojos de todos la vida feliz y envidiada.

Recostada en un gran sillon totalmente forrado de un raso de color de paja, como los demas mue-

bles, Clementina de Harville, graciosa y sencillamente peinada, llevaba un vestido de terciopelo negro, de talle alto, sobre el que se destacaba el maravilloso trabajo de su pañoleta y sus puños de encaje, que impedia al negro del terciopelo cortar tan secamente la brillante blancura de su cuello y manos.

A medida que se acercaba el momento de su entrevista con Rodolfo, redoblaba la emocion de la marquesa. Sin embargo, su confusion hizo lugar á pensamientos mas resueltos: despues de largas reflexiones, tomó el partido de confiar á Rodolfo un grande.... un cruel secreto.... esperando que su estrema franqueza le conciliaria tal vez una estimacion que tanto apreciaba.

Despertábase con nueva fuerza su primera inclinacion á Rodolfo, avivada por el reconocimiento. Uno de aquellos presentimientos que raras veces engañan á los corazones amantes, le decia que no era la casualidad tan solo la que habia conducido á Rodolfo tan á tiempo para salvarla, y que al cesar, despues de algunos meses de verla, habia cedido á un sentimiento muy distante de la aversion; y un vago instinto tambien presentaba á la imaginacion de Clementina algunas dudas, respecto á la sinceridad del afecto de Sarah.

Al cabo de algunos minutos, un ayuda de cámara, despues de haber llamado discretamente, entró, y dijo á Clementina:

—La señora Asthon y la *señorita*, desean pasar adelante, si la señora marquesa lo permite.

=¿Y por qué no?... que entren como siempre.... respondió Mad. de Harville, y su hija entró lentamente en el salon.

Era una niña de unos cuatro años, que sin su enfermiza palidéz y lo muy delgada que se hallaba,

hubiera sido una figura encantadora. Su aya, Madama Asthon, la llevaba de la mano; Clara (asi se llamaba la niña), á pesar de su debilidad, corrió hácia su madre, tendiéndola los brazos. Dos cintas de color de cereza ataban sobre sus cabellos castaños, trenzados y rollados á cada lado de su frente; su salud era tan débil, que llevaba una batita acolchada de seda oscura en vez de aquellos hermosos vestidos de muselina blanca, guarnecidos de cintas semejantes á las del tocado, y bien escotados, á fin de que se puedan ver los rosados brazos, las frescas y satinadas espaldas tan hermosas de los niños robustos.

Los grandes ojos negros de aquella niña parecian enormes por lo enjuto de sus megillas. A pesar de aquella apariencia débil, una sonrisa llena de gentileza y de gracia animó las facciones de Clara cuando la colocó su madre sobre las rodillas y la abrazó con una especie de ternura triste y apasionada.

—¿Cómo lo ha pasado la niña desde que no la he visto, Mad. Asthon? preguntó la marquesa de Harville á su aya.

—Bastante bien, señora; aunque ha habido un momento en que temí....

—¡Todavía! esclamó Clementina estrechando á su hija contra su corazon con un movimiento de espanto involuntario.

—Afortunadamente, señora, me engañé, dijo la aya; el acceso no se presentó, y la señorita Clara está tranquila: solo ha esperimentado un momento de debilidad.... Despues de comer ha dormido poco, pero no ha querido acostarse sin venir á dar un abrazo á la señora marquesa.

—¡Pobre angelito mio! dijo Mad. de Harville llenando á su hija de besos.

Esta le devolvia sus caricias con una alegría in-

fantil, cuando el ayuda de cámara abrió de par en par la puerta del salon, y anunció:

—S. A. Serma., Monseñor el gran duque de Gerolstein.

Clara, que estaba de pie sobre las rodillas de su madre, tenia sus bracitos al rededor de su cuello, y la abrazaba estrechamente. Al ver á Rodolfo, Clementina se ruborizó, dejó á su hija suavemente sobre la alfombra, hizo una señal á Mad. Asthon para que se la llevase, y se levantó.

—Permitidme, señora, dijo Rodolfo sonriendo, despues de haber saludado respetuosamente á la marquesa, que renueve mis conocimientos con mi antigua amiguita, que temo me haya olvidado. Y doblándose un poco, dió la mano á Clara.

Esta dirigió al momento sobre él, con curiosidad, sus grandes ojos negros, y luego, reconociéndole, hizo una graciosa inclinacion de cabeza, y le envió un beso con la punta de sus descarnados deditos.

—¿Conoces á monseñor, hija mia? preguntó Clementina á Clara. Esta bajó la cabeza afirmativamente, y envió un nuevo beso á Rodolfo.

—Parece que haya mejorado su salud desde la última vez que la ví, dijo con interés dirigiéndose á Clementina.

—Monseñor, está algo mejor, aunque siempre padeciendo.

La marquesa y el príncipe, igualmente cortados pensando en su próxima conversacion, estaban casi satisfechos de verla retardada algunos minutos por la presencia de Clara; pero su aya se llevó discretamente á la niña, y quedaron solos Clementina y Rodolfo.

CAPÍTULO XVIII.

LAS CONFIANZAS.

El sillon de Mad. de Harville estaba colocado á la derecha de la chimenea en que Rodolfo, que permanecia de pie, se apoyaba ligeramente.

Jamás habia llamado tanto la atencion de Clementina el noble y gracioso conjunto de las facciones del príncipe; jamás le habia parecido su voz mas dulce y mas vibrante.

Conociendo cuán penoso debiera serle á la marquesa principiar la conversacion, le dijo Rodolfo:

—Vos habeis sido, señora, víctima de una traicion indigna; una cobarde delacion de la condesa Sarah Mac-Gregor, os ha puesto á pique de perderos.

—¿Será verdad, monseñor? esclamó Clementina; luego no me engañaban mis presentimientos.... ¿y cómo pudo saberlo V. A.?

—Por una casualidad descubrí anoche en el baile de la condesa *** el secreto de esa infamia. Estaba sentado en un sitio separado del jardin de invierno. Ignorando que unos árboles me separaban de ellos, y me permitian oirles, la condesa Sarah y su hermano vinieron á tratar, junto á mí, de sus proyectos, y del lazo que os tendian. Queriendo preveniros del peligro que os amenazaba, fuí al momento al baile de Mad. de Nerval, creyendo encontraros; pero no os presentásteis alli. Si os escribia esta mañana, me esponia á que cayera mi carta en manos del marqués, cuyas sospechas debian estar despertadas, y he preferido esperaros en la calle del Temple, para frustar la traicion de la condesa Sarah. Espero que me perdonareis el ocuparos tan largo tiempo en un asunto que debe seros desagradable. Si no hubiera sido por la carta que habeis tenido la bondad de escribirme.... en mi vida os hubiera hablado de semejante cosa....

Despues de un momento de silencio, Mad. de Harville dijo á Rodolfo:

—Yo no tengo, monseñor, mas que un medio de probaros mi reconocimiento.... y es el de confiaros lo que á nadie he revelado. Esta confianza no me justificará á vuestros ojos, pero os hará tal vez encontrar menos culpable mi conducta.

—Si he de hablaros francamente, señora, dijo Rodolfo sonriendo, mi posicion, respecto á vos, es en estremo embarazosa....

Clementina, sorprendida de aquel tono casi ligero, miró á Rodolfo con asombro.

—¿Qué decís, monseñor?

—Gracias á una circunstancia que tal vez adivinareis, me veré obligado á hacer.... algun tanto el señor mayor, á propósito de una aventura que, despues de haberos libertado del odioso lazo de la

condesa Sarah, no merecia la pena de tomarse con tanta gravedad.... Pero, añadió Rodolfo con un tono de una gravedad dulce y afectuosa, vuestro esposo es para mi casi un hermano; mi padre profesaba al suyo la mas afectuosa gratitud.... Por estas razones, pues, os felicito muy sériamente por haber vuelto á vuestro esposo el sosiego y la seguridad.

—Y por la misma razon que honrais á Mr. de Harville con vuestra amistad, monseñor, me veo obligada á deciros enteramente la verdad.... sobre una eleccion que debe pareceros tan indigna, como á mí misma me parece.... y sobre mi conducta que ofende al que V. A. llama casi su hermano. ...

—Me tendré siempre por feliz, señora, y me llenará de orgullo la menor prueba de vuestra confianza. Sin embargo, permitidme que os diga, á propósito de la eleccion de que me hablais, que sé que habeis cedido tanto á un sentimiento de sincera compasion, cuanto á la obsesion de la condesa Sarah Mac-Gregor que tenia mil razones para querer perderos... Sé aun que habeis vacilado mucho tiempo antes de resolveros á dar el paso que tanto sentís al presente.

Clementina miró al príncipe con sorpresa.

—¿Os admira todo esto? Otro dia os comunicaré mi secreto, para que no me tengais por hechicero, repuso Rodolfo sonriendo. ¿Pero vuestro esposo está completamente tranquilo?

—Sí, monseñor, dijo Clementina bajando los ojos con confusion; y os lo confieso, me causa angustia el oirle pedirme perdon por haber sospechado de mí, y estasiarse por mi modesto silencio acerca de mis buenas obras.

—Si es feliz con su ilusion, no os la reprocheis; antes al contrario, sostenedle en su dulce

error.... Si no fuese ageno de mi carácter el hablar con ligereza de esta aventura, y si no se tratara de vos, señora.... diria que jamás es mas encantadora para su marido una muger, que cuando tiene que disimularle alguna falta. Es imposible concebir todos los mimos seductores que inspira una conciencia que ha faltado, ni imaginarse las encantadoras flores que hace abrir una perfidia.... Cuando yo era jóven, añadió Rodolfo sonriendo, esperimentaba siempre, á pesar mio, una vaga desconfianza cuando se me afectaba un aumento de ternura; y como por mi parte jamás me sentia con mayores ventajas que cuando tenia que hacerme perdonar alguna cosa, desde el momento en que ciertas personas se me presentaban tan pérfidamente amables como yo queria parecerlo, estaba bien seguro que esta simpatía.... ocultaba una mútua infidelidad.

Mad. de Harville se maravillaba á cada momento mas de oir hablar á Rodolfo, en tono de broma, de una aventura que tan terribles consecuencias hubiera podido tener para ella; pero adivinando al momento que el príncipe, por esta afectacion de ligereza, trataba de aminorar la importancia del servicio que le habia prestado, le dijo profundamente conmovida por esta delicadeza:

—Comprendo vuestra generosidad, monseñor.... Puede V. A. muy bien chancearse ahora, y olvidar el peligro de que me ha libertado.... Pero lo que tengo que confiaros es tan grave, tan triste, tiene tanta relacion con los acontecimientos de esta mañana, vuestros consejos pueden serme tan útiles, que os suplico que tengais muy presente que me habeis salvado el honor y la vida.... sí, monseñor, la vida.... Mi marido estaba armado, él me lo ha confesado en el esceso de su arrepentimiento, ¡y queria matarme!...

—¡Gran Dios! esclamó Rodolfo con viva emocion.

—Estaba en su derecho.... repuso amargamente Mad. de Harville.

—Os aseguro, señora, respondió Rodolfo entonces con mucha seriedad, y espero que me creais, que soy incapáz de ser indiferente á lo que os interesa. Si hace un momento me he chanceado, no ha sido mas que para evitaros que fijarais la atencion sobre el suceso de esta mañana, que tan terrible emocion debe haberos causado. Ahora, señora, os escucharé religiosamente, pues me haceis el favor de decirme que mis consejos pueden seros útiles.

—¡Oh, sí, muy útiles, monseñor! Pero antes de pediroslos, permitidme que os diga algunas palabras de un pasado que ignorais.... de los años que han precedido á mi matrimonio con Mr. de Harville.

Rodolfo se sentó, y Clementina continuó:

—A los diez y seis años perdí á mi madre, dijo sin poder contener una lágrima, yo no os diré cuánto la adoraba; figuraos, monseñor, el ideal de la bondad sobre la tierra; su ternura hácia mi era estrema; en ella encontraba un consuelo profundo á amargos pesares.... Poco amiga del gran mundo, de una salud delicada, naturalmente muy sedentaria, su mayor placer habia sido encargarse ella sola de mi educacion, porque sus conocimientos sólidos y variados le permitian llenar mejor que nadie el cargo que se habia impuesto.

Juzgad, monseñor, de su asombro y el mio cuando á los diez y seis años, en el momento en que mi educacion estaba casi terminada, mi padre, pretestando la debilidad de la salud de mi madre, nos anunció que una viuda jóven muy distinguida, á quien hacian mas interesante sus grandes desgracias, se encargaria de acabar lo que mi madre habia

empezado.... Mi madre se opuso en un principio á los deseos de mi padre ; yo misma le supliqué que no colocara entre las dos una estraña ; pero fué inexorable á pesar de nuestras lágrimas. Mad. Roland, viuda de un coronel que murió en la India.... segun ella decia , vino á vivir en nuestra compañia, y se encargó de llenar las funciones de mi instruccion....

—¡Cómo! ¿es esa Mad. Roland con quien casó vuestro padre , asi que se efectuó vuestro matrimonio?

—La misma , monseñor.

—¿Seria , pues , muy hermosa?

—Medianamente , monseñor.

—¿Tendria , pues , mucho talento?

—Disimulo.... astucia.... y nada mas.... Tenia unos veinticinco años , cabellos rubios , cejas casi blancas , ojos grandes y redondos , de un azul claro.... su fisonomía era humilde y candorosa.... su carácter pérfido, y hasta cruel.... era en la apariencia afable hasta la bajeza.

—¿Y su instruccion?

—Completamente nula , monseñor; y yo no puedo comprender cómo mi padre , hasta entonces tan esclavo de su reputacion , no habia pensado que la incapacidad de aquella muger daria á entender escandalosamente el motivo verdadero de su presencia en aquella casa. Mi madre le hizo observar que Madama Roland era profundamente ignorante ; pero él la respondió con un acento que no admitia réplica , que inteligente ó no , aquella jóven é interesante viuda conservaria en su casa.... la posicion que él le habia proporcionado. Mas tarde supe que mi madre lo comprendió todo desde aquel momento , y se afectó profundamente, deplorando menos, á mi entender , la infidelidad de mi padre, que los

desórdenes interiores que estas relaciones debian producir.... y cuyo escándalo podia llegar hasta mí....

—Y en efecto, aun con respecto á su loca pasion, vuestro padre, á mi modo de ver, calculaba muy mal introduciendo en su casa á esa muger.

—Y aun os causaria mayor admiracion si supierais que mi padre es el hombre de carácter mas formal y mas completo que se conoce: necesaria era, para inducirle al completo olvido de todo decoro.... la influencia escesiva de Mad. Roland, influencia tanto mas cierta, cuanto que ella la disimulaba bajo las apariencias de una violenta pasion hácia él.

—¿Pero qué edad tenia entonces vuestro padre?

—Cerca de sesenta años.

—¿Y creía en el amor de aquella jóven?

—Mi padre ha sido uno de los hombres mas elegantes de su tiempo.... Mad. Roland obedecia á su instinto ó á diestros consejos....

—¡Consejos! ¿y quién podria aconsejarla?

—Luego os lo diré, monseñor. Adivinando que un hombre rico, cuando llega á ser viejo, gusta de que le adulen sobre sus gracias esteriores, tanto mas, cuanto que estas alabanzas le recuerdan el mejor tiempo de su vida, aquella muger, ¿lo creeríais, monseñor? lisonjeó á mi padre sobre la gracia y el encanto de sus facciones, sobre la elegancia inimitable de su talle y sus contornos, cuando tenia sesenta años.... Todo el mundo aprecia su alta inteligencia, y él ha dado ciegamente en este lazo. Tal ha sido, tal es ahora sin duda la causa de la influencia de esta muger sobre él.... Perdonad, monseñor; á pesar de mis tristes preocupaciones, no puedo menos de reirme al recordar que, antes de mi casamiento, oí decir y sostener á Mad. Roland, que lo que ella llamaba la *madurèz real*, era la mas

bella edad de la vida.... Esta maduréz real no empezaba, por supuesto, hasta los cincuenta y cinco ó sesenta años.

—¿A la edad de vuestro padre?

—Sí, monseñor. Entonces tan solo, segun Madama Roland, el talento y la esperiencia habian adquirido su último desarrollo: entonces tan solo un hombre eminentemente colocado en el mundo, gozaba de toda la consideracion á que podia aspirar, entonces asimismo el conjunto de las facciones, la buena gracia de sus modales llegaba á su perfeccion, ofreciendo la fisonomía en esta época de la vida un raro y divino conjunto de graciosa serenidad y dulce gravedad. En fin, una ligera tintura de melancolía, causada por las decepciones que trae siempre consigo la esperiencia.... completaba el encanto irresistible de la maduréz real; encanto solamente apreciable, se apresuraba á añadir Mad. Roland, para las mugeres de ingenio y de corazon, que tienen el buen sentido de despreciar los brillos de la juventud estraviada de esos calaverillas de cuarenta años, cuyo carácter no ofrece ninguna seguridad, y cuyas insignificantes facciones juveniles no se han poetizado todavía por aquella magestuosa espresion que da á entender la profunda ciencia de la vida.

Rodolfo no pudo menos de sonreirse al ver la irónica relacion con que Mad. de Harville trazaba el retrato de su madrastra.

—Hay una cosa que no perdono jamás á las gentes ridículas, dijo á la marquesa.

—¿Qué, monseñor?

—Su maldad.... esto impide reirnos de ellas á nuestra satisfaccion.

—Esto sea tal vez un cálculo suyo, dijo Clementina.

—Lo creeria asi, y lo siento; porque, por ejem-

plo, si yo pudiera olvidar que esa Mad. Roland os habrá hecho necesariamente mucho mal, me reiría mucho de esa invencion de *maduréz real* en oposicion á la loca juventud de esos troneras de cuarenta años que, segun esa muger, parecen *salir apenas de los pañales*, como hubieran dicho nuestros abuelos.

—A lo menos creo que mi padre es feliz con las ilusiones de que le rodea mi madrastra.

—Y sin duda alguna, castigada ahora por la falsedad, sufre las consecuencias de su mentido amor apasionado; vuestro padre la ha creido literalmente, y la rodea de soledad y amor.... Permitidme que os diga que la vida de vuestra madrastra debe ser tan insoportable, como feliz la de vuestro padre; figuraos la orgullosa alegría de un hombre de sesenta años, acostumbrado á vencer en sus empresas, que se cree aun amado por una muger con bastante pasion para inspirarle el deseo de encerrarse con él en un completo aislamiento.

—Yo no deberia, pues, quejarme de Mad. Roland, puesto que mi padre es feliz con ella; pero su odiosa conducta con mi madre.... la parte desgraciadamente demasiado activa que tomó en mi casamiento, son causa de la aversion que la tengo, dijo Mad. de Harville despues de vacilar un momento.

Rodolfo la miró con sorpresa.

—Mr. de Harville es amigo vuestro, monseñor, prosiguió diciendo Clementina con voz firme. Yo conozco la gravedad de las palabras que acabo de pronunciar.... y no tardareis á contestarme si son justas. Pero vuelvo á Mad. Roland, establecida como á aya junto á mi, á pesar de su reconocida incapacidad. Mi madre tuvo con este motivo una esplicacion bastante triste con mi padre, y le manifestó

que queriendo al menos protestar contra la intolerable posicion de esta muger, no se presentaria en adelante en la mesa si no salia inmediatamente de su casa Mad. Roland. Mi madre era la misma dulzura y bondad; pero tenia una indomable firmeza cuando se trataba de su dignidad personal. Mi padre fué inflexible; ella sostuvo su promesa, y desde entonces vivimos completamente retiradas en su cuarto. Mi padre me trató desde entonces con tanta frialdad como á mi madre, mientras que Mad. Roland hacia casi públicamente los honores de la casa, siempre en calidad de mi preceptora.

—¡A qué estremos conduce á los talentos mas eminentes una loca pasion! ¡Y que hayamos de envanecernos mas por la alabanza de cualidades ó ventajas que no poseemos, que por aquellas que efectivamente tenemos! Probar á un hombre de sesenta años que no tiene mas que treinta, es el *a b c* de la adulacion..... y cuanto mas grosera es la adulacion, mas consigue su fin.... ¡Ah! nosotros los príncipes somos los que mejor sabemos todo esto.

—Los cortesanos tratan de hacer mil probaturas sobre vuestras personas, monseñor.

—Bajo este aspecto, vuestro padre ha sido tratado como un soberano.... pero vuestra madre debia padecer horriblemente.

—Mas aun por mi que por ella, monseñor; porque pensaba en el porvenir.... Su salud, tan delicada ya, se debilitaba cada dia, y cayó gravemente enferma: quiso la fatalidad que muriese Mr. Sorvier, médico de la familia, en quien mi madre tenia toda su confianza, y lo sintió entrañablemente. Mad. Roland tenia por médico y amigo un doctor italiano, de gran mérito, segun ella decia; mi padre le consultó algunas veces, y habiendo quedado satisfecho, se lo propuso á mi madre, que lo admi-

tió, y él fué el que la asistió en su última enfermedad.... A estas palabras, los ojos de Mad. de Harville se llenaron de lágrimas. Me avergüenzo de confesaros esta debilidad, monseñor, añadió; pero solamente porque aquel médico habia sido propuesto á mi padre por Mad. Roland, me inspiraba ya, sin razon alguna entonces, una involuntaria aversion; ví con una especie de temor que mi madre le concedia su confianza; y sin embargo, respecto á conocimientos científicos, el doctor Polidori....

—¿Qué decís, señora? esclamó Rodolfo.

—¿Qué teneis, monseñor? dijo Clementina estupefacta de la espresion de las facciones de Rodolfo.

—Pero no, dijo el príncipe hablando consigo mismo, me engaño sin duda.... eso hace cinco ó seis años, mientras que se me ha asegurado que Polidori no hace mas que dos años que está en París; oculto bajo un nombre fingido.... él es efectivamente á quien vi ayer..... ese charlatan Bradamantí.... Sin embargo.... dos médicos del mismo nombre.... (1) ¡Qué encuentro tan singular!... Señora, permitidme algunas preguntas sobre ese Polidori, dijo Rodolfo á Mad. de Harville que le miraba con una sorpresa creciente: ¿Qué edad tenia el italiano?

—Sobre cincuenta años.

—¿Y su fisonomía?

—Siniestra.... jamás olvidaré sus ojos de un verde claro.... su nariz encorvada como el pico de un águila....

—¡El es!... sí.... ¡él es!.... esclamó Rodolfo. ¿Y creeis, señora, que el doctor Polidori se halle aun en París? preguntó Rodolfo á Clementina.

—No sé, monseñor. Sobre un año despues del

---

(1) Recordaremos al lector que Polidori era médico distinguido cuando se encargó de la educacion de Rodolfo.

casamiento de mi padre, salió de esta capital; una de mis amigas, á quien asistia entonces ese médico italiano.... Mad. de Lucenay....

—¡La duquesa de Lucenay! esclamó Rodolfo.

—Sí, monseñor.... ¿Pero de qué os admirais?

—Permitidme que os oculte el motivo.... ¿Y qué os decia en esa época Mad. de Lucenay sobre ese hombre?

—Que le escribia á menudo, desde su salida de París, cartas muy ingeniosas sobre los paises que recorria: porque viajaba mucho.... Pero ahora recuerdo que hará cosa de un mes que, preguntando á Mad. de Lucenay si continuaba recibiendo noticias del doctor Polidori, me respondió con aire algo cortado, que hacia tiempo que nada habia oido hablar de él, é ignoraba qué se habia hecho, sin que faltaran algunas personas que le creyeran muerto.

—Es cosa singular.... dijo Rodolfo acordándose de la visita de Mad. Lucenay al charlatan Bradamanti.

—¿Conoceis, segun parece, á ese hombre, monseñor?

—Sí, á pesar mio.... pero hacedme el gusto de continuar vuestra relacion; mas tarde os diré quién es ese Polidori....

—¡Cómo! ese médico....

—Decid mas bien ese hombre manchado con los mas horribles crímenes.

—¡Crímenes!... esclamó Mad. de Harville con espanto; ¡ha cometido crímenes ese hombre.... amigo de Mad. Roland, y médico de mi madre! ¡mi madre murió entre sus manos despues de algunos dias de enfermedad!... ¡Ah, monseñor, me llenais de pavor!... ¡demasiado habeis dicho, sí, demasiado!

—Sin acusar á ese hombre de un nuevo crímen, sin que acuse á vuestra madrastra de una espantosa

complicidad.... diré que debeis tal vez dar gracias al cielo que vuestro padre, despues de su enlace con Mad. Roland, no haya necesitado de los cuidados de Polidori....

—¡Oh, Dios mio! esclamó Mad. de Harville, ¡acaso no me habrán engañado mis presentimientos!

—¿Vuestros presentimientos?

—Sí.... hace poco os hablé de la aversion que me inspiraba ese médico, porque habia sido introducido en nuestra casa por Mad. Roland.... pero no os lo he dicho todo, monseñor.

—¿Cómo?

—Temia acusar á un inocente dando demasiado crédito á la amargura de mis penas; pero voy á deciroslo todo, monseñor. La enfermedad de mi madre duraba ya cinco dias; yo no me habia separado de su lado. Una tarde iba á respirar el aire del jardin sobre la galería de nuestra casa, y al cabo de un cuarto de hora volví á entrar por un corredor oscuro. A la débil claridad de una luz que habia en el cuarto de Mad. Roland, ví salir á Mr. Polidori, acompañado de esta muger. Yo me hallaba cubierta por las sombras, y ellos no me veían. Mad. Roland le dijo en voz muy baja algunas palabras que no comprendí, y el médico respondió con tono mas fuerte estas dos palabras: *Pasado mañana*. Y volviéndole á hablar Mad. Roland en voz baja, le repuso con un acento singular: *Pasado mañana, os repito que pasado mañana*.

—¿Y qué significaban esas palabras?

—¿Qué significaban, monseñor? El miércoles por la tarde decia Mr. Polidori; *pasado mañana*.... El viernes.... habia dejado de existir mi madre....

—¡Oh, eso es horrible!

—Cuando yo pude reflexionar y acordarme, esas palabras, *pasado mañana*, que parecian haber pre-

dicho la época de la muerte de mi madre, se me presentaron á la imaginacion: creí que Mr. Polidori, instruido por la ciencia del poco tiempo que restaba de vida á mi madre, se habia apresurado á noticiarlo á Mad. Roland.... á Mad. Roland que tantas razones tenia para alegrarse de aquella muerte.... Esto solo me hizo aborrecer á aquel hombre y aquella muger... Pero jamás me habria atrevido á suponer.... ¡oh, no, no, aun ahora no puedo creer en semejante crímen!

—¿Fué Polidori el único facultativo que asistió á vuestra madre?

—La víspera del dia que la perdí, hizo venir ese hombre á uno de sus compañeros para una consulta. Segun lo que me dijo mi padre, aquel médico habia encontrado á mi madre en un estado muy peligroso.... Despues de este funesto acontecimiento me llevaron á casa de una de nuestras parientas, que habia amado mucho á mi madre. Olvidando la reserva que le aconsejaba mi edad, esta parienta me dijo sin precaucion alguna cuántos motivos tenia para aborrecer á Mad. Roland, y me indicó las ambiciosas esperanzas que debia concebir desde entonces esta muger.

Esta revelacion fué para mí un golpe cruel, y comprendí entonces cuánto debia haber sufrido mi madre. Cuando volví á ver á mi padre, se me oprimió el corazon: venia á buscarme para marchar á Normandia, en donde debíamos pasar los primeros tiempos del luto. Durante el camino lloró mucho, y me dijo que solo le quedaba yo para ayudarle á soportar aquel golpe tan terrible. Yo le respondí con espansion que tampoco me quedaba mas que él, despues de la pérdida de la mas adorada de las madres.... Despues de algunas palabras sobre el embarazo en que se encontraría si se viera

obligado á dejarme sola durante las ausencias que sus negocios le obligaban á hacer de cuando en cuando, me manifestó sin transicion y como la cosa mas natural del mundo, que felizmente para él y para mí Mad. Roland consentia en tomar la direccion de su casa y en servirme de guia y amiga.

El asombro, el dolor y la indignacion me dejaron muda, y lloré en silencio. Mi padre me preguntó la causa de mis lágrimas, y yo esclamé entonces tal vez con demasiada amargura, que jamás habitaria en la misma casa que Mad. Roland, porque despreciaba á aquella muger tanto, como la aborrecia por los pesares que habia causado á mi madre. El permaneció tranquilo, combatió lo que decia mis niñerías, y me dijo friamente que su resolucion era inalterable, y que tendria que someterme á ella.

Supliquéle que me permitiera retirar al convento del Sagrado Corazon de Jesus, donde tenia algunas amigas, en donde permaneceria hasta que juzgase conveniente casarme: y me dió á entender que habia pasado ya el tiempo en que se iban á buscar las jóvenes para casarse á la reja de un convento; que mis deseos de separarme de su lado le serian muy sensibles, si no viera en mis palabras una exaltacion escusable, pero poco sensata, que se calmaria necesariamente, y luego me abrazó y me besó en la frente, llamándome mala cabeza.

¡Ay de mí! fué en efecto preciso someterme.... ¡Juzgad de mi dolor, monseñor! Tener que vivir al lado de una muger á quien yo reprochaba la muerte de mi madre.... Yo preveía las mas crueles escenas entre mi padre y yo, no pudiendo consideracion alguna privarme de manifestar mi aversion á Mad. Roland. Pareciame que de esta manera vengaria á mi madre.... mientras que la menor palabra afectuosa dirigida á aquella muger, la hubiera creido una cobardía sacrílega.

—¡Dios mio! ¡cuánto deberíais padecer en ese período de vuestra vida, y cuán lejos estaba yo de imaginar que hubierais sufrido tanto, cuando tuve el placer de conoceros! Nunca, la menor palabra vuestra me habia hecho sospechar....

—Eso es porque entonces, monseñor, no tenia que escusarme á vuestros ojos de una imperdonable debilidad.... Si os hablo tan largamente de esta época de mi vida, es para haceros comprender en qué posicion me hallaba cuando me casé.... y por qué, á pesar de una advertencia que debiera haberme instruido, me uní á Mr. de Harville.

Al llegar á *Aubieres* (este es el nombre de la posesion de mi padre) la primera persona que nos salió al encuentro fué Mad. Roland, que habia ido á establecerse alli desde el mismo dia de la muerte de mi madre. A pesar de su aspecto humilde y agasajador, dejaba ya entrever una alegría triunfante mal disimulada. Jamás olvidaré la mirada á la vez irónica y maligna que me dirigió á mi llegada, con la cual parecia decirme: «Yo estoy aqui en mi casa, y tú eres la persona estraña.» Un nuevo pesar me esperaba aun: sea por falta de tacto, ó por una impudencia descarada, aquella muger ocupaba la habitacion de mi madre. Llena de indignacion, me quejé á mi padre de semejante hecho, y me respondió severamente que no debia en manera alguna maravillarme, y antes al contrario, debia acostumbrarme á mirar y á respetar á Mad. Roland como á mi segunda madre. Yo le contesté que aquello seria profanar tan sagrado nombre; y á pesar de su indignacion, no perdoné ninguna ocasion de manifestar mi odio á Mad. Roland. Diferentes veces le irrité, y me reprendió delante de aquella muger, y me echaba en cara mi ingratitud y frialdad con el ángel consolador que la Providencia nos ha-

bia enviado.—Padre mio, os ruego que hableis solamente por vos, le dije un dia; pero me trató cruelmente, y Mad. Roland, con su voz melosa, intercedió por mí con una profunda hipocresía. —Sed indulgente con Clementina, decia; el sentimiento que inspira la pérdida de la persona á quien todos lloramos, es tan natural y tan laudable, que es necesario tener consideraciones con su dolor, y compadecerla aun en sus arrebatos.—Ya lo oyes, me decia mi padre mostrándome á Mad. Roland con admiracion; ¿no ves cuán buena y generosa es? A esa generosidad debieras tú corresponder arrojándote en sus brazos.—Es imposible, padre mio: la señora me aborrece.... y yo la aborrezco tambien.=¡Ah, Clementina.... cuánto me hacen padecer vuestras palabras.... pero todo os lo perdono! añadió Mad. Roland levantando los ojos al cielo. —¡Amiga mia, noble amiga mia! esclamó mi padre con voz conmovida; os suplico que os tranquiliceis. ¡Por consideracion á mí, disimulad á una loca que os desconoce! luego, dirigiéndome unas miradas llenas de irritacion, esclamó: Infeliz de tí si te atreves á seguir ultrajando al alma mas bella que hay en el mundo: pídele al momento perdon.—Mi madre me vé y me oye.... y no me perdonaria jamás semejante cobardía, dije á mi padre, y salí, dejándole ocupado en consolar á Mad. Roland, y en enjugar sus mentidas lágrimas.... Perdonad, monseñor, que me detenga en estas puerilidades; pero ellas solas pueden daros una idea de la vida que yo llevaba.

—Yo creo, al oiros, asistir á esas escenas interiores tan tristes y tan humanamente verdaderas.... ¡En cuántas familias han debido renovarse, y en cuántas se renovarán aun!... Nada mas vulgar, y sin embargo mas diestro que la conducta de Mad. Ro-

land: esa sencilléz de medios de la perfidia, la pone al alcance de tantas inteligencias mediocres.... Y por mejor decir, no consistia todo en la habilidad de esa muger, sino en la ceguedad de vuestro padre; ¿pero bajo qué punto de vista presentaba á Mad. Roland á la sociedad?

—Como á mi preceptora y su amiga.... y de este modo era recibida.

—¿No tengo necesidad de preguntaros si vivian en el mismo aislamiento?

—A escepcion de algunas visitas muy raras, pero precisas por razones de vecindad y negocios, no veíamos á nadie: mi padre, completamente dominado por su pasion, y cediendo sin duda á las instancias de Mad. Roland, dejó, al cabo de tres meses apenas, el luto por mi madre, bajo pretesto de que el luto.... se llevaba mas bien en el corazon.... Su frialdad, respecto á mí, aumentaba mas y mas, y su indiferencia llegó hasta el punto de dejarme una libertad increible para una jóven de mi edad. Yo le veía á la hora de almorzar; marchaba en seguida á sus habitaciones en compañía de Mad. Roland que le servia de secretario para su correspondencia de negocios, y luego salia con ella en carruage ó á pie, no volviendo hasta una hora antes de comer.... Mad. Roland tenia un rato de tocador elegante y cumplido: mi padre se vestia con un esmero estraño á su edad; á veces, despues de comer, recibia algunas visitas de que no podia dispensarse; luego, hasta las diez, echaba una partida de chaquete con Mad. Roland, le ofrecia luego el brazo para acompañarla al cuarto de mi madre, le besaba respetuosamente la mano, y se retiraba. En cuanto á mí, podia disponer libremente del tiempo: montar á caballo seguida de mi criado, ó dar á mi gusto largos paseos por los bosques que circundaban la casa;

algunas veces, abrumada de tristeza, no me presenté al desayuno, pero mi padre no hizo ninguna atencion....

—¡Qué olvido tan singular.... qué abandono!...

—Habiendo encontrado algunas veces seguidas en el bosque, por donde corria montada, á uno de nuestros vecinos, renuncié á este paseo, y no salí ya del parque.

—¿Pero qué conducta observaba esa muger con vos, cuando os hallabais sola con ella?

—Evitaba del mismo modo que yo estos encuentros, mientras era posible. Solamente una vez, haciendo alusion á algunas palabras duras que le habia dirigido la víspera, me dijo con dureza.—Id con tiento, niña: ¿quereis luchar conmigo?... pues os aseguro que saldreis vencida. —Como mi madre, ¿no es verdad?... lástima, señora, que no esté aqui Mr. Polidori para afirmaros que eso seria.... *pasado mañana*. Estas palabras causaron á Mad. Roland una impresion profunda que bien pronto dominó. Al presente que sé por vos, monseñor, quién es el doctor Polidori, y de lo que es capáz, la especie de espanto que esperimentó Mad. Roland oyéndome recordarle estas misteriosas palabras, confirmaria tal vez mis horribles sospechas. Pero no.... no, yo no quiero creerlo.... me espantaria demasiado pensar que mi padre está á estas horas casi á la merced de esa muger.

—¿Y qué os respondió cuando le recordasteis esas palabras de Polidori?

—Al principio se puso encarnada, pero luego, dominando su emocion, me preguntó friamente qué queria decir.—Cuando esteis sola, señora, preguntáoslo vos misma, y os respondereis. Poco tiempo despues hubo una escena que decidió, por decirlo asi, de mi suerte. Entre un gran número de

retratos de familia que adornaban un salon, en donde nos reuníamos por las tardes, se encontraba el retrato de mi madre, y observé un dia que habia desaparecido. Dos de nuestros vecinos habian comido con nosotros; uno de ellos, Mr. Dorval, notario del pais, habia siempre demostrado á mi madre la mas profunda veneracion. Al llegar al salon pregunté á mi padre: ¿en dónde está el retrato de mi madre? —La presencia de ese retrato me causaba demasiado sentimiento, me respondió mi padre con aire algo cortado, mostrándome con una mirada á los forasteros, testigos de esta conversacion.—¿Y en dónde se halla ahora su retrato, padre mio?—Volviéndose entonces hácia Mad. Roland, é interrogándola con la vista con un movimiento de impaciencia, le dijo: ¿dónde se ha colocado el retrato?—En el guarda-muebles, respondió ella echándome entonces una mirada de insulto, creyendo que la presencia de nuestros vecinos me impediria responderle.—Comprendo, señora, le dije friamente, que la mirada de mi madre debia causaros pesar; pero esta no era una razon para confinar en el desvan el retrato de una muger que cuando erais miserable os ha permitido vivir en su casa.

—Muy bien, esclamó Rodolfo; ese desdén glacial era capáz de trastornarla.

—¡Señorita! esclamó mi padre. —Confesad, sin embargo, le dije interrumpiéndole, que una persona que insulta cobardemente la memoria de una muger que la ha socorrido, no merece mas que desprecio y aversion.

Mi padre se quedó por un momento estupefacto: Mad. Roland se puso encendida de vergüenza y de cólera, y los vecinos, en estremo cortados, bajaron los ojos y guardaron silencio. —¡Señorita! repuso mi padre, ¡olvidais que esta señora era la amiga de

vuestra madre.... olvidais que la señora ha cuidado y cuida todavía de vuestra educacion con una solicitud maternal.... olvidais, en fin, que yo la profeso la mas respetuosa estimacion!... Y puesto que os habeis permitido tan desatentas palabras delante de estos señores, os debo yo decir que los ingratos y cobardes son aquellos que, olvidando los mas tiernos cuidados, se atreven á echar en cara un noble infortunio á una persona que merece interés y respeto.—Yo no me permitiré jamás, padre mio, discutir con vos esta cuestion, dije con una voz sumisa. —¡Tal vez, señorita, seré yo mas feliz! esclamó Mad. Roland, arrebatada esta vez por la cólera fuera de los límites de su prudencia habitual. Quizás me hareis el favor, no de discutir, sino de confesar, que lejos de deber el menor reconocimiento á vuestra madre, no tengo que recordarme mas que de la antipatía que siempre me manifestó, porque bien contra su voluntad fué el.... —¡Ah, señora! le interrumpí, por respeto á mi padre, por vuestro mismo pudor.... dispensaos de horribles revelaciones.... me haríais sentir haberos espuesto á tan humillantes confesiones....—¡Cómo, señorita!... esclamó casi ciega de cólera; os atreveriais á decir....—Yo digo, señora, repuse interrumpiéndola aun, digo que mi madre, permitiéndoos vivir en su casa en vez de haceros echar de ella, segun sus derechos, ha debido probaros por su desprecio, que su tolerancia, respecto á vos, le estaba impuesta....

—¡De bien á mejor! esclamó Rodolfo; aquello fué un castigo completo. ¿Y esa muger...?

—Mad. Roland terminó aquella conversacion por un medio muy vulgar, pero muy cómodo; al oir mis palabras esclamó.—¡Dios mio, Dios mio! y se desmayó.... Gracias á este incidente, los dos testi-

gos de esta escena salieron bajo el pretesto de buscar socorro; y yo les imité, mientras que mi padre prodigaba á Mad. Roland los cuidados mas afectuosos.

—¡Cuál debió ser la cólera de vuestro padre cuando volvió á veros!

—Vino á mi habitacion á la mañana siguiente, y me dijo. — Con el fin de que en lo sucesivo no se repitan escenas semejantes á las de ayer, te declaro que asi que concluya el tiempo riguroso de mi luto y el tuyo, me casaré con Mad. Roland. Desde entonces tendrás que tratarla con el respeto y consideraciones que merece.... mi *muger* ... Por razones particulares, es necesario que te cases antes que yo: los bienes de tu madre ascienden á mas de un millon, y esa será tu dote. Desde ahora me ocuparé activamente en asegurarte una union correspondiente, examinando algunas proposiciones que se me han hecho respecto á tí. La persistencia con que atacas, á pesar de mis amonestaciones, á una persona á quien aprecio, me da á entender tu afecto hácia mí. Mad. Roland desprecia esos ataques; pero yo no permitiré que semejantes escándalos se renueven delante de estraños en mi propia casa. En adelante no entrarás ó no permanecerás en el salon sino mientras que Mad. Roland ó yo estemos solos.

—Despues de esta última conversacion, permanecí aun mas aislada, y no veía á mi padre mas que á las horas de comer, que se pasaban en el mas profundo silencio. Mi vida era tan triste, que yo esperaba con impaciencia el momento en que mi padre me propusiera un matrimonio cualquiera, para aceptar.... Mad. Roland, renunciando á hablar mal de mi madre, se vengaba haciéndome sufrir un suplicio á cada momento: afectaba, para exasperarme, servirse de mil cosas que habian per-

tenecido á mi madre: su sillon, su costurero, los libros de su biblioteca particular, todo lo profanaba aquella muger....

—¡Oh! comprendo el horror que debian causaros esas profanaciones.

—Y luego el aislamiento hace los pesares mas dolorosos aun....

—¿Y vos no teniais nadie.... nadie en quien confiaros?

—Nadie.... sin embargo, recibí una prueba de afecto que me interesó, y que debiera haberme instruido sobre el porvenir: uno de los testigos de aquella escena en que habia yo tratado tan duramente á Mad. Roland, era Mr. Dorval, viejo y honrado notario, á quien mi madre habia hecho algunos servicios interesándose por una de sus sobrinas. Despues de la prohibicion de mi padre, yo no bajaba al salon cuando se hallaba alguna persona estraña.... y por consiguiente no habia vuelto á ver á Mr. Dorval, cuando con grau sorpresa mia, vino un dia con aire misterioso á encontrarme en una de las alamedas del parque, sitio habitual de mis paseos.—Señorita, me dijo, temo ser sorprendido por el señor conde; leed esta carta, y quemadla en seguida: se trata de una cosa muy importante para vos.... y desapareció.

En esta carta me decia que se trataba de casarme con el marqués de Harville, cuyo partido parecia ventajoso bajo todo punto de vista; se me respondia de las buenas cualidades de Mr. de Harville; era jóven muy rico, de un talento aventajado, y una figura agradable; y sin embargo, las familias de dos jóvenes, con las que debia haberse casado sucesivamente Mr. de Harville, habian roto bruscamente el casamiento proyectado.... El notario no podia decirme la razon de este rompimiento; pero

creía de su deber instruirme, sin que pretendiera que fueran desfavorables á Mr. de Harville las causas de estos rompimientos. Las dos jóvenes de quienes se trataba, eran hijas, la una de Mr. de Beauregard, par de Francia, y la otra de lord Boltrop. Mr. Dorval me comunicaba estas noticias, porque mi padre, impaciente de concluir mi matrimonio, no parecia dar importancia alguna á las circunstancias que se me indicaban....

—En efecto, dijo Rodolfo despues de unos momentos de reflexion; ahora recuerdo que vuestro marido, con un año de intervalo, me anunció sucesivamente dos matrimonios proyectados que, próximos á efectuarse, habian sido rotos bruscamente, segun me escribia por algunas discusiones de interés.

Mad. de Harville sonrió con amargura, y respondió:

—Poco tardareis en saber la verdad, monseñor.... Despues de haber leido la carta del notario, sentí tanta curiosidad como inquietud. ¿Quién era Monsieur de Harville? Jamás me habia hablado mi padre de él. En vano repasé mi memoria, pues no me acordé de semejante nombre. Bien pronto Mad. Roland, con asombro mio, partió para París. Su viage debia durar á lo mas ocho dias, y sin embargo, mi padre sintió un profundo pesar de esta separacion pasagera: su carácter se exasperó, y creció su frialdad conmigo, y hasta se le escapó decir un dia que le pregunté cómo se hallaba. — Estoy padeciendo por culpa tuya. — ¿Por mi culpa, padre mio?—Seguramente.... Ya sabes cuán habitua do estoy á la compañía de Mad. Roland, y esta admirable muger, á quien tú has ultrajado, hace por tu solo interés este viage, que la retiene lejos de mí.

Esta señal de *interés* de Mad. Roland, me ater-

ró, y un vago instinto me hizo presentir que trataba de mi casamiento. Os dejo pensar, monseñor, la alegría de mi padre á la vuelta de mi futura madrastra. Al dia siguiente me mandó recado para que fuera á su habitacion: se hallaba solo con ella. — Hace algun tiempo, me dijo él, que pienso en tu colocacion: tu luto va á concluir dentro de un mes. Mañana llegará aqui el marqués de Harville, jóven en estremo distinguido, muy rico, y capáz de asegurar completamente tu felicidad. Te ha visto en algunas reuniones, desea vivamente unirse á tí, y están ya arreglados todos los negocios de interés. De tí sola, pues, dependerá el estar casada dentro de algunas semanas. Si al contrario, por un capricho que no puedo prever rehusas este partido casi inesperado, yo me casaré de todos modos, segun tengo determinado, asi que espire el tiempo de mi luto. En este caso, debo desde ahora declararte.... que tu presencia en esta casa no me seria agradable, sino prometiéndome tratar á mi *muger* con la ternura y respeto que se merece. — Os comprendo, padre mio. Si no me caso con Mr. de Harville, vos os casareis; y entonces, para vos y para.... la señora no habrá ningun inconveniente en que yo me retire al Sagrado Corazon. —Ninguno, me respondió friamente.

—¡Ah! ¡eso no es ya debilidad, sino mas bien crueldad! esclamó Rodolfo.

—¿Sabeis, monseñor, lo que me ha impedido conservar contra mi padre el menor resentimiento? Porque una especie de presentimiento me decia que él pagaria demasiado caro su ciega pasion á Madama Roland.... y gracias á Dios, este dia aun ha de llegar.

—¿Y no le digisteis nada de lo que habiais sabido del notario, sobre los dos casamientos tan brusca-

mente deshechos por las familias á que debia aliarse Mr. de Harville?

—Sí, monseñor.... Aquel mismo dia pedí á mi padre que me concediera un momento para hablarle á solas.—Yo no tengo ningun secreto para Mad. Roland, y podeis hablarme en su presencia, me respondió.—Yo guardé silencio, y él volvió á decir con severidad. —Te repito que no tengo secretos para Mad. Roland; dime claramente lo que quieres.—Si me lo permitis, padre mio, esperaré á que esteis solo. Mad. Roland se levantó bruscamente, y salió. — Ya estareis satisfecha, me dijo; pues bien, hablad.—Yo no tengo ninguna antipatía á la union que me proponeis, padre mio; solamente debo deciros que he sabido que Mr. de Harville ha estado dos veces á punto de casarse....—Bien, bien, repuso él interrumpiéndome; ya sé lo que ha sido eso. Esos rompimientos han sido á consecuencia de cuestiones de intereses, en las que por otra parte ha quedado completamente á cubierto la delicadeza de Mr. de Harville. Si no tienes mas objecion que esta, puedes considerarte como casada.... y felizmente casada, porque yo no quiero mas que tu felicidad.

—Sin duda, Mad. Roland estuvo muy contenta de esta union.

—¿Contenta? Sí, monseñor, dijo amargamente Clementina; y bien contenta, porque esta union era obra suya. Ella era la primera que habia propuesto esta idea á mi padre.... Ella sabia la verdadera causa del rompimiento de los dos primeros casamientos de Mr. de Harville.... y esta era la razon por qué se empeñaba en hacerme casar con él.

—¿Pero con qué objeto?

—Queria vengarse de mí, sacrificándome á una horrible suerte....

—Pero vuestro padre....

—Engañado por Mad. Roland, creyó efectivamente que motivos de interés eran los que habian destruido los proyectos de Mr. Harville.

—¡Qué horrible trama!... ¿Pero esa razon misteriosa...?

—Al momento vais á saberla, monseñor. Mr. de Harville llegó á Aubieres: sus modales, su talento, su figura, me agradaron; tenia un aspecto distinguido; su carácter era amable, aunque un poco triste. Observé en él un contraste que me asombraba, y llamaba á la vez mi atencion: su talento era cultivado, su fortuna envidiable, su nacimiento ilustre; y sin embargo, su ordinariamente enérgica y resuelta fisonomía espresaba una especie de timidéz, de abatimiento y desconfianza de sí mismo, que me afectaba mucho. Gustábame tambien verle manifestar una suma bondad á un viejo mayordomo que le habia educado, y que era el único de quien queria ser asistido. Algun tiempo despues de su llegada, permaneció Mr. de Harville encerrado dos dias en su habitacion: mi padre deseó verle, pero el mayordomo se opuso, pretestando que tenia una jaqueca tan violenta que no podia recibir absolutamente á nadie. Cuando volvió á presentarse Mr. de Harville, lo encontré muy pálido y demudado.... despues de esto, esperimentaba una impaciencia casi pesarosa siempre que se le hablaba de aquella indisposicion pasagera.... A medida que conocia á Mr. de Harville, descubria en él cualidades que me eran simpáticas.... Tenia tantos motivos de ser feliz, que yo apreciaba su modestia en la felicidad.... Convenida ya la época de nuestro matrimonio, se adelantó siempre á mis menores deseos en nuestros proyectos del porvenir. Si algunas veces le preguntaba la causa de su melancolía, me

hablaba de su madre, de su padre, que hubieran estado locos de contento al verle casado segun su corazon y su gusto. Muy poco fina hubiera sido yo en no admitir estas razones tan halagüeñas para mí. Mr. de Harville adivinó la manera cómo habia vivido hasta entonces con Mad. Roland y con mi padre, aunque este, satisfecho con mi matrimonio, que apresuraba el suyo, se habia vuelto muy tierno para conmigo. En varias conversaciones, Mr. de Harville me declaró con mucho tacto y reserva que me amaba, tal vez mas en razon de mis pesares pasados.... Yo creí deber con este motivo prevenirle que mi padre pensaba volverse á casar; y como yo le hablaba del cámbio que esta union produciria en mi fortuna, no me dejó concluir, y dió pruebas del mayor desinterés: entonces pensaba yo que las familias con las que habia estado próximo á enlazarse, debian ser muy avaras para haber tenido graves dificultades de interés con él.

—De ese mismo modo es como lo he conocido siempre, dijo Rodolfo; lleno de desinterés, de delicadeza y afecto.... ¿Pero no le habeis hablado nunca de esos matrimonios deshechos?

—Os lo confieso, monseñor; viéndole tan leal y tan bueno, aunque varias veces me vino á los lábios esta pregunta, no tardé mucho, por temor de agraviar esta misma lealtad, en decidirme á no abordar tal objeto.... Cuanto mas se aproximaba el dia fijado para mi matrimonio, mas feliz se creia Monsieur de Harville.... sin embargo, le ví dos ó tres veces sumergido en una profunda tristeza.... Un dia, entre otros, fijó en mí sus ojos, de los que se desprendió una lágrima: me pareció oprimido, y hubiérase dicho que queria, pero no se atrevia, á confiarme un secreto importante.... La memoria del rompimiento de los dos matrimonios se presentó

á mi imaginacion.... y lo confieso, tuve miedo.... Un secreto presentimiento me indicaba que se trataba tal vez de la desgracia de toda mi vida.... pero estaba tan atormentada en casa de mi padre, que superé mi temor....

—¿Y Mr. de Harville no os confió nada?

—Nada.... Cuando yo le preguntaba la causa de su melancolía, me respondia.—Perdonadme; aunque esté triste, soy feliz.... Estas palabras, pronunciadas con voz afectuosa, me tranquilizaron un poco.... y luego, ¿cómo atreverme.... en aquel momento mismo en que sus ojos estaban bañados de lágrimas, á manifestarle desconfianza respecto á lo pasado.

Los testigos de Mr. de Harville, Mr. de Lucenay y Mr. de Saint-Remy, llegaron á Aubieres algunos dias antes de mi matrimonio: solamente fueron convidados mis parientes mas cercanos. Asi que saliéramos de la iglesia debiamos tomar el camino de Paris.... Yo no sentia amor hácia Mr. de Harville, pero me inspiraba interés: su carácter me movia á estimarle.... y sin los acontecimientos que siguieron á esta fatal union, otro sentimiento mas tierno me hubiera unido á él.... Por fin, nos casamos....

A estas palabras perdió ligeramente el color Madama de Harville, y pareció abandonarle su resolucion. Luego continuó:

—Asi que concluyó la ceremonia, mi padre me estrechó tiernamente en sus brazos. Mad. Roland me abrazó tambien, sin que yo pudiera libertarme delante de tanta gente de esta nueva hipocresía: con su mano seca y blanca me estrechó la mia hasta hacerme mal, y me dijo al oido con voz melosa y pérfida, estas palabras que no olvidaré jamás.—Pensad alguna vez en mí en medio de vuestra felicidad, por-

que *yo soy quien he arreglado vuestro matrimonio*.... —¡Ay de mí! yo me hallaba muy lejos de comprender el sentido de semejantes palabras. Nuestro matrimonio se habia efectuado á las once, y al momento subimos en el carruage.... seguidos de una camarera mia, y del viejo mayordomo de Mr. de Harville, y viajamos con tal rapidéz, que debíamos llegar á París antes de las diez de la noche.

Hubiérame maravillado del silencio y la melancolia de Mr. de Harville, si no hubiera sabido que su *felicidad* era triste, como él decia. Yo misma me hallaba penosamente conmovida por volver á París por vez primera desde la muerte de mi madre; y ademas, aunque no tuviera motivo para sentir el abandonar la casa paterna, estaba, sin embargo, en mi casa.... y la abandonaba por otra en que todo me seria nuevo y desconocido, adonde yo debia llegar sola con mi marido, á quien no conocia mas que desde unas seis semanas, y que la víspera mismo no me hubiera dicho una palabra que no estuviera marcada de una severidad respetuosa. Tal vez no se considera bastante el temor que nos causa este brusco cámbio de tono y de modales, al que hasta los mismos hombres bien educados están sujetos desde que les pertenecemos.... No se considera que la jóven reciencasada no puede olvidar en algunas horas su timidéz y sus escrúpulos de soltera.... Nada me ha parecido siempre mas bárbaro y salvage, que esa costumbre de llevarse brutalmente á una jóven como una presa, cuando el matrimonio no debiera ser mas que la consagracion del derecho de emplear todos los recursos del amor, todas las seducciones de la ternura apasionada para hacerse amar.

Ya comprendereis, pues, monseñor, la pena y

vago terror con que yo volvia á París, á esa capital en donde habia muerto mi madre, hacia apenas un año. Llegamos al palacio de Harville....

La emocion de la jóven redobló; sus megillas se cubrieron de un ardiente encarnado, y añadió con voz doliente:

—Preciso es que todo lo sepais.... á no ser asi.... os pareceria demasiado despreciable.... Pues bien, condujéronme á la habitacion que me estaba destinada.... dejáronme sola.... Mr. de Harville se presentó.... A pesar de sus protestas de ternura, yo moria de espanto.... los sollozos me sofocaban.... yo le pertenecia.... y era forzoso resignarme.... Pero bien pronto mi marido, arrojando un grito terrible, me estrechó los brazos de tal modo, que creí que iba á rompérmelos.... en vano quise libertarme de sus manos de hierro.... implorar su compasion.... ya no me oia.... su rostro estaba contraido por espantosas convulsiones.... sus ojos rodaban dentro de sus órbitas con una rapidéz que me fascinó.... su boca entreabierta estaba llena de una espuma sangrienta.... su mano me apretaba sin cesar.... Hago un esfuerzo desesperado, y sus dedos yertos abandonan por fin mis brazos.... y me desmayo en el momento en que Mr. de Harville se agita en el paroxismo de este terrible ataque.... Aqui teneis mi noche de boda, monseñor.... ¡hed aqui la venganza de Mad. Roland!...

—¡Infeliz muger! dijo Rodolfo con abatimiento; ¡ya lo comprendo.... era epiléptico!... ¡ah! ¡eso es horrible!...

—Y no es esto solo, añadió Clementina con voz desesperada. ¡Oh! ¡maldita sea para siempre esa noche fatal!... Mi hija.... ese pobre angelito, ha heredado tambien esa espantosa enfermedad....

—¿Vuestra hija.... tambien? ¡Cómo! ¿su palidéz.... su debilidad...?

—Son debidas á esa misma causa; y los médicos opinan que el mal es incurable.... porque es hereditario....

Mad. de Harville ocultó su cabeza entre sus manos; agotadas sus fuerzas con aquella dolorosa revelacion, no tenia valor para decir una palabra.

Rodolfo permanecia silencioso. Su pensamiento retrocedia espantado ante los terribles misterios de esta primera noche de boda.... Figurábase á aquella tierna jóven, triste ya por su regreso á la ciudad en donde habia muerto su madre, llegando á aquella casa desconocida, sola con un hombre por quien sentia interés y estimacion, pero no amor, ni nada de lo que turba deliciosamente, que embriaga y que hace que una muger olvide su casto espanto en medio del entusiasmo de una pasion legítima y correspondida.

No, no: temblando con púdico pavor llegaba alli Clementina.... fria, triste, con el corazon lacerado, la frente ruborosa, los ojos llenos de lágrimas.... Se resigna.... y luego, en vez de oir palabras llenas de reconocimiento, de amor y de ternura que la consuelen del amor que ella ha dado.... vé rodar á sus pies un hombre sin sentido, que se revuelca, echa espuma y ruge en las horribles convulsiones de una de las mas espantosas enfermedades de que se vé atacado el hombre incurablemente.... Y á mas de esto, su hija.... tierno angelito inocente, ha sido tambien contagiada al nacer....

Estos dolorosos y tristes pensamientos hacian nacer en la imaginacion de Rodolfo amargas reflexiones.

—Tal es la ley del pais, se decia: una jóven bella, pura, leal y confiada, víctima de un funesto disimulo, une su destino al de un hombre atacado de una enfermedad espantosa, herencia fatal que

él debe trasmitir á sus hijos: la desgraciada descubre este horrible misterio; ¿y qué puede hacer?... Nada....

Nada mas que sufrir y llorar; nada mas que tratar de dominar sus angustias y terrores infinitos.... nada mas que buscar tal vez consuelos culpables fuera de la existencia desolada á que la han obligado. Esas leyes estrañas, repetia Rodolfo, obligan algunas veces á relaciones vergonzosas y humillantes para la humanidad....

Segun estas leyes, los animales parecen siempre superiores al hombre por los cuidados que se les prodigan, por las mejoras con que se les proteje, por la proteccion que se les presta, y por las garantías de que se les cubre....

Comprad un animal cualquiera, y si una enfermedad imprevista se declara en él durante el tiempo de prueba.... la venta es nula.... porque seria una picardía, un crímen de lesa sociedad, condenar á un hombre á conservar un animal que tose, es sordo ó cojea.... ¡seria un escándalo, un crimen ó una monstruosidad sin igual! ¡verse obligado á conservar para siempre, para toda la vida, un mulo que tose, un caballo que es sordo, ó un asno que cojea! ¡Cuán espantosas consecuencias puede esto traer á la salud de la humanidad entera!... Por esta razon no hay venta que valga, palabra que obligue, contrato que ate.... La ley omnipotente viene á desatar todo lo que estaba atado.

Pero que se trate de una criatura hecha á imágen de Dios, que se trate de una jóven que en su fe inocente en la lealtad de un hombre, se ha unido á él, y despierta compañera de un epiléptico, de un infeliz atacado por una enfermedad terrible, cuyas consecuencias morales y físicas son espantosas, una enfermedad que puede sembrar el desórden y el

odio en una familia, perpetuar un mal horrible, y viciar generaciones enteras.... ¡Oh! entonces esta ley tan inexorable para con los animales cojos, que tosen, ó están sordos, esta ley tan admirable y previsora que no permite que un caballo que no se halle enteramente sano se emplee en la reproduccion.... esta ley se guardará bien de libertar á la víctima de semejante union....

Estos lazos son sagrados é indisolubles, y el romperlos seria ultrajar á Dios y á los hombres.

—En verdad, decia Rodolfo, el hombre es á veces humilde hasta la abyeccion, y execrablemente egoista por orgullo. Se deprime hasta mas bajo que las bestias, asegurándolas de garantías que se niega á sí mismo, y se impone, consagra y perpetúa sus mas terribles enfermedades, poniéndolas bajo la salvaguardia y la inmutabilidad de las leyes divinas y humanas.

CAPÍTULO XIX.

LA CARIDAD.

Rodolfo reprobaba la conducta del marqués de Harville; mas con todo determinó escusarle á los ojos de Clementina, aunque bien convencido, despues de haber oido las revelaciones de esta, de que el marqués habia perdido para siempre su afecto.

De idea en idea, llegó á decir entre sí:

—El deber me alejó de una muger á quien amaba, cuando quizás sentia ya por mí una secreta inclinacion. Fuese por soledad del corazon, ó por piedad, estuvo espuesta á perder el honor y la vida por un fátuo á quien creía infeliz; y si en lugar de apartarme de ella, la hubiese llenado de obsequios, de amor y de respeto; mi reserva hubiera sido tal, que su reputacion no habria sufrido lo mas mínimo, y las sospechas de su marido no se hubieran

despertado; mientras que en la actualidad está casi á la merced de la fatuidad de Cárlos Robert, que me temo será tanto mas indiscreto, cuanto menos motivos tiene de serlo.

Y luego, ¿quién puede aun asegurar si á pesar de los peligros que ha corrido, estará siempre desocupado el corazon de la marquesa? Volverá amar á su marido es ya imposible. Jóven, bella, obsequiada, y con un carácter simpático en favor de todo sér que sufre.... ¡cuántos riesgos tiene que arrostrar! ¡cuántos escollos! ¡y qué angustias, qué disgustos para Mr. de Harville! Celoso y amante á la vez de su muger, que no puede vencer la aversion y el terror que le inspira desde la primera y funesta noche de su matrimonio.... ¿qué suerte va á ser la suya?

Clementina, con la frente apoyada en su mano, humedecidos los ojos, y las megillas ardientes por la confusion, evitaba las miradas de Rodolfo; ¡tanto le costaba aquella revelacion!

—¡Ah! ahora, dijo Rodolfo despues de un largo silencio, ahora comprendo la causa de la tristeza de Mr. de Harville, tristeza cuyo motivo no habia podido penetrar; ¡ahora comprendo sus pesares!...

—¡Sus pesares! esclamó Clementina; mejor diriais sus remordimientos, monseñor, si es que los tiene, porque jamás ha habido crimen semejante meditado mas á sangre fria.

—¿Crímen decís, señora?

—¿Qué otra cosa es, pues, monseñor, el encadenar asi con lazo indisoluble á una jóven que se fia en vuestro honor, cuando sabeis que os hallais afectado de una enfermedad fatal que inspira espanto y horror? ¿Qué otra cosa es el entregar con todo conocimiento á la misma miseria, á una hija infeliz? ¿Quién le obligaba al marqués de Harville á hacer

dos víctimas? ¿Era, acaso, una pasion ciega é insensata? No; le convenia mi nacimiento, mi fortuna y mi persona, y quiso hacer *un matrimonio de conveniencia*, porque la vida de soltero le fastidiaba sin duda....

—Señora, tenedle compasion al menos.

—¡Compasion! ¿sabe V. A. quién merece mi compasion? Mi hija.... ¡mi hija, víctima infeliz de esta odiosa union, á cuyo lado he pasado tantos dias y tantas noches, y cuyos dolores me han arrancado tantas lágrimas!

—Pero su padre sufria inmere cidamente los mismos dolores.

—Pero, ¿quién sino su padre la ha condenado á una infancia enfermiza, á una juventud desgraciada, y á una vida de aislamiento y de disgustos?... porque la infeliz no se casará. No; ¡casarse!... la quiero demasiado para esponerla á llorar un dia por sus hijos, como yo lloro hoy por ella.... Me ha hecho sufrir demasiado esta traicion, para hacerme culpable ó cómplice de otra semejante.

—¡Oh! teniais razon; la venganza de vuestra madrastra es horrible. ¡Paciencia, señora, paciencia! quizás llegue el dia en que seais vengada tambien, dijo Rodolfo despues de un momento de reflexion.

—¿Qué quereis decir, monseñor? le preguntó la marquesa, sorprendida por la singular inflexion de su voz.

—Casi siempre he tenido la satisfaccion de ver castigados cruelmente á los malvados que he conocido, añadió con un acento que hizo estremecer á Clementina. Pero decidme, ¿qué os dijo vuestro esposo el dia siguiente á aquella noche fatal?

—Me confesó con una ingenuidad estraña que las familias, á las cuales debió haberse unido, habian descubierto el secreto de su enfermedad, y habian

roto los enlaces proyectados. Asi, pues, despues de haber sido rechazado dos veces, intentó todavía.... ¡oh! ¡esto es infame! Y sin embargo, esto es lo que en el mundo se llama un hombre de honor y delicadeza.

—¡Ah! ¡vos tan buena siempre, sois ahora tan cruel!

—Soy cruel, porque fuí indignamente engañada. El marqués conocia mi bondad; ¿por qué, pues, no apelaba á ella, confesándome la verdad?

—Le hubierais rechazado.

—Esta palabra le condena, monseñor; su conducta era una indigna traicion, si tenia este temor.

—Pero os amaba....

—Si me amaba, ¿debia por esto sacrificarme á su egoismo? ¡Dios mio! estaba yo tan disgustada en casa de mi padre, y eran tantos los deseos que tenia de salir de ella, que si hubiese sido franco, quizás me hubiera interesado á su favor por la especie de reprobacion con que estaba marcado, y por el aislamiento á que le condenaba una suerte horrible y fatal. Sí, al verle tan leal, al par que desgraciado, tal vez no hubiera tenido valor para rechazarlo; y cuando hubiese contraido la obligacion sagrada de sufrir las consecuencias de mi sacrificio, no me hubiera faltado valor para llevarlo á cabo; pero querer forzar mi interés y mi compasion, colocándome desde luego bajo su dependencia; exigirme este interés y esta compasion en nombre de mis deberes de esposa, el que ha hecho traicion á los suyos de hombre honrado, es á la vez una locura y una bajeza.... Ahora, monseñor, juzgad de mi vida.... considerad los crueles engaños que he sufrido.... Creía en la lealtad del marqués de Harville, y me ha engañado bajamente. Su melancolía dulce y tímida me habia interesado, y esta melan-

colía que atribuia á piadosos recuerdos, no era mas que la conciencia de su incurable enfermedad.

—Pero, señora, aunque fuese para vos un estraño ó un enemigo, la vista de sus padecimientos deberia interesar á vuestro corazon tan noble y generoso.

—Pero, ¿puedo yo calmar estos padecimientos? Si al menos se contestara con una mirada de reconocimiento á mi mirada de ternura.... Pero no. ¡Oh! no sabeis, monseñor, lo que tienen de horroroso estas crisis en que el hombre se debate con una furia salvage, en que nada oye, nada vé, nada siente, y no sale de aquel frenesí sino para caer en una especie de abatimiento feroz. Cuando mi hija sufre uno de esos ataques, no puedo hacer mas que desconsolarme; mi corazon se desgarra, y beso arrasada en lágrimas sus bracitos tiesos por la convulsion que la asesina.... ¡Pero es mi hija!... ¡es mi hija! y cuando la veo padecer de aquel modo, maldigo mil veces mas á su padre. Si calman los dolores de mi hija, calma tambien mi odio; y entonces, sí, entonces le compadezco, porque naturalmente soy buena, y sucede á mi aversion un sentimiento de compasion dolorosa.... Pero, ¿me habré casado á los diez y siete años para no sentir mas que estas alternativas de odio y de penosa compasion, y para llorar por una hija, cuyo fin desgraciado no puede hacerse esperar mucho tiempo? A propósito de mi hija, monseñor; permitidme que me adelante á hacerme un cargo que merezco sin duda, y que quizás no os hayais atrevido á hacerme. Es tan interesante mi hija, que hubiera debido ser bastante á ocupar mi corazon, porque la quiero con pasion; pero este cariño desconsolador está mezclado con tantas amarguras contínuas y por tantos temores por el porvenir, que mi ternura por mi hija

se convierte siempre en lágrimas. Mi corazon está continuamente desgarrado, torturado, desesperado, cuando estoy junto á ella, porque no soy bastante poderosa para conjurar un mal que se califica de incurable. Pues bien; á fin de salir de esta triste y siniestra atmósfera, habia soñado en un afecto, en cuya dulzura me hubiera refugiado, y hallado alivio. ¡Ah! me engañé á mí misma, me engañé indignamente, lo confieso, y vuelvo á sumergirme en la dolorosa existencia que mi esposo me ha creado. Decidme, monseñor: ¿era esta la vida que tenia yo derecho á esperar? ¿Soy yo tan solamente culpable de los errores que queria esta mañana hacerme pagar el marqués con la vida? Mis errores son grandes, lo sé, y tanto mas grandes, cuanto tengo que avergonzarme de mi eleccion. Afortunadamente, monseñor, la parte que oyó V. A. de la conversacion de la condesa Sarah con su hermano, con respecto á Cárlos Robert, me evitará la vergüenza de otra confesion. Pero á lo menos me atrevo á esperar ahora que mereceré de V. A. tanta compasion como reproche, y que se dignará aconsejarme en la cruel posicion en que me encuentro.

—Me es imposible, señora, espresar lo que me ha conmovido vuestra relacion. Desde la muerte de vuestra madre hasta el nacimiento de vuestra hija, ¡cuántos disgustos habeis sufrido, y cuántas lágrimas ocultas derramado! ¡Vos tan querida y tan envidiada!

—¡Ah! creedme, monseñor: cuando se padecen ciertas penas, es horrible oirse decir: ¡Cuán feliz sois!...

—¡Oh! ¡sí, nada mas penoso! pero no sois sola en sufrir este contraste cruel entre la realidad y la apariencia....

—¡Cómo, monseñor!

—A los ojos del mundo, vuestro esposo debe parecer todavía mas feliz que vos, porque os posee; y con todo, ¿no es bien digno de lástima tambien? ¿Hay una vida mas atroz que la suya? Sus faltas para con vos son grandes; ¿pero no las ha pagado ya? Os ama tanto como mereceis ser amada, y sabe que no podeis sentir por él mas que una aversion insuperable; y en su hija enfermiza, y que padece de continuo, tiene un remordimiento incesante. No pára todo aqui: los celos aumentan sus penas....

—¿Y qué puedo yo hacer en ello, monseñor? No darle derecho á estar celoso: enhorabuena; ¿pero porque mi corazon no sea de otro, será mas suyo? Ya sabe él que no. Desde la horrible escena que os he referido, vivimos separados; pero á los ojos del mundo, guardo para con él las consideraciones y respeto que el decoro exige.... y á nadie mas que á V. A. he dicho una palabra de ese secreto fatal.

—Y yo os aseguro, señora, que si el servicio que he tenido ocasion de prestaros merece alguna recompensa, me consideraría mil veces mas que satisfecho con la confianza que me habeis dispensado: pero toda vez que quereis oir mis consejos, y me permitís hablaros francamente....

—¡Oh! os lo suplico, monseñor.

—Permitidme, pues, que os diga, que por no haber empleado una de vuestras mas preciosas cualidades, perdeis grandes goces, que no solamente satisfarian á las necesidades de vuestro corazon, sino que os distraerían de vuestros disgustos domésticos, y llenarian tambien esa necesidad de emociones vivas, enérgicas, y hasta me atreveré á decir (perdonadme la mala opinion que tengo de las mugeres) á ese gusto natural por el misterio y la intriga que tiene tanto imperio sobre el bello sexo.

—¿Qué quereis decir, monseñor?

—Quiero decir que si quereis *entreteneros* en hacer bien, nada os gustaria ni interesaria mas.

Mad. de Harville miró á Rodolfo sorprendida.

—Ya conocereis que no os propongo el enviar descuidadamente, y casi con indiferencia, una crecida limosna á unos infelices, á quienes no conoceis, y que quizás no merecen vuestros beneficios, no es esto; si os *entretuvierais*, como yo, en *jugar á la Providencia* de vez en cuando, tendriais que confesar que hay *buenas obras* que tienen todo el interés de una novela.

—Jamás habia considerado la caridad bajo el punto de vista de *entretenimiento*, dijo Clementina sonriendo tambien.

—Es un descubrimiento que he debido á mi horror por todo lo que es fastidioso; horror que me han inspirado, mas que otra cosa, las conferencias políticas con mis ministros. Pero volviendo á vuestra caridad *divertida*, debo confesar que no tengo yo la virtud de esas gentes desinteresadas que saben confiar á otros el cuidado de distribuir sus limosnas. Si se tratase solamente de enviar á algunos de mis mayordomos á repartir en cada barrio de París algunos centenares de luises, confieso que no me daria esto el menor gusto; mientras que el hacer el bien del modo que lo hago yo, es lo que hay en el mundo de mas *divertido*. Sostengo esta palabra, porque para mí dice todo lo que agrada, todo lo que encanta, todo lo que interesa. Y verdaderamente, señora, si quisierais ser mi cómplice en algunas *tenebrosas intrigas* de este género, veríais, lo repito, que aun dejando aparte la nobleza de la accion, no hay cosa que sea tan curiosa, atractiva é interesante.... y hasta divertida á veces, como estas aventuras caritativas. Y luego, ¡cuántos mis-

terios para ocultar un beneficio! ¡cuántas precauciones han de tomarse para no ser conocido! ¡cuántas y cuán poderosas emociones se sienten á la vista de las pobres y honradas gentes que lloran de gozo al veros! ¡Oh, Dios mio! esto vale seguramente algo mas que el gesto huraño de un amante celoso ó infiel.... pues precisamente tienen que ser una cosa ú otra. Las emociones de que os hablo son, por ejemplo, como la que habeis sentido esta mañana al ir á la calle del Temple: vestida con mucha sencilléz para no ser notada, saldriais de casa palpitándoos el corazon; subiriais inquieta á un modesto coche de alquiler, cuyas cortinillas correriais para no ser vista; y despues, echando á una parte y otra una mirada por temor de ser sorprendida, entrariais furtivamente en alguna casa de miserable apariencia.... lo mismo que esta mañana. La única diferencia seria que hoy pensabais: si me descubren, estoy perdida; y entonces diriais: si me descubren, me bendecirán. Pero como vos teneis tanta modestia en medio de tan bellas cualidades, emplearíais los artificios mas pérfidos y mas diabólicos para no ser bendecida.

—¡Ah, señor! esclamó la marquesa enternecida; ¡vos me salvais! No puedo espresaros las nuevas ideas y las consoladoras esperanzas que vuestras palabras acaban de despertar en mi alma. Tiene V. A. razon: ocuparse en hacerse adorar de los infelices que padecen, es casi amar.... ¿Qué digo? es mejor que amar. Cuando comparo la existencia que vislumbro y aquella á que me hubiera conducido el vergonzoso error á que me habia entregado, se hacen mas amargas todavía las reconvenciones que me dirijo á mí misma.

—Mucho lo siento, dijo sonriendo Rodolfo, porque todo mi deseo se limita á ayudaros á olvidar lo

pasado, y probaros únicamente que hay muchos medios de distraccion para el corazon, entre los cuales se puede escoger. Los del bien son muchas veces los mismos que los del mal; el fin solamente es lo que se diferencia. Por decirlo en una palabra; si el bien es tan atractivo y tan divertido como el mal, ¿á qué preferir este? Oidme, señora, y voy á hacer una comparacion muy vulgar: ¿por qué razon hay muchas mugeres que tienen por amantes hombres que valen menos que sus maridos? Porque el mayor encanto del amor es el escitante del fruto vedado.... Confesad, pues, que si se quitaban al amor los temores, las angustias, las dificultades, los misterios y los peligros, nada, ó poca cosa quedaria.... es decir, quedaria el amante en su primitiva forma: en una palabra, seria siempre la repeticion mas ó menos exacta de la aventura de aquel hombre que, preguntado por qué no se casaba con una viuda que era su querida, contestó: ¡Ah! porque lo he pensado bien, y entonces no sabria dónde ir á pasar la velada.

—Demasiado cierto es, monseñor, dijo la marquesa sonriendo.

—Ahora bien; si encuentro yo medio para haceros sentir estas inquietudes, angustias y temores que os inciten; si inutilizo vuestro gusto natural por el misterio y las aventuras, esa inclinacion al disimulo y al artificio (siempre resaltando mi mala opinion de las mugeres) añadió Rodolfo alegremente, ¿no cambiará en cualidades generosas, esos instintos imperiosos é inexorables, escelentes si se emplean bien, y funestos si están mal empleados? Vamos á ver, ¿quereis que trememos entre los dos toda especie de conspiraciones benéficas y caritativas, artificios de los que serán víctimas, como siempre, las gentes honradas? Tendremos nuestras citas,

nuestra correspondencia, nuestros secretos, y sobre todo, nos ocultaremos bien del marqués, á quien vuestra visita de esta mañana á los Morel habrá puesto en guardia; en fin, si vos lo quereis, vamos á hacer una compañía de intriga en toda regla.

—Acepto con satisfaccion y con reconocimiento esta asociacion tenebrosa, dijo alegremente Clementina; y para empezar nuestra novela, mañana mismo vuelvo á casa de esos infelices, á los cuales no pude llevar esta mañana mas que algunas palabras de consuelo, porque aprovechándose de mi turbacion y espanto, me ha robado el bolsillo que vos me habiais dado, un chiquillo cojo.... ¡Ah, monseñor! esclamó Clementina, y su fisonomía perdió la espresion de dulce alegría que la habia animado un momento; ¡si supieseis qué miseria! ¡qué horrible espectáculo! ¡no creía yo que pudiesen existir semejantes infortunios!... ¡y yo me quejo!... ¡y yo acuso mi destino!...

Rodolfo, no queriendo dar á conocer á la marquesa lo que le interesaba aquella reaccion sobre sí misma, que probaba la belleza de su alma, repuso con gozo:

—Si vos me lo permitis, esceptuaré de nuestra asociacion á los Morel, y dejareis que me encargue de esos infelices, prometiéndome sobre todo no volver á aquella casa, porque yo vivo en ella.

—¿Vos, monseñor? ¡os burlais!

—Nada mas sério; una modesta habitacion de doscientos francos al año, y ademas seis francos mensuales por mi menage: liberal ajuste hecho por la portera, señora Pipelet, aquella horrible vieja que ya conoceis. Agregad á esto que tengo por vecina á la mas linda costurera del barrio del Temple, la señorita Rigolette, y tendreis que convenir en que para un dependiente del comercio (este es

el destino que creen que ocupo) que gana mil ochocientos francos al año, es una colocacion bastante regular.

—Vuestra presencia tan inesperada en aquella casa fatal me prueba que hablais con seriedad: alguna generosa accion llama seguramente á V. A. allí; pero entonces, ¿qué buena obra es la que me reserva para mí? ¿qué papel se me destina?

—El de un ángel consolador; y si me permitis esta espresion, el del mas taimado y travieso diablillo; porque si hay ciertas heridas delicadas y dolorosas que solo la mano de una muger puede cuidar y curar, hay tambien infortunados tan orgullosos, tan reservados y ocultos, que es menester una rara penetracion para deseubrirlos, y un encanto irresistible para adquirirse su confianza.

—¿Y cuándo podré desplegar esa penetracion y esta habilidad que me supone V. A.? preguntó con impaciencia la marquesa.

—Espero que no tardareis en tener ocasion de emprender una conquista digna de vos; pero tendreis que echar mano de los recursos mas maquiavélicos.

—¿Y qué dia, monseñor, sabré ese gran secreto?

—¿Lo veis?... ya estamos de cita: hacedme el favor de recibirme dentro de cuatro dias.

—¿Tan tarde? dijo ingénuamente Mad. de Harville.

—¿Y el misterio? ¿y las precauciones? Reparad en que si nos creian cómplices, sospecharían de nosotros; pero quizás tenga que escribiros: ¿me hareis el favor de decirme quién es esa muger anciana que me ha traido vuestra carta?

—Una antigua camarera de mi madre; la seguridad y la discrecion en persona.

—Pues á ella dirigiré mis cartas, y ella os las entregará. Si me haceis el honor de contestarme, di-

rigid las cartas *al señor Rodolfo , calle de Plumet*, y vuestra camarera podrá echarlas en el buzon.

—Yo misma las echaré , monseñor, cuando salga, como acostumbro , á dar un paseo á pie.

—¿Salís á menudo sola y á pie?

—Casi todos los dias cuando hace buen tiempo.

—Perfectamente : esta es una costumbre que deberian tomar todas las mugeres desde los primeros dias de su matrimonio.... Con buen ó mal fin , la costumbre existe , y es un *precedente* , como dicen los procuradores , y luego estos paseos acostumbrados no dan lugar á siniestras interpretaciones. Si yo hubiese sido muger (y aqui para entre los dos, me temo que hubiera sido á la vez muy caritativa y muy ligera) el dia siguiente á mi casamiento hubiera tomado los usos mas misteriosos.... Hubiérame ingénuamente cercado de las apariencias mas comprometidas, siempre con el objeto de establecer este *precedente* que he dicho , á fin de poder un dia visitar libremente á mis pobres , ó á mi amante.

—¿Pero no conoceis que hay en esto una perfidia horrible? dijo sonriendo Mad. de Harville.

—Afortunadamente para vos , señora , no os habeis encontrado en situacion de comprender la prudencia y la utilidad de estas previsiones.

La marquesa no sonrió ya , bajó los ojos , se puso colorada , y dijo tristemente:

—¡Ah! vos no sois generoso , monseñor.

Rodolfo se quedó mirando sorprendido á la marquesa , y luego repuso:

—Comprendo , señora ; pero una vez para siempre marquemos francamente vuestra posicion, con respecto á Cárlos Robert. Un dia , una de vuestras amigas os enseñó á uno de esos mendigos de suspiros , que hacen girar sus lánguidos ojos , y entonan en falsete sus lamentos para mover á compasion á

los que pasan : «Es un *buen pobre* , dice la amiga; tiene á lo menos siete hijos , y una muger ciega, sorda , muda , etc.—¡Pobre infeliz! contestais dándole caritativamente una limosna , y cada vez que hallais al mendigo , desde lo mas lejos que os vé, empieza á pedir con los ojos ; su falsete produce lamentables sonidos , y la limosna cae en su sombrero. Un dia , escitada mas y mas vuestra compasion á aquel *buen pobre* por la amiga que abusa pérfidamente de la bondad de vuestro corazon , os resignais á ir á visitar caritativamente al desgraciado en medio de sus miserias.... llegais, y ¡ay! nada de falsete melancólico, nada de tierna y suplicante mirada ; no encontrais mas que á un tuno, jovial y dispuesto, que entona una cancion de taberna.... y desde luego sucede el desprecio á la compasion , porque conoceis haberos equivocado tomando por *bueno* á un *mal pobre*. Ni mas ni menos , ¿es verdad?

La marquesa no pudo menos de sonreirse al oir aquel singular apólogo , y contestó á Rodolfo:

—Por admisible que sea esta justificacion , monseñor , la encuentro demasiado fácil.

—Con todo , lo que habeis cometido vos , no es mas que una noble y generosa imprudencia. Demasiados medios os quedan para repararla. Pero decidme : ¿no podré ver esta noche al marqués?

—No , monseñor ; la escena de esta mañana le ha afectado tanto , que está.... indispuesto , dijo en voz baja la marquesa de Harville.

—¡Ah! comprendo, respondió tristemente Rodolfo ; vamos , ¡valor! Faltaba á vuestra vida un objeto y una distraccion á vuestros pesares , como vos deciais.... pues bien , permitidme esperar que encontrareis esa distraccion en el porvenir que os he propuesto : entonces vuestra alma estará tan llena de

dulces consuelos, que el resentimiento contra vuestro esposo quizás no encuentre lugar, y tal vez sintais por el infeliz algo del interés á que os mueve la pobre hija. En cuanto á este angelito, ahora que sé la causa de su estado enfermizo, casi me atreveré á aconsejaros gue tengais alguna esperanza.

—¿Seria posible, monseñor?... ¿y cómo? esclamó Clementina juntando las manos con reconocimiento.

—Tengo en mi casa por médico á un hombre muy desconocido y muy sábio, que ha permanecido mucho tiempo en América, y me acuerdo de dos ó tres curas casi maravillosas que me ha contado hechas por él en esclavas negras, atacadas de esa enfermedad.

—¡Ah, monseñor! ¡si fuese posible!

—Cuidado con esperar sobrado, porque el desengaño seria demasiado cruel; pero no desesperemos del todo.

Clementina fijaba en las nobles facciones del príncipe una mirada llena de inefable reconocimiento.... Era casi un rey el que la consolaba con tanta inteligencia, gracia y bondad, y preguntábase á sí misma cómo podia haberse interesado por Cárlos Robert. Esta idea le era horrible.

—¡Cuánto es lo que os debo, monseñor! dijo con voz conmovida. V. A. me tranquiliza y me hace esperar por mi hija, y entrever un nuevo porvenir que seria á un mismo tiempo un placer, un consuelo y un mérito. ¡Cuánta razon tuve en escribiros que si os dignabais venir aqui esta noche acabariais el dia como lo habiais empezado ... con una buena accion!

—Y con una buena accion del modo que á mi me gustan en mi egoismo.... llenas de atractivo, de placer y de encanto, dijo Rodolfo levantándose,

porque el relox del salon acababa de dar las once y media.

—Adios, monseñor; no os olvideis de darme pronto noticias de esas pobres gentes de la calle del Temple.

—Mañana temprano los veré, porque desgraciadamente me habia olvidado de que el cojuelo os hubiese quitado el dinero, y quizás los infelices estén en un estremo terrible. Dentro de cuatro dias, no lo olvideis, vendré á daros cuenta del papel que os dignais aceptar: debo advertiros únicamente, que probablemente os será indispensable un disfraz.

—¿Un disfraz? ¡Oh, qué dicha! ¿y qué disfraz, monseñor?

—No puedo decíroslo todavía, pero lo dejaré á vuestra eleccion.....

.....

Al volver á su casa, alegrábase Rodolfo por el efecto general de su conversacion con la marquesa de Harville; su objeto habia sido ocupar generosamente el corazon y el espíritu de aquella jóven, á quien separaba de su esposo una aversion insuperable; despertar en ella bastante curiosidad novelesca, y bastante interés misterioso *fuera* del amor, para satisfacer las necesidades de su imaginacion y de su alma, y precaverla de este modo de un nuevo amor.... ó quizás mas.... inspirar á Clementina una pasion tan profunda é incurable á la vez, como pura y noble; en tanto grado, que siendo incapáz ya de sentir una nueva pasion menos elevada, no comprometiese mas el reposo del marqués de Harville, á quien amaba Rodolfo como á un hermano.

CAPÍTULO XX.

Miseria.

No habrá olvidado el lector que el desvan de la casa de la calle del Temple estaba habitado por una familia desgraciada, cuyo gefe se llamaba Morel, lapidario: á esta triste morada es adonde conduciremos al lector.

Son las cinco de la mañana.

Por la parte de afuera reina un silencio profundo; la noche es oscura, hace un viento glacial, y está nevando.

Una vela de sebo, sostenida entre dos piececitas de madera, clavadas á un pie de lo mismo, disipa apenas con su pálida y amortecida luz las tinieblas del desvan, reducido, bajo y cubierto por la rápida pendiente del tejado, que forma con el piso un ángulo agudísimo, y deja ver por todas partes el revés de las verdosas tejas.

Los tabiques, cubiertos de una gruesa capa de yeso, ennegrecido por el tiempo y resquebrajado por todas partes, dejan ver las mugrientas latas que forman aquellas débiles paredes, en una de las cuales hay una puerta rajada que da á la escalera.

El piso, de un color indefinible, infecto y vizcoso, está lleno pór acá y allá de brinzas de paja, de harapos asquerosos, y de esos grandes huesos que compra el pobre á los mas ínfimos revendedores de malas viandas, para roer los cartílagos que pueden haber quedado todavía pegados á ellos (1).

Un descuido tan espantoso, anuncia siempre ó la mala conducta, ó una miseria honrada; pero tan desesperada y cruel, que el hombre, abatido y degradado, no se siente ya con voluntad ni fuerza para salir del fango, y se acurruca en él como una fiera en su guarida.

De dia da luz á aquel cuchitril una claraboya estrecha y prolongada, hecha en el declive del tejado, y guarnecida con una vidriera enrejada de alambre, que se abre y cierra.

A la hora de que hablamos, cubria aquella claraboya una gruesa capa de nieve.

La vela, colocada en poca diferencia en el centro del desvan sobre la mesilla del lapidario, proyecta en aquel sitio una especie de zona de pálida luz, que disminuyendo poco á poco, se pierde en la sombra que envuelve la estancia, y en medio de la cual se distinguen vagamente algunas formas blanquecinas.

Sobre la tosca mesa de trabajo, hecha de un cuadro de madera de encina, groseramente traba-

---

(1) Encuéntranse á menudo en los barrios mas populosos, gentes que venden vaca muerta de nacimiento y toda clase de ganado muerto de enfermedad.

jada y manchada de grasa y sebo, brillan amontonados un puñado de diamantes y de rubíes de un tamaño y brillo admirables.

Morel trabajaba *en fino*, y no *en falso*, como él decia y creian en la casa de la calle del Temple. Gracias á esta inocente mentira, las piedras que le confiaban parecian de tan poco valor, que podia guardarlas en su poder sin temor de ser robado.

Tantas riquezas puestas á la merced de tanta miseria, nos dispensan de hablar de la probidad de Morel....

Sentado en un taburete sin respaldo, vencido por el cansancio, el frio y el sueño, despues de una larga noche de invierno pasada trabajando, el lapidario ha dejado caer sobre la mesa su cargada cabeza y ateridos brazos; apóyase su frente en una ancha muela colocada horizontalmente sobre la mesa, y que acostumbra poner en movimiento el operario por medio de una ruedecita de mano: á un lado y otro de la mesa hay esparcidos una finísima sierra de acero y otros instrumentos; el operario, del cual no se vé mas que el cráneo calvo rodeado de cabellos canosos, lleva una chaqueta de punto sobre el cuerpo desnudo de toda ropa interior, un mal pantalon de tela, y sus zapatos de orillo de paño hecho pedazos, le ocultan apenas los pies amoratados con el frio de los ladrillos.

Siéntese en aquella buhardilla un frio tan glacial y tan penetrante, que el artesano, á pesar de la especie de soñolencia en que le tiene sumido el total abatimiento de sus fuerzas, se agita de vez en cuando con estremecimiento general.

La longitud y carbonizacion de la mecha de la vela anuncia que hace rato que está durmiendo Morel; no se oye mas que su respiracion oprimida,

porque los otros seis habitantes de la buhardilla no duermen.

Siete personas son las que viven en aquel cuchitril.... Cinco niños, de los cuales el mayor tiene apenas doce años, y el mas chico cuatro.... su madre enferma.... y una octogenaria idiota que es la abuela.

Muy intenso debe ser el frio, cuando el calor natural de siete personas amontonadas en un espacio tan reducido no entibia aquella atmósfera glacial. ¡Oh! aquellos siete cuerpos débiles, mezquinos, arrecidos y estenuados, desde el mas pequeño chiquillo hasta la vieja, *transpiran poco calórico*, como diria un sábio.

A escepcion del padre de familia, entorpecido un momento, porque sus fuerzas están agotadas, nadie duerme, no; porque el frio, el hambre y la enfermedad les hace tener los ojos abiertos.... y muy abiertos.

No se conoce cuán raro y precioso es para el pobre el sueño profundo y saludable con que repara sus fuerzas y olvida sus males. Despiértase tan alegre, tan dispuesto y tan ágil para el mas penoso trabajo, despues de una de esas noches bienhechoras, que los menos religiosos, en el sentido católico de la palabra, esperimentan un vago sentimiento, sino hácia Dios, á lo menos hácia el sueño: y quien bendice el efecto, bendice la causa.

Al aspecto de la espantosa miseria del artesano, comparada con el valor de las pedrerías que se le confian, se siente uno afectado por uno de esos contrastes que á la par que desconsuelan el alma, la elevan.

Este hombre tiene incesantemente á la vista el espectáculo horrible de su familia: todo la persigue, desde el hambre hasta la locura, y respeta aquellas

piedras sin haber pensado jamás que una sola librería á su muger y á sus hijos de las privaciones que los consumen lentamente. Verdad es que cumple con su deber, con su simple deber de hombre honrado; pero aunque solamente sea un deber ¿deja de ser grande y bello para el que lo cumple? ¿Y las circunstancias en que se ejerce un deber, no pueden dar todavía mas mérito á su cumplimiento?

Ademas, este artesano, al permanecer tan infeliz y honrado á la vez á la vista de aquel tesoro, ¿no representa la inmensa y formidable mayoría de los hombres que, victimas eternamente de las privaciones, pero resignados, laboriosos y pacíficos, ven resplandecer todos los dias á sus ojos, sin odio y sin la amarga envidia, la magnificencia de los ricos?

¿No es noble y consolador, en fin, el pensar que no es la fuerza ni el terror, sino el buen sentido moral, el que contiene solamente ese temible océano popular, cuyo desborde podria tragarse entera á la sociedad, burlándose de sus leyes y de su poder, como se burla el mar irritado de los diques y murallas?

¿No se simpatiza entonces con todas las fuerzas del alma y de la imaginacion, con esas generosas inteligencias que no piden mas que *un asiento al sol* en premio de tanto infortunio, valor y resignacion?.....

.....

Pero volvamos al bosquejo de la espantosa miseria, demasiado real por desgracia, que procuraremos trazar con toda su espantosa desnudéz.

El lapidario no poseía mas que un miserable colchon y un pedazo de cobertor, destinados á la vieja idiota, que en su estúpido y feroz egoismo, no queria dividir con nadie su hediondo lecho. Al principio del invierno, se habia puesto furiosa, y por

poco ahoga al mas chico de los niños que le habian querido colocar al lado de su abuela : era una chiquilla de cuatro años , tísica , que sentia demasiado frio en el jergon en que dormía con sus demas hermanos y hermanas.

Luego esplicaremos este modo de *hacer cama*, frecuentemente usado por los pobres. ¡Oh! en comparacion de ellos , las bestias están tratadas como sibaritas, pues su cama se renueva de cuando en cuando.

Tal es el cuadro que representa el desvan del artesano , cuando atraviesa la vista la penumbra en que van á morir los pálidos rayos de la vela de sebo.

A lo largo de la pared maestra , menos húmeda que las demas , está colocado sobre el desnudo pavimento el colchon en que descansa la vieja idiota. Como su cabeza no puede soportar el peso de su blanco cabello , está cortado muy raso , y se observa mas distintamente la configuracion de su cráneo de frente hundida ; sus pobladas cejas grises sombrean dos órbitas de que parte una mirada de un brillo salvage ; sus megillas , chupadas, lívidas y surcadas por mil arrugas , están pegadas á los pómulos y á los ángulos salientes de las mandíbulas ; acostada de lado , y hecha un ovillo , de modo que le toca la barba en las rodillas , tiembla bajo el menguado cobertor de lana que es tan corto que no puede cubrir todo su cuerpo , y deja al aire sus descarnadas piernas y parte de unas sayas hechas girones , que son su único vestido. Este lecho despide un olor fétido.

A poca distancia del sitio donde reposa la abuela , está tendido á lo largo de la misma pared el jergon que sirve de cama á los cinco hijos, del modo siguiente:

Se ha hecho una escision á un lado y otro de la

tela, y por ella se introducen los niños en una poca paja húmeda y nauseabunda, sirviéndoles de sábana y de cobertor la misma tela del jergon. Dos chiquillas, una de las cuales está gravemente enferma, están tiritando en una parte, y tres niños en la otra, vestidos todos, si es que puede llamarse vestido á algunos miserables harapos.

Cubren sus rostros pálidos, amortecidos y enfermizos, espesas cabelleras rubias, empañadas, enredadas y erizadas, que su madre deja crecer para que se resguarden algo mas del frio. Uno de los niños tira hácia sí, cogiéndola con sus dedos descarnados, la tela del jergon, que se repliega bajo la barba para cubrirse mejor: el otro, por temor de que le queden espuestas al frio las manos, coge la tela con sus dientes que tiritan, y el tercero se acurruca entre sus dos hermanos.

La menor de las dos niñas, consumida por la tísis, apoya lánguidamente su pobre y triste carita, lívida y exánime, sobre el pecho helado de su hermana, de edad de cinco años, que procura en vano calentarla entre sus brazos, y la cuida con inquieta solicitud....

Encima de otro jergon, colocado en el fondo del desvan, y formando ángulo con el de los chiquillos, está tendida y enferma la muger del lapidario, devorada por una calentura lenta, producida por una enfermedad dolorosa que no la permite levantarse hace muchos meses.

Magdalena Morel tiene treinta y seis años; un viejo pañuelo de percal azul, apretado al rededor de su frente deprimida, hace resaltar todavía mas la palidéz de su cara huesosa. Circunda sus ojos hundidos y apagados una zona azul, y sus lábios descoloridos están abiertos por muchas grietas sanguinolentas. Su fisonomía pesarosa y abatida y sus

facciones comunes, revelan uno de esos caractéres apacibles, sin valor y sin energía, que no luchan contra su mala suerte, sino que se doblegan, abaten y lamentan.

Débil, inerte, y de cortos alcances, se habia conservado honrada, porque era honrado su marido; entregada á sí misma, la desgracia hubiera podido depravarla é inclinarla al mal. Amaba á sus hijos y á su esposo; pero no tenia el valor ni la fortaleza de retener sus amargas quejas por su comun infortunio. Muchas veces el lapidario, cuya constancia invencible sostenia solo á aquella familia, se veía obligado á suspender su trabajo para ir á consolar á la pobre enferma.

Para hacerla entrar en calor, habia estendido Morel, encima de una mala sábana de gruesa tela ennegrecida con que se abrigaba su muger, algunos harapos, tan viejos y llenos de remiendos, que la prendera no habia querido tomarlos por ningun valor.

Un hornillo, una sartén, y un puchero de barro, dos ó tres tazas quebradas acá y acullá por el suelo, una cubeta, una tabla para enjabonar, y una gran cántara de barro ordinario, colocada bajo el ángulo del techo, junto á la resquebrajada puerta que el viento sacude á cada momento, es todo lo que posee esta familia.

Este cuadro lastimoso está iluminado por la vela, cuya llama, agitada por el aire que se cuela á través de los intersticios de las tejas, echa á veces sus rayos pálidos y vacilantes sobre aquellas miserias, y hace lucir con mil brillos prismáticos el monton de diamantes y rubies esparcidos en la mesa, sobre la que duerme el lapidario.

Los ojos de todos aquellos infelices, silenciosos todos, todos despiertos, desde la abuela hasta el mas pequeño de los niños, se fijaban por instinto y

por un movimiento de atencion maquinal sobre el lapidario, su única esperanza y recurso. En su inocente egoismo, se inquietaban de verle en inaccion, y abatido bajo el peso del trabajo.

La madre pensaba en sus hijos,

Los hijos pensaban en sí mismos.

La vieja idiota parecia no pensar en nada. Sin embargo, de repente se sentó en su cama, cruzó sobre el pecho sus largos brazos, amarillos y secos como palos, miró pestañeando á la luz, y levantóse luego lentamente arrastrando tras sí como un sudario, su trozo de cobertor.

Era muger de elevada estatura; su cabeza rapada parecia desmesuradamente pequeña, y un movimiento espasmódico agitaba su lábio inferior, grueso y caido: aquella fisonomía asquerosa presentaba el tipo de un embrutecimiento feroz.

La idiota se adelantó cuidadosamente hácia la mesa, como un niño que va á cometer alguna fechoria.

Cuando estuvo al alcance de la bugía, acercó á la llama sus temblorosas manos, tan flacas, que la luz que cobijaban les daba una especie de trasparencia lívida.

Magdalena Morel seguia desde su cama todos los movimientos de la vieja, que mientras se calentaba las manos, bajaba la cabeza, y consideraba con una curiosidad imbécil los destellos de los diamantes y rubíes que brillaban sobre la mesa.

Absorta en esta contemplacion la idiota, no mantuvo sus manos á la distancia suficiente de la llama, y se quemó dando un grito horrible.

A este ruido despertó asustado Morel, y levantó vivamente la cabeza.

Tendria el artesano unos cuarenta años; su fisonomía era franca, inteligente y suave, pero mar-

chita y socavada por la miseria; su barba gris que contaba buenas semanas sin afeitar, cubria la mitad inferior de su cara acosturada por las viruelas; precoces arrugas surcaban su frente ya calva, y sus inflamados párpados estaban enrojecidos por el abuso del velar.

Uno de aquellos fenómenos, frecuentes en los operarios de constitucion endeble y entregados á un trabajo sedentario, que los obliga á permanecer todo el dia en una posicion casi invariable, habia desfigurado su mezquino cuerpo. Precisado á estar contínuamente encorvado sobre su mesa de trabajo, é inclinado sobre su costado derecho para dar movimiento á la muela, el operario, osificado, petrificado, por decirlo asi, en aquella posicion en que estaba de doce á quince horas diarias, se habia doblado y cargado sobre un costado. A mas de esto, su brazo derecho, puesto incesantemente en ejercicio por el penoso manejo de la muela, habia adquirido un desarrollo muscular considerable, mientras que el brazo y la mano izquierda, siempre inertes y apoyados sobre la mesa para presentar á la accion de la muela las facetas del diamante, estaban reducidos á un estado espantoso de demacracion y marasmo: sus piernas débiles, casi aniquiladas por la falta completa de ejercicio, podian apenas sostener aquel cuerpo desfallecido, cuya sustancia, vitalidad y fuerza, parecian haberse concentrado en la única parte que el trabajo tenia en contínuo ejercicio, y como él mismo solia decir con una resignacion terrible:

—Si cómo, no es tanto por mí, como para reforzar el brazo que hace dar vueltas á la muela.....

.....

Despertando sobresaltado el lapidario, se encontró cara á cara con la idiota.

—¿Qué teneis, qué quereis, madre? la dijo Morel, añadiendo luego en voz baja por temor de despertar á la familia que creia dormida: Id á acostaros; no hagais ruido.... que Magdalena y los chiquillos duermen.

—Yo no duermo, dijo la mayor de las niñas; pero procuro calentar á Adela.

—Yo tengo demasiada hambre para poder domir, repuso uno de los chiquillos; ayer no me tocó el turno de ir á cenar en casa de la señora Rigolette.

—¡Pobres hijos mios! dijo Morel abatido; creia que dormiais: al menos asi....

—Tenia miedo de despertarte, Morel, dijo su muger, sino te hubiera pedido agua: tengo mucha sed; estoy en el acceso acostumbrado de fiebre.

—Voy en seguida, contestó el operario; pero es menester que antes haga acostar á tu madre. Vamos, madre, dejad estar estas piedras, dijo á la vieja que queria apoderarse de un grueso rubí, cuyo brillo fijaba su atencion. Vamos, madre, id á acostaros.

—Esto, esto, contestó la idiota enseñando la piedra preciosa que codiciaba.

—Mirad que vais á enfadarme, volvió á decirla engrosando un poco la voz para espantar á su suegra, cuya mano rechazó con suavidad.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Morel, qué sed tengo!... murmuró Magdalena; ¿á ver si me das de beber?

—Pero, ¿cómo quieres que lo haga?... No puedo dejar aqui á tu madre con las manos en mis piedras, para que me pierda un diamante, como el del año pasado.... que sabe Dios lo que nos cuesta y lo que nos costará todavía.

Y el lapidario llevó la mano á su frente con aire sombrío, y luego añadió dirigiéndose á uno de sus hijos:

—Féilx, vé á dar de beber á tu madre, puesto que no duermes.

—No, no, esperaré, va á morirse de frio, repuso Magdalena.

—No tendré mas fuera que dentro del jergon, dijo el muchacho levantándose.

—¡Ea! ¡acabad! esclamó Morel con voz amenazadora para echar á la idiota, que no queria apartarse de la mesa, y se obstinaba en apoderarse de las piedras.

—Madre, el agua del cántaro está helada, esclamó Félix.

—Entonces rompe el hielo, dijo Magdalena.

—Es demasiado grueso, y no puedo.

—¡Morel, esposo! rompe el hielo del cántaro, le dijo Magdalena con voz dolorosa é impaciente, ya que no puedo beber otra cosa que agua.... pueda beberla al menos.... me estás dejando morir de sed.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡qué paciencia! ¿Pero cómo quereis que lo haga? Tengo á tu madre encima.... esclamó el infeliz, que no podia desembarazarse de la idiota, la cual empezaba ya á irritarse por la resistencia que encontraba, y hacia sentir una especie de ronquido colérico.

—Llámala tú, dijo Morel á su muger; algunas veces se deja persuadir por tí.

—Madre, idos á acostar, no seais tonta; os daré café, que os gusta tanto.

—Esto.... esto.... repuso la idiota haciendo un esfuerzo para coger el rubí que codiciaba.

Morel la empujó con cuidado; mas en vano.

—¡Dios mio! ya ves que no acabarás nunca con ella si no la das miedo con el látigo, dijo Magdalena; no hay otro medio de hacer que se esté quieta.

—Ya veo que es preciso; pero aunque sea una idiota, el amenazar con un látigo á una muger vieja

me repugna, dijo Morel: y dirigiéndose á la vieja que trataba de morderlo, y á la que contenia con una mano, gritóla con mas fuerte entonacion de su voz:

—¡Cuidado con el látigo si no os vais á acostar en seguida!

Esta amenaza fué vana tambien.

Entonces tomó de encima la mesa un látigo, dió algunos chasquidos con violencia, y amenazó con él á la idiota, diciéndola:

—¡A la cama luego.... á la cama!...

Al ruido del látigo, la vieja se apartó precipitadamente de la mesa; luego se paró, murmuró entre dientes, y echó sobre su yerno una mirada amenazadora.

—¡A la cama.... á la cama!... replicó este adelantándose hácia ella, y haciendo resonar de nuevo el látigo.

Entonces la idiota se fué á su cama, amenazando al lapidario con los puños.

Este, deseando poner fin á aquella escena cruel, para dar de beber á su muger, se adelantó hasta muy cerca de la idiota, hizo ruido por última vez y con mayor fuerza con el látigo, sin tocarla empero, y repitió con voz amenazadora:

—¡A la cama luego!...

La vieja, en su terror, se puso á dar rugidos espantosos, echóse en su cama, y se acurrucó en ella como un perro en su gazapera, sin dejar de rugir.

Los chicos, asustados, creyendo que su padre habia pegado á la abuela, le gritaban:

—¡No pegues á la abuela, no la pegues!

Es imposible describir el efecto siniestro de aquella escena nocturna, acompañada de los gritos suplicantes de los chiquillos, de los furiosos rugidos de la idiota, y de las dolientes quejas de la muger del lapidario.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

CAPÍTULO XXI.

La deuda.

Morel, el lapidario, habia presenciado á menudo escenas tan tristes como la que acabamos de contar, y con todo esta vez esclamó en un acceso de desesperacion, y echando el látigo encima de la mesa:

—¡Oh! ¡qué vida.... qué vida!...

—¿Tengo yo la culpa de que mi madre sea idiota? dijo Magdalena llorando.

—¿Y la tengo yo? ¿qué es lo que pido á Dios? que me dé fuerzas para matarme á trabajar para todos vosotros.... Dia y noche los paso en mi ocupacion, y no me quejo: mientras tendré fuerzas lo haré asi; pero es imposible que atienda á mi trabajo y sea al mismo tiempo guardian de locos, de enfermos y de niños.... ¡No, el cielo no es justo.... no lo es! ¡Esta

es demasiada miseria para un hombre solo! dijo el lapidario con acento desesperado, y se dejó caer abatido en su banquillo, ocultando el rostro con sus manos.

—¿Qué quieres que haga yo, cuando en el hospicio no han querido admitir á mi madre porque no estaba bastante loca.... qué quieres que haga?... dijo Magdalena con su voz lastimera y doliente. ¿De qué te servirá el atormentarte por cosas que no puedes remediar?

—De nada, respondió el artesano, y enjugó una lágrima; tienes razon, de nada.... pero cuando por todas partes se vé uno abatido, no siempre puede ser dueño de sí mismo....

—¡Oh, qué sed tengo, Dios mio! Estoy tiritando, y la fiebre me abrasa, dijo Magdalena.

—Aguarda, voy á darte de beber.

Fué Morel á tomar el cántaro, y despues de haber roto dificilmente el hielo que cubria el agua, llenó de aquel liquido frigidísimo una taza, y se acercó á la cama infeliz de su muger, que estendia hácia él sus manos impacientes. Pero despues de un momento de reflexion, la dijo:

—No, no; esto seria demasiado frio, y en el acceso de calentura te haria mal.

—¿Me hará mal? tanto mejor; pronto, pronto, dámelo, repuso Magdalena con amargura; asi acabaremos antes: esto te librará de mí, y no tendrás que ser ya enfermero y guardian de locos. La enferma no estorbará.

—¿A qué viene hablarme asi, Magdalena? Sabes que no lo merezco, dijo tristemente Morel; mira, no me des mas penas, porque con bastante trabajo me queda la suficiente razon y fuerza para trabajar: no tengo la cabeza muy entera, y este golpe no lo resistiria.... entonces ¿qué seria de vosotros todos?

Por vosotros es si me quejo; en cuanto á mí, ningun cuidado pasaría por el dia de mañana.... gracias á Dios, el canal corre para todo el mundo.

—¡Pobre Morel! dijo Magdalena enternecida; tienes razon, he hecho mal en decirte con mal gesto que quisiera librarte de mí. No me guardes por eso rencor, porque mi intencion era buena.... sí, porque al fin yo te soy enteramente inútil á tí y á nuestros hijos.... hace diez y seis meses que estoy postrada en esta cama. Pero ¡Dios mio, qué sed tengo! dame de beber por piedad.

—Luego, luego; espera que pueda calentar la taza entre mis manos.

—¡Qué bueno eres, y yo te decia todavía cosas tan amargas!

—¡Pobre muger! tú padeces, y esto irrita el carácter; pero dime todo lo que quieras, menos aquello de que quisieras librarme de tí.

—¿Pero de qué te puedo yo servir?

—¿Y de qué nos sirven nuestros hijos?

—Para sobrecargarte de trabajo.

—Seguramente que sí; pero á vosotros debo el encontrar fuerzas en mí para trabajar veinte horas del dia algunas veces, hasta el punto de haberme vuelto deforme y estropeado con tanto trabajo.... ¿Y crees tú que sin tí y sin mis hijos haria yo por mi provecho el esceso que estoy haciendo ahora? ¡Oh! no: la vida no es bastante bella para tanto, y pronto acabaria con ella.

—Lo mismo pienso yo, repuso Magdalena; á no ser por nuestros hijos, tiempo hace que te hubiera dicho: Morel, tú puedes estar satisfecho y yo tambien; en un abrir y cerrar de ojos se libra uno de la miseria.... ¡Pero estos niños.... estos niños!...

—¡Ah, ya vés que los hijos son buenos para algo!... dijo Morel con una ingenuidad admirable.

Toma, bebe, pero á sorbitos, porque está aun muy fria.

—¡Oh! gracias, Morel, dijo Magdalena bebiendo con avidéz.

—Basta, muger, basta.

—¡Ah! estaba demasiado fria, y ha aumentado mi temblor, añadió Magdalena volviéndole la taza.

—¡Dios mio, Dios mio! ya te lo habia dicho yo.... ahora vas á padecer mas....

—Ni fuerzas tengo para temblar.... me parece que por todas partes estoy envuelta en una capa de hielo....

Morel se quitó la ropa, púsola sobre los pies de su muger, y quedó su cuerpo desnudo. El infeliz no tenia camisa.

—Pero vas á helarte, Morel.

—Luego, luego, si tengo demasiado frio me volveré á meter la chaqueta por un momento.

—¡Pobre esposo.... tienes razon.... el cielo no es justo!... ¿Qué es lo que hemos hecho nosotros para ser tan desgraciados.... mientras que otros....

—Cada uno tiene sus penas, muger, lo mismo los ricos que los pobres.

—Sí.... pero las penas de los grandes no les vacian el estómago, ni les hacen tiritar.... Mira, cuando pienso que con el precio de uno de estos diamantes que tú pules, tendríamos lo suficiente para vivir en la holganza nosotros y nuestros hijos, me aflijo mucho.... ¿Y de qué les sirven á ellos estos diamantes?

—Si no hubiese mas que decir, *de qué sirve esto á los demas*, iríamos muy lejos. Es lo mismo que si dijeras: ¿De qué le sirve á ese caballero que la señora Pipelet llama el *comandante*, el haber alquilado y amueblado el primer piso de esta casa, donde jamás está?... ¿de qué le sirve el tener alli

buenos colchones y buenas sábanas y cobertores, cuando vive en otra parte?

—Mucha verdad es: bastaría esto para aviar para mucho tiempo un pobre ajuar como el nuestro: sin contar con que todos los dias enciende fuego la señora Pipelet para impedir que la humedad deteriore los muebles. ¡Cuánto calor perdido, mientras que nosotros y los chicos estamos muriéndonos de frio! Tú me dirás á esto que nosotros no somos muebles; pero esto es bien cruel: ¡qué ricos!...

—No creas, Magdalena, que sean mas duros que los demas.... pero ellos no saben lo que es la miseria.... Nacen dichosos, viven en la dicha, y mueren en ella: ¿cómo quieres, pues, que les ocurra pensar en nosotros? Y luego tampoco saben.... ¿cómo podrian formarse ellos una idea de las privaciones de los demas? El tener hambre es un gozo para ellos, porque comen mejor.... si hace frio, tanto mejor ellos dicen que es una *hermosa helada*: yo lo creo; si salen á pie, se sientan al volver á casa al lado de una buena chimenea, y el frio hace que encuentren mas gusto cerca del fuego; de consiguiente, poco pueden dolerse de nosotros, cuando para ellos el hambre y el frio se convierten en placer: no saben nuestras privaciones, no las saben, y en su lugar nosotros haríamos lo mismo.

—De este modo los pobres son mejores que todos ellos, porque se ausilian entre sí.... Ahí tienes á esta buena Rigolette que nos ha velado tantas noches á mí y á mis hijos cuando hemos estado enfermos, y que se ha llevado á Gerónimo y á Pedro para partir con ellos su cena, que es tan poca cosa: ¡una taza de leche y un pedazo de pan! A su edad se tiene buen apetito, y la pobre se habrá privado....

—¡Pobre chica! es muy buena; ¿pero sabes por

qué? porque conoce lo que es padecer; porque, como digo yo, ¡si los ricos lo supieran.... si los ricos lo supieran!...

—¿Y aquella señorita que vino ayer con aquel aire aturdido, preguntándonos si nos hacia falta algo? Bien vió aquella lo que es padecer, y hasta ahora no ha vuelto.

—Quizás vendrá: porque á pesar del aturdimiento que habia en su cara, tenia la fisonomía llena de bondad, y parecia ser una muger de principios.

—¡Oh! lo que es contigo, basta ser rico para tener siempre razon. No parece sino que los ricos son hechos de otra pasta que nosotros.

—No digo yo eso, repuso Morel con dulzura: al contrario, digo que tienen sus defectos, como nosotros los nuestros.... la desgracia está en que no lo saben. Y la desgracia está tambien en que hay, por ejemplo, buen número de agentes para descubrir los malvados que han cometido crímenes, y no hay ninguno destinado á conocer á los honrados trabajadores que están cargados de familia y en la última miseria, y que por falta de un poco de socorro dado á tiempo, se dejan algunas veces tentar.... Bueno es castigar el crimen, pero quizás fuera mejor impedirlo. Habrá uno sido honrado hasta sus cincuenta años, pero entonces la estremada miseria y el hambre le impelen al mal; y hay un pícaro de mas.... mientras que si hubiesen sabido.... ¿pero de qué sirve el pensar en esto?... el mundo está hecho asi. Porque soy pobre y estoy desesperado, hablo en estos términos: si fuese rico, no trataria mas que de fiestas y placeres.... ¿Y qué tal, cómo te sientes, muger?

—Siempre lo mismo; ni sé dónde están mis piernas. Pero tú tiemblas; toma tu chaqueta, y apaga aquella vela que ya no es necesaria, porque es de dia.

En efecto, una pálida luz pasaba penosamente á través de la capa de nieve que cubria la ventana del techo, y empezaba á difundir una triste claridad en el interior del desvan, haciendo mas horrible todavia su aspecto. La sombra de la noche ocultaba al menos una parte de aquellas miserias....

—Esperaré que haya bastante luz para volver á trabajar, dijo el lapidario sentándose en el borde del jergon de su esposa, y apoyando la frente en sus dos manos. Despues de algunos momentos de silencio, le dijo Magdalena:

—¿Cuándo debe venir la señora Mathieu por las piedras que trabajas?

—Esta mañana misma; ya no me falta mas que pulir una faceta de un diamante falso.

—¡Un diamante falso! ¿cómo es eso? ¡tú que no trabajas mas que piedras finas, á pesar de que en la casa creen lo contrario...!

—¿Cómo? ¿tú no sabes?... pero tienes razon; cuando el otro dia vino la señora Mathieu, estabas durmiendo.... Pues me dió diez diamantes falsos y diez piedrezuelas del Rin, para que los cortara del mismo tamaño y del mismo modo que otros diez diamantes finos que me trajo, y están encima de la mesa, con unos rubíes. En mi vida he visto diamantes de mejores aguas: aquellas diez piedras valen por lo menos sesenta mil francos.

—¿Y por qué te las hace imitar en falso?

—Una gran señora, duquesa á lo que creo, á quien pertenecen, encargó se las vendiera al señor Baudoin, joyero, y que le mandara hacer en su lugar otras falsas. La señora Mathieu, que es la corredora de las piedras del señor Baudoin, me contó esto cuando trajo las piedras finas, á fin de que diese á las falsas el mismo corte y la misma forma. La señora Mathieu ha encargado lo mismo á otros cua-

tro lapidarios, porque hay cuarenta ó cincuenta piedras que trabajar.... Yo no podia hacerlo todo, debiendo estar pronto esta mañana, porque el señor Baudoin necesita algun tiempo para volver á montar las piedras falsas. La señora Mathieu dice que es muy frecuente el que las señoras manden cambiar sus diamantes por piedras del Rin.

—Ya ves, amigo mio, que las piedras falsas hacen el mismo efecto que las finas, y las grandes señoras que gastan esto únicamente por adorno, no tienen jamás la idea de sacrificar un diamante para aliviar á unos infelices como nosotros.

—¡Pobre muger! ten juicio; el dolor te hace injusta. ¿Quién sabe que nosotros, los Morel, seamos tan infelices?

—¡Oh! ¡qué hombre.... qué hombre! te dejarías cortar á trozos, y dirias gracias.

Morel se encogió de hombros con compasion.

—¿Cuánto te dará esta mañana la Mathieu? repuso Magdalena.

—Nada, puesto que me tiene adelantados ciento veinte francos.

—¿Nada? ¿pues entonces cómo lo hacemos? ayer dimos fin con los últimos veinte sueldos.

—Es verdad, dijo Morel con aire abatido.

—¿Y qué es lo que vamos á hacer?

—No lo sé.

—Y el panadero no quiere fiarnos....

—No; ayer tuve que tomar prestado á la señora Pipelet un panecillo.

—¿Y la señora Celestina no nos prestaría?

—¡Prestarnos! cuando tiene ya en prenda todos nuestros muebles; ¿sobre qué nos habia de prestar? ¿sobre nuestros hijos? dijo Morel con una sonrisa amarga.

—Pero mi madre, los chicos y tú no comisteis

ayer por todo alimento mas que libra y media de pan, y vosotros no podeis moriros de hambre.... Tú tienes la culpa, por no haberte querido hacer inscribir este año en la caridad.

—No inscriben sino á los pobres que tienen muebles, y nosotros no tenemos ya ninguno. Nos miran como si viviéramos en posada. Y luego hubiera tenido que ir y volver al despacho de la caridad veinte veces quizás, porque nosotros no tenemos protectores, y con esto hubiera perdido mas tiempo que lo que pudiera valerme el estar inscrito.

—Pues entonces, ¿qué hacemos?

—Quizás se acuerde de nosotros la señorita que estuvo aqui ayer.

—Sí.... confia en esto.... ¿Pero la señora Mathieu no te prestará cinco francos siquiera?... Hace diez años que trabajas para ella.... y no puede permitir que quede en tal miseria un honrado jornalero cargado de familia.

—Yo no creo que pueda prestarme nada. Ha hecho todo lo que ha podido prestándome poco á poco ciento veinte francos, que son una gran cantidad para ella, porque aunque es corredora de diamantes, y trae y lleva á veces en su cesto por valor de cincuenta mil francos, no es por esto mas rica.... Cuando gana cien francos al mes, ya está muy contenta, porque tiene tambien sus obligaciones.... dos sobrinas que educar: cinco francos para ella, son lo mismo que cinco francos para nosotros.... y tú sabes bien que no siempre se tienen. Habiéndome hecho ya bastantes adelantos, no puede quitarse á sí y á los suyos el pan de la boca.

—Hé aqui lo que tiene el trabajar para los corredores, en lugar de hacerlo para los ricos joyeros, que son á veces menos escrupulosos.... pero tú dejas siempre que los demas hagan lo que quieran.... tuya es la culpa.

—¿Es culpa mia? esclamó el infeliz exasperado por aquel absurdo reproche. ¿Quién es sino tu madre la causa de todas nuestras miserias? Si no hubiésemos tenido que pagar el diamante que tu madre perdió, no viviríamos en descubierto con nadie; viviríamos con mi jornal, y poseeríamos los mil y cien francos que ha habido que retirar de la caja de ahorros para unirlos á los mil trescientos que nos prestó ese señor Santiago Ferrand, que Dios confunda.

—¿Conque te empeña en no pedirle nada?... á pesar de que es tan avaro, que dudo sacases provecho; pero, en fin, bueno es probar.

—¡A él.... á él.... dirigirme á él!... mas quisiera dejarme quemar á fuego lento...., esclamó Morel. Mira, no me hables de ese hombre, porque me volveria loco....

Al decir estas palabras, la fisonomía del lapidario, dulce y resignada de ordinario, adquirió una espresion de sombría energía; su rostro pálido se coloreó ligeramente, y se levantó con resolucion, echando á andar agitado por el desvan. A pesar de su físico débil y deforme, la actitud y las facciones de aquel hombre respiraban entonces una generosa indignacion.

—Yo no soy malo, esclamó, tú lo sabes: en mi vida he hecho mal á nadie; pero á ese escribano (1) ¡oh! le deseo tanto mal como me ha hecho á mí.... Y luego, llevando sus manos á la frente, murmuró con voz dolorida: ¡Dios mio! ¿por qué razon la infeliz suerte, que no he merecido, me entrega á mí y á los mios atados de pies y manos á ese hipócrita?

---

(1) El lector se acordará quizás de que María habia sido confiada cuando niña al mismo escribano, y que su ama de llaves la abandonó en manos de la Mochuelo, que se encargó de ella mediante la suma de mil francos, pagados por una vez.

¿por qué ha de tener el derecho de valerse de su riqueza para perder y corromper á los que él quiere corromper y perder?

—Eso es, eso es, dijo Magdalena; ¡echa dicterios contra él! vamos á ver lo que adelantarás cuando te habrá hecho meter en la cárcel, como puede hacerlo el dia que quiera, por aquel recibo de mil trescientos francos, con el que obtuvo auto de prision contra tí hace tres meses. Te tiene cogido como á un pájaro en una red: yo le detesto tanto como tú, pero toda vez que estamos á su disposicion, es menester....

—¡Dejar deshonrar á nuestra hija! ¿no es verdad? esclamó el lapidario con voz de trueno.

—¡Dios mio! ¡cállate! estos niños están despiertos, y te oyen.

—¡Bah, bah, tanto mejor! repuso Morel con espantosa ironía. Será un buen ejemplo para las dos menores: esto las preparará: no falta sino que un dia le dé este capricho al escribano.... puesto que estamos á su disposicion, como tú dices.... ¡Veamos! ¡repite todavía que puede hacerme meter en la cárcel!.... vamos, habla francamente.... debemos abandonarle nuestra hija, ¿es verdad?

Y el infeliz terminó su imprecacion rompiendo en sollozos, porque aquella naturaleza honrada y buena no podia sostener por mucho tiempo aquel tono de doloroso sarcasmo.

—¡Oh, hijos mios! esclamó anegado en lágrimas; ¡pobres hijos mios!... mi Luisa, mi buena y hermosa Luisa, demasiado bella, demasiado hermosa!... De esto proceden la mayor parte de nuestras penas. Si no hubiese sido tan hermosa, no me hubiera propuesto ese hombre el prestarme su dinero: yo soy laborioso y honrado; el joyero me hubiera dado tiempo, y no hubiera tenido entonces que

estar obligado á ese viejo mónstruo, ni abusaría él del favor que me hizo para querer deshonrar á mi hija.... No la hubiera dejado ni un dia mas en su casa.... pero me es imposible hacer otra cosa.... imposible.... estoy bajo su dependencia.... ¡Oh, miseria, miseria, cuántos ultrajes haces sufrir!

—¿Pero qué habíamos de hacer? El dijo á Luisa: Si sales de mi casa, hago meter á tu padre en la cárcel....

—Sí; él la tútea como á la mas despreciable de las criaturas.

—Si no fuese mas que eso, podia remediarse aun; pero si deja su casa te meterán á tí en la cárcel.... y cuando estuvieses preso, ¿qué haria yo con mi madre y nuestros hijos? Aunque ganara Luisa en otra parte veinte francos al mes, ¿podemos vivir con ellos seis personas?

—Si para vivir nosotros dejamos quizá deshonrar á Luisa....

—Tú exageras siempre; el escribano la persigue, es verdad, ella nos lo ha dicho; pero sabes que Luisa es honrada.

—¡Oh! sí, es honrada y buena; cuando nos vió en la escaséz á causa de tu enfermedad, quiso entrar á servir para no sernos gravosa: ¿no te manifesté yo cuánto me costó acceder? ¡Ella sirviendo.... maltratada, humillada! ¡ella tan altiva naturalmente, que nos hacia reir! ¿te acuerdas? Nosotros la llamábamos *princesa*, cuando riendo nos decia que á fuerza de limpieza convertia el desván en un palacio.... ¡Pobre hija! Mi orgullo hubiera sido el conservarla á mi lado, aunque hubiese tenido que trabajar toda la noche para ello. Cuando veia delante de mí su carita de color de rosa y sus ojuelos pardos, cuando la tenia allí, junto á mi mesa, y la oía cantar, mi trabajo no se me hacia pesado. ¡Po-

bre Luisa! ¡Tan laboriosa, y con todo tan alegre!... ¡Hasta tu madre se dejaba llevar por ella del modo que queria! Cuando ella le miraba á uno, cuando le dirigia la palabra, no habia medio de decir otra cosa que lo que ella decia.... ¡Y cómo te cuidaba á tí, cómo te distraia! ¿Y en sus hermanos y hermanas no se ocupaba tambien? Ella tenia siempre tiempo para todo; así es que con Luisa ha desaparecido toda nuestra dicha....

—Calla, Morel, no me recuerdes eso; me partes el corazon, dijo Magdalena, derramando abundantes lágrimas.

—Y cuando pienso en que tal vez ese viejo mónstruo.... Mira, con esta sola idea, se me trastorna la cabeza.... y me vienen ganas de ir á matarlo y matarme despues....

—Y entonces, ¿qué haremos nosotros? Y luego, te repito, que exageras siempre. El escribano diria á Luisa aquello como.... en broma.... es hombre que va á misa todos los domingos, visita á muchos clérigos.... y muchos hay que creen mas seguro el dinero depositado en su casa, que en la caja de ahorros.

—¿Y qué prueba esto? que es rico é hipócrita.... Conozco bien á Luisa.... es honrada, sí, pero nos quiere de un modo estremado, y su corazon se duele de nuestra miseria: ella sabe que sin mí moriríais todos de hambre, y si el escribano la ha amenazado con hacerme meter en la cárcel.... la infeliz es capáz de haberse hecho culpable. ¡Oh! ¡mi cabeza!... ¡Esto me volverá loco!

—¡Dios mio! Si hubiese sucedido esto, la hubiera dado el escribano dineros, regalos, y á buen seguro que ella no los habria guardado para sí, sino que nos habria hecho aprovechar á nosotros.

— Calla muger.... no entiendo como tienes siquiera semejante idea. ¡Aceptar Luisa!...

— No para ella, sino para nosotros....

— Cállate otra vez, ¡cállate! Me haces estremecer. Sin mí, no sé yo en que hubierais parado, tu.... y mis hijos con semejantes razones.

— ¿Pero qué mal hay en lo que dije?

— Ninguno....

— Pues bien. ¿A qué viene el que temas...?

El lapidario interrumpió impaciente á su muger.

— Temo, porque hace tres meses que reparo que cada vez que viene Luisa aquí, se pone colorada al abrazarme.

— Por el placer de verte.

— O por vergüenza.... porque su tristeza aumenta cada dia....

— Porque nos ve cada dia mas infelices; lo cierto es que cuando la hablo del escribano, me dice que ya no la amenaza con que te hará meter en la cárcel.

— Es cierto: ¿pero á qué precio ha cesado de amenazarla? Esto es lo que ella no dice, y se pone colorada al abrazarme.... ¡Oh Dios mio! Bastante malo seria el decir á una pobre muchacha honrada: «cede ó te despido, y cuando vendrán á tomar informes de tí, diré que eres una pícara, para que no puedas encontrar colocacion en otra parte;» pero decir: «cede, ó hago meter en la cárcel á tu padre,» decirla esto, cuando sabe el que lo dice que del trabajo de este padre subsiste una familia entera, ¡oh, esto es mil veces mas criminal aun!

— ¡Y cuando pienso que con uno de los diamantes que tienes encima de la mesa, podrias tener con que pagar al escribano, hacer salir de su casa á

nuestra hija, y guardarla con nosotros!... dijo Magdalena lentamente.

—¿Pero muger, qué sacarás con repetirme eso cien veces?... Ciertamente que si fuese rico, no seria pobre, repuso Morel con dolorosa impaciencia.

La probidad era tan natural y orgánica, por decirlo asi, en aquel hombre, que ni siquiera podia figurarse, que su muger, abatida y agobiada por la desgracia, pudiese concebir pensamiento alguno réprobo, y quisiese tentar su irreprensible honradéz.

—Es menester resignarse, repuso amargamente. Dichosos los que pueden tener á sus hijos en su compañía y defenderlos de los lazos que se les tienden; pero á una hija del pueblo ¿quién la garantiza? nadie.... Si está en edad de ganar algo, tiene que marchar por la mañana á su trabajo, no vuelve hasta la noche, y durante todo este tiempo, la madre trabaja por su parte y el padre por la suya. El tiempo es nuestra fortuna, y es tan necesario el pan, que no nos queda espacio para vigilar la conducta de nuestros hijos; y luego alzan el grito sobre las malas costumbres de las niñas pobres.... como si sus padres tuviesen medios para guardarlas en su casa, ó tiempo para vigilarlas cuando están fuera.... Nada son para nosotros las privaciones, comparadas con el disgusto de abandonar á una esposa, á una hija, ó á un padre.... ¡A nosotros, pobres, es á quienes, mas que á nadie, seria saludable y consoladora la vida de familia, y con todo, desde que nuestros hijos están en la edad de razon, nos vemos obligados á separarnos de ellos!

Al terminar estas palabras, llamaron ruidosamente á la puerta del desván.

CAPÍTULO XXII.

DETENCION DE MOREL, POR DEUDAS.

Admirado el lapidario, se levantó, abrió la puerta, y entraron dos hombres en la buhardilla.

El uno, alto, flaco, de rostro innoble, granujiento y cubierto de espesas patillas negras, que empezaban á encanecer; llevaba en la mano un grueso baston con puño de plomo, un disforme sombrero, y un largo sobretodo verde salpicado de lodo, y estrechamente abotonado. Su cuello de terciopelo negro raido, permitia ver un gaznate largo, rojo y pelado como el de un buitre.... Este hombre se llamaba Malicorne.

El otro, mas pequeño, y de facciones ordinarias tambien, rojo, rollizo y rechoncho, iba vestido con una especie de suntuosidad grotesca. Unos botones de brillantes ajustaban los plieges de su ca-

misa, no muy limpia; y una larga cadena de oro, serpenteaba sobre un chaleco escocés ya muy usado, debajo de un gaban de pana parda amarillenta.... Llamábase Bourdin este individuo.

—¡Cómo huele esto á miseria y muerte! dijo Malicorne, deteniéndose en el umbral de la puerta.

—¡En verdad que no huele á ambar! ¡Qué visitas! repuso Bourdin con un gesto de desprecio, y en seguida se adelantó hácia el artesano que le miraba con tanta sorpresa como indignacion.

Al través de la puerta, que habia quedado entreabierta, se dejó ver la figura maligna, observadora y astuta de Jorobeta, que habiendo seguido á los desconocidos sin ser visto, miraba, espiaba y atendia á todo.

—¿Qué se ofrece? dijo bruscamente el lapidario irritado de la grosería de aquellos dos hombres.

—¿Sois vos Gerónimo Morel? preguntó Bourdin.

—Sí, yo soy.

—De oficio lapidario.

—Sí, señor.

—¿De veras?

—Lo repito, yo soy.... ¡Ya me impacientais! .. ¡qué quereis! ¡esplicaos ó salid!...

—Qué esceso de urbanidad.... ¡gracias! Malicorne, repuso el quidam volviéndose hácia su compañero, aqui no hay *grasa*, no es como en casa del vizconde de Saint-Remy.

—Sí.... mas cuando hay *grasa* se encuentran caras de palo.... como nos sucedió en la calle de Chaillot. El pájaro habia volado la víspera.... y en forma y regla, mientras que gusanos como estos, por ejemplo, encerrados siempre en su pocilga....

—Yo creo que este debe de tener ganas de que le *enjaulen*, para que le den de comer.

— Preciso es tambien que el demandante sea muy tonto, puesto que los gastos le costarán mas de lo que vale.... pero eso son cuentas suyas.

— Basta, dijo Morel con indignacion, si no estuvieseis borrachos como parece, me hariais enfadar.... ¡Salid de mi casa al instante!

— ¡Ja! ¡Ja! el *corcovado* es chistoso, esclamó Bourdin, haciendo una alusion insultante á la deformidad del lapidario. ¿Qué te parece Malicorne? No oyes que llama á esto *su casa*.... un cuchitril, en donde no encerraria yo á un perro.

— ¡Dios mio, Dios mio! esclamó Magdalena tan asustada, que hasta entonces no pudo proferir una sola palabra; pedid auxilio.... tal vez son malechores.... cuidado con los diamantes....

Efectivamente, viendo Morel que aquellos desconocidos de mala catadura, se acercaban cada vez mas al mostrador en donde estaban las piedras preciosas, temió no abrigasen algun designio infame, corrió hácia la mesa, y con sus dos manos cubrió los rubíes y diamantes.

Jorobeta, escuchando y acechando siempre, retuvo las palabras de Magdalena; observó el movimiento del artesano, y dijo para sí: Toma.... toma.... decian que era un lapidario en falso.... si las piedras no fuesen buenas, no tendria miedo de ser robado.... Bueno es saberlo: entonces la señora Mathieu que viene á menudo aqui es diamantista de veras.... y son diamantes finos los que lleva y trae en su canasto.... Tambien es bueno saber esto: lo pondremos en conocimiento de la Mochuelo.

— Si no salís de mi casa llamo á la guardia, dijo Morel.

— Asustados de aquella escena los muchachos, comenzaron á llorar, y la vieja idiota se incorporó levantándose un poco.

—Si alguno hay que tenga aqui derecho de llamar á la guardia.... somos nosotros.... ¿oís? señor corcoba, dijo Bourdin.

—Supuesto que la guardia debe prestarnos su auxilio para conduciros si os resistís, añadió Malicorne. No viene con nosotros ningun comisario de policía; pero si os empeñais en hablarle, os proporcionaremos uno que acaba de salir de su cama, calentito, calentito.... Bourdin irá á buscarlo.

—A la cárcel.... ¡yo! esclamó Morel estupefacto.

—Sí.... á Clichy....

—¿A Clichy? replicó el artesano con esquivéz.

—¡Vaya una cabeza de alcornoque!

—A la cárcel por deudas.... ¿preferís que os lo diga asi?

—Cómo.... seriais.... el escribano tal vez.... ¡Oh, Dios mio!...

Y el artesano, pálido como un difundo, cayó sobre su escabel sin poder proferir ni una sola palabra.

—Somos agentes del consulado de comercio, pero no somos capaces de fastidiaros.... ¿Lo comprendeis?

—¡Morel!... ¡La deuda del amo de Luisa!... ¡estamos perdidos! esclamó Magdalena con una voz que desgarraba el alma.

—Aqui está la órden del juez, dijo Malicorne sacando de su cartera un papel sellado.

Despues de haber salmodiado, segun costumbre, parte de aquel escrito, con voz casi ininteligible, articuló claramente las últimas palabras, por desgracia demasiado significativas para el artesano.

«*El tribunal condena sin apelacion al señor Gerónimo Morel, á pagar al señor Pedro Jua-*

nin (1) *escribano de Paris, la suma de mil trescientos francos, con los intereses devengados desde el dia de la protesta, condenándole ademas al pago de las costas.*»

«*Firmado en Paris el* 13 *de setiembre de* 1838.»

— ¿Y Luisa? ¿Mi pobre Luisa? esclamó Morel, casi fuera de sí, sin oir al parecer aquella jerigonza, ¿en dónde está? ¿luego ha salido de casa del escribano? pues que este me hace encarcelar.... Luisa.... ¡Dios mio! ¿qué habrá sido de ella?

— ¿Quién es esa Luisa? dijo Bourdin.

— No le hagas caso, repuso brutalmente Malicorne, no conoces que se está mofando. Vamos, y se acercó á Morel, vamos, por hileras á la izquierda.... de frente, marchen; tengo necesidad de respirar; el aire de este cuarto ahoga.

— No vayas, Morel.... defiéndete, esclamó Magdalena. Mata á esos tunantes. ¡Ah! ¡Te has vuelto cobarde!... ¡Te dejarás llevar! ¡nos abandonarás!

— Hablad lo que querais, señora, porque estais en vuestra casa, dijo Bourdin con tono sardónico; pero si vuestro marido levanta la mano, él llevará la peor parte.

Preocupado únicamente por Luisa, Morel no oía nada de cuanto decian á su alrededor. De pronto brilló en su rostro una espresion de una amarga ironía y esclamó:

— Luisa ha abandonado la casa del escribano.... iré gustoso á la cárcel.... Mas arrojando una mirada en torno suyo gritó en seguida: Y mi muger.... y su madre.... y mis otros hijos.... ¿quién procurará por su subsistencia? No querrán confiarme piedras para trabajar en mi encierro.... por-

---

(1) El astuto escribano, no pudiendo perseguir á nadie en su nombre personal, habia hecho hacer al infeliz Morel una aceptacion en blanco, y habia hecho llenar la letra de cambio por un tercero.

que se creerán que mi mala conducta es la que me ha llevado allí.... ¡Oh! el escribano desea mi muerte y la de toda mi familia.

—A la una.... á las dos.... ¿acabarémos? dijo Bourdin; esta pantomima nos empieza ya á fastidiar.... ¡Vestíos y desfilemos!

—¡Buenos señores, perdonad lo que no ha mucho os dije! esclamó Magdalena acostada todavía. No tendréis valor para llevaros á mi esposo.... ¿qué será de mí, de mis cinco hijos y de mi madre que está loca? Mirad, miradla acurrucada en su colchon.... ¡Está loca, buenos señores!... ¡está loca!...

—¿Esa vieja pelada?

—¡Toma! y es verdad, ¡está pelada! dijo Malicorne, yo creía que llevaba una gorra de dormir.

—Hijos mios, arrojaos á los pies de esos buenos señores, esclamó Magdalena, tratando con este último esfuerzo, de enternecer á los corchetes; rogadles que no se lleven á vuestro padre, al único que nos proporciona el pan para vivir.

A pesar de las órdenes de su madre, lloraban asustados los niños, y no se atrevian á salir de su lecho.

A tan insólito ruido, y al aspecto de los dos esbirros que no conocía, comenzó la idiota á lanzar sordos ahullidos arrimándose á la pared.

Morel parecia enteramente estraño á cuanto pasaba en aquella estancia, porque el golpe era tan horroroso, tan inesperado y le parecian tan espantosas las consecuencias del arresto, que no podia darle crédito.... Debilitado ya por privaciones de toda especie, faltábanle las fuerzas, y permaneció pálido, huraño, sentado en su escabel, con los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre el pecho....

—¡Vaya con mil diablos!... ¿acabará esto? gritó Malicorne. ¿Creeis que estamos para bromas?... Marchemos, ú os echo mano.

El esbirro la puso efectivamente sobre la espalda del artesano, y le sacudió brutalmente.

Esta amenaza y este gesto, inspiraron tan gran terror á los niños, que los tres salieron de su jergon, medio desnudos, y fueron desconsolados á arrojarse á los pies de los alguaciles del comercio, juntando sus manos, y gritando tristemente.

—¡Perdon, perdon! ¡no mateis á nuestro padre!...

A la vista de aquellos desgraciados niños que temblaban de frio y de espanto, Bourdin, á pesar de su dureza natural y de estar acostumbrado á semejantes escenas, se sintió casi conmovido. Su camarada, implacable, desprendió brutalmente de entre los brazos de los niños su pierna, á que suplicantes se habian agarrado.

—¡Eh! sus, fuera, ¡qué polilla! ¡Vaya un oficio de perros, si uno tuviese que habérselas siempre con mendigos como estos!...

Un horrible episodio hizo mas terrible esta escena.

La mayor de las niñas, que habia permanecido en el jergon con su hermana enferma, esclamó de pronto:

—Mamá, mamá, yo no sé lo que tiene Adela. ¡Está enteramente fria! Me mira sin cesar.... y no respira....

La pobre niña, tísica, acababa de espirar dulcemente, sin un suspiro y con su mirada fija sobre la de su hermana, á quien amaba tiernamente....

Es imposible dar una idea del grito que lanzó la muger del lapidario al oir aquellas palabras, pues comprendió toda la estension de su desgracia.

Fué uno de esos quegidos espasmódicos y con-

vulsivos, arrancados de lo mas profundo de las entrañas de una madre.

—¡Mi hermana parece muerta! ¡Dios mio, Dios mio, tengo miedo! repitió la niña, saltando del jergon, y corriendo á arrojarse en los brazos de su madre.

Olvidó ésta que sus piernas casi paralizadas no podian sostenerla, hizo un violento esfuerzo para levantarse y trasladarse al lado de su hija muerta; pero le faltaron las fuerzas, y cayó sobre el pavimento, lanzando un postrer grito de desesperacion.

Ese grito resonó en el corazon de Morel, que salió de su estupor, y de un salto estuvo en el jergon, donde cogió á su hija de cuatro años....

En efecto, hallóla muerta.

El frio y la necesidad habian apresurado su fin, aun cuando su enfermedad, fruto de la miseria, ya fuese de sí mortal.

Sus pobres miembros estaban ya rígidos y helados.

CAPÍTULO XXIII.

Luisa.

Morel, con sus cabellos canosos, erizados por la desesperacion y el terror, se quedó estático, mirando á su hija muerta en sus brazos. Contemplábala con la vista fija y los ojos secos y saltándoseles la sangre.

—¡Morel, Morel, dame á mi Adela! gritaba la desdichada madre estendiendo los brazos hácia su marido: no es cierto.... no, no está muerta.... vas á verlo, pues voy á calentarla.

La curiosidad de la idiota fué escitada por la prontitud con que los dos corchetes se acercaron al lapidario, que no queria separarse del cuerpo de su hija. La vieja cesó de ahullar, se levantó de la cama, se aproximó lentamente, pasó su cabeza asquerosa y estúpida por encima del hombro de

Morel.... y durante algunos momentos contempló la abuela el cadáver de su nieta.

Sus facciones conservaron su espresion habitual de feroz embrutecimiento, y al cabo de un minutó lanzó una especie de rugido cavernoso y ronco, como el de una fiera hambrienta; despues, dirigiéndose hácia su lecho, se arrojó en él gritando:

—¡Eso es hambre, hambre!

—Ya lo veis, señores, ya lo veis, una pobre niña de cuatro años, Adela.... se llama Adela.... Ayer noche la abracé aun, y hoy.... ¡mirad! Me direis que siempre es una menos á quien dar pan, y que es una felicidad para mí, ¿no es cierto? dijo el artesano con aire estupefacto.

Su razon empezaba á trastornarse bajo el peso de tantos golpes reiterados.

—Morel, yo quiero á mi hija, ¡la quiero! esclamó Magdalena.

—Es verdad, cada uno á su vez, contestó el lapidario, y fué á depositar el cadáver en los brazos de la madre.

Despues ocultó su rostro entre las manos y arrojó un profundo gemido.

Magdalena, no menos trastornada que su marido, hundió en la paja de su jergon el cuerpo de su hija, no apartando de ella sus ojos, con una especie de celos salvages, mientras que los otros hijos, arrodillados, se deshacian en lágrimas y sollozos.

Los esbirros, conmovidos un momento por la muerte de la niña, volvieron á su acostumbrada y brutal dureza.

—¡Ea! vamos, camarada, dijo Malicorne al lapidario, es una desgracia que vuestra hija haya muerto; pero todos somos mortales y nada podemos hacer nosotros, ni vos tampoco.... Es preciso

que nos sigais, pues tenemos todavía otro individuo que zampar, porque hoy la caza abunda....

Morel no oía lo que aquel hombre estaba diciendo.

Completamente sumido en sus fúnebres pensamientos, deciase para sí el artesano con voz sorda y entrecortada:

—Es necesario, sin embargo, sepultar á mi hija... velarla aqui.... hasta que vengan á llevársela.... ¡Sepultarla! ¿mas con qué? Nada tenemos.... y el féretro.... ¿quién es el que querrá fiarnos? ¡Oh! una caja pequeñita.... para una niña de cuatro años.... no puede costar mucho.... y despues nada de coche fúnebre.... se lleva bajo el brazo.... ¡Ja, ja, ja! añadió con un golpe de risa espantoso; ¡qué feliz soy!.... hubiera podido morirse á los diez y ocho años, á la edad de Luisa, y no me hubieran hecho al fiado una caja grande.

— ¡Diantres! esto es original: ¿qué apostamos á que este hombre pierde la cabeza? dijo Bourdin á Malicorne; observa sus ojos.... dá miedo.... ¡Vamos, bueno!.... ¡y la vieja idiota que ahulla por el hambre!... ¡qué familia!...

— Sin embargo, es preciso que acabemos de una vez.... Aunque el arresto de ese hombre no esté tarifado mas que en setenta y seis francos setenta y cinco céntimos, haremos subir, como es justo, los gastos á doscientos cuarenta ó doscientos cincuenta francos. El acreedor es el que paga....

—Dí, que es quien adelanta.... Este, y señaló á Morel, será quien pague la música.... pues es quien va á bailar.

— ¿Y cuándo tendrá él con que pagar á su acreedor dos mil quinientos francos de capital, intereses y gastos? Esto será cuando ya caliente mucho el sol.

—¡Bueno! para que no hiele como aqui.... dijo el corchete soplándose los dedos. Concluyamos, llevémonoslo y que llore por el camino.... ¿Es culpa nuestra si ha muerto su hija?

—Los que son tan pobres no deben hacer chiquillos.

—¡Esto le escarmentará! añadió Malicorne, y depues tocando á Morel en la espalda, le dijo: ¡vamos, vamos, camarada, puesto que no podeis pagar, á la cárcel!

—¡A la cárcel el señor Morel! esclamó una voz juvenil y pura.... y una jóven morena, fresca, colorada y muy aseada, entró ligeramente en la buhardilla.

—¡Ah, señorita Rigolette! dijo uno de los niños llorando, vos que sois tan buena, salvad á papá, quieren ponerle preso, y nuestra hermanita ha muerto....

—¿Adela ha muerto? esclamó la jóven cuyos grandes y brillantes ojos negros se cubrieron de lágrimas, ¡vuestro padre preso! eso no puede ser. E inmóvil iba mirando uno tras otro, al lapidario, á su muger y á los corchetes.

Bourdin se acercó á Rigolette y la dijo:

—Veamos, hermosa niña, vos que conservais vuestra sangre fria, poned en razon á ese buen hombre; su hija ha muerto, es verdad; mas es preciso que nos siga á Clichy.... á la cárcel de deudas: nosotros somos alguaciles del comercio....

—¿Es esto verdad? esclamó la jóven.

—¡Y tan verdad!... La madre tiene á la niña en su cama y es imposible quitársela.... esto la tiene ocupada.... El padre debia aprovechar esta circunstancia para desfilar.

—¡Dios mio, Dios mio, qué desgracia! esclamó Rigolette, ¡qué desgracia! ¿qué se ha de hacer ahora?

— Pagar ó ir á la cárcel, no hay mas remedio; ¿teneis dos ó tres billetes de á mil francos que prestarles? preguntó Malicorne con tono chocarrero; si los teneis, pasad á vuestra caja, y echad *confites*: nada mas pedimos.

—¡Ah! esto es horroroso, dijo la jóven; osar chancearse ante semejante desgracia....

— Pues bien, fuera chanzas, repuso el otro corchete; puesto que quereis serles útil en algo, procurad que la muger no vea cómo nos llevamos al marido: de este modo les evitareis á entrambos un mal cuarto de hora.

Aunque brutal, el consejo era bueno; siguióle pues la costurera, y se acercó á Magdalena. Esta, alelada por la desesperacion, pareció no haber visto á la jóven que se arrodilló junto al lecho con los demas hijos.

Morel no habia vuelto en sí de su enagenacion pasagera, mas que para caer bajo el peso de las reflexiones mas graves, y entonces pudo contemplar el horror de su posicion. Decidido el escribano á llevar las cosas hasta este estremo, debia ser implacable, y los corchetes cumplian con su obligacion.

Resignóse.

— ¡Ea, marchemos! dijo.

— No puedo dejar estos diamantes aqui; mi muger está medio loca, dijo el lapidario señalando las piedras que estaban esparcidas por el mostrador. La diamantista para quien trabajo ha de venir á buscarlos hoy mismo, y su valor es considerable.

— Bueno, dijo Jorobeta, que habia permanecido detras de la puerta entreabierta, bueno, bueno, bueno, la Mochuelo lo sabrá.

— Concededme de plazo hasta mañana, continuó Morel, á fin de entregárselos.

— ¡Imposible, ea, acabemos!...

— Empero yo no quiero esponerme á que se pierdan estos diamantes dejándolos aqui.

— Lleváoslos; nuestro coche está en la calle, y supuesto que lo habeis de pagar con los otros gastos, iremos á casa vuestro diamantista; y si no está, depositaréis esa pedrería en la escribanía de Clichy, en donde estará tan segura como en el banco.... Vamos, despachemos; desfilarémos sin que vuestra muger ni hijos lo observen.

— ¡Concededme hasta mañana para que pueda hacer enterrar á mi hija! demandó el infeliz padre con voz suplicante y alterada por las lágrimas que reprimía.

— ¡No!... ya hemos perdido aqui mas de una hora....

— Ademas, ese entierro os entristecería demasiado, añadió Malicorne.

— ¡Ah!... sí.... me entristecería, dijo Morel con amargura.... ¡Temeis tanto entristecer á las gentes!... Vamos.... una sola palabra....

— ¡Vamos con mil demonios, despachaos!... dijo Malicorne con una impaciencia brutal.

— ¿Cuánto tiempo hace que teneis la órden de prenderme?

— El auto se dió hace cuatro meses.... pero hasta ayer no recibió nuestro escribano la órden de llevarla á efecto....

— ¿Ayer?.... ¿tan tarde?

— ¡Qué me sé yo de eso!... ¡Vamos, haced el petate!

— ¡Ayer!... ¡y Luisa no ha venido! ¿en dónde estará? ¿qué habrá sido de ella? dijo el lapidario sacando una caja de carton, llena de algodon en rama, en donde colocó las piedras.... Mas no pensemos en eso.... suficiente lugar para ello tendré en la cárcel.

— Vamos, pronto, arreglad vuestro petate y vestios.

—No tengo petate alguno que arreglar, ni tengo mas que llevar que estos diamantes para depositarlos en la escribanía.

— ¡Pues entonces, vestios!

— No tengo mas trage que este.

— ¿Vais á salir con esos andrajos? dijo Bourdin.

— Sin duda os avergonzaré, dijo el lapidario con amargura.

— No, puesto que vamos en vuestro coche, contestó Malicorne.

— ¡Padre, mi madre te llama! dijo uno de los niños.

— Escuchad, murmuró rápidamente Morel dirigiéndose á uno de los esbirros.... no seais inhumanos.... concededme el último favor.... Me falta valor para despedirme de mi muger y de mis hijos.... mi corazon se haria pedazos.... Si ven como me llevais, correrán detrás de mí.... y yo quisiera evitarlo. Os suplico que me digais en voz alta que volveréis dentro de tres ó cuatro dias, y fingid que os vais.... me esperaréis en el piso de abajo y yo saldré cinco minutos despues.... esto me ahorrará la despedida.... No podria resistirla, os lo aseguro.... me volveria loco.... no ha mucho que estuve á pique de serlo.

— ¡Hola! A mí con esas, respondió Malicorne, ¿quereis tomar las de villadiego.... viejo marrullero?

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Morel con dolorosa indignacion.

-- No creo que trate de engañarnos, dijo Bourdin por lo bajo á su compañero; hagamos lo que nos pide, sino nunca acabaríamos; ademas yo me quedaré ahí detrás de la puerta.... la buhardilla

no tiene otra salida, y por consiguiente no puede escapársenos.

— ¡Sea en buen hora, y llévenselo los diablos!... ¡qué pocilga!... ¡qué pocilga!... Despues dirigiéndose á Morel le dijo en voz baja: Corriente, os esperarémos abajo.... haced vuestra maniobra y despachemos.

— Os doy las gracias, respondió Morel.

— Pues bien; ¡sea como pedís! dijo Bourdin en voz alta y mirando al artesano con aire de inteligencia; puesto que es así, y que nos prometeis pagar, os dejamos: volveremos dentro de cinco ó seis dias.... mas entonces, ¡cuidado con ser exacto!

— Sí, señores, entonces espero poderos pagar: contestó el desventurado Morel.

Los alguaciles salieron.

Jorobeta, temiendo ser sorprendido, habia desaparecido de la escalera, en el momento en que los alguaciles del tribunal de comercio salian de aquel chiribitil.

— Señora Morel, ¿lo oís? dijo Rigolette dirigiéndose á la muger del lapidario, para sacarla de su lúgubre contemplacion, dejan tranquilo á vuestro marido; esos dos hombres han salido.

— ¿Mamá, lo oyes? no se llevan á papá, repitió el mayor de los muchachos.

— Morel, escucha.... escucha.... toma uno de esos diamantes gruesos, no se sabrá.... y estaremos salvados, murmuró Magdalena en un completo delirio. Nuestra Adelita no tendrá frio, no estará muerta....

Aprovechando un instante en que ninguno de su familia le miraba, salió el lapidario con precaucion.

El alguacil de comercio le esperaba fuera en el descanso de la escalera.

Allí inmediata estaba la puerta de un granero, que prolongaba en parte la buhardilla de los Morel, y en la cual el portero encerraba sus surtidos de cueros. Ya hemos dicho que el digno señor Pipelet llamaba á aquella estancia *su palco de melodrama*, en razon de que por medio de un agujero hecho en el tabique entre dos latas, iba algunas veces á presenciar las tristes escenas que acontecian en el cuarto de la familia de Morel.

El corchete observó la puerta del granero, y por un instante pensó tal vez que su prisionero habia contado con aquella salida para huir ó para ocultarse.

—¡Vamos andando, buena pieza! dijo poniendo el pie sobre el primer escalon, é hizo seña al lapidario de que le siguiese:

—¡Un minuto, por favor!... dijo Morel, que se puso de rodillas, y á través de una de las hendiduras de la puerta, echó una postrera mirada á su familia, juntó las manos, y dijo en voz baja con acento triste y llorando copiosamente:

—¡Adios, pobres hijos mios!... ¡adios, pobre esposa mia!... ¡adios!...

—Ea, ¿acabaréis vuestras antífonas? dijo brutalmente Bourdin. Malicorne tenia razon, ¡qué pocilga!... ¡qué pocilga!

Morel se levantó, é iba á seguir al corchete, cuando resonaron estas palabras en la escalera.

—¡Padre mio, padre mio!

—¡Luisa! esclamó el lapidario levantando las manos al cielo. ¡Oh! ¡aun podré abrazarla antes de partir!

—¡Gracias, Dios mio! llego á tiempo.... dijo la niña aproximándose cada vez mas. Y oyóse como subia precipitadamente la escalera.

—Tranquilizaos, niña, dijo otra voz ágria, ja-

deante y ahogada, procedente de una region mas inferior, si es preciso me ocultaré en el pasillo con mi escoba y mi querido viejo.... ¡Oh! no saldrán de aqui hasta que les hayais hablado.... ¡miserables!

Sin duda se habrá reconocido á la señora Pipelet, que menos ágil que Luisa, la seguia lentamente.

Algunos segundos despues la hija del lapidario estaba en los brazos de su padre.

—¡Eres tú, Luisa, mi buena Luisa! decia Morel llorando. ¡Mas cuán pálida estás, Dios mio! ¿qué tienes?

—Nada.... nada....repuso Luisa tartamudeando. ¡He corrido tan velozmente!... hé aqui el dinero.

—¡Cómo!....

—¡Estais libre!

—¿Sabias ya?...

—Sí, sí.... Tomad, señor, tomad el dinero, dijo la jóven, dando un cartucho de monedas de oro á Malicorne.

—¡Mas este dinero Luisa, este dinero!

—Lo sabréis todo.... tranquilizaos.... vamos á consolar á mi madre.

—¡No, no, luego iremos! esclamó Morel colocándose delante de la puerta.... acordándose de la muerte de su hija que Luisa ignoraba aun. Espera, es necesario que te hable.... ¿pero cómo has adquirido ese dinero?

—¡Alto! dijo Malicorne, acabando de contar las monedas de oro que embolsó. Sesenta y cuatro.... sesenta y cinco luises son mil trescientos francos. ¿No teneis mas que esto, amiguita?

—¿No son mil trescientos francos lo que debeis? dijo Luisa estupefacta y dirigiéndose á su padre.

—Sí, dijo Morel.

—¡Conformes!... repuso el esbirro, el billete es de mil trescientos francos, y ya lo teneis pagado.... ¿mas y los gastos?... Sin los de arresto, suben ya á mil ciento cuarenta.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Luisa, yo creia que no eran mas que mil trescientos francos. Pero, señor, luego se os pagará lo demas.... Por ahora ya teneis esto á cuenta. ¿No es verdad, padre?

—Corriente.... llevaréis el dinero á la escribanía, y soltarán á vuestro padre.... ¡Vamos, marchemos!...

—¿Os le llevais?

—Sin remedio. Esto lo recibo á cuenta.... que pague el resto y quedará en libertad.... Adelante, Bourdin, y en marcha.

—¡Piedad.... piedad!... esclamó Luisa.

—¡Oh, qué fastidio!... qué pesada está la gente; es capaz de hacerle sudar á uno en medio del invierno.... dijo brutalmente el corchete. Despues yendo hácia Morel, añadió: Si no echais á andar enseguida, os cojo por el cuello y os hago bajar mas que aprisa: ¡esto llega ya á ser cansado!

—¡Oh, pobre padre mio!... ¡yo que le creia salvado al menos! dijo Luisa con abatimiento.

—No.... no.... ¡Dios no es justo!... esclamó el lapidario con acento desesperado, y pateando con rabia.

—Sí.... Dios es justo.... y tiene siempre compasion de los hombres de bien que sufren, dijo una voz dulce y vibrante, y en esto apareció Rodolfo en la puerta del pequeño aposento, desde donde habia asistido sin ser visto, á parte de las escenas que acabamos de referir.

Estaba pálido y profundamente conmovido.

A su repentina aparicion, retrocedieron los cor-

chetes, y Morel y su hija miraron al desconocido con admiracion.

Sacando este del bolsillo de su chaleco un paquetito de billetes del banco doblados, tomó tres, y entregándoselos á Malicorne, le dijo:

— Aqui teneis dos mil quinientos francos, devolved á esa jóven el oro que os ha dado.

Cada vez mas admirado el corchete, tomó vacilando los billetes, los examinó en todos sentidos, los volvió por uno y otro lado, y por fin, se los metió en el bolsillo. Despues, volviendo á subir de punto su grosería, á medida que su admiracion mezclada de terror se disipaba, miró á Rodolfo de pies á cabeza y le dijo:

— Los billetes son buenos, ¿mas cómo se halla entre vuestras manos semejante suma?... ¿Es á lo menos efectivamente vuestra? añadió.

El trage de Rodolfo era muy modesto, y estaba ademas cubierto de polvo, gracias á su permanencia en el camaranchón de Pipelet.

— Te he dicho que devolvieses el oro á esa jóven, respondió Rodolfo breve y acremente.

— ¡Te he dicho!... ¡y por qué me tuteas!... esclamó el ministril adelantándose hácia Rodolfo con aire amenazador.

— ¡Ese oro.... ese oro!... dijo el príncipe cogiendo y apretando con tanta fuerza la mano de Malicorne, que este se doblegó bajo aquel apreton de hierro, y esclamó:

— ¡Demonio! me haceis daño.... soltadme....

— Devuelve, pues, ese dinero. Puesto que te se ha pagado, vete sin insolentarte, ó te arrojo escalera abajo.

— Pues bien, aqui teneis ese oro, dijo Malicorne entregando el cartucho á la jóven.... pero no me

tuteeis, ni me maltrateis.... porque sois mas fuerte que yo....

—Es verdad.... ¿quién sois vos para venirnos con esos humillos? dijo Bourdin, parapetándose detrás de su cofrade, ¿quién sois?

—¿Quién es?... deslenguado.... es mi inquilino.... el rey de los inquilinos.... ¡habráse visto insolentes como estos! esclamó la señora Pipelet, que apareció por fin jadeando y adornada con su rubia peluca. La portera traía en la mano una gran cazuela de sopas que subia caritativamente á los Morel.

—¿Qué es lo que quiere esta vieja momia? dijo Bourdin.

—Si volveis á burlaros de mí, me arrojo sobre vosotros y os muerdo, gritó la señora Pipelet: y ademas mi inquilino, mi rey de los inquilinos os hará rodar las escaleras como acaba de deciros.... para que os barra como lo que sois, como un monton de basura.

—Esta vieja es capáz de amotinar toda la casa contra nosotros. Se nos ha pagado, hemos cobrado nuestro trabajo, conque toquemos retirada, dijo Bourdin á Malicorne.

—¡Ahí teneis los papeles de vuestra causa! dijo este arrojando un legajo de papeles á los pies de Morel.

—¡Recoge eso!... Se te paga para ser bien criado, dijo Rodolfo; y deteniendo al corchete con vigorosa mano, le señaló con la otra los papeles.

Conociendo por este nuevo y temible apreton, que no podria luchar contra semejante adversario, el alguacil del comercio se bajó murmurando, recogió el legajo, y lo entregó á Morel, que lo tomó maquinalmente.

Creia soñar.

— Aun cuando teneis un puño de bronce, procurad no caer nunca bajo nuestras uñas, dijo Malicorne.

Y despues de haber mostrado el suyo á Rodolfo, de un salto bajó seis escalones, seguido de su compañero, que miraba hácia atras con una especie de pavor.

La señora Pipelet se propuso vengar á Rodolfo de las amenazas del corchete, y mirando su cazuela con aire inspirado, esclamó heróicamente:

—Las deudas de los Morel están ya pagadas, y van á tener que comer.... por consiguiente no necesitan ya mi bazofia. ¡Agua va!!!

E inclinándose á la barandilla, vació la vieja el contenido de su cazuela sobre las espaldas de los dos esbirros, que llegaban entonces al primer piso.

— ¡A los infiernos! añadió la portera, helos ahí empapados.... como una sopa.... como dos sopas.... ¡ja.... ja.... ja!... ¡es cosa de reirse!...

— ¡Mil millones de demonios! esclamó Malicorne inundado por la preparacion culinaria de la señora Pipelet: ¿quereis tener un poco de cuidado ahí arriba?... ¡vieja bruja!

— ¡Alfredo! contestó la señora Pipelet gritando desaforadamente con una voz chillona, capáz de herir el timpano de un sordo. ¡Alfredo, á ellos, viejo querido!... Han querido hacerse los beduinos con tu *Tasia* (Anastasia). Esos dos indecentes.... me han saqueado.... Embisteles á escobazos.... di á la ostrera y al licorista que te ayuden..... á ellos, á ellos, á ellos!... ¡al gato, al gato!... ¡al ladron!... ¡Kiss.... kiss.... kiss.... brrrrrr.... hu....! hu!... ¡arremételes, viejo querido!... ¡Pum, pum!!

Y para cerrar formidablemente estas onomatopeyas que habia acompañado de furiosas patadas

en el suelo, la señora Pipelet, entusiasmada por la embriaguéz de la victoria, lanzó de arriba abajo de la escalera su cazuela de barro, que haciéndose pedazos con un espantoso ruido en el momento en que los corchetes, aturdidos por sus horrorosos gritos, bajaban de *cuatro en cuatro* los últimos escalones, aumentó prodigiosamente su pavor.

—¡Ea, al diablo, tunantes! esclamó Anastasia soltando estrepitosas carcajadas, y cruzándose de brazos en una actitud triunfal.....

.....

Mientras que la señora Pipelet perseguia á los corchetes con sus injurias y su rechifla, Morel se habia arrojado á los pies de Rodolfo.

—¡Ah, señor, nos salvais la vida! ¿á quién somos deudores de tan inesperado socorro?

—A Dios, ya lo veis, que tiene siempre piedad de los hombres honrados (1).

---

(1) Vamos á dar á conocer algunos curiosos hechos acerca de los apremios corporales, citados en el *Pauvre Jacques*, diario publicado bajo la proteccion de la *Sociedad de moralidad cristiana*. (Junta de cárceles).

«Una protesta y un apremio tasados por la ley, la primera en 4 fr. 35 c., y el segundo en 4 fr. 70 c., las hacen subir generalmente los ministriles la primera á 10 fr. 40 c., y el segundo á 16 fr. 40 c. Asi, pues, hacen pagar ilegalmente 26 fr. 80 c., por lo que está tasado por ley en 9 fr. 50 c.

Por un arresto, concede la ley á los alguaciles de comercio: sello y registro 3 fr. 50 c.; carruage, 5 fr.; arresto y encierro, 60 fr. 25 c.; derecho de escribanía, 8 fr.: total 76 fr. 75 c.

Una nota de gastos citada como término medio de lo que reclaman comunmente los alguaciles de comercio por un arresto, los hace subir á unos 240 fr., en vez de 76 fr. legalmente debidos».

Por último, léese en el mismo periódico:

«El alguacil de comercio*** ha venido á suplicarnos que rectifiquemos el artículo de la *muger estrangulada*. *No la di yo la muerte*, dice él; pero nosotros no hemos dicho que*** hubiese dado muerte á esa muger. Reproducimos textualmente nuestro artículo.

El alguacil de comercio*** fué á prender un carpintero en la calle de la Luna; este le vió llegar y esclamó: ¡Estoy perdido!... ¡vienen á cogerme! Su muger lo oye, cierra la puerta, y el carpintero va á ocultarse en un desvan. El alguacil va á buscar al juez de paz y á un cerrajero; húndese la puerta del aposento de la muger.... *¡Se habia*

CAPÍTULO XXIV.

RIGOLETTE.

Luisa, la hija del lapidario, era notablemente hermosa, pero de una belleza grave: alta y esbelta, pareciase á la antigua Juno en la regularidad de sus severas facciones; y á la cazadora Diana en la elegancia de su elevada estatura. A pesar del moreno tinte de su rostro, no obstante el encarnado de sus manos de graciosa forma, pero endurecidas por los trabajos domésticos, sin embargo de su humilde traje, tenia un porte de nobleza, que

---

ahorcado! El alguacil no se detiene á la vista del cadáver; continúa su pesquisa, y halla por fin al marido: — Daos á prision. — No tengo dinero. — ¡En ese caso á la cárcel! — Os sigo; pero permitidme que me despida de mi esposa.—*No teneis que tomaros ese trabajo, porque vuestra muger se ha ahorcado y está muerta.*»

¿Qué teneis que decir á esto M***? (añade el periódico que cita-

el artesano en su admiracion paternal, llamaba *aire de princesa*.

No trataremos de pintar el reconocimiento y el alegre estupor de aquella familia, tan repentinamente librada de una suerte desgraciada. En este súbito gozo hasta quedó olvidada por un momento la muerte de la niña.

Solo Rodolfo notó la estremada palidéz de Luisa, y la sombría preocupacion en que estaba sumida, á pesar de la libertad de su padre.

Deseando tranquilizar completamente á los Morel acerca de su porvenir, y esplicar una liberalidad que podia comprometer su incógnito, Rodolfo dijo al lapidario, que condujo hácia la escalera, mientras Rigolette preparaba á Luisa para noticiarla la muerte de su hermanita.

—¿Anteayer vino aqui una señora jóven?

---

mos) nosotros no *hemos hecho mas que copiar vuestra declaracion de encierro*, en la que habeis minuciosamente descrito esta espantosa historia.

Finalmente, el mismo diario cita dos ó trescientos hechos, de los cuales el siguiente está en término medio.

«Sobre un billete de 300 fr. de capital, un corchete ha formado una cuenta de gastos de 964 fr. El deudor, artesano y padre de cinco hijos, está en la cárcel hace siete meses.»

El autor de este libro toma estas citas del *Pouvre Jacques*, por dos razones.

En prímer lugar para demostrar que el capítulo que se acaba de leer, es en su invencion inferior á la realidad

En segundo, para probar especialmente que solo bajo el punto de vista filantrópico, la conservacion de semejante estado de cosas (la exorbitancia de los gastos ilegal é impunemente requeridos por ciertos agentes públicos) paraliza con frecuencia las mas generosas intenciones.... Asi es que, con 1,000 fr. podrian arrancarse de la cárcel y volver al seno de sus familias tres ó cuatro infelices y honrados trabajadores, encerrados por sumas de 250 ó 300 fr.; pero quedando triplicadas esas sumas por una deplorable exageracion de gastos, á menudo las personas mas caritativas retroceden ante una buena obra, viendo que los dos tercios de su liberalidad deben servir para satisfacer la codicia de los empleados.

Y sin embargo, pocas miserias hay tan dignas de interés y de compasion, como las de esos desdichados de que acabamos de hablar.— E. S.

— Sí señor, y pareció muy condolida del estado en que nos veía.

— Despues de Dios, á ella es á quien debeis dar gracias, y no á mí....

— ¡Será cierto.... caballero! Aquella señora jóven....

— Es vuestra bienhechora. He llevado géneros diferentes veces á su casa, y habiendo venido aqui á alquilar un aposento en el cuarto piso, supe por la portera vuestra cruel posicion, y contando con la caridad de aquella señora, fuí á verla.... anteayer estuvo ella aqui para juzgar por sí misma vuestra desgracia, que la conmovió dolorosamente; mas como esa desgracia pudiera ser el fruto de una mala conducta, me encargó á mí que me informase cuanto antes de vuestra honradéz, deseando proporcionar sus beneficios á vuestra probidad.

— ¡Buena, escelente señora! razon tuve en decir....

— En decir á Magdalena: *¡Si los ricos supiesen!* ¿no es cierto?

— ¡Cómo, señor! ¿sabeis el nombre de mi muger?... ¿quién os ha dicho que...?

— Desde las seis de la mañana, dijo Rodolfo interrumpiendo á Morel, estoy oculto en el pequeño desvan que linda con vuestra buhardilla.

— ¿Vos?... ¡señor!...

— ¡Y lo he oido todo, todo, hombre escelente y honrado!!

— ¡Dios mio!... ¿Mas cómo estabais allí?

— Bien ó mal, nadie podia informarme de vos mejor que vos mismo, y he querido verlo todo y oirlo todo sin saberlo vos.... El portero me habia hablado de ese pequeño desvan proponiéndome cedérmelo para poner en él la leña. Esta mañana le he dicho que queria verlo, he permanecido en él

una hora, y he podido convencerme de que no habia un carácter mas recto, mas noble, ni mas animosamente resignado que el vuestro.

—¡Dios mio! señor, no hay en esto un gran mérito: he nacido asi, y no sabria ni podria obrar de otro modo.

—Lo sé; por eso no os elogio, pero os estimo: iba á salir de mi escondite para libertaros de los esbirros, cuando oí la voz de vuestra hija. Quise dejarla el placer de salvaros.... Desgraciadamente la rapacidad de los agentes quitó esta satisfaccion á la pobre Luisa, y presentéme entonces. Habia cobrado ayer algunas sumas que me debian, y me he hallado en situacion de poder hacer un adelanto á vuestra bienhechora, pagando por vos esa desdichada deuda. Pero vuestro infortunio ha sido tan grande y tan honrado, que el interés que os tienen y que mereceis, no se parará aqui. Puedo en nombre de vuestro ángel salvador, aseguraros un porvenir feliz y pacífico para vos y vuestra familia.

—¡Seria posible!... Mas á lo menos sepa yo su nombre, señor, el nombre de ese ángel del cielo, de ese ángel salvador como vos la llamais.

—Sí, es un ángel.... y teniais razon cuando deciais que todos, grandes y pequeños tenian sus penas.

—¿Es desgraciada esa señora?

—¿Quién no tiene pesares?... Mas no veo razon alguna de ocultaros su nombre.... esa señora se llama....

Pensando que la señora Pipelet no ignoraba que la señora de Harville habia ido á la casa á preguntar por el *comandante*, Rodolfo, temiendo la indiscreta charla de la portera, prosiguió despues de un momento de silencio:

—Os diré el nombre de esa dama.... con una condicion.

—¡Oh, hablad, caballero!...

—Que no le repetiréis á nadie.... ¿lo entendeis? á nadie....

—¡Oh! os lo juro.... ¿mas no podré á lo menos ir á dar las gracias á esa Providencia de los desgraciados?

—Se lo pediré á la señora de Harville, y no dudo que consentirá....

—¿Con que se llama la señora...?

—La marquesa de Harville.

—¡Oh! no olvidaré jamás este nombre. Será mi santa.... y la adoraré.... ¡Cuando pienso que la debo que se hayan salvado mi muger y mis hijos!... ¡Salvados, ah, no todos.... no todos!... Mi pobre Adelita, no te volveremos á ver.... ¡Ay! Dios mio, preciso es hacer la reflexion de que un dia ú otro la hubiéramos perdido, pues necesariamente debia morir. Y el lapidario enjugó sus lágrimas.

—En cuanto á los últimos deberes que necesita esa pobre niña, si quereis seguir mi parecer, hé aqui lo que debe practicarse.... Yo no ocupo aun mi aposento, que es grande, sano, ventilado, y tiene una cama, á mas de que se traerá cuanto sea necesario para que vos y vuestra familia podais estableceros alli, hasta que la señora de Harville haya hallado casa donde colocaros convenientemente. El cuerpo de vuestra hija permanecerá en la buhardilla, en donde será esta noche guardado y velado por un sacerdote. Voy á rogar al señor Pipelet que se encargue de estos tristes pormenores.

—Pero, señor.... ¡privaros de vuestro cuarto!... no vale la pena.... Ahora que estamos tranquilos y que no temo ya ir á la cárcel.... nuestra pobre vivienda me parecerá un palacio, especialmente si

mi Luisa se queda con nosotros.... para cuidar de todo como antes....

—Vuestra Luisa no os dejará ya.... Decís que seria un gusto para vos tenerla á vuestro lado siempre.... será aun mas.... será vuestra recompensa....

—Dios mio.... caballero, ¿es esto posible? Me parece un sueño.... ¡Oh! este golpe de fortuna.... este socorro tan celestial.... harian bendecir y creer en la Providencia al mas incrédulo!...

—Creed siempre.... ¿qué peligro correis en ello?

—Es verdad, contestó sencillamente Morel, ¿qué es lo que se aventura?...

—Si el dolor de un padre pudiese reconocer alguna compensacion, os diria que habeis perdido una de vuestras hijas, y habeis recobrado otra.

—Teneis razon: ahora tendremos á Luisa.

—¿Con que aceptais mi cuarto, no es esto? porque si no ¿cómo lo haríamos para esa triste velada mortuoria?... Pensad, pues, cuán dañoso puede ser á vuestra muger, cuya cabeza está ya tan débil.... el permanecer por espacio de veinticuatro horas ante un espectáculo tan horroroso!

—Todo lo prevenís.... todo.... ¡Cuán bueno sois!

—A vuestro ángel bienhechor es al que debeis dar las gracias, su bondad es la que me inspira. Os digo lo que ella os diria, como que estoy cierto aprobará todo cuanto hago.... ¿Con que aceptais? ¡Está muy bien!... Ahora, decidme: ¿ese Santiago Ferrand...?

Una sombría nube pasó por la frente de Morel.

—¿Ese Santiago Ferrand, continuó Rodolfo, no es un escribano que vive en la calle del Sendero?

—Si señor.... ¿Le conoceis acaso?

Luego, asaltado de nuevo por sus temores acerca de Luisa, esclamó Morel:

— Pues que me habeis oido, señor, decid.... decid.... ¿tengo motivos para odiar á ese hombre?... ¿Y quién sabe.... si mi hija.... mi Luisa...?

No pudo concluir y ocultó el rostro entre sus manos.

Rodolfo comprendió sus temores.

— El paso mismo del escribano, le dijo, debe daros esperanza; sin duda os hacia prender para vengarse de los desdenes de vuestra hija; por lo demas tengo motivos para creer que es un malvado.... Si es asi, dijo Rodolfo despues de un momento de silencio, contemos con la Providencia para su castigo....

— ¡Es muy rico, y muy hipócrita, señor!

— Y vos erais muy pobre y estabais desesperado!... ¿La providencia se ha olvidado de vos por esto?

— ¡Oh! no señor.... ¡Gran Dios!... no creais que digo esto por ingratitud.

— Un ángel salvador ha venido á vuestro socorro.... un vengador inexorable alcanzará tal vez al escribano.... si es culpable.

En esto salió Rigolette de la buhardilla enjugándose las lágrimas, y Rodolfo la dijo:

— ¿No es cierto, vecina, que el señor Morel hará bien en ocupar mi cuarto con su familia, hasta que su bienhechora, de quien yo no soy mas que un agente, le haya hallado una habitacion correspondiente?

Rigolette miró á Rodolfo con aire de admiracion.

— ¿Cómo, señor.... seriais tan generoso...?

— Sí, pero con una condicion, que depende de vos, vecinita.

— ¡Oh! cuanto dependa de mí....

— Tengo algunas cuentas muy urgentes que ar-

reglar para mi principal.... deben venirlas á buscar luego y tengo los papeles en mi cuarto; pero si en calidad de vecina quisieseis permitir que concluyese esto en el vuestro, en una esquina de vuestra mesa, mientras vos trabajaseis, no os estorbaria, y la familia Morel podria con el auxilio de los señores Pipelet establecerse en mi aposento.

—¡Oh! si no es mas que esto, con mucho gusto: los vecinos deben ayudarse recíprocamente... Vos dais el ejemplo, con lo que haceis por este buen padre de familias. Cuando gusteis, pues, caballero.

—Llamadme *vecino*.... sino seré menos franco.... y no me atreveré á aceptar, dijo Rodolfo sonriéndose.

—¡No hay inconveniente! muy bien puedo llamaros mi vecino porque lo sois.

—Padre, mi madre te llama.... ¡ven, ven! dijo uno de los muchachos saliendo de la buhardilla.

—Id, mi querido Morel, cuando todo esté arreglado se os avisará.

El lapidario entró precipitadamente en su casa.

—Ahora, vecina, dijo Rodolfo á Rigolette, es preciso que me hagais otro favor.

—Con muchísimo gusto, si es posible, mi vecino.

—Estoy seguro que sois una jóven muy entendida en los asuntos domésticos, y es necesario comprar al instante lo necesario, para que la familia de los Morel esté decentemente vestida, amueblada y colocada en mi aposento, en donde no hay mas que mi ajuar de soltero, que trajeron ayer.... ¿Cómo lo haremos para procurarnos en seguida lo que necesita esa pobre familia?

Rigolette reflexionó un momento y contestó:

—Antes de dos horas lo tendréis todo: buenos vestidos ya hechos, calientes y limpios, buena ro-

pa blanca para toda la familia, dos camitas para los niños, una para la abuela.... en fin todo lo necesario.... pero todo esto costará mucho, mucho dinero.

—¿Cuánto?

—¡Oh! á lo menos.... quinientos ó seiscientos francos.

—¿Entre todo?

—¡Ah, sí!.... ¡ya lo veis, eso es mucho dinero! dijo Rigolette abriendo los ojos y meneando la cabeza.

—¿Y tendremos eso?...

—Dentro de dos horas.

—¿Sois una maga, vecinita?

—Que he de ser, Dios mio, esto es muy sencillo.... El *Temple* está á dos pasos de aqui, y alli se encuentra de todo.

—¿El Temple?

—Si, el Temple.

—¿Y qué es el Temple?

—¿No sabeis lo que es el Temple, vecino?

—No, vecina.

—Sin embargo, alli es donde las personas como vos y yo van á proveerse de muebles y vestidos cuando son económicas. Es mucho mas barato que en las demás partes y tan bueno....

—¿De veras?

—Yo lo creo; pongamos un ejemplo.... ¿cuánto os cuesta el gaban que llevais?

—A punto fijo no puedo deciroslo.

—¿Cómo, vecino, no sabeis lo que os cuesta vuestro gaban?

—Os diré en confianza, vecina, dijo Rodolfo sonriéndose, que lo debo aun.... Ya comprendereis.... que de este modo no puedo saber....

—¡Ah! vecino.... vecino.... me parece que no teneis mucho órden.

—¡Ah! no, vecina mia.

—Será preciso que os corrijais, si quereis que seamos amigos.... Y conozco ya que lo seremos.... ¡teneis trazas de muy bondadoso! Ya vereis como no tendreis motivo de arrepentiros de tenerme por vecina. Vos me ayudareis, y yo os ayudaré.... para esto somos vecinos.... Yo cuidaré de vuestra ropa blanca, y vos me ayudareis á dar lustre al suelo de mi cuarto.... Yo soy madrugadora y os despertaré á fin de que no llegueis tarde á vuestro almacen, llamando á vuestro tabique hasta que me digais: ¡Buenos dias, vecina!

—Convenido: vos me despertareis, y tendreis cuidado de mi ropa, y yo daré lustre al suelo de vuestro cuarto.

—¿Prometeis tener conducta?

—¡Oh, sí!

—Y cuando tendreis que comprar algo ireis al Temple; porque, mirad: vuestro gaban os cuesta, supongamos, ochenta francos; pues bien, en el Temple lo hubierais encontrado por treinta.

—¡Eso es maravilloso!... ¿Con que creeis que con quinientos ó seiscientos francos esos pobres?...

—Estarán provistos de todo muy bien, y para mucho tiempo.

—¡Vecina, se me ocurre una idea!...

—¡Veamos!...

—¿Entendeis en artículos caseros?

—Sí... un poco, dijo Rigolette con cierta vanidad.

—Tomad mi brazo y vamos al Temple á comprar lo necesario para los Morel: ¿quereis venir?

—¡Oh, qué felicidad!... ¡pobres gentes!... ¿mas y el dinero?

—Ya tengo yo.

—¿Quinientos francos?

—La bienhechora de los Morel me ha dado carta

blanca : no economizará gasto alguno para que las buenas gentes estén con comodidad.... Si hay algun otro parage en que se encuentren mejores artículos que en el Temple....

— En parte alguna se encuentra nada mejor; allí hay de todo, y todo hecho ya; vestidos para los niños, vestidos para sus madres, vestidos para todo el mundo.

— Entonces vamos al Temple, vecina....

— ¡Oh! Dios mio, pero....

— ¿Qué sucede?

— Nada.... pero; mirad.... el tiempo es tado mi capital; ya me he atrasado un poco.... viniendo un rato y otro rato á velar á la pobre mujer de Morel; y ya comprendeis, una hora por un lado, otra por otro, forman poco á poco un jornal; un jornal son treinta sueldos, y aunque se deja de ganar un dia, no por eso se tiene que vivir de otro modo ... ¡Pero bah!... lo desquitaré de noche, y es igual.... Luego las horas de placer son escasas, y esto lo es para mí.... Me parecerá que soy rica.... rica, y que compro todas esas cosas con mi dinero para esos pobres infelices.... ¡Vamos! dadme tiempo para echarme un chal y ponerme un gorro, y estaré á vuestras órdenes.

— Si no teneis mas que eso que hacer, permitidme que en el interin lleve mis papeles á vuestro aposento.

— Con mucho gusto, asi vereis mi cuarto, dijo Rigolette con orgullo, porque mis faenas domésticas ya están listas, y esto os probará que soy madrugadora, y que si sois dormilon y perezoso... tendreis en mí un mal vecindario.

Ligera como un pájaro bajó Rigolette la escalera, seguida de Rodolfo, que se fué á su cuarto á quitarse el polvo recogido en el desvan.

Mas adelante diremos por qué Rodolfo no estaba aun enterado del robo de María, que habia acontecido la víspera en la quinta de Bouqueval, y por qué no habia visto á los Morel al dia siguiente de la conversacion con Mad. de Harville.

Recordaremos al lector que siendo Rigolette la única que sabia la nueva habitacion de Francisco German, hijo de la señora Jacinta, Rodolfo tenia un gran interés en penetrar este secreto.

El paseo que acababa de proponer á la griseta, debia atraerle su confianza y distraerle de los tristes pensamientos que habia despertado en él la muerte de la niña del artesano.

La que Rodolfo lloraba amargamente debia haber muerto á corta diferencia á aquella edad....

En efecto, á la misma fué entragada la Guillabaora á la Mochuelo, por el ama de llaves del escribano Santiago Ferrand.

Mas adelante diremos con qué objeto y en qué circunstancias.

Rodolfo, armado con un formidable rollo de papeles, entró en el aposento de Rigolette.

Rigolette era á corta diferencia de la misma edad que la Guillabaora, su antigua amiga de prision; pero habia entre las dos jóvenes la misma diferencia que entre la risa y el llanto; entre la alegre indiferencia y la melancólica meditacion; entre la imprevision mas audaz, y una sombría é incesante preocupacion sobre el porvenir; entre una naturaleza delicada, esquisita, elevada, poética, dolorosamente sensible y herida incurablemente por los remordimientos.... y otra naturaleza alegre, viva, feliz, movible, prosaica é irreflexible, aunque buena y compasiva.

Porque lejos de ser Rigolette egoista, sus pesares eran siempre los de los demas, simpatizaba con

ellos de todo corazon, y se sacrificaba por el que sufria; mas en volviendo las espaldas, como suele decirse, ya no se acordaba de nada.

A menudo interrumpia sus carcajadas para llorar sinceramente, y otras veces dejaba tambien de llorar para reir.

Como verdadera hija de París, preferia Rigolette el atolondramiento á la calma, al reposo el movimiento, la áspera y retumbante armonía de la orquesta de los bailes, al dulce murmullo del agua, del viento y de la enramada; el tumulto atronador de las calles y plazas de París, á la soledad de los campos, el deslumbramiento de los fuegos artificiales, la flamigeracion y el estrépito de los cohetes, á la serenidad de una hermosa noche estrellada, oscura y silenciosa.

¡Oh! sí, la buena niña preferia francamente el negro lodo de las calles de la capital, al verdor de los floridos prados; sus fangosos ó ardientes empedrados, al musgo fresco y aterciopelado de los senderos de los bosques perfumados por las violetas; el sofocante polvo de las Barreras ó de los Baluartes, á las ondulaciones de las espigas de oro, esmaltadas con la escarlata de las amapolas silvestres....

Rigolette no abandonaba su cuarto mas que el domingo, y todos los dias por la mañana, para hacer su provision de *escarola, pan, leche y cañamones, para ella y sus dos pajaritos*, como decia la señora Pipelet: vivia en París por ser París, y hubiérala desesperado tener que habitar en otra parte cualquiera que no fuese la capital.

Otra anomalía se notaba en aquella jóven: á pesar de su aficion á los placeres parisienses, á pesar de la libertad, ó completo abandono en que se hallaba, estando sola en el mundo.... á pesar de la economía estraordinaria que le era preciso tener

en sus menores gastos para vivir con treinta sueldos, y á pesar, en fin, de la carita mas incitante, traviesa y adorable del mundo, nunca escogia Rigolette sus enamorados. (No diremos sus amantes porque el porvenir probará si las conversaciones de la señora Pipelet sobre los vecinos de la griseta, eran calumnias ó indiscreciones). Regolette, decimos, no escogia sus enamorados mas que entre los de su clase, es decir, no elegia mas que á sus vecinos... y esa igualdad *ante el alquiler*, distaba mucho de ser ideal.

Un opulento y célebre artista, un moderno *Rafael* cuyo *Julio Romano* era Cabrion, habia visto un retrato de Rigolette, que como estudio del natural, no habia sido en modo alguno favorecido, y Cabrion, orgulloso de las gracias de su linda vecina, propuso á su maestro enseñársela como *objeto artistico* un domingo en el baile de la Ermita. El *Rafael*, encantado de aquella hechicera figura, hizo cuantos esfuerzos le fueron posibles para suplantar á su *Julio Romano*. Hiciéronse á la griseta las mas seductoras y mas espléndidas ofertas, que rehusó heróicamente, mientras que el domingo sin cumplidos ni escrúpulos aceptó de su vecino un modesto almuerzo en el *Meridiano*, famoso figon del Baluarte del Temple, y un asiento de galeria en la Gaité ó en el Ambigú.

Semejantes intimidades eran arriesgadas, y podian hacer singularmente sospechar de la virtud de Rigolette; pero sin esplicarnos acerca de este particular, advertiremos que en ciertas delicadezas relativas hay secretos y abismos impenetrables.

Permítasenos hacer un breve retrato de la griseta, luego introduciremos á Rodolfo en el aposento de la misma.

Rigolette tenia apenas diez y ocho años; la esta-

tura regular, mas bien pequeña, pero contorneada, combada divinamente y voluptuosamente redondeada.... correspondia muy bien con su andar ligero y acompasado, y una pulgada mas la hubiera hecho perder mucho de su gracioso conjunto. El movimiento de sus pequeños pies, siempre irreprochablemente calzados con botitos de casimir negro, de suela algo gruesa, recordaba el paso vivo, discreto y lleno de gracia de la codorníz ó de la nevatilla. No parecia andar, sino rozar el pavimento y deslizarse rápidamente sobre la superficie.

Este modo de andar peculiar de las grisetas, á la vez ágil, provocativo y ligeramente azorado, debe sin duda ser atribuido á tres causas:

A su deseo de parecer lindas.

A su temor de una admiracion traducida.... por una pantomima sobrado espresiva.

A la preocupacion que tienen siempre de perder el menor tiempo posible en sus peregrinaciones.

Rodolfo no habia visto aun á Rigolette mas que en la lóbrega estancia de los Morel, ó en la meseta de la escalera, no menos oscura, y quedó deslumbrado de la brillante lozanía de la jóven, cuando entró poco á poco en un aposento iluminado por dos grandes ventanas. Por un momento permaneció inmóvil, admirado del gracioso cuadro que tenia á la vista.

En pie, delante de un espejo colocado sobre la chimenea, Rigolette, acababa de atar bajo su barba, las cintas de una gorrita de tul bordado, adornada de una ligera guarnicion con lazo de color de guinda; gorra que, muy estrecha de entrada, y colocada muy hácia atrás, dejaba ver dos anchas y espesas trenzas de cabellos lisos y brillantes como

el azabache, que caian muy bajas sobre su frente; sus cejas, finas y delgadas, parecian pintadas con tinta, y se redondeaba sobre dos grandes ojos negros, abispados y malignos; sus megillas, firmes y llenas, estaban teñidas por el mas hermoso encarnado, fresco á la vista y fresco al tacto, como un colorado melocoton impregnado del rocío de la mañana.

Su pequeña nariz, levantada, graciosa y linda, hubiera hecho la fortuna de otras mugeres; su boca un poco grande, de rosados y húmedos labios, y de dientes pequeños, unidos, blancos y aperlados, era risueña y burlona; dos encantadores hoyuelos que daban una gracia constante á su fisonomía, marcaban sus megillas, y otro en la barba, no lejos de una peca, pequeño lunar *traidoramente* colocado en el ángulo de la boca.

Entre una pañoleta guarnecida y el casco de la gorrita, fruncida por una cinta de color de guinda, se veia el nacimiento de una abundante cabellera, tan perfectamente torcida y levantada hácia arriba, que su raiz quedaba tan limpia y tan negra como si hubiese sido pintada sobre el marfil de aquel cuello encantador.

Un vestido de merino de color de pasa de Corinto, de espalda lisa y mangas ajustadas, hecho con graciosa coquetería por Rigolette, descubria una cintura muy delgada y esbelta, aunque la jóven nunca llevaba corsé.... por economía: una flexibilidad, una desenvoltura no acostumbrada en los menores movimientos de la espalda y pecho, parecidas á la muelle ondulacion del andar de la gata, indicaban esta particularidad.

Figúrese el lector un vestido estrechamente pegado á las formas redondas y pulidas del mármol, y convendrá en que Rigolette podia perfectamente

prescindir del accesorio de que hemos hablado. El cinturon de un pequeño delantal de levantina verde, rodeaba su talle, que se hubiera podido coger entre las dos manos.

Confiada en lá soledad en que creia estar, porque Rodolfo habia permanecido en el umbral de la puerta inmóvil y desapercibido, Rigolette despues de haber alisado sus trenzas con las palmas de su mano linda, blanca y perfectamente cuidada, puso su pie sobre una silla y se encorvó para estrechar el lazo de sus borceguies. Esta operacion interior no pudo verificarse sin esponer á los indiscretos ojos de Rodolfo unas medias de algodon blanco como la nieve, y la mitad de una pierna, preciosamente contorneada.

Por la detallada descripcion que acabamos de hacer de su trage y tocado, se adivinará que la griseta habia elegido su gorra mas linda y su mas lindo delantal, para hacer *honor* á su vecino en su visita al Temple.

Encontraba al supuesto dependiente de comercio muy de su gusto: su rostro á la vez benévolo, orgulloso y atrevido, le gustaba mucho, y luego se mostraba tan compasivo con los Morel, cediéndoles generosamente su cuarto, que merced á esta prueba de bondad, y quizás tambien merced á la gracia de sus facciones, Rodolfo habia dado sin sospecharlo un paso gigantesco en la confianza de la costurera.

Esta, á tenor de sus ideas prácticas acerca de la precisa intimidad y las recíprocas obligaciones que impone la calidad de vecino, se consideraba muy francamente feliz en que uno como Rodolfo sucediese al viajante, á Cabrion y á Francisco German; pues empezaba á parecerle que el otro aposento hacia ya mucho tiempo que estaba vacante,

y temia, en especial, no verle ocupado de un modo *conveniente*.

Rodolfo se aprovechaba de su invisibilidad para examinar con curiosos ojos aquella estancia que hallaba aun muy superior á las alabanzas que la señora Pipelet habia concedido á la escesiva limpieza del modesto ajuar de Rigolette.

Nada tan alegre ni mejor adornado que aquella pobre habitacion.

Un papel gris con flores verdes, cubria las paredes; y el suelo de un hermoso color rojo, relucia como un espejo. Una cazuela de loza blanca estaba colocada en la chimenea, en donde se habia ordenado simétricamente una provision de leña hecha pedazos, tan cortos y tan menudos, que sin exagerar se podian comparar á grandes pajuelas.

Sobre la chimenea de piedra que imitaba el mármol, se veian en clase de adornos dos macetas ordinarias, pintadas de un hermoso verde esmeralda, y llenas siempre desde la primavera de flores comunes, pero olorosas; un juguetito de madera que contenia un relox de plata, hacia veces de relojera; á un lado brillaba un candelero de cobre bruñido como el oro, con un cabo de *bujia*; y al otro, una de esas lámparas formadas de un cilindro y un reverbero de cobre, montadas sobre un pie de acero con la base de plomo. Una grande luna de espejo cuadrada, puesta en un marco de madera negra, descansaba sobre la chimenea.

Cortinas de indiana cenicientas y verdes, rodeadas con un galon de lana, cortadas, cosidas y guarnecidas por Rigolette, y puestos tambien por ella los anillitos de cobre, se veian colocadas en las ventanas y delante de la cama, que estaba edornada de una cubierta de lo mismo: dos gabinetes con vidrieras á cada lado de la alcoba, encerrarian se-

guramente los utensilios del menage, el hornillo portátil, el cántaro, etc. etc., puesto que ninguno de estos objetos desordenaba el gracioso conjunto de aquella pieza.

Una cómoda de nogal de hermosas aguas, bien lustrada, cuatro sillas de la misma madera, una gran mesa para planchar y trabajar, cubierta con uno de esos tapetes de lana verde que se ven frecuentemente en las aldeas, y un sillon de palma con su taburete de lo mismo, asiento habitual de la costurera, componian aquel modesto mueblaje.

Por fin, en el alféizar de una de las ventanas, veíase la jaula de los dos canarios, fieles compañeros de Rigolette.

Por una de estas ideas industriosas que no ocurren sino á los pobres, esta jaula estaba colocada en medio de una gran caja de madera de un pie de profundidad, situada sobre una mesa; esta caja, que Rigolette llamaba el jardin de sus pájaros, estaba llena de tierra, cubierta de musgo en invierno, y en el verano de yerbecitas y florecillas.

Rodolfo consideraba con interés y curiosidad aquel aposento, y comprendia perfectamente el aire de buen humor de la jóven.

Figurábase aquella soledad amenizada con el gorjeo de los pájaros y con el canto de Rigolette, que en verano trabajaria seguramente junto á su ventana abierta y medio velada por una verde celosía de guisantes de olor, capuchinas anaranjadas y campanillas azules y blancas, y que en invierno pasaria sus veladas junto á su estufita, á la suave claridad de su lámpara.

Luego, todos los domingos se distraia de aquella vida laboriosa con un franco y hermoso dia de placer, compartido con un vecino jóven, alegre y amoroso como ella (Rodolfo no tenia entonces nin-

guna razon para creer en la virtud de la griseta).

El lunes volvia á su trabajo pensando en el placer pasado y los futuros. Rodolfo conocia entonces la poesía de aquellos refranes vulgares sobre *Luisilla y su camarilla*, sobre esos locos amores que anidan alegremente por los desvanes, porque esta poesía que lo embellece todo y convierte una buhardilla en un nido de amorcillos, es la risueña, alegre y verde juventud; y nadie mejor que Rigolette podia representar á esta adorable divinidad.....

Rodolfo estaba en este punto de sus reflexiones, cuando mirando maquinalmente á la puerta, vió en ella un enorme cerrojo, que hubiera honrado la puerta de una cárcel.

Podia tener dos significados bien distintos:

Cerrar la puerta *á los* amantes, ó cerrar la puerta *tras* los amantes.

Uno de estos usos destruia radicalmente las aserciones de la señora Pipelet, y el otro las confirmaba. En estas dudas estaba Rodolfo, cuando Rigolette volviendo la cabeza lo vió, y sin cambiar de actitud le dijo:

—¡Hola! ¿estabais ahí, vecino?

CAPÍTULO XXV.

VECINO Y VECINA.

Atado ya el borcegui, desapareció aquella linda pierna bajo los anchos pliegues del vestido de color de pasa de Corinto, y Rigolette dijo:

—¡Ah! ¿con que estabais aqui, señor maula?

— Aqui estaba admirando en silencio....

— ¿Y qué admirabais, vecino?

— Este elegante cuartito: veo que estais alojada como una reina, vecina.

— ¡Toma! en eso consiste mi lujo: ya que no salgo jamas de casa, es justo que me esté bien en ella.

— ¡Pero qué lindo es todo esto, qué hermosas cortinas! ¡y esa cómoda que parece caoba! ¿habeis gastado mucho en todo esto?

— ¡No me lo recordeis! tenia unos cuatrocientos veinte y cinco frances al salir de la cárcel, y casi todo lo empleé en arreglar mi habitacion.

— ¿Al salir de la cárcel vos?

— Si señor. ¡Es una historia muy larga! Pero creo que me hareis el favor de no pensar que estuve en prision por haber hecho nada malo.

— Seguramente ; ¿pero cómo fué?

— Despues del cólera me encontré sola en el mundo. Creo que tendria entonces unos diez años.

— Y hasta entonces , ¿quién habia cuidado de vos?

— ¡Oh! unas buenas gentes que se llevó el cólera. (Aqui los grandes ojos negros de Rigolette se humedecieron). Vendiéronse para pagar algunas deudas los pocos trastos que tenian , y me hallé sin nadie que quisiera recogerme: no sabiendo qué hacer, me fuí á un cuerpo de guardia que estaba frente de nuestra casa , y le dije al centinela: — Señor soldado, mis parientes han muerto, y no sé á dónde ir ; ¿qué es lo que debo hacer? En esto vino el oficial mandando conducirme á casa del comisario, y este me hizo entrar en la cárcel, de donde sali á los diez y seis años.

— ¿Pero , y vuestros padres?

— Lo que es mi padre nunca he sabido quién fué; á mi madre que me habia retirado de los espósitos en que se habia visto obligada á depositarme en un principio , la perdí á los seis años. Las honradas gentes de quienes os he hablado vivian en nuestra casa , no tenian familia , y viéndome huérfana me prohijaron.

— ¿Y cuál era su oficio?

— Papá crestudo (yo le llamé siempre asi) era pintor de paredes , y su muger bordadora: no estaban casados aunque se llamaban marido y muger. Habia su alta y su baja : hoy nadando en la abundancia si el trabajo daba de sí , y mañana en la escaséz si el trabajo no daba ; pero esto no impedia nunca que hombre y muger estuviesen contentos

de todo y siempre alegres. (A este recuerdo la fisonomía de Rigolette volvió á serenarse). No habia en el barrio una pareja igual, siempre trabajando, siempre cantando, y con todo esto buenos á carta cabal: no tenian nada suyo. Mamá crestuda era una mugercilla gorda, que tendria unos treinta años, limpia como una patena, viva como una ardilla, y alegre como una pascua. Su marido era un buen hombre: tenia la nariz grande, grande la boca, llevaba siempre una gorra de papel en la cabeza; tenia una cara tan picaresca, tan picaresca, que no era posible mirarle sin reir. Cuando volvia á casa, despues de su trabajo, no hacia mas que cantar, bailar y hacer muecas como un niño: á mí me hacia saltar y brincar sobre sus rodillas; jugaba conmigo como si hubiese sido de mi edad, y su muger me mimaba que era una bendicion. No me pedian entrambos mas que una cosa, que estuviera de buen humor, y no era este, gracias á Dios, el que me hacia falta. Asi fué que me bautizaron con el nombre de *Rigolette*, que me ha quedado desde entonces. En cuanto á la alegría, ellos me daban el ejemplo, pues ni un solo dia les ví tristes. Si por casualidad se dirigian algun reproche, era siempre la muger que decia al marido: —¡Calla, crestudo, estás loco! Me haces reir demasiado; ó bien era él que decia á su muger: —A ver si callas, *Ramoneta* (nunca supe por qué la llamaba *Ramoneta*), cállate, que me haces reventar con tus disparates; y yo me echaba á reir de verlos reir á ellos. Hé aqui cómo fuí educada, y cómo formaron mi carácter. ¡Creo que aproveché!

—¡Yo lo creo, vecina! ¿Conque entre ellos no habia jamás disputas?

—Nunca, jamás. El domingo, el lunes, y algunas veces el martes, se daban, como decian ellos,

á la *buena vida*, y me llevaban siempre consigo. Papá crestudo era un escelente artesano, y cuando queria trabajar ganaba lo que queria, y su muger lo mismo. Cuando tenia con que celebrar su domingo y su lunes, y vivir al corriente, ya los teniais contentos: algunas veces habia que ayunar, pero no por esto lo estaban menos. Me acuerdo que cuando no teníamos mas que pan y agua, papá crestudo tomaba de su biblioteca....

— ¿Conque tenia una biblioteca?

— Asi llamaba él á un cajon, donde metia todos los romances y canciones nuevas que compraba, y sabia luego de memoria. Decia, pues, que cuando no habia en casa mas que pan, recurria á su biblioteca, y sacando un antiguo arte de cocina, nos decia: — Veamos, ¿qué es lo que hemos de comer hoy? ¿Esto? ¿lo otro? y nos leia el título de una porcion de cosas buenas; cada uno escogia su plato; papá crestudo tomaba una cacerola vacía, y con unos gestos y unas pullas lo mas pícaras del mundo, hacia como si metiera en la cacerola todo lo que necesitaba para componer un buen guiso, y luego suponia y figuraba vaciarlo en un plato que ponia sobre la mesa; siempre con gestos que nos hacian morir de risa: volvia á tomar en seguida su libro, y mientras que nos leía, por ejemplo, el modo de guisar un *fricandó de pollo*, que habíamos escogido y que nos hacia venir el agua á la boca, comíamos nuestro pan.... riendo como locos con su lectura.

— ¿Y esa alegre pareja tenia deudas?

— Jamás. Mientras habia dineros, dábanse buena vida, cuando no los habia no se comia.

— ¿Y no pensaba en el porvenir?

— Si tal. El porvenir era para nosotros el domingo y el lunes. En verano los pasábamos en las Barreras, y en invierno en el Arrabal.

—Y toda vez que aquella buena pareja convenia tanto en buen humor, ya que se daba tan frecuentemente á la buena vida, ¿por qué no se casaba?

—Uno de sus amigos les preguntaba una vez esto delante de mí, y le contestaron: Si algun dia tenemos hijos lo haremos, pero nosotros dos nos encontramos bien asi. ¿Por qué, pues, obligarnos á hacer lo que hacemos de buena gana? Luego esto traeria gastos, y nosotros no tenemos dinero de sobras. Pero vos direis, repuso Rigolette, que me he vuelto parlanchina: es que tambien yo cuando hablo de aquella honrada gente, que fué tan buena para mí, no puedo menos de ser larga..... Mirad, vecino, hacedme el favor de traerme el chal de encima de la cama, y prendérmelo sobre el cuello de mi camisolin, con este alfiler gordo, porque vamos á salir, pues necesitamos algun tiempo para escoger en el Temple lo que quereis comprar para la pobre familia de Morel.

Rodolfo se apresuró á obedecer las órdenes de Rigolette; tomó de encima la cama un gran chal de color de tierra con anchas rayas encarnadas, y lo colocó delicadamente sobre las encantadoras espaldas de Rigolette.

—Ahora, vecino, levantad un poco el cuello del camisolin, cogedlo bien con el chal, apretad el alfiler, y sobre todo tened cuidado, y no me pincheis.

Para ejecutar estas nuevas órdenes, menester fué que Rodolfo tocara casi aquel cuello de marfil, en que se dibujaba tan negro y tan limpio el nacimiento de los cabellos de ébano de Rigolette.

La luz estaba algo opaca, y Rodolfo se acercó muy cerca, demasiado cerca seguramente, porque la griseta soltó un grito medio de enfado medio de sorpresa.

No sabremos decir al lector la causa de aquel grito....

¿Seria la punta del alfiler, ó la boca de Rodolfo que habria desflorado aquel cuello blanco, fresco y pulido? Lo cierto es que Rigolette volvió la cara con viveza con un gesto entre risueño y triste, que casi hizo arrepentir á Rodolfo de la inocente libertad que se habia tomado.

—Vecino, jamás os volveré á pedir que me prendais el chal.

—¡Perdonad, vecina, soy tan torpe!

—¡De lo contrario me quejo yo, señorito! A ver, dadme el brazo; pero tened juicio, ó sino reñiremos.

—No ha sido culpa mia, vecinita. Vuestra linda garganta era tan blanca, que me ha dado un vahido; mi cabeza se ha bajado á pesar mio, y....

—¡Bien, bien! ya tendré yo cuidado de no causaros mas vahidos en adelante, dijo Rigolette, amenazándole con el dedo, y cerró su puerta. Tomad, vecino, guardad mi llave; es tan gorda, que me romperia los bolsillos. ¡Parece una pistola!

Y se echó á reir á carcajadas.

Rodolfo cargó (esta es la voz técnica) con una enorme llave, que hubiera podido figurar gloriosamente en uno de aquellos platos alegóricos que los vencidos presentan humildemente á los vencedores de una ciudad.

Aunque Rodolfo se creia bastante mudado por la edad para no ser conocido por Polidori, levantó el cuello de su gaban antes de pasar por delante de la habitacion del charlatan.

—Vecino, no os olvideis de avisar al señor Pipelet de que van á traer efectos que deben subirse á vuestro cuarto, dijo Rigolette.

—Teneis razon, vecina: vamos á entrar un momento en el cuarto del portero.

El señor Pipelet, con su enorme sombrero de campana, calado como de costumbre, vestido con su casacon verde, y sentado gravemente frente á una mesa cubierta de pedazos de cuero y de zapatos viejos, se ocupaba entonces en remendar una bota con la seriedad que ponia en todas sus obras. Anastasia no se hallaba en la portería.

— Vaya, señor Pipelet, dijo Rigolette: espero que tendremos novedades en la casa. ¡Gracias á mi vecino, los pobres Morel están fuera de peligro! ¡Jesus! ¡Cuando uno piensa que iban á llevar á la cárcel al pobre lapidario! ¡oh, estos alguaciles de comercio son unos desalmados!

—Y perversos y *desmoralizados*, señorita, añadió el señor Pipelet con enfado y gesticulando con su bota, en la cual tenia metido el brazo izquierdo. No, no temo repetirlo delante de Dios y de los hombres, son gente *desmoralizada*; se han aprovechado de la oscuridad de la escalera para llegar con sus indecentes gestos hasta al talle de mi esposa. Al oir los gritos de su ofendido pudor, he cedido, á pesar mio, á la viveza de mi carácter. No puedo ocultarlo, mi primer movimiento ha sido... quedarme inmóvil.... y ruborizarme de vergüenza al pensar en los odiosos atentados de que Anastasia acababa de ser víctima, como me lo probaba el estravío de su razon, puesto que en su delirio habia tirado el cazo que tenia en la mano desde lo alto de la escalera cuando pasaban por delante de mi cuarto aquellos horribles libertinos.

—No dudo que los habreis perseguido, señor Pipelet, dijo Rigolette, que no sin trabajo se mantenía seria.

—Lo pensé, respondió el señor Pipelet con un

profundo suspiro; pero cuando he reflexionado que tendria que sufrir sus miradas impúdicas, y quizás sus palabras licenciosas, me detuve y me exasperé. Yo no soy mas malo que otro cualquiera; pero cuando aquellos descarados pasaron por delante de mi cuarto, mi sangre me subió de abajo arriba, y no he podido menos de cubrirme bruscamente los ojos con la mano para no ver á aquellos lujuriosos malhechores. Pero no me sorprende esto: ¡porque debia suceder hoy alguna desgracia, pues habia soñado con aquel mónstruo de Cabrion!

Rigolette se sonrió, y el ruido de los suspiros del señor Pipelet se confundió con el de los martillazos que daba sobre el remiendo de su bota vieja.

Por las reflexiones de Alfredo, resultaba, que Anastasia habia exagerado los ultrages recibidos, imitando á su modo el coquetismo de esas mugeres que para avivar el fuego de sus maridos, se suponen incesante y peligrosamente perseguidas por los cortejos.

—Vecino, dijo en voz baja Rigolette á Rodolfo, dejadle creer á ese pobre señor Pipelet, que le han camelado la muger, porque esto le halaga interiormente.

Efectivamente, no queriendo Rodolfo destruir la ilusion con que se satisfacia el amor propio del señor Pipelet, le dijo:

—Habeis tomado muy prudentemente el partido de los sábios, mi querido señor Pipelet, el del desprecio.... Por otra parte, la virtud de vuestra esposa está fuera de todo ataque....

—¡Su virtud, señor! ¡su virtud! y volvió Alfredo á gesticular con su bota en el brazo; apostaria mi cabeza por su virtud. Puedo yo responder de la gloria del gran Napoleon y de la virtud de Anastasia, como de mi propio honor, señor Rodolfo.

— Teneis razon, señor Pipelet; pero olvidad ya á esos miserables corchetes, y tened la bondad de hacerme un favor.

— Los hombres hemos nacido para ayudarnos unos á otros, repuso el señor Pipelet en tono sentencioso y melancólico, y mayormente cuando se trata de un inquilino tan bueno como vos.

— Deseo que os encargueis de hacer subir á mi cuarto algunos objetos que van á traer luego, y están destinados para los Morel.

— Quedad descansado, amigo, eso queda ya de mi cuenta.

— Al mismo tiempo, añadió Rodolfo tristemente, seria preciso ir por un clérigo que velase la pobre chiquilla que se les ha muerto esta noche; ir tambien á declarar su fallecimiento, y encargar un entierro decente. Ahí teneis dinero: no escaseeis nada; la protectora de los Morel, de quien yo no soy mas que el agente, quiere que todo se haga lo mejor que sea posible....

— Confiad en que quedareis servido por mí, señor. Anastasia ha ido á comprar la comida; asi que vuelva, la dejaré encargada de la portería, y saldré á desempeñar vuestros encargos.

En este momento un hombre tan completamente *embozado* en su capa, que apenas se le veían los ojos, se informó, sin acercarse mucho al portero, y ocultándose lo mas posible en la sombra, si la señora Celestina, la prendera, estaba en casa.

— ¿Venís de San Dionisio? le preguntó el señor Pipelet con aire de inteligencia.

— Sí, en cinco cuartos de hora.

— Esto es, podeis subir.

El encapotado desapareció rápidamente por la escalera.

— ¿Qué significa esto? preguntó Rodolfo al señor Pipelet.

— Hoy se hace alguna entruchada en casa la Celestina: continuamente están subiendo y bajando. Esta mañana me dijo ella, á todos los que vengan por mí, les preguntareis: *¿Venis de San Dionisio?* y á los que respondan: *Si, en cinco cuartos de hora*, les dejareis subir; pero á nadie mas.

— Esto es un verdadero santo y seña, dijo Rodolfo como si cogiera el hilo de una intriga.

— Cabal, lo mismo he pensado yo: hoy se hace alguna diablura en casa de la Celestina; sin contar con que Jorobeta, una malvada criatura, un cojuelo que sirve al señor César Bradamanti, ha entrado esta noche á las dos con una vieja tuerta que llaman la Mochuelo, la cual se ha marchado á las cuatro en un coche que la esperaba á la puerta. ¿De dónde vendria la tuerta? ¿qué tendria que hacer á una hora tan irregular? son preguntas que yo me he dirigido á mí mismo sin poderlas satisfacer, añadió gravemente el señor Pipelet.

— Y esta muger á quien llamais la Mochuelo, ¿ha vuelto á salir á las cuatro y en coche? preguntó Rodolfo.

— Sí señor, y sin duda tiene que volver, puesto que la señora Celestina me ha dicho que la tuerta no necesitaba la consigna.

Rodolfo pensó, y no sin razon, que la *Mochuelo* trainaba algun nuevo crimen; mas ¡ah! ¡lejos estaba de creer hasta qué punto le interesaba á él esta nueva trama!

— Conque quedamos, señor Pipelet, en que no olvidareis ninguno de los encargos que os he recomendado para los Morel, y rogad tambien en mi nombre á vuestra esposa, que les traiga un buen

almuerzo de la mejor fonda que haya por aqui.

—Quedad descansado, dijo el señor Pipelet; asi que haya vuelto mi esposa, iré al registro civil, á la iglesia y á la fonda: á la iglesia para el muerto, y á la fonda para los vivos, añadió filosófica y poéticamente. Contadlo por hecho, señor, por hecho.

Al salir de la puerta de la calle, Rodolfo y Rigolette se encontraron cara á cara con Anastasia, que volvia del mercado con un pesado cesto lleno de provisiones.

—¡Asi me gusta! esclamó la portera mirando con gesto malicioso y significativo al vecino y á la vecina: ¡heos aqui cogidos del brazo! ¡esto marcha, esto marcha! ¡Toma! la juventud se ha de pasar alegremente. A linda chica, guapo mozo.... ¡Ea! andad, andad: y la vieja desapareció gritando: ¡Alfredo, Alfredo! no gimas, viejo querido; ahí está tu Tasia que te trae el maná, ¡viejo mio!

Rodolfo salió de la casa de la calle del Temple dando el brazo á Rigolette.

CAPÍTULO XXVI.

EL PRESUPUESTO DE RIGOLETTE.

A la nieve de la noche habia sucedido un viento muy frio; el piso de la calle, por lo regular fangoso, estaba casi seco. Rodolfo y Rigolette se dirigieron hácia el inmenso y estraordinario bazar llamado el Temple. La jóven se apoyaba sin cumplidos en el brazo de su caballero con tanta franqueza, como si estuvieran ligados por una larga intimidad.

—¡Qué maliciosa es esa señora Pipelet con sus dichos! dijo la griseta á Rodolfo.

—En verdad, vecina mia, encuentro que tiene razon....

—¿Y en qué, vecino?

—En lo que ha dicho; *la juventud debe pasarse alegremente*: *¡viva el amor!* adelante.

— ¿Y qué?

— Este es cabalmente mi propio parecer....

— ¿Cómo?

— Sí, yo quisiera pasar mi juventud con vos.... pudiendo gritar ¡viva el amor!... y andar por donde os pluguiera llevarme.

— Yo lo creo: ¡no sois descontentadizo!

— ¿Y qué mal habria en ello?... somos vecinos.

— Es que si no lo fuésemos, yo no saldria con vos de este modo.

— ¿Conque me decís que espere?

— ¿Y qué quereis esperar?

— Que me ameis.

— ¡Si os amo ya!

— ¿De veras?

— Yo lo creo, esto es muy sencillo; sois alegre, sois bueno, y aunque pobre tambien, haceis lo que podeis por esos pobres Morel, interesando en su desgracia á gentes ricas; teneis una cara que me gusta mucho, un hermoso talle, y esto es muy lisonjero y muy agradable para mí que os doy el brazo y que os lo daré á menudo. Me parece que estas son razones bastantes para que os ame.

Y luego, interrumpiéndose para reir á carcajadas, esclamó:

— Mirad, mirad, señor Rodolfo, aquella muger gorda con sus zapatos viejos y afelpados; no parece sino que son dos gatos sin colas que tiran de ella.

Y se echó á reir otra vez.

— Prefiero miraros á vos, vecina: ¡estoy tan contento con pensar que me amais ya!

— Si os lo he dicho, es porque es asi.... Si no me hubieseis gustado, os lo hubiera dicho con la misma franqueza.... no tengo que arrepentirme de haber engañado á nadie, ni de haber sido coqueta;

cuando me ha gustado un hombre, se lo he dicho en seguida, y santas pascuas....

Luego, interrumpiéndose otra vez para pararse delante de una tienda, esclamó:

—¡Oh! Mirad qué hermoso relox de sobremesa y qué lindos jarros. Ya tenia yo tres libras diez sueldos de ahorros en mi alcancía para comprar unos como estos; en cinco ó seis años hubiera podido comprarlos.

—¡Economías, vecinita! ¿y cuánto ganais?

—Treinta sueldos diarios á lo menos, y algunas veces cuarenta; pero jamás cuento sino con treinta, porque es mas prudente contar por lo bajo, y arreglar los gastos sobre esto, dijo Rigolette con aire tan importante, como si se tratase del equilibrio administrativo de un banco.

—Pero con treinta sueldos diarios, ¿cómo podeis vivir?

—La cuenta no es larga.... ¿Quereis que os la haga, vecino? Se me figura que sois algo derrochador, y esto os servirá de ejemplo.

—Vamos á ver, vecinita.

—Mis treinta sueldos diarios, me hacen cuarenta francos al mes: ¿no es esto?

—Cabal.

—De esto tengo que quitar doce francos de alquiler, y veintitres de manutencion.

—¿Veintitres francos para vuestra manutencion?

—Si señor, cuando mas cuando menos: preciso es que confeseis que para una golondrina como yo es un gasto enorme; pero tampoco me privo de nada.

—¡Miren la tragona!

—¡Ah! pero en esto cuento tambien la comida de mis pajaritos.

—Eso es otra cosa: si vivís con ello tres, no es

tan exorbitante ; pero hacedme la cuenta diaria, para tomar ejemplo.

— Oid , pues: una libra de pan , cuatro sueldos; dos sueldos de leche , son seis ; cuatro de legumbres en invierno , y de fruta y ensalada en el verano. ¡Oh! la ensalada es mi deleite tanto como las legumbres , porque está compuesta luego , y no empuerca las manos: conque son diez sueldos; tres de manteca ó de aceite y vinagre , son trece ; y un cántaro de buena agua clara , hacen quince: ¿no es verdad? Añadid ahora á esto dos ó tres sueldos por semana para cañamones y mijo , para regalar á mis pajaritos , que comen tambien de ordinario una miga de pan mojada en leche , hacen veintidos ó veintitres francos al mes, ni mas ni menos.

— ¿Y nunca comeis carne?

— ¡Toma , carne! cuesta á diez sueldos la libra, ¿puedo yo ni siquiera pensarlo? y luego huele á cocina y á la cazuela , mientras que la leche , las legumbres y la fruta luego están preparadas. Hay un plato , que no cuesta mucho de hacer , y yo lo hago á las mil maravillas, porque me gusta mucho.

— Veamos qué plato es.

— Pongo en el hornillo de mi estufa unas patatas bien amarillitas , y cuando están bien cocidas , las mondo , las parto , y con un poquito de manteca y leche , y un poco de sal , es una comida de ángeles; os lo haré probar cuando gusteis.

— Preparado por vuestras lindas manos, debe ser escelente. Pero veamos , vecinita , sigamos nuestra cuenta. Tenemos ya veintitres francos de manutencion , y doce de alquiler, que son treinta y cinco al mes....

— Hasta llegar á los cuarenta y cinco ó cincuenta francos que gano , me quedan diez ó quince para leña y aceite durante el invierno , para mis nece-

sidades particulares, para lavar, es decir, para jabon, porque á escepcion de las sábanas, me lo lavo yo todo, y tambien en esto tengo lujo; una buena lavandera me costaria un ojo de la cara, mientras que yo lo lavo todo muy bien, y salgo del paso. En los cinco meses de invierno gasto carga y media de leña, y cuatro ó cinco sueldos diarios de aceite para la luz, y asi me cuesta cerca de ochenta francos por año el calentarme y tener luz en invierno.

—De manera, que lo mas que os quedará para el bolsillo son cien francos, y quizás aun no.

— Justamente, y ya habia economizado tres francos y diez sueldos....

— ¿Pero vuestro vestido, calzado, y esa gorrita tan linda?

—¡Oh! mis gorras no me las pongo sino cuando salgo, y no me arruinan, porque yo misma me las arreglo; cuando estoy en casa me contento con mi cabello, y en cuanto al vestido y calzado, ¿para qué tengo el Temple aqui?

—¡Ah! teneis razon, ¡bienhadado Temple! Y en él encontrais....

—Escelentes vestidos y muy lindos. Figuraos que las señoras de gran tono tienen la costumbre de dar á las doncellas sus vestidos viejos (cuando digo viejos, quiero decir que los han llevado un mes ó dos en el coche) y las doncellas vienen á venderlos al Temple por una friolera. Asi es que, mirad, yo traigo puesto un hermoso vestido de merino color de pasa de Corinto, que me lo dieron por quince francos; quizás habria costado sesenta, y apenas estaba usado; lo arreglé para mi talle, y creo que me honra.

—Vos sois la que le honrais, vecinita. Con ese recurso del Temple, ya empiezo á comprender

cómo podeis sufragar á vuestros gastos de vestidos, con cien francos al año.

—¿Y no es asi? Alli se tienen vestidos de verano hermosísimos por cinco ó seis francos; botitos como los que traigo puestos; casi nuevos, los teneis por dos ó tres francos. Mirad, ¿quién no diria que están hechos para mí? dijo Rigolette parándose para mostrar la punta de su lindo pie, verdaderamente muy bien calzado.

—El pie es lindísimo; pero me parece que os costará mucho el encontrarle zapatos, á pesar de que me direis que tambien venden en el Temple calzado para niños.

—Sois un adulador, vecino; pero confesad que una jóven sola y bien económica, puede vivir con treinta sueldos al dia; tambien es preciso confesar que me han servido muy bien para poder arreglarme convenientemente, los cuatrocientos cincuenta francos que saqué de la cárcel. Cuando me vieron con mis muebles, inspiré confianza, y me dieron trabajo para mi casa; pero he tenido que aguardar mucho tiempo antes de encontrarlo: afortunadamente habia conservado con que vivir tres ó cuatro meses sin contar con mi trabajo.

—¿Sabeis que á pesar de vuestro aire aturdido, teneis mucho órden y mucho juicio, vecinita?

—¡Toma! Cuando una está sola en el mundo, y no quiere agradecer nada á nadie, fuerza es que se arregle y se haga ella misma el nido, como se suele decir.

—Y el nido que os habeis hecho es encantador.

—¿Con que os gusta? Yo no me escaseo nada: pago un alquiler mayor de lo que corresponde á mi estado; en verano tengo siempre á lo menos dos jarros de flores encima de mi chimenea, sin contar las macetas de mi ventana, y el cajon de la jaula;

tengo pájaros, y con todo tenia ya ahorrados en mi alcancía, como os dije hace poco, tres francos y diez sueldos, á fin de poder llegar un dia á hacerme con un relox y otros adornos.

— ¿Y qué se han hecho vuestras economías?

— ¡Ay Dios mio! En estos últimos tiempos, he visto á esa pobre familia de Morel, ¡tan infeliz! ¡tan infeliz! que pensé no tener sentido, en guardar esas tres piezas de á veinte sueldos en una alcancía, cuando á mi lado se morian de hambre estas honradas gentes; y entonces presté mis tres francos á los Morel. Cuando dije presté, fué para no humillarlos, porque tambien se los hubiera dado de buena gana.

— Pero debeis pensar, vecinita, que ahora que han salido de sus apuros, os lo reembolsarán.

— Teneis razon; no es cosa de despreciar: siempre será un principio para comprar un adorno de sobremesa que es mi anhelo.

— Y luego hay que pensar tambien en el porvenir.

— ¿En el porvenir?

— Si cayeseis enferma, por ejemplo....

— ¿Yo enferma?

Y Rigolette se echó á reir á carcajadas, pero con una risa tan ruidosa, que un hombre gordo que iba delante de ella con un perro debajo del brazo, se volvió medio irritado creyendo que se burlaba de él. Rigolette, sin dejar de reir, le hizo una cortesía acompañada de un gestecillo tan picaresco, que Rodolfo no pudo dejar de participar de la jovialidad de su compañera, y el hombre gordo continuó su camino refunfuñando.

— ¿Estais loca, vecina? ¡Sois un diablillo! dijo Rodolfo volviendo á recobrar su seriedad.

— Tanta culpa teneis vos como yo.

—¿Yo culpa?

—Sí, porque me decís tonterías.

—¿Tonterías llamais, á que os diga que podeis caer enferma?

—¿Enferma yo? Y volvió á sus risotadas.

—¿Y por qué no?

—¿Tengo yo cara de eso?

—No por cierto; en mi vida he visto cara mas sonrosada ni mas fresca.

—Pues entonces, ¿por qué quereis que caiga enferma?

—¿Cómo?

—A los diez y ocho años, y con la vida que yo llevo, ¿es esto posible? Me levanto á las cinco, tanto en invierno como en verano; á las diez ó á las once me acuesto; cómo segun mi gana de comer, que no es mucha en verdad; no padezco frio; trabajo todo el dia; canto como una alondra; duermo profundamente; tengo el corazon libre, alegre y contento, y estoy segura de que nunca me ha de faltar trabajo: ¿por qué, pues, quereis que caiga enferma? Esto seria demasiado estraño.

Y echóse á reir otra vez.

Rodolfo, sorprendido por esta ciega y feliz confianza en el porvenir, casi se arrepentia de haberse espuesto á destruirla, y pensaba con una especie de terror, en que una enfermedad de un mes, podia arruinar aquella risueña y pacífica existencia.

Aquella fé profunda de Rigolette en su vigor y en sus diez y ocho años, sus únicos bienes, le parecia á Rodolfo respetable y santa.

En la jóven no era aquello indiferencia ni imprevision; era una creencia instintiva en la misericordia y justicia divinas, que no podia abandonar á una criatura laboriosa y buena, á una pobre ni-

ña, cuya sola falta era la de contar demasiado con la juventud y salud que recibia de Dios.

Cuando en la primavera, alegres y parleros los pájaros, rozan las tiernas yerbas con ligero vuelo, ó hienden el aire templado y azul, ¿pasan ningun cuidado por el sombrio invierno?

—Siendo asi, dijo Rodolfo á la griseta, ¿no ambicionareis nada?

—Nada.

—¿Nada absolutamente?

—Nada.... pero entendámonos; algo ambiciono, si, mi adorno de sobremesa, por ejemplo, y lo tendré.... aunque no digo cuándo; pero ello es que me he metido en la cabeza que lo he de tener, y lo tendré: antes de pasar sin él, trabajaré de noche.

—¿Y escepto ese adorno...?

—Nada mas ambiciono, nada.... nada mas desde hoy....

—¿Y por qué desde hoy?....

—¡Toma! Porque anteayer ambicionaba todavia un vecino que me gustase, para estar con él en buena amistad, como lo he hecho siempre.... y para servirle en lo que yo pueda.... lo mismo que él á mi.

—En eso estamos ya conformes, vecinita; vos me cuidareis la ropa, y yo limpiaré vuestro cuarto, sin contar con que me dispertareis de mañanita llamando á mi puerta.

—¿Y creeis que todo acabará en esto?

—¿Pues qué mas hay?

—¡Ah! ya veo que no dais en ello. ¿No tendreis tambien que acompañarme todos los domingos á la barrera ó á los baluartes? No tengo otro dia para mi recreo.

—Muy bien, en verano iremos al campo.

—No, el campo no me gusta, no me gusta mas

que París. Con todo en algun tiempo dí algunos paseos por San German, únicamente por diversion, con una de mis compañeras de prision que llamábamos la Guillabaora, porque siempre cantaba: ¡una buena muchacha!

— ¿Y qué se ha hecho?

— No lo sé; gastaba el dinero que sacó de la prision sin parecer divertirse mucho; estaba siempre triste; mas era tierna y caritativa. Cuando salimos juntas aun no tenia yo ocupacion; pero cuando la tuve no salí mas de casa: la dí las señas, pero no ha venido á verme, y es que seguramente estará tambien ocupada. Decia esto, vecino, para daros á entender que me gusta París sobre todo. Asi, pues, cuando podais algun domingo, teneis que llevarme á comer fuera de casa, y alguna que otra vez al teatro: si no teneis dinero me acompañareis á ver las tiendas por las calles, porque esto me divierte casi tanto como el teatro. Pero no tengais cuidado, en nuestras escursiones no os haré avergonzar ¡Vereis qué linda estaré con mi hermoso vestido de gro azul que no me pongo mas que los domingos! Me viene como pintado. Luego me pondré el sombrerito redondo que tengo, guarnecido de encaje con adornos de cintas de color de naranja, que no van muy mal sobre mi cabello negro, unos zapatos de raso que me he mandado hacer, y un hermoso chal de seda que parece cachemira. ¡Toma, toma! vecinito, mas de una cabeza se volverá para vernos pasar. Los hombres dirán: — ¡Sopla, y qué hermosa es la chiquilla! ¡mas linda que un amorcillo!» y las mugeres por su parte dirán tambien: «¡Caramba, qué lindo talle tiene aquel jóven alto y esbelto! ¡Vaya un aire distinguido! ¡qué bien le va aquel bigote castaño!» Y yo seré de su opinion, porque estoy loca por los bi-

gotes. Desgraciadamente el señor German no lo tenia por no permitírselo su principal. El señor Cabrion lo tenia, pero muy rubio como su gran barba, y á mí no me gustan las barbas largas; luego se hacia demasiado el tuno por las calles, y atormentaba demasiado al señor Pipelet. El señor Girodeau, mi vecino antes de Cabrion, tenia buena figura, pero vizco. En un principio me fastidiaba esto, porque siempre parecia que estuviese mirando á alguno á mi lado, y sin pensarlo volvia yo la cabeza para ver quién era....

Y echóse á reir.

Rodolfo oía con curiosidad aquella charla, y se preguntaba á sí mismo por tercera ó cuarta vez, qué debia pensar de la virtud de Rigolette.

Tan pronto la libertad misma de las palabras de la griseta, y el recuerdo del gran cerrojo, le hacian creer que amaba como hermanos y compañeros á sus vecinos, y que la señora Pipelet la habia calumniado, como se sonreía de su ligera credulidad al pensar en lo poco probable que era el que una muchacha tan jóven, tan linda y tan abandonada, se hubiese librado de las seducciones de los señores Girodeau, Cabrion y German. Con todo, la franqueza, y la original familiaridad de Rigolette, despertaban siempre en él nuevas dudas.

—Me gusta muchísimo, vecinita, veros disponer de este modo de mis domingos, repuso alegremente Rodolfo; podeis estar segura de que nos divertiremos, y tendremos famosas comidas....

—Alto, alto, señor derrochador; yo seré quien dispondrá el gasto, os lo prevengo. En verano podremos comer muy bien, opíparamente, por tres francos, en la Cartuja ó en la Ermita de Montmartre: despues de esto media docena de valzes ó contradanzas, y alguna corrida en los caballos de

madera. ¡Cuánto me gusta montar á caballo! Todo os costará cinco francos y nada mas. ¿Vos valzais?

—¡Y muy bien!

—¡Me alegro mucho! El señor Cabrion me pisaba siempre, y ademas tiraba al suelo fulminantes; de modo que en la Cartuja nos llegaron á despedir.

Y echóse á reir otra vez.

—No tengais miedo en cuanto á los fulminantes: os prometo que no los tiraré; pero ¿qué haremos en invierno?

—En invierno como se tiene menos apetito, comeremos perfectamente por cuarenta sueldos, y nos quedarán tres francos para el teatro, porque no quiero absolutamente que gasteis mas de cinco francos. Bastante es, pero vos solo ya gastariais lo menos esta cantidad en el café ó en el villar con gentes sucias que huelen á tabaco á la legua. ¿No vale mas pasar alegremente el dia con una amiguita, buena muchacha y bien alegre, que á mas os ahorrará algunos cuartos orillándoos vuestras corbatas y cuidando de vuestra ropa?

—Yo lo creo, es una ganancia manifiesta, vecinita. Solo que si mis camaradas me encuentran con mi amiguita del brazo....

—¡Toma! dirán: ¡Qué dichoso es ese diablo de Rodolfo!

—¡Hola! ¿Sabeis mi nombre?

—Cuando supe que se habia alquilado el cuarto, pregunté á quién....

—Conque, mis amigos dirán: ¡Qué dichoso es ese Rodolfo! y me tendrán envidia.

—Tanto mejor.

—Y me creerán dichoso.

—Mejor que mejor.

—¿Y si no lo soy tanto como parezco?

—¿Qué importa esto? ¡mientras los demas lo crean! los hombres no necesitan mas.

—¿Pero y vuestra reputacion?

Rigolette dió al oir esto una gran carcajada.

—¡La reputacion de una griseta! ¿os parece que hay quien crea en esos meteóros? Si tuviese padre ó madre, hermano ó hermana, por respeto á ellos miraria el qué dirán; pero ahora soy sola, y no pertenezco á nadie mas que á mí.

—Pero yo seria muy desdichado.

—¿Y de qué?

—De pasar por dichoso, cuando os amaría á poca diferencia del modo que comiais vos en casa del papá Crestudo, es decir, mascando vuestro pan mojado en la lectura de un libro de cocina.

—¡Bah, bah! ya os acostumbrareis; seré con vos tan tierna, tan reconocida, y tan poco fastidiosa, que llegareis á decir al fin: tanto vale pasar el domingo en su compañía, como en la de un amigo. Si alguna noche de entre semana estais desocupado, os vendreis á pasar la velada conmigo, si esto no os incomoda, y os aprovechareis de mi fuego y de mi luz; ós suscribireis á la lectura de novelas, y me las leereis: tanto divierte esto, como el perder el dinero en el villar: sino, si estais ocupado hasta muy tarde en casa de vuestro amo, ó es que os gusta mas pasar la noche en el café, me dareis las buenas noches al entrar, si estoy despierta todavía; y si estoy acostada, á la mañana siguiente os daré yo los buenos dias por el agujero de vuestra llave para despertaros. Mirad, el señor German, mi último vecino, pasaba todas las noches de este modo conmigo, y no se quejaba. Me leyó todo Walter-Scott: ¡aquello si que era divertido! Algunos domingos, cuando hacia mal tiempo, en lugar de salir y de ir al teatro, iba á comprar algo,

comíamos alegremente en mi cuarto, y despues leíamos. Esto me divertia casi tanto como la comedia: os lo digo para que veais que no soy descontentadiza, y que hago todo lo que se quiere. Ademas, vos que me hablais de estar enferma, si alguna vez lo estais, habeis de saber que yo soy una verdadera hermana de caridad: preguntádselo á los Morel. ¡Vaya! Vos no sabeis vuestra dicha, señor Rodolfo. Es una verdadera suerte de la lotería el tenerme por vecina.

— Lo conozco, y siempre lo he tenido á mucha dicha; pero á propósito del señor German, ¿dónde está ahora?

— Creo que en París.

— ¿No le veis ya?

— Desde que salió de casa no ha vuelto á verme.

— Pero ¿dónde vive, qué hace?

— ¿A qué vienen esas preguntas, vecino?

— Es que estoy celoso de él, dijo Rodolfo sonriendo, y quisiera....

— ¡Celoso! dijo Rigolette, y se echó á reir. No hay de qué, vecino. ¡Pobre muchacho!

— Sériamente, vecinita, tendria el mayor interés en saber dónde podria encontrar al señor German; vos sabeis dónde vive, y sin vanidad debeis creerme incapáz de abusar del secreto que os pregunto; os lo juro por su mismo interés.

— Vecino, sériamente creo que podeis tener mucho interés por el señor German; pero este me hizo prometer que no diria su habitacion á nadie, y cuando no os la digo á vos, es porque es imposible: por esto no debeis enfadaros conmigo. Si vos me hubieseis confiado un secreto, ¿no os gustaria verme obrar asi?

— Pero....

— Mirad, vecino, por última vez, hacedme el

favor de no hablar mas de esto. He empeñado mi palabra, y la cumpliré: sea lo que fuere lo que tuvieseis que decirme, os contestaría siempre lo mismo.

A pesar de su aturdimiento y de su ligereza, acentuó la jóven con tanta firmeza estas últimas palabras, que Rodolfo conoció muy á su pesar, que peligraba que no supiese por ella lo que deseaba. Repugnábale el valerse de artificios para sorprender la confianza de Rigolette; aguardó, pues, á que hubiese acabado, y repuso alegremente:

— No hablemos mas de ello, vecina, no hablemos mas. ¡Cáspita! Guardais tan bien los secretos de los demas, que no es estraño que guardeis los vuestros.

— ¡Secretos yo! Quisiera tenerlos, porque me parece que ha de ser divertido.

— ¡Cómo! ¿No teneis ningun secreto en el corazon?

— ¿Un secreto del corazon?

— Sí. ¿No habeis amado alguna vez? dijo Rodolfo mirando muy fijamente á Rigolette para sorprender en su cara la verdad.

— ¡Cómo si he amado!! ¿Y el señor Girodeau? ¿Y el señor Cabrion? ¿Y el señor German? ¿Y vos?

— ¿No los habeis amado mas que á mí, ni de otro modo que á mí?

— No en verdad: menos tal vez, porque fué menester que me acostumbrára á los ojos vizcos del señor Girodeau, á la barba roja y á las farsas del señor Cabrion, y á la tristeza del señor German; porque el pobre jóven estaba muy triste: vos al contrario, me habeis gustado desde que os he visto.

— Vamos, vecinita, no os enfadeis; voy á hablaros como verdadero amigo.

—Nada, nada: tengo buen genio. Y luego vos sois tan bueno, que estoy segura de que no tendriais corazon para decirme una cosa que pudiese darme pena.

—Es cierto, pero decidme francamente: ¿habeis tenido ningun.... amante?

—¡Amantes!... ¡Sí, para eso tengo el tiempo!

—¿Y qué tiene que ver el tiempo con esto?

—¿Qué tiene que ver el tiempo? ¡Si el tiempo es el todo! Primeramente seria zelosa como un tigre; y continuamente tendria mal humor. Ahora bien; ¿Tengo yo bastante dinero para poder perder todos los dias dos ó tres horas en llorar y desconsolarme? Y si me engañaban, ¡cuántas lágrimas y disgustos! Yo os aseguro que esto me atrasaria terriblemente.

—Pero no todos los amantes son infieles ni hacen llorar á sus queridas.

—Si mi amante fuese bueno, aun seria peor, porque entonces no podria vivir un momento sin él. Y como regularmente tendria que estar ocupado todo el dia en su escritorio, en su taller, ó en su tienda, estaria como una alma en pena durante su ausencia, me forjaría mil quimeras, me figuraria que otras le amaban, y que él estaba junto á ellas.... ¿Y si me abandonaba? ¡Ay, ay! ¿qué sé yo todo lo que podria sucederme? De lo que no dudo, es de que mi trabajo se resentiría: y entonces, ¿qué seria de mí, cuando ahora que, tranquila como trabajo, me viene justo el estar al corriente, ocupándome doce ó quince horas por dia? Decidme, si perdiese tres ó cuatro dias por semana atormentándome, ¿cómo podria ya ganar ese tiempo? Imposible. Entonces no me quedaria mas recurso que ponerme á las órdenes de alguien. ¡Oh! Eso no, quiero mucho mi libertad.

—¿Vuestra libertad?

—Sí; yo podia entrar de primera costurera en casa de la modista para quien trabajo, y tendria cuatrocientos francos al año con casa y comida.

—¿Y no aceptais?

—No por cierto.... estaria á sueldo en casa agena, en lugar de que por pobre que mi casa sea, estoy en mi casa, y no debo consideraciones á nadie: tengo valor, constancia, salud y alegría, y un buen vecino como vos: ¿qué es lo que me falta?

—¿Y no habeis pensado nunca en casaros?

—¿Casarme? Yo no puedo casarme sino con un pobre como yo, y delante tengo á esos infelices Morel: He ahí lo que se saca con casarse; mientras que cuando una no tiene que responder mas que de sí misma, se hace lo que se quiere.

—Con que siendo asi, ¿vos no haceis nunca castillos en el aire?

—Si señor, sueño en mi adorno de sobremesa: fuera de esto, ¿qué quereis que desee?

—Pero si un pariente os hubiese dejado una pequeña herencia de mil doscientos francos de renta.... esto es una soposicion.... ¿vos que vivís con quinientos francos...?

—¡Oh! Esto podria ser un bien, y podria ser un mal.

—¿Un mal?

—Del modo que estoy ahora, soy feliz: sé la vida que llevo, y no sé la que llevaria si fuese rica. Mirad, vecino, cuando despues de un buen dia de trabajo, me acuesto por la noche, y cuando apagada mi vela, veo con la escasa luz del poco fuego que queda en mi estufa, mi cuarto bien limpio, mis cortinas, mi cómoda, mis sillas, mis pájaros, mi relox, mi mesa cargada con la labor que se me ha confiado, y puedo decirme á mi misma: «Todo esto es obra mia, y no lo debo á nadie mas que á

mí....» En verdad, vecino, que estas ideas me halagan mucho, y que algunas veces me duermo orgullosa, y siempre contenta. Ahora bien; si todo esto lo debiese yo al dinero de un pariente, estoy segura de que no me daria tanto gozo.... Pero mirad, estamos ya en el Temple: ¡confesad que es un soberbio golpe de vista!

CAPÍTULO XXVII.

EL TEMPLE.

Aunque no participase Rodolfo de la profunda admiracion de Rigolette á la vista del Temple, sorprendióle no obstante el singular aspecto de aquel enorme bazar, que tiene sus islas y sus calles.

Hácia la mitad de la calle del Temple, no lejos de una fuente que está situada en un ángulo de una gran plaza, se divisa un inmenso paralelógramo construido con tablas y cubierto con pizarras.

Esto es el Temple.

Cortando á la izquierda por la calle de *Petit-Thouars*, y á la derecha por la calle *Percée*, termina en un vasto edificio circular, colosal rotonda, rodeada de una galería con arcos.

Una larga calle que corta el paralelógramo por

lo largo y lo ancho, lo divide en dos mitades perfectamente iguales: estas á su vez están divididas y subdivididas al infinito por una multitud de callejuelas laterales y trasversales que se cruzan en todos sentidos, y están guardadas de la lluvia por los tejados de los edificios.

En aquel bazar está generalmente prohibida toda mercadería nueva; pero el mas ínfimo giron de tela cualquiera, el mas insignificante pedazo de hierro viejo, cobre, estaño ó acero, encuentra alli comprador y vendedor.

Hay alli negociantes de retazos de todos colores, de todas mezclas, de todos géneros y en todos *estados*, destinados á servir de remiendos para los vestidos rotos ó rasgados.

Encuéntranse alli almacenes en que se descubren montañas de zapatos usados, rotos, torcidos, rasgados, cosas sin nombres, sin forma, sin color, entre los cuales aparecen esparcidas algunas suelas *fósiles* del grueso de una pulgada, chapadas de clavos como las puertas de una cárcel, duras como el casco del caballo, verdaderos esqueletos de calzado, cuyas adherencias han sido devoradas todas por el tiempo; todo está enmohecido, retorcido, horadado y corroido: todo esto se compra, y hay *negociantes* que viven de este comercio.

Hay vendedores de alamares, franjas, plumas, cordones, hilas de algodon ó de hilo, restos de cortinas viejas dadas de baja para el servicio.

Otros industriales se dan al comercio de sombreros de señora, sombreros que llegan siempre á sus tiendas dentro de los sacos de las revendedoras, despues de las mas estrañas peregrinaciones, de las trasformaciones mas violentas, y las decoloraciones mas increibles. A fin de que los géneros no ocupen demasiado espacio en los almacenes, que por lo

general no son mayores que una arca grande, doblan en dos con mucho cuidado estos sombreros, despues de cuya operacion los aplastan y apilan apretados escesivamente; de modo, que á escepcion de la salmuera, es la misma operacion que la de la salazon de los arenques: por esto es imposible figurarse cuánto hacen caber, gracias á aquel modo de apilar, en un espacio de cuatro pies cuadrados.

Cuando se presenta el comprador, se sustraen á aquella presion los deshechos almacenados: la revendedora da un puñetazo con aire suelto en el fondo de la forma para levantarla, alisa el fleco sobre la rodilla, y presenta un objeto caprichoso y fantástico, que recuerda confusamente aquellos fabulosos tocados propios de las arregladoras de los asientos y de las figuronas ó dueñas de los teatros de provincia.

Mas lejos, bajo los arcos de la rotonda que se eleva al fin del espacioso anden que divide en dos partes el Temple, se ven colgados como exvotos en el rótulo *Al gusto del dia*, miles de vestidos, de colores, formas y cortes todavía mas raros y estrambóticos, que la de los viejos sombreros de señora.

Alli se encuentran fraques de lino crudo, magnificamente adornados con tres hileras de botones de cobre á lo húsar; y con el cuello aforrado en piel de zorra. Hay levitas que fueron en su tiempo de color verde botella, y que se han convertido ya en verdemar, orladas con su cordoncito negro, y rejuvenecidas por su forro escocés amarillo y encarnado, del mas ridículo efecto: hay casacas llamadas en otro tiempo de cola de bacalao, de color de yesca, con rico cuello de pana y botones plateados en su tiempo, pero en la actualidad de un rojo de cobre.

Vénse todavía dormanes de color de castaña, con cuello de piel de gato, llenos de alamares, y de adornos de algodon negro raido: no muy lejos, se encuentran batas hechas artísticamente con antiguos carriks, cuya triple balona han quitado, y guarnecidos interiormente de percal pintado; las mejor conservadas son azules ó verdes, adornadas con guarniciones y adornos bordados, y aforrados de lana encarnada con grandes flores de color de naranja, con cuello y vueltas de lo mismo, y un ceñidor hecho de un cordon viejo de campanilla, que completa estos elegantes *deshabilés*.

Unicamente por recuerdo hablaremos de una infinidad de trages del siglo pasado y del anterior, mas ó menos bárbaros, entre los cuales se encuentran, no obstante, esparcidas algunas auténticas libreas reales ó de príncipes, que las revoluciones de todas clases han llevado desde el palacio á las sombrías arcas de la rotonda del Temple.

Aquellos zapatos viejos, sombreros viejos y trages ridículos, es el lado grotesco del bazar: es el cuartel de los guiñapos adornados y disfrazados: pero debe confesarse, ó mas bien proclamarse, que este vasto establecimiento es de grande utilidad para las clases pobres ó poco acomodadas, que compran alli con grandes rebajas escelentes cosas casi nuevas, cuyo deterioro es casi imaginario.

Uno de los sitios del Temple, destinado á las camas, estaba lleno de montones de cubiertas, sábanas, colchones y almohadas: algo mas lejos, todo eran alfombras, cortinages, y utensilios de menage de todas clases: en otra parte, vestidos, trages, calzados y adornos de cabeza para todas las condiciones, y todas las edades, objetos, que estando generalmente muy limpios, no ofrecen nada de repugnante á la vista.

No es creible antes de haber visitado aquel lugar, el poco tiempo y el poco dinero que es menester para llenar un carro de todo lo necesario para el establecimiento de dos ó tres familias que estén faltas de todo.

Rodolfo se sorprendió del modo oficioso, servicial y alegre, con que aquellos comerciantes, en pie fuera de sus tiendas, invitaban á los transeuntes para que les comprasen algo: aquellas maneras en que se distinguia cierta familiaridad respetuosa parecian pertenecer á otra edad.

Rodolfo daba el brazo á Rigolette, y apenas estuvo en el grande anden en que estaban los almacenes de camas, cuando ya le atacaron con las mas seductoras ofertas.

—¡Señor! ¡entrad á ver mis colchones! están como nuevos: voy á descoser un pedazo de uno para que veais la lana: ¡parece lana de cordero segun lo que es de suave y blanca!

—¡Hermosa señorita! aqui encontrareis sábanas de buena tela, mejores que nuevas, porque no tienen ya la aspereza del primer uso: blandas como un guante y fuertes como un tegido de acero.

—¡Señores novios! compradme estos cobertores. ¡Mirad, mirad, qué suaves, calientes y ligeros son! Esto parece pluma.... ¡nuevecito, nuevecito! ¡no ha servido veinte veces! A ver, señora, decidid á vuestro esposo: venid á mi tienda, y yo os arreglo un menage, barato, barato, quedareis contentos, y estoy cierta que volvereis á ver á la tia Bouvard, porque aqui se halla de todo, ¡ayer cabalmente hice una compra soberbia! Vamos, entrad.... entrad.... ¡Por ver no se paga nada!

—A fe, vecinita, que esta muger gorda tendrá la preferencia. Nos toma por recien casados, y esto me gusta: vamos, me decido por su tienda.

—¡Vaya en gracia por la gorda! dijo Rigolette, su cara me gusta tambien.

Y la griseta y su compañero entraron en casa de la tia Bouvard.

Por un rasgo de magnanimidad, quizás sin ejemplo en otra parte que en el Temple, las rivales de esta vendedora no se alborotaron por la preferencia que habia merecido, y una de sus vecinas llevó la generosidad hasta el estremo de decir:

—Lo mismo da que sea la tia Bouvard que otra del oficio: ella tiene familia, y es la deana y la honra del Temple.

Por otra parte, era imposible tener una cara mas afable, mas franca y jovial que la de la deana del Temple.

—Mirad, hermosa señora, dijo á Rigolette que examinaba muchos objetos con inteligencia, hé aqui la compra de ayer de que os hablaba: dos juegos de cama completos, y nuevecitos. Si por casualidad quisieseis un escritorio barato, ahí hay uno (y lo indicó con el dedo) lo compré junto con eso: porque aunque no acostumbro á comprar muebles, no pude resistirme, pues las personas que me lo vendieron tenian cara de ser muy infelices. ¡Pobre señora! la venta de esta antigualla parecia que era lo que la causaba mas pena. Parece que era este un mueble de familia.

Al oir esto, y mientras la vendedora regateaba con Rigolette el precio de diferentes efectos, Rodolfo examinó con atencion el mueble que le habia enseñado la tia Bouvard.

Era uno de esos antiguos escritorios de forma casi triangular, cerrados con una tapa delantera, que abierta y sostenida con dos largas varillas de cobre, sirve de mesa para escribir. En medio de esta tapa adornada con dibujos engastados de ma-

dera de distintos colores, distinguió Rodolfo una cifra incrustada en ébano, y compuesta de una M. y una R. entrelazadas, bajo una corona de conde. Presumió, pues, que el último posesor de aquel mueble habria pertenecido á una familia de una elevada clase de la sociedad. Redoblóse con esto su curiosidad: miró nuevamente y con mas atencion el escritorio: examinó maquinalmente uno y otro cajon, cuando hallando alguna dificultad en abrir el último, y buscando la causa de este obstáculo, descubrió y sacó con precaucion un pliego de papel medio cogido entre el cajon y el fondo del mueble.

Mientras que Rigolette concluía su compra con la tia Bauvard, Rodolfo examinaba curiosamente su descubrimiento. Por los muchos borrones que se veian en aquel papel, era fácil reconocer el borrador de una carta sin concluir.

Rodolfo leyó sin trabajo lo que sigue:

«Señor:

«Espero que os persuadais de que únicamente la desgracia mas espantosa puede obligarme á dar el paso que doy. No es un orgullo mal entendido la causa de mis escrúpulos, sino la falta absoluta de derecho para el favor que voy á pediros. Pero la vista de mi hija, reducida como yo á la posicion mas espantosa, vence mi repugnancia. Permitidme algunas palabras solamente sobre la causa de las desgracias que me abruman.

Despues de la muerte de mi esposo, me quedaban por única fortuna trescientos mil francos, colocados por mi hermano en casa del señor Santiago Ferrand, escribano en Angers, donve vivia retirada con su familia, y recibia los intereses de esta suma por conducto de mi hermano. Vos sabeis, se-

fior, el espantoso suceso que puso fin á sus dias: arruinado á lo que parece por especulaciones secretas y desgraciadas, se suicidó hace ocho meses. Cuando tuvo lugar este funesto acontecimiento, recibí de su mano algunas líneas desesperadas: «Cuando tú las leerás, me decia él, ya no tendrás hermano.» Concluía aquella carta previniéndome que no poseía ningun título relativo á la colocacion de mi dinero en casa del escribano Ferrand, puesto que este no daba jamás recibo, porque era el honor y la probidad en persona, y bastaria que me presentase en su casa, para que este asunto quedase completamente arreglado.

Cuando pude pensar en otra cosa que en la horrorosa muerte de mi hermano, vine á París, en donde no conocia á nadie mas que á vos, señor, y todavía indirectamente, por las relaciones que habiais tenido con mi esposo. Lo he dicho ya; la suma depositada en casa del escribano Ferrand, era toda mi fortuna; y mi hermano me enviaba cada seis meses el interés vencido de aquella cantidad: mas de un año habia trascurrido desde el último pago, cuando me presenté en casa de Ferrand para pedirle un semestre del que tenia absoluta necesidad.

Apenas me hube nombrado, cuando sin respeto por mi dolor, acusó á mi hermano de haberle pedido prestados dos mil francos que perdia por su muerte, añadiendo que su suicidio no era solamente un crímen ante Dios y los hombres, sino que á mas era un acto de espoliacion, de que resultaba víctima el mismo Ferrand.

Este odioso lenguage me indignó; la honradéz á toda prueba de mi hermano, era bien conocida; y aunque sin conocimiento mio ni de sus amigos habia perdido sus bienes en atrevidas especulaciones,

habia muerto con una reputacion sin tacha, sin legar deuda ninguna, á no ser la del escribano.

Contesté al señor Ferrand que le autorizaba á cobrarse desde luego sobre los trescientos mil francos de que era depositario, los dos mil que le debia mi hermano. Al oir esto, miróme con aire sorprendido, y me preguntó de qué trescientos mil francos hablaba.

De los que mi hermano colocó en vuestra casa hace diez y ocho meses, y cuyo interés me habiais pagado hasta el dia por su conducto, respondí yo, no entendiendo su pregunta.

El escribano se encogió de hombros, sonrióse con una risita de compasion, como si mis palabras no hubiesen sido formales, y me contestó que mi hermano, lejos de colocar en su casa dinero alguno, le habia pedido prestados dos mil francos.

Imposible se me hace manifestaros el espanto que me sobrecogió al oir aquella respuesta.

— Pero entonces, ¿qué se ha hecho esta suma? esclamé yo. Mi hija y yo no tenemos otro recurso, y si nos lo quitan, quedamos en la mas profunda miseria. ¿Qué será de nosotras?

— Yo no sé nada de esto, contestó friamente el escribano; es probable que vuestro hermano, en vez de colocar esta suma en mi casa, como él os dijo, la habrá malvertido en especulaciones desgraciadas á que se entregaba sin que nadie lo supiera.

— Esto es falso, esto es infame, señor, esclamé yo. Mi hermano era la misma lealtad, y lejos de despojarnos á mí y á mi hija, se hubiera sacrificado por nosotras. Jamás habia querido casarse, para dejar á mi hija todo lo que poseía....

— ¿Os atreveríais, señora, á suponer que soy yo capáz de negar un depósito que se me haya confiado? Me preguntó el escribano con una indignacion,

que me pareció tan honrada y sincera, que le contesté:

—Seguramente que no, señor, vuestra reputacion de probidad es bien conocida; pero tampoco puedo acusar á mi hermano de tan cruel abuso de confianza.

—¿En qué títulos os fundais para hacerme esta reclamacion? Me preguntó el señor Ferrand.

—En ninguno, señor. Hace diez y ocho meses que mi hermano, que me habia hecho el favor de encargarse de mis negocios, me escribió en estos términos: «Tengo una escelente colocacion al seis por ciento: envíame poder para vender tus bienes, y depositaré trescientos mil francos que yo completaré, en casa del escribano Santiago Ferrand.» Envié, pues, mi poder á mi hermano, y pocos dias despues me avisó de que el depósito estaba hecho en vuestra casa, que vos no dabais nunca recibo, y á los seis meses me envió los intereses vencidos.

—¿Pero á lo menos tendreis algunas cartas sobre este asunto, señora?

—No señor. Como trataban únicamente de negocios, no las guardé.

—Desgraciadamente, señora, no puedo hacer nada en esto; me respondió el escribano. Si mi probidad no estuviese á salvo de toda sospecha, os diria: teneis los tribunales abiertos, atacadme, y los jueces tendrán que elegir entre la palabra del hombre de bien que goza treinta años hace de la estimacion de la gente honrada, y la declaracion póstuma de un hombre, que despues de haberse arruinado clandestinamente en las empresas mas disparatadas, no ha encontrado mas recurso que el suicidio: atacadme, os diria, señora, si os atreveis; pero la memoria de vuestro hermano será

deshonrada. Creo que tendreis bastante juicio y sentido comun para conformaros con una desgracia, muy grande seguramente, pero que me es enteramente estraña.

—Pero por fin, señor, ¡soy madre! Si me han robado mi fortuna; mi hija y yo no tenemos otro recurso que unos modestos muebles.... Y vendidos estos, ¡la miseria, señor, la horrible miseria es lo que nos queda!

—Habeis sido engañada, es una desgracia; pero desgracia en que yo no puedo hacer nada, me contestó el escribano. Os repito, señora, que vuestro hermano os engañó: si dudais entre su palabra y la mia, perseguidme en juicio; los tribunales están abiertos, y ellos sentenciarán.

Salí de casa del escribano con la muerte en el corazon. ¿Qué me quedaba que hacer en tan apurado trance? Sin títulos en que apoyar la validéz de mi crédito; convencida de la severa probidad de mi hermano; confundida por la seguridad del señor Ferrand; no teniendo á nadie á quien dirigirme para pedir consejo, puesto que vos estabais entonces de viage; sabiendo que se necesita dinero para obtener el parecer de los abogados; y queriendo conservar como reliquia lo poco que me quedaba, no me atreví á entablar un pleito, y entonces fué cuando....»

Aquel borrador de carta paraba aqui, porque las líneas que seguian aun, estaban cubiertas de borrones que las hacian indescifrables. Finalmente en una punta del papel leyó Rodolfo esta especie de *memoria*:

«Se ha de escribir á la señora duquesa de Lucenay.»

Rodolfo quedó pensativo con la lectura de aquel fragmento de carta.

Aunque la nueva infamia que parecia acusarse en ella á Santiago Ferrand no estuviese probada, aquel hombre se habia mostrado tan desapiadado con los Morel y tan infame con su hija Luisa, que una denegacion de depósito favorecida por una segura impunidad, podia apenas sorprender de parte de semejante miserable.

Aquella madre que reclamaba su fortuna tan singularmente defraudada, estaba sin duda acostumbrada al bienestar. Arruinada por un golpe tan súbito, sin conocer á nadie en París, segun decia el borrador de la carta, ¿cuál debia ser la existencia de aquellas dos mugeres, privadas de todo, y solas en aquella ciudad inmensa?

Rodolfo habia prometido, como sabe el lector, algunas *intrigas* á la marquesa de Harville, insinuándole como al azar, y para ocupar su espíritu, un papel que podia jugar en una buena obra futura, seguro que por otra parte, de encontrar antes de su próxima entrevista con la marquesa, alguna desgracia que consolar.

Pensó, pues, que la suerte le ponia quizás en camino de descubrir un noble infortunio, con el cual podia interesar el alma y la imaginacion de la de Harville, que era su intento.

El borrador que tenia entre manos, y cuya copia no habia sido enviada probablemente á la persona cuya asistencia se imploraba, anunciaba un carácter altivo y resignado que la oferta de una limosna irritaria quizás. Entonces, ¡qué precauciones, qué rodeos y qué delicadas astucias, para ocultar el orígen de un generoso socorro, y para hacerlo aceptar!

Luego, ¡cuánta sagacidad seria precisa para relacionarse con aquella muger, á fin de juzgar si verdaderamente merecia el interés que parecia deber inspirar! Rodolfo descubria ya una porcion de

nuevas emociones, curiosas é interesantes que debian *divertir* singularmente á la marquesa de Harville como se lo habia prometido.

—¡Vaya! *marido*, dijo alegremente Rigolette á Rodolfo, ¿qué es lo que haces ahí con ese pedazo de papel?

—¡Querida *esposa*, contestó Rodolfo, eres muy curiosilla! Ya lo sabrás luego. ¿Has acabado tus compras?

—Están concluidas, y vuestros protegidos estarán como príncipes. No falta ya mas que pagar: la señora Bouvard tiene conciencia, es preciso ser justa.

—*Querida*, una idea me ocurre: mientras yo pago, podriais ir á escoger unos vestidos para la señora Morel y sus hijos. Yo confieso mi ignorancia para estas compras. Mandad que lo traigan todo aqui, y asi no se hará mas que un viaje, y nuestras pobres gentes lo tendrán todo á la vez.

—En todo acertais, marido: esperad un momento, pues no os haré aguardar mucho. Conozco dos tenderas de quienes soy parroquiana, y en su casa encontraré todo lo que necesite.

Y Rigolette salió.

Pero todavía volvió la cabeza para decir:

—Señora Bouvard, os confio á mi marido, cuidado con él.... y sobre todo no me lo cameleis.

Esto diciendo se echó á reir y desapareció con ligereza.

CAPÍTULO XXVIII.

DESCUBRIMIENTO.

Preciso es confesar, dijo la señora Bouvard á Rodolfo cuando se hubo ido Rigolette, preciso es confesar que teneis por esposa una muger muy económica. ¡Cáspita, como sabe comprar! ¡Y luego es linda como un sol! Blanca y sonrosada con sus grandes ojos negros, y el pelo negro tambien.... ¡es una maravilla!...

— ¿No es verdad que es hermosa, y que soy un marido muy dichoso, señora Bouvard?

— Tan dichoso marido, como feliz esposa debe ser ella.

— Y no os equivocais; pero decidme: ¿cuánto os debo?

— Vuestra linda esposa no ha querido dar mas de trescientos treita francos por el todo; y no gano

como hay Dios, mas que quince francos, porque no compré estos muebles y ropas tan baratos como hubiese podido. ¡No tuve valor para regatear, al ver que los pobres que los vendian tenian el aspecto de muy desgraciados!

—¡De veras! ¿Y son los mismos á quienes comprasteis este escritorio?

—Sí señor: ¡se me parte el alma solo en pensar en su infelicidad! Figuraos que anteayer llega aqui una señorita jóven y hermosa todavía, pero tan pálida y flaca, que daba lástima el verla: nosotras conocemos bien esto. Aunque vestia con el mayor esmero y limpieza su viejo chal negro de lana, raido, su vestido de alepin negro tambien y muy usado, y su sombrero de paja en el mes de enero, y todo su trage de luto, anunciaba en ella una miseria honrada, porque estoy segura de que la pobre muger es una señora distinguida: por fin, medio avergonzada, me pregunta si quiero comprarla el ajuar de dos camas completas y un escritorio viejo. Yo la contesto que para vender se necesita comprar, y que si nos conveniamos era negocio hecho; pero habia de ver antes los objetos. Me ruega entonces que vaya á su casa, lejos de aqui, al otro lado del Boulevard, junto al muelle del canal de San Martin. Dejo encargada la tienda á mi sobrino; sigo á la señora; llegamos á una casa de mucha vecindad; entramos por un largo corredor; subimos al cuarto piso, y sale á abrir una jóven de catorce años, pálida tambien y flaca como su madre; pero á pesar de esto hermosa como un ángel... tan hermosa, que quedé estática al verla.

—¿Quién era la hermosa jóven?

—La hija de la señora enlutada; á pesar del frio, no llevaba mas que un vestido de percal negro con puntos blancos, y un pañuelito de luto muy usado.

— ¿Y su habitacion era muy miserable tambien?

— Figuraos, señor, dos piezas muy limpias, pero sin adorno ninguno, y tan desmanteladas, que daban lástima de ver; y una chimenea en que no se veía ni un polvo de ceniza siquiera, por el mucho tiempo que estaba sin fuego. Los muebles consistian en dos camas, dos sillas, una cómoda, una maleta vieja y el escritorio: sobre la maleta habia un paquete envuelto en un pañuelo. Este paquete era todo lo que les quedaba á la madre y á la hija una vez vendidos sus muebles. El casero se cobraba con el tablado de las dos camas, las sillas, la maleta y la mesa, lo que se le debia, segun nos dijo el portero que habia subido con nosotras. Entonces aquella señora me pidió muy cortésmente que yo evaluara los colchones, sábanas, cortinas y cobertores; y á fé de muger honrada, señor, aunque mi negocio consistia en comprar barato y vender caro, cuando ví á aquella pobre señorita con los ojos llenos de lágrimas, y á su madre que á pesar de su sangre fria parecia derramarlas interiormente, lo evalué en quince francos mas de lo que valia, obrando en toda conciencia. Hasta consentí en quedarme con el escritorio, aunque no acostumbro á tratar en estas cosas, solo por darlas gusto.

— Yo os lo compro, señora Bouvard.

— Tanto mejor, pues me parece que lo hubiera tenido mucho tiempo de muestra: solo me encargué de él para hacerle un favor á aquella buena señora. Díjela el precio que yo ofrecia, esperando que hubiera regateado, y pedido mas; pero nada.... Tambien en esto conocí que no era una señora vulgar.... La dije, pues, os doy tanto: y ella me contesta: «Está bien. Volvamos á vuestra casa, y me

pagareis, porque yo ya no debo estar mas aqui.» Entonces dijo á su hija que lloraba sentada en la maleta: «Clara, toma el paquete....» No he olvidado el nombre, la llamó Clara. La señorita se levanta; pero al pasar por delante del escritorio, cae de rodillas y se echa á llorar. «¡Valor, hija mia: nos están viendo!» le dijo su madre á media voz, sin que esto me impidiera oirla. Ya veis, señor, eran pobres; pero tenian el orgullo de su dignidad á pesar de esto. Cuando la señora me dió la llave del escritorio, vi una lágrima en sus cárdenas megillas: el corazon parecia saltársele al separarse de aquel mueble antiguo, pero procuraba conservar su sangre fria y su dignidad delante de la gente. Por fin, avisó al portero que yo iria por todo lo que el casero le dejaba, y nos volvimos aqui. La señorita daba el brazo á su madre, llevando en la mano el paquetillo que contenia todo lo que poseian. Recibieron sus trescientos y quince francos, y no las he vuelto á ver.

— ¿Y cómo se llamaban?

— No lo sé; la señora me vendió la cama en presencia del portero, de consiguiente ninguna necesidad tenia de informarme de su nombre: lo que vendia era suyo.

— ¿Pero y su nueva habitacion?

— Tampoco la sé.

— ¿Pero la sabrán en la otra casa?

— No señor. Cuando volví á ella para traerme mi compra, me dijo el portero hablando de la madre y de la hija: «Eran dos personas muy pacificas, respetables y desgraciadas: ¡ojalá no las suceda desgracia alguna! En apariencia están tranquilas, pero en el fondo del corazon seguro estoy de que están desesperadas.» ¿Y á dónde van á vivir ahora? Le

pregunto yo. «A fé mia no lo sé, me contestó; salieron sin decírmelo, y estoy seguro de que no volverán.»

Las esperanzas que habia concebido Rodolfo por un momento, se desvanecieron. ¿Cómo descubriría aquellas dos infelices? El único indicio que tenia era el nombre de la jóven Clara, y aquel fragmento de borrador de que hemos hablado, en el cual habia escritas estas palabras:

«Se ha de escribir á la señora duquesa de Lucenay.»

La sola y bien dudosa probabilidad de encontrar las huellas de las dos infelices, descansaba en la señora de Lucenay, que afortunadamente era amiga de Mad. Harville.

— Tomad, señora, cobraos, dijo Rodolfo á la revendedora, entregándole un billete de quinientos francos.

— Voy á volveros el cámbio, señor.

— ¿Dónde encontraremos un carro que nos trasporte todo esto?

— Si no es muy lejos, bastará con un carreton de mano: aqui cerca está el del tio Gerónimo, que es de quien me sirvo yo. ¿Dónde quereis que os lo lleven, señor?

— Calle del Temple, núm. 17.

— ¿Calle del Temple, núm. 17? ¡Oh! ¡Bien, bien! ¡no conozco otra que aquella casa!

— ¿Habeis estado alguna vez en ella?

— ¡Yo lo creo! ¡y muchas veces! Primeramente, tengo comprados muchos trapos á una usurera que en ella vive: en verdad que no es muy honrado su oficio, pero en esto no tengo yo que ver: ella vende y yo compro; y corrientes: no hace seis semanas, volví alli por los muebles de un jóven que vivía en el piso cuarto, y se marchaba.

—¿Era el señor Francisco German? esclamó Rodolfo.

—Cabal: ¿le conoceis?

—Mucho: desgraciadamente no dejó en la calle del Temple las señas de su nueva habitacion, y no he podido dar con él.

—Si no es mas que esto, yo puedo sacaros del apuro.

—¿Vos sabeis dónde vive?

—No precisamente donde vive; pero sé dónde podreis encontrarle de seguro.

—¿Dónde? decid.

—En casa del escribano por quien trabaja.

—¿Un escribano?

—Sí, un escribano que vive en la calle del Sendero.

—¿El señor Santiago Ferrand? esclamó Rodolfo.

—El mismo; un hombre muy de bien: en su bufete tiene un crucifijo, y un *lignum crucis*: parece aquello una sacristía.

—Pero ¿cómo habeis sabido que el señor German trabaja en casa de ese escribano?

—Vais á verlo. Ese jóven vino á proponerme que le comprase en globo todos sus muebles. Tambien entonces, aunque no trato, como he dicho, en esas cosas, cargué con todo, y lo volví á vender aqui, porque el buen muchacho queria hacer el trato en globo, y no quise disgustarle. Le compré, pues, su mueblaje de soltero, se lo pagué, y seguramente quedaria muy contento de mí, porque á los quince dias volvió á comprarme una cama nueva completa. Venía acompañado de un mozo con un carreton: lo empaquetamos todo, y hé aqui que en el momento de pagar advirtió que habia olvidado el bolsillo. Tenia cara de tan buen muchacho, que le dije: «Llevaos la cama, no impor-

ta, ya pasaré yo por el importe á vuestra casa.» —«Muy bien, me dijo; pero en casa no me encontrareis; pasad mañana á la calle del Sendero, casa del escribano Ferrand, donde estoy empleado, y os pagaré.» Al dia siguiente fuí, y me pagó. Solo encuentro mal que vendiese sus muebles para comprar otros á los quince dias.

Rodolfo creyó advertir, y adivinó efectivamente la razon de aquella singularidad. German quiso hacer perder la pista á los miserables que le perseguian; y temiendo sin duda que su traslacion les hiciese conocer su nueva casa, prefirió para evitar este peligro, vender sus muebles y comprar en seguida otros.

Rodolfo se estremeció de alegría al pensar en el contento de la señora Jacinta, que iba por fin á encontrar á aquel hijo tan inútilmente y por tanto tiempo buscado.

Rigolette volvió en breve, alegre y sonriendo.

—¡Vaya, cuando yo os lo decia! esclamó, no me equivoqué, no; habremos gastado en todo seiscientos cuarenta francos, y los Morel estarán como principes. ¡Mirad, mirad, ahí teneis á los mercaderes que llegan ya! ¿Vienen cargados ó no? Nada ha de faltar en el menage de aquella familia; hay todo lo necesario, hasta unas parrillas, dos hermosas cacerolas estañadas de nuevo, y una cafetera. ¡Toma! yo he pensado ya que se quieren hacer las cosas en grande, hagámoslas en grande. Y con todo esto, lo mas que habré perdido, son tres horas; pero, pagad pronto, vecino, y vámonos. Luego es medio dia, y mi aguja tendrá que andar al vapor para recobrar las horas que ha perdido.

Rodolfo pagó, y salió del Temple con Rigolette.....
.....

CAPÍTULO XXIX.

APARICION.

En el momento en que la griseta y su compañero entraban en el portal de su casa, casi fueron derribados por la señora Pipelet, que salia de ella corriendo, aturdida y fuera de sí.

—¡Dios mio! esclamó Rigolette, ¿qué teneis, señora Pipelet? ¿A dónde correis de este modo?

—¡Ah! ¿sois vos, señorita Rigolette? Dios es quien os envia, esclamó Anastasia, ayudadme á salvar á Alfredo.

—¿Qué decis?

—Mi pobre viejo está desmayado: ¡tened piedad de nosotros! Corred á buscarme dos sueldos de aguardiente de agenjo en casa del licorista, de lo mas fuerte: es su remedio mejor cuando está indispuesto.... del piloro.... esto le curará tal vez....

¡Sed caritativa! no me negueis este favor para que pueda volverme al lado de mi Alfredo. ¡Estoy medio muerta!

Rigolette soltó el brazo de Rodolfo, y corrió á casa del licorista.

— Pero ¿qué es lo que ha sucedido, señora Pipelet? preguntó Rodolfo, siguiendo á la portera que se volvia á su habitacion.

— Si ni yo misma lo sé, amigo mio: habia salido para ir al registro civil, á la iglesia y á la fonda, á fin de que Alfredo no tuviese que caminar, cuando al volver..... ¿qué es lo que veo? ¡Mi pobre viejo perneando!!! Mirad vos mismo, señor Rodolfo, dijo Anastasia abriendo la puerta de su covacha, ¿no parte esto el corazon?

¡Lamentable espectáculo! Calado siempre el sombrero de campana; pero mas que de ordinario, porque hundido violentamente, segun indicaba una arruga trasversal, ocultaba los ojos del señor Pipelet, que estaba echado en el suelo y arrimado al pie de su cama.

El desmayo habia cesado, y empezaba á hacer algunos ligeros movimientos de manos, como si hubiese querido rechazar algo ó á alguien, y luego quiso quitarse su visera improvisada.

— ¡Ya se menea, buena señal, ya vuelve en sí! esclamó la portera, y bajándose, le gritó en los oidos. Dí, ¿qué tienes, Alfredo? Es tu Anastasia la que te habla.... ¿Cómo te sientes?... Luego te traerán el agenjo, y esto te reforzará; y haciendo luego una voz de falsete de las mas cariñosas, añadió: ¿Con que te querian matar.... te querian asesinar, pobre viejecito mio? ¡Vaya!

Alfredo echó un profundo suspiro, y pronunció como un gemido, esta palabra fatídica:

— ¡Cabrion!

Y sus temblorosas manos parecieron querer apartar de nuevo alguna vision espantosa.

—¡Cabrion! ¿todavía ese maldito pintor? esclamó la señora Pipelet. El pobre Alfredo ha soñado tanto con él esta noche, que me ha llenado de puntapiés. ¡Ese mónstruo es su pesadilla! No solamente ha emponzoñado sus dias, sino que tambien le emponzoña las noches: le persigue hasta en sus sueños, si señor; como si Alfredo fuese un malhechor; y ese Cabrion, que Dios confunda, fuese un remordimiento.

Rodolfo sonrió con discrecion, previendo alguna nueva treta del antiguo vecino de Rigolette.

—Alfredo, contéstame: ¡no te hagas el mudo, hombre! me das miedo, dijo la señora Pipelet. ¡Vamos, sosiégate! ¿Por qué has de pensar tanto en aquel tunante? Cuando sabes que el pensar en él te produce el mismo efecto que el comer coles, que te hacen poner malo.

—¡Cabrion! repitió el señor Pipelet, levantando con un grande esfuerzo su sombrero demasiado hundido sobre sus ojos, que dirigió en su derredor con aire aturdido, mientras que Rigolette entraba con una botella de aguardiente de agenjo.

—Gracias, señorita: ¡sois muy complaciente! dijo la vieja, y luego añadió: toma, queridito, bébete esto, y te aliviarás.

Y acercando con viveza el frasco á los labios del señor Pipelet, procuró hacerle tragar el agenjo.

En vano quiso Alfredo resistirse, pues su muger, valida de la debilidad de su víctima, le sostuvo con mano firme la cabeza, y le introdujo con la otra entre los dientes el cuello de la botella, obligándole á beber el agenjo: y cuando lo hubo alcanzado, esclamó con aire de triunfo:

—¡Ea! queridito, hete ya salvo. En efecto, des-

pues de haberse limpiado la boca con el dorso de la mano, Alfredo abrió los ojos, púsose en pie, y preguntó con tono espantado todavía:

—¿Le habeis visto?

—¿A quién?

—¿Ha marchado ya?

—¿Pero quién, Alfredo?

—¡Cabrion!

—¡Se ha atrevido! esclamó la portera.

El señor Pipelet, mudo como el Convidado de Piedra, inclinó dos veces la cabeza, como el espectro tambien con tono afirmativo.

—¿El señor Cabrion ha estado aqui? preguntó Rigolette, pudiendo apenas contener la risa.

—¡Ese mónstruo se ha desencadenado contra Alfredo! esclamó la portera. ¡Oh! si hubiese estado yo aqui con mi escoba, se la hubiera hecho comer hasta el mango. Pero habla, Alfredo, cuéntanos tu desgracia.

Pipelet, hizo señal con la mano de que iba á hablar, y todos callaron, escuchando al hombre del sombrero con respetuoso silencio.

El se espresó en estos términos, con voz profundamente conmovida:

—Mi esposa acababa de salir para ahorrarme el trabajo de ir, cumpliendo con las órdenes de ese caballero (y se inclinó profundamente delante de Rodolfo.)

—Mi pobre Alfredo ha tenido una continua pesadilla toda la noche; y he preferido ir yo, dijo Anastasia.

—Pesadillas que eran un aviso del cielo, repuso religiosamente el portero. He soñado toda la noche con Cabrion, y este Cabrion debia hacerme padecer hoy. El dia habia empezado por un atentado impúdico contra mi muger....

—¡Alfredo, Alfredo! ¡Calla por Dios! Me avergüenzas delante de estos señores, dijo la señora Pipelet haciendo melindres y arrullos, y bajando los ojos con aire púdico.

— Creia haber pagado ya mi parte de desgracia por todo el malhadado dia de hoy, despues de haber salido aquellos lujuriosos malhechores, repuso el señor Pipelet, cuando.... ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

—¡Vamos, Alfredo, valor!

—Lo tendré.... repuso heróicamente el señor Pipelet; lo necesito, y lo tendré. Yo estaba alli, sentado tranquilamente delante de mi taburete, pensando en un cambio que queria hacer en la pala de esta bota, confiada á mi industria, cuando oí un ruido á manera de frote en la vidriera de mi ventana. ¿Fué un presentimiento? ¿Fué un aviso del cielo? El corazon se me oprimió, levanté la cabeza, y á través de los vidrios.... ví.... ví....

—¡A Cabrion! esclamó Anastasia juntando las manos.

—¡A Cabrion! contestó sordamente el señor Pipelet. Su asquerosa cara estaba alli, clavada á los vídrios, y mirándome con sus ojos de gato: ¿qué digo de gato? ¡de tigre! Lo mismo que cuando soñé con él. Quise hablar, y la lengua se me pegó al paladar; quise huir, y estaba clavado en la silla: la bota se me cayó de la mano, y lo mismo que en todos los sucesos críticos é importantes de mi vida, permanecí completamente inmóvil. Entonces oí girar la llave en la cerradura, la puerta se abrió, y Cabrion apareció delante de mí.

—¿Y entró? ¡qué desvergüenza! repuso la señora Pipelet, tan aterrada como su esposo de aquella audacia.

—Entró lentamente, prosiguió Alfredo; se de-

tuvo un momento en la puerta como para fascinarme con su mirada atroz: luego avanzó hácia mí deteniéndose á cada paso, traspasándome con la vista sin decir una palabra, derecho, mudo, amenazador como un fantasma.... Yo continuaba mas inmóvil á cada momento y sentado sobre mi silla.... Cabrion avanzaba lentamente.... fascinándome con su vista como una serpiente á un pájaro; porque me causaba horror, y á pesar mio tenia que mirarlo. Llegó muy cerca de mí; no pude sostener por mas tiempo su horrible aspecto; era demasiado, no pude resistir, y cerré los ojos. Entonces sentí que se atrevió á llevar la mano á mi sombrero, lo cogió por arriba, me lo quitó lentamente, y me dejó la cabeza desnuda. Empezaba á ser presa de un vértigo, la respiracion me faltaba, los oidos me zumbaban, estaba cada vez mas clavado en mi silla, y cerraba los ojos cada vez con mas fuerza.... cuando Cabrion se inclina, coge mi cabeza calva, que tengo el derecho, ó por mejor decir, tenia el derecho de llamar venerable antes de su atentado; me coge, digo, la cabeza entre sus manos frias como las de un muerto, y estampa sobre mi frente cubierta de helado sudor.... ¡un desvergonzado beso!! ¡impúdico!!

Anastasia levantó al cielo las manos.

—¡Mi mas encarnizado enemigo, venir á besarme en la frente! ¡obligarme á sufrir sus asquerosas caricias, despues de haberme perseguido horriblemente para tener un mechon de mis cabellos! Semejante monstruosidad me dió mucho en que pensar, y me paralizó. Cabrion se aprovechó de mi estupor para volverme á poner en la cabeza el sombrero, y luego de un puñetazo me lo hundió hasta las narices, como lo habeis visto. Este último ultraje me trastornó; llenóse la medida, lo vi girar

todo en mi rededor, y me quedé desmayado en el momento en que lo miraba por debajo del forro de mi sombrero, salir del cuarto con la misma calma y la misma lentitud con que habia entrado.

Y como si esta relacion hubiese agotado sus fuerzas, el señor Pipelet volvió á caer en su asiento, levantando al cielo las manos, como una muda plegaria.

Rigolette se salió bruscamente, porque su valor estaba agotado: la risa la ahogaba, y no pudo contenerse por mas tiempo. El mismo Rodolfo habia conservado á duras penas su seriedad.

De repente se oyó en la calle ese rumor confuso que indica la llegada de un grupo popular: notóse un gran tumulto en la puerta de la calle, y muy luego resonaron en el patio culatazos de fusiles.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

CAPÍTULO XXX.

EL ARRESTO.

Dios mio! Señor Rodolfo, á la puerta hay un comisario de policía y la guardia, esclamó Rigolette entrando pálida y temblando.

—¡La justicia de Dios me protege! dijo el señor Pipelet en un arrebato de religioso reconocimiento: vienen á arrestar á Cabrion: ¡desgraciadamente ya es tarde!

Un comisario de policía, fácil de conocer por la faja que llevaba, medio cubierta por su chaleco enteramente negro, entró en la portería. Su fisonomía era grave, severa y llena de dignidad.

—¡Señor comisario, es demasiado tarde, el malhechor ha escapado! dijo tristemente el señor Pipelet; pero puedo daros sus señas, sonrisa atroz, mirar descarado, maneras....

— ¿De quién estais hablando? preguntó el comisario.

— ¡De Cabrion! señor comisario; pero si os dabais prisa, seria tiempo quizás de cogerlo todavía, respondió el señor Pipelet.

— Yo no sé quién sea semejante Cabrion, dijo con impaciencia el comisario. ¿Gerónimo Morel, lapidario, vive en esta casa?

— Sí señor, dijo la portera, metiéndose en la conversacion.

— Enseñadme su cuarto.

— ¿El del lapidario Morel? ¡Pero si es una oveja del señor! dijo la portera en el colmo de la sorpresa, es incapáz de....

— ¿Gerónimo Morel vive aqui, ó no?

— Aqui vive, señor comisario, con su familia en la buhardilla.

— Acompañadme, pues, á la buhardilla.

Luego, dirigiéndose el comisario á un hombre que le acompañaba, le dijo:

— Decid á los dos municipales que esperen abajo y no se aparten de la puerta.... Enviad á Justino por un coche.

El hombre se alejó para ejecutar sus órdenes.

— Ahora, dijo el comisario, dirigiéndose al señor Pipelet, acompañadme al cuarto de los Morel.

— Si no lo tomais á mal, seré yo quien os acompañe en lugar de Alfredo; porque el pobre está indispuesto de resultas de aquel Cabrion, que se le indigesta como las coles, que le dan dolor de estómago.

— Vos ó vuestro marido, tanto me da. ¡Vamos!

Y precedido de la señora Pipelet, empezó á subir la escalera; pero detúvose luego, viéndose seguir por Rigolette y Rodolfo.

— ¿Quién sois? ¿qué quereis? les preguntó.

—Son los dos inquilinos del cuarto piso, dijo la señora Pipelet.

—Perdonad, caballero; ignoraba que fueseis de la casa, dijo á Rodolfo.

Augurando bien este por las maneras corteses del comisario, le dijo:

—Vais á encontrar á una familia desesperada, señor: no sé qué nuevo golpe amenaza al infeliz artesano; pero esta noche pasada ha sufrido cruelmente. Una de sus hijas, consumida ya por la enfermedad, ha muerto de frio y de miseria.

—¿Seria posible?

—Es la pura verdad, señor comisario, dijo la señora Pipelet. A no ser por este caballero que os habla, y que es el rey de los inquilinos, puesto que con sus favores ha salvado al pobre Morel de ir á la cárcel, toda la familia del lapidario estaria ya muerta de hambre.

El comisario miraba á Rodolfo con tanto interés como sorpresa.

—Nada mas sencillo, señor, repuso este; una persona caratitativa, sabiendo que Morel, de cuya honradéz y probidad salgo yo garante, estaba en una posicion tan lastimosa como poco merecida, me encargó pagase una letra de cambio, por la cual iban los alguaciles del tribunal de comercio á poner preso á este pobre operario, único sostén de una familia numerosa.

Sorprendido á la vez por la nobleza de la fisonomía de Rodolfo, y por la dignidad de sus maneras, le contestó el comisario:

—No dudo de la probidad de Morel, y lo que siento es tener que cumplir una penosa mision delante de vos, que tan vivamente os interesais por esta familia.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Por los servicios que habeis prestado á los Morel, y por vuestro lenguage, conozco que sois un hombre de bien, y como por otra parte no tengo ningun motivo para ocultar el objeto de mi venida, os diré que se trata del arresto de Luisa Morel, hija del lapidario.

El recuerdo del cartucho de oro que habia dado Luisa á los corchetes, se presentó á la memoria de Rodolfo.

—¡Dios mio! ¿y de qué la acusan?

—Recaen en ella sospechas de infanticidio.

—¡Será posible! ¡Oh, su pobre padre!...

—Con lo que acabais de decirme, señor, conozco que en las tristes circunstancias en que se encuentra el artesano, este nuevo golpe puede serle terrible. Pero, por mi desgracia, mi obligacion es cumplir las órdenes que he recibido.

—¿Pero se trata de sospechas únicamente, y no hay pruebas? esclamó Rodolfo.

—No puedo dar mas esplicaciones sobre esto. La justicia ha tenido conocimiento de este crímen, ó por mejor decir, sospechas, por la declaracion de un hombre en todos conceptos respetable.... del amo mismo de Luisa Morel.

—¿El escribano Santiago Ferrand? dijo Rodolfo indignado.

—El mismo.... Pero ¿de qué os asombrais?

—¡Santiago Ferrand es un infame, señor.

—Veo con sentimiento que no conoceis al sugeto de quien hablais. El señor Santiago Ferrand es el hombre mas honrado del mundo, su piedad ejemplar y su probidad, conocida de todos.

—¡Os repito, señor, que el tal escribano es un infame!... Ha querido hacer meter en la cárcel á Morel, porque Luisa se resistió á sus inicuas proposiciones; y si no aparece contra Luisa otro

cargo que la denuncia de semejante hombre, fuerza es que confeseis que esta presuncion merece poco crédito.

—No me corresponde á mí, ni debo discutir el valor de las deposiciones del señor Ferrand, dijo friamente el comisario; la justicia conoce de este negocio, y los tribunales decidirán: en cuanto á mi, tengo órden de asegurar la persona de Luisa Morel, y cumplo mi deber.

—Teneis razon, caballero, y siento que un arrebato de indignacion, quizás legítima, me haya hecho olvidar que no es este efectivamente lugar ni ocasion oportuna para promover semejante disputa. Pero permitidme que añada una palabra: el cuerpo de la hija que ha perdido Morel, ha quedado en la buhardilla, y yo he cedido mi cuarto á esa familia, para ahorrarla el triste espectáculo del cadáver: de consiguiente, es donde encontrareis al lapidario y probablemente á su hija tambien. Me atreveré á suplicaros, caballero, que no arresteis á Luisa bruscamente, y en medio de aquellos infelices, apenas libres de la suerte mas espantosa. Morel ha sufrido esta noche tantos pesares, que su razon no resistiria, y su muger, que está tambien enferma de cuidado, moriria á este nuevo golpe.

—Siempre he ejecutado mis órdenes con todos los miramientos posibles, y lo mismo haré en este caso.

—Si me lo permitierais os pediria un favor. La jóven que nos sigue ocupa un cuarto frente al mio, y estoy seguro de que os lo cederá: podriais empezar por llamar á Luisa, y luego si es menester á Morel, para que su hija se despida. A lo menos de este modo evitareis á una pobre madre enferma una escena dolorosísima.

—Si es posible arreglarlo asi, con mucho gusto.

La conversacion que acabamos de referir se hablaba á media voz, mientras que Rigolette y la señora Pipelet se mantenian respetuosamente algunos escalones mas abajo que el comisario y Rodolfo. Este se acercó á la griseta, que estaba temblando solo con la presencia del comisario, y la dijo:

—Vecinita, espero que me hareis un nuevo favor: tendriais que dejarme por una hora vuestro cuarto.

—Todo el tiempo que querais, señor Rodolfo, vos teneis la llave; pero ¿qué es lo que sucede?

—Luego os lo diré; pero no lo he dicho todo: tambien quisiera que me hicierais el favor de llegaros al Temple á decir que no traigan hasta dentro de una hora lo que hemos comprado.

—De muy buena gana, señor Rodolfo; ¿pero les sucede alguna otra desgracia á los pobres Morel?

—¡Ah! sí, y muy triste, hija mia: ya lo sabreis despues.

—Vamos, vecino, corro al Temple.... ¡Buen Dios, cuando creia yo que no podian ya pasar mas trabajos esos infelices!... dijo la griseta, y bajó rápidamente la escalera.

Rodolfo habia querido ahorrar á Rigolette la triste escena del arresto de Luisa.

—Señor comisario, dijo la señora Pipelet; puesto que mi rey de los inquilinos os acompaña, puedo volverme al lado de Alfredo, que me tiene en cuidado, porque hace poco no estaba repuesto todavía de la indisposicion que le ha causado Cabrion.

—Ya podeis ir, contestó el comisario, y quedó solo con Rodolfo.

Llegaron los dos á la meseta del cuarto piso, delante de la puerta del cuarto en que estaba provisoriamente establecida la familia del lapidario.

De repente aquella puerta se abrió, y salió bruscamente Luisa, pálida y agitada.

— Adiós, padre mio, volveré; pero ahora es menester que parta.

— Luisa, hija mia, oye, oye: replicó Morel, siguiendo á su hija y procurando detenerla.

A la vista de Rodolfo y del comisario, los dos quedaron inmóviles.

— ¡Ah! señor; vos que sois nuestro salvador, ayudadme á detener á Luisa, dijo el artesano reconociendo á Rodolfo. No entiendo lo que tiene, dice que quiere marcharse; pero de una manera que me da miedo. ¿No es verdad que ya no hay necesidad de que vuelva á casa de su amo? ¿No es verdad que vos me habeis dicho: Luisa no se separará ya de vos, y esto será vuestra recompensa? ¡Oh! con tan benéfica promesa, confieso que llegué á olvidar la muerte de mi pobre Adela, porque yo no quiero separarme mas de ti, Luisa, ¡jamás, jamás!...

El corazon se le partia á Rodolfo, y no pudo articular ni una palabra.

El comisario dijo severamente á Luisa.

— ¿Os llamais Luisa Morel?

— Si señor, contestó la jóven suspensa.

Rodolfo habia abierto el cuarto de Rigolette.

— ¿Sois vos Gerónimo Morel, su padre? añadió el comisario dirigiéndose al lapidario.

— Sí señor; pero....

— Entrad allí con vuestra hija, dijo señalando el cuarto de Rigolette en que se hallaba ya Rodolfo.

Tranquilizados por la presencia de este, el lapidario y Luisa, aturdidos y confusos, obedecieron la órden del comisario, que entró tambien, y dijo á Morel con emocion:

—Sé cuan honrado y cuan infeliz sois: y por tanto podeis estar seguro de que muy á pesar mio vengo á arrestar.... á vuestra hija.

—¡Todo está descubierto, estoy perdida! esclamó Luisa llena de espanto, echándose en los brazos de su padre.

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué es lo que dices? esclamó Morel estupefacto. ¿Estás loca? ¿Tú perdida?... ¡Pero arrestarte! ¿Y por qué te arrestan? ¿Quién habia de venir á arrestarte?

—Yo, en nombre de la ley, dijo el comisario enseñando su faja.

—¡Oh, infeliz, infeliz de mí! esclamó Luisa cayendo de rodillas.

—¿Cómo en nombre de la ley? dijo el artesano, cuya razon, muy confusa ya, empezaba á debilitarse con este nuevo golpe; ¿por qué arrestar á mi hija en nombre de la ley? Yo respondo de Luisa, es mi hija, mi digna hija.... ¿No es verdad, Luisa? ¿Cómo arrestarte, cuando nuestro buen ángel te nos restituye para consolarnos de la pérdida de Adela? ¡Vamos, vamos! esto es imposible. Y ademas, señor comisario, yo creo que no debe arrestarse sino á los miserables, y Luisa, mi querida Luisa, no es una miserable. Hija mia, este caballero no puede menos de haberse equivocado. Yo me llamo Morel; pero hay muchos Morel: tu te llamas Luisa, pero tambien hay muchas Luisas. Señor comisario, aqui se ha padecido equivocacion.

—Por desgracia no la hay.... Luisa Morel, despedios de vuestro padre.

—¿Con que me quitais á mi hija? esclamó el lapidario adelantándose furioso por el dolor, hácia el comisario y con aire amenazador.

Rodolfo le cogió el brazo, y le dijo:

—Calmaos, buen hombre, y esperad, que vues-

tra hija os será restituida. Su inocencia triunfará, porque no la creo culpable.

— ¿Culpable? ¿y de qué?... Ella no puede ser culpable de nada, pondria las manos al fuego. Mas luego acordándose del oro que habia traido Luisa para pagar la letra de cámbio, esclamó: ¿pero aquel dinero? ¿y el dinero de esta mañana, Luisa?

Y clavó en su hija una mirada terrible.

Luisa le comprendió y esclamó:

—¿Robar yo? y sus megillas se ruborizaron por una generosa indignacion, y sus gestos tranquilizaron completamente á su padre.

—Ya lo sabia yo, esclamó este. ¿Lo veis, señor comisario? Mi hija lo niega, y os juro que en su vida ha mentido: preguntadlo á todos los que la conocen y os dirán lo mismo que yo. ¡Mentir ella! ¡ah! no: tiene demasiado orgullo para mentir; por otra parte, la letra de cambio ha sido pagada por nuestro bienhechor. Ella no ha querido quedarse con el dinero é iba á devolvérselo á la persona que se lo prestó, prohibiéndola que la nombrara: ¿no es verdad, Luisa?

—No acusan á vuestra hija de haber robado, dijo el comisario.

—Pero, ¡Dios mio! ¿de qué, pues, se la acusa? Yo, su padre, os juro que, sea lo que fuere, está inocente: y eso que tampoco yo he mentido en mi vida.

—¿De qué os servirá el saber la acusacion? le dijo Rodolfo conmovido de su dolor: la inocencia de Luisa triunfará: la persona que se interesa vivamente por vos, protegerá á vuestra hija. ¡Vamos! ¡Valor! No os abandonará tampoco esta vez la Providencia. Dad un abrazo á vuestra hija, pues pronto la volveréis á ver.

—Señor comisario, esclamó Morel, sin escuchar

á Rodolfo, no se quita á un padre su hija, sin decirle al menos de qué se la acusa: quiero saberlo todo. Habla tú, Luisa....

—Vuestra hija es acusada.... de infanticidio, dijo el comisario.

—De.... de.... no he entendido bien. Y Morel tartamudeó algunas palabras sin sentido.

—Vuestra hija es acusada de haber asesinado á su hijo, repitió el comisario profundamente conmovido por aquella escena; pero no está probado aun que haya cometido este crímen.

—¡Oh! no, esto no es cierto, señor, esclamó Luisa levantándose con indignacion. Os juro que estaba muerto.... no respiraba.... estaba helado.... perdí el conocimiento: hé ahí mi crímen. ¿Pero matar á mi hijo? ¡Oh, no: jamás!

—¡Tu hijo, miserable!!! esclamó Morel levantando sobre Luisa sus dos manos, como si hubiese querido aniquilarla bajo el peso de aquella terrible imprecacion.

—¡Perdon, padre mio, perdon! esclamó ella.

Despues de un momento de espantoso silencio, añadió Morel con una calma mas espantosa todavía:

—Señor comisario, llevaos á esta criatura.... no es mi hija.

El lapidario quiso salir; pero Luisa se echó á sus pies abrazándole las rodillas con la cabeza caida hácia atrás, y desconsolada y suplicante esclamó:

—¡Padre mio, oidme solamente, oidme!

—Señor comisario, lleváosla, os la abandono.... decia el lapidario, haciendo los mayores esfuerzos para librarse de los brazos de Luisa.

—¡Escuchadla! le dijo Rodolfo deteniéndole. No seais ahora cruel con ella.

—¡Ella!! ¡Dios mio, Dios mio!... ¡Ella!! repetia

Morel llevando sus dos manos á la frente: ¡ella deshonrada! ¡Oh! ¡la infame, la infame!

— ¿Y si se hubiese deshonrado para salvaros? le dijo en voz baja Rodolfo.

Estas palabras causaron á Morel una impresion terrible; miró á su hija desconsolada que seguia arrodillada á sus pies, é interrogándola con una mirada imposible de describir, esclamó con voz sorda y apretando los dientes de rabia:

— ¿El escribano?...

Una respuesta se asomó á los labios de Luisa: iba á hablar, pero detenida seguramente por una reflexion, bajó en silencio la cabeza, y permaneció muda.

— Pero no.... esta mañana queria hacerme encarcelar, continuó Morel: ¿con que no es él? ¡oh! ¡tanto mejor, tanto mejor! Asi no tiene escusa su falta, y no tendré yo parte en su deshonra. Asi podré maldecirla sin remordimiento.

— ¡Oh! ¡no, no, no me maldigais, padre mio! Os lo diré todo; pero á vos solo, y vereis, vereis si merezco vuestro perdon.

— ¡Oidla por piedad, Morel! dijo Rodolfo.

— ¿Y qué me dirá, su infamia? Muy pronto será pública, y aguardaré á saberla entonces.

— Caballero, esclamó Luisa dirigiéndose al comisario, por piedad dejad que diga á mi padre algunas palabras antes de separarme de él para siempre tal vez. Delante de vos, que sois nuestro salvador, hablaré tambien; pero solo delante de vos y de mi padre.

— Consiento, dijo el comisario.

— ¿Y sereis aun insensible? ¿Negareis á vuestra hija este último consuelo? preguntó Rodolfo á Morel. Si creeis deberme algun reconocimiento por

los beneficios que os he hecho, acceded á la súplica de vuestra hija.

Despues de un momento de feroz y triste silencio, respondió Morel:

—¡Vamos!

—Pero ¿á dónde iremos? Preguntó Rodolfo, vuestra familia está aqui al lado....

—¿Dónde iremos? esclamó el lapidario con una ironía amarga, ¿dónde iremos? Allá arriba, allá arriba, en el desván, junto al cuerpo de mi hija. El sitio está bien escogido para esta confesion, ¿no es verdad? Vamos, veremos si Luisa se atreverá á mentir delante del cadáver de su hermana ¡Vamos!

Y Morel salió precipitadamente y con aire de enagenacion mental, sin mirar siquiera á Luisa.

—Caballero, dijo en voz baja el comisario á Rodolfo, por favor, por el interés mismo de ese pobre padre, no prolongueis esta entrevista. Teniais razon, dudo que su juicio la resista, hace un momento que su mirada era la de un loco....

—¡Ah, señor! temo tanto como vos una nueva y horrible desgracia, y voy á abreviar lo que pueda esta terrible despedida.

Y Rodolfo se unió al lapidario y á su hija.

Por estraña y lúgubre que fuese la determinacion de Morel, estaba por otra parte prescrita, como quien dice, por las localidades; el comisario consentia en esperar en el cuarto de Rigolette el resultado de aquella conversacion; la familia de Morel ocupaba la habitacion de Rodolfo, y nada quedaba mas que el desván, donde se reunieron este, Luisa y su padre.

CAPÍTULO XXXI.

Confesion.

Sombrío y cruel espectáculo! En medio de la buhardilla, tal como la hemos pintado, descansaba sobre el lecho de la idiota el cuerpo de la niña muerta por la mañana, y cubierta con un pedazo de manta. La escasa luz que filtraba por la estrecha abertura de la lumbrera, arrojaba sobre las figuras de los tres actores de esta escena un claro oscuro cortado con dureza.

Rodolfo, en pie y apoyado contra la pared, estaba penosamente conmovido.

Morel, sentado en el borde de su mesa, con la cabeza baja, los brazos colgando y la mirada fija y feróz, no apartaba los ojos del colchon en que descansaban los restos de la pobre Adela.

Al verlos, el furor y la indignacion del lapida-

rio disminuyeron, y se cambiaron en una tristeza de una inesplicable amargura: su energía le abandonaba, y se debilitaba bajo este nuevo golpe.

Luisa, con una palidéz mortal, se sentía desfallecer; la revelacion que iba á hacer la espantaba, y con todo arriesgóse á coger temblando la mano de su padre, aquella pobre mano demacrada y deformé por el esceso de trabajo.

El lapidario no la retiró, y entonces su hija, rompiendo en sollozos, la cubrió de besos, y la sintió muy pronto pegarse ligeramente contra sus labios. La cólera de Morel habia cesado, y sus lágrimas, largo tiempo contenidas, corrieron por fin.

—¡Ah, padre mio, si supierais!... esclamó Luisa, ¡si supierais cuán digna de lástima soy!

—¡Oh, calla por Dios! será el pesar de toda mi vida, de toda mi vida, Luisa, contestó llorando el lapidario. ¡Tú, Dios mio! ¡Tú en la cárcel, tú en el banco de los criminales! ¡Tú, tan orgullosa, cuando tenias el derecho de serlo! ¡No! repuso en un nuevo acceso de dolor desesperado, ¡no! ¡Prefe-riria verte bajo el paño funeral al lado de tu hermanita!

—¡Tambien yo lo quisiera! contestó Luisa.

—¡Calla, infeliz, calla, me haces padecer mucho! He faltado en decirte lo que te decia, muy lejos estaba de.... Pero vamos, habla; y en nombre de Dios no mientas.... Por terrible que sea la verdad, que la sepa yo de tí á lo menos, asi me parecerá menos cruel.... ¡Ah, habla, habla! Nos están contados los momentos, y abajo te esperan. ¡Oh, triste despedida, triste despedida por Dios!

—Todo os lo diré, padre mio, replicó Luisa armándose de resolucion; pero prometedme vos y nuestro protector que no repetireis á nadie lo que voy á decir, á nadie, ¿lo ois? porque si él supiera

que he hablado.... ¡oh! añadió estremeciéndose de terror, estariais perdidos, perdidos como yo; porque vosotros no conoceis el poder y la ferocidad de aquel hombre.

— ¿De quién?

— De mi amo.

— ¿El escribano?

— Sí: dijo Luisa en voz baja y mirando al rededor, como si hubiese temido que la escucharan.

— Tranquilizaos, la dijo Rodolfo, ese hombre es cruel y poderoso; mas no importa, ya le combatiremos. Por otra parte, si yo revelase lo que vais á decirnos, seria únicamente por vuestro interés ó por el de vuestro padre.

— Yo tambien, Luisa, si hablase, seria solamente con objeto de salvarte. Pero ¿qué es lo que ha hecho ese hombre malvado?

— Voy á hablar, dijo Luisa, despues de reflexionar un momento; pero deberé tambien en mi relacion hacer mencion de un hombre que me ha prestado un gran servicio, y que ha mostrado el mayor interés por mi padre y por mi familia, un sugeto que estaba empleado en casa del señor Ferrand cuando yo entré en ella, y me ha hecho prometer que no diria á nadie su nombre.

Rodolfo, pensando si se trataria de German, dijo á Luisa.

— Si hablais del señor Francisco German, estad tranquila; vuestro padre y yo guardaremos muy bien su secreto.

Luisa miró á Rodolfo con sorpresa.

— ¿Le conoceis vos? preguntó.

— ¡Cómo! ¿Este jóven honrado que ha vivido tres meses en esta casa estaba empleado en casa del escribano cuando tú entraste en ella? dijo Morel. La

primera vez que le vistes aqui, no aparentastes conocerle.

— Asi estaba convenido entre los dos, padre mio: tenia él grandes razones para ocultar que trabajaba en casa del escribano, yo fui quien le indiqué la habitacion del cuarto piso que estaba para alquilar en esta casa, segura de que seria para nosotros un buen vecino.

— Pero ¿quién colocó á vuestra hija en casa del escribano? preguntó Rodolfo.

— Cuando la enfermedad de mi muger, dije á la señora Celestina, la prendera que vive aqui, que Luisa queria ponerse á servir para ayudarnos en algo. La señora Celestina conocia á la ama de llaves del escribano, me dió para ella una carta recomendándola á Luisa como á una escelente muchacha. ¡Maldita sea mil veces la tal carta pues ha sido causa de todas nuestras desgracias! Ahi teneis por qué entró mi hija en casa del escribano.

— Aunque estoy enterado de alguno de los hechos que han producido el odio del señor Ferrand contra vuestro padre, dijo Rodolfo á Luisa, quisiera que me contaseis en pocas palabras lo que ha pasado entre vos y el escribano desde que entrasteis á servirle; esto podrá aprovechar para vuestra defensa.

— Durante los primeros tiempos de mi permanencia en casa del señor Ferrand, repuso Luisa, no tuve motivo para quejarme de él. Tenia mucho trabajo, su ama refunfuñaba á menudo conmigo y la casa era muy triste; pero lo sufria todo con paciencia, porque esa es siempre la obligacion del que sirve, y en otra parte hubiera tenido otros disgustos. El señor Ferrand tenia un aspecto severo, iba todos los dias á misa, y recibia en su casa á muchos sacerdotes: no desconfiaba, pues, de él,

mucho mas, cuando al principio me miraba apenas, y me hablaba con mucha aspereza, sobre todo delante de los estraños.

A escepcion del portero, que vivia en el piso bajo, en un cuarto junto al despacho, estaba sola con la señora Serafina, que es el ama de gobierno. El pabellon que nosotras ocupábamos es una obra aislada, entre el patio y el jardin. Mi cuarto estaba en el piso superior, y muchas veces tenia miedo de quedarme toda la noche sola, ó en la cocina que es subterránea ó en mi cuarto. Por la noche me parecia oir algunas veces ruidos sordos y estraordinarios en un piso de abajo que nadie habitaba y en el que el señor German iba muchas veces á trabajar de dia; dos de las ventanas de aquel piso estaban tapiadas, y habia una puerta muy fuerte, reforzada aun con planchas de hierro. La señora Serafina me dijo despues que alli estaba la caja de los fondos del señor Ferrand.

Un dia que habia velado hasta muy tarde para coser alguna cosa muy necesaria, iba á acostarme, cuando oí andar de puntillas en el corredor al cabo del cual estaba mi cuarto, y pararse alguien á mi puerta: al principio creí que seria el ama de gobierno; pero como no entraba tuve miedo: no me atreví á moverme y me puse á escuchar, pero no se meneaban; con todo, yo estaba segura de que habia alguien junto á mi puerta: pregunté por dos veces ¿quién va? mas no me contestaron. Asustada cada vez mas, puse mi cómoda contra la puerta, que no tenia ni cerrojo ni cerradura. Continué escuchando, y no oí nada; al cabo de una media hora que se me hizo muy larga, me echè en la cama, y pasé la noche tranquila. Al dia siguiente pedí permiso al ama de gobierno para poner un cerrojo á mi puerta, que no lo tenia, contándola

el miedo que habia tenido por la noche; y me contestó que estaria soñando, pero que para aquel objeto debia dirigirme al señor Ferrand: cuando solicité á este el permiso, se encogió de hombros, y me contestó que estaba loca: por lo cual no me atreví á replicarle.

Algunos dias despues, sucedió la desgracia del diamante: mi padre desesperado no sabia qué hacer; conté á la señora Serafina mi desgracia, y me contestó: «El señor es tan caritativo, que quizás hará alguna cosa por vuestro padre.» Aquella misma noche servia á la mesa, y el señor Ferrand me dijo bruscamente: «Tu padre necesita mil trescientos francos: vé esta noche misma, y dile que se venga mañana á mi despacho, y se los prestaré; es un hombre honrado, y merece que me interese por él.» Al oir aquella prueba de bondad, me eché á llorar, sin saber cómo dar las gracias á mi amo: y él me dijo con su acostumbrada aspereza: «Nada, nada: lo que hago no tiene nada de particular. Por la noche, acabada mi labor, me fuí á comunicar á mi padre aquella buena noticia, y al dia siguiente....

—Sí señor, tuve los mil trescientos francos dando una letra de cambio á tres meses fecha, aceptada en blanco por mí, dijo Morel, é hice como Luisa: lloré de reconocimiento, y llamé á aquel bienhechor mi protector, mi salvador. ¡Oh! fuerza es que haya sido bien malo para destruir el reconocimiento y la veneracion que yo le tenia.

—¿Cómo no os hizo sospechar esa precaucion de haceros firmar en blanco una letra de cambio, con la probabilidad casi cierta de que no podriais pagarla? le preguntó Rodolfo.

—Porque creí únicamente que era una garantía que se reservaba el escribano, el cual me dijo que

no tenia necesidad de reembolsarle aquella suma aunque pasaran dos años; pero que cada tres meses, renovaríamos la letra, para mayor formalidad: con todo, al primer vencimiento, me fué presentada, no pude pagarla, y sacó el protesto bajo el nombre de un tercero; pero me mandó á decir luego que no debia inquietarme aquello, que habia sido solamente una equivocacion de su procurador.

—Queria teneros en su poder de este modo, dijo Rodolfo.

—¡Ah! sí señor, porque desde la fecha de ese protesto, fué cuando empezó.... pero continúa, Luisa, continúa. Yo no sé lo que me digo.... la cabeza se me vá, y tengo vahidos.... ¡Yo me volveré loco, porque esto es demasiado, es demasiado!

Rodolfo calmó al lapidario, y Luisa prosiguió de esta manera:

—Yo redoblaba mi celo, á fin de mostrarme tan reconocida como me fuera posible á los servicios que el señor Ferrand nos habia prestado; pero desde entonces, el ama de gobierno me tomó grande aversion, y tenia el mayor placer en atormentarme, en hacerme caer en faltas, no comunicándome las órdenes que el señor Ferrand la daba para mí. Aquel trato me hacia padecer mucho, y hubiera preferido cualquiera otra colocacion; pero la obligacion en que estaba mi padre para con mi amo me impedia marcharme. Tres meses hacia que le habia prestado el señor Ferrand aquella suma, y continuaba tratándome siempre con la misma aspereza delante de la señora Serafina; mas me echaba de cuando en cuando y á hurtadillas algunas miradas que me avergonzaban, y él se sonreia al ver mi rubor.

—¡Habreis comprendido, señor, que estaba entonces en disposicion de obtener auto de prision contra mí!

—Un dia, continuó Luisa, el ama de gobierno salió despues de comer, contra su costumbre: los dependientes se salieron tambien del despacho, porque vivian fuera de casa; el señor Ferrand envió á un recado al portero, y me quedé sola con él en casa: estaba trabajando en el comedor, y me llamó. Entro en su cuarto, y lo encuentro de pie delante de la chimenea; me acerco á él; se vuelve bruscamente, y me cogió en sus brazos: su rostro estaba encarnado como un carmin; sus ojos brillaban estraordinariamente. Tuve un miedo horroroso, y la sorpresa me impidió hacer al principio movimiento alguno; pero aunque él es muy fuerte, me debatí tan vivamente que logré escaparme y me salvé en la pieza inmediata, cuya puerta cerré aguantándola con toda mi fuerza, pues la llave estaba de su parte.

—Ya la oís, caballero, ya la oís. ¡Hé aqui la conducta de este digno bienhechor! dijo Morel á Rodolfo.

—Á poco rato la puerta cedió á sus esfuerzos, continuó Luisa, pero afortunadamente la luz estaba á mi alcance y tuve tiempo de matarla. La antecámara estaba lejos de la pieza en que él se hallaba, y de repente se encontró en la oscuridad: me llamó y no respondí: entonces me dijo temblándole de cólera la voz: «Si tratas de escaparte, tu padre irá á la cárcel por los mil trescientos francos que me debe y no puede pagarme.» Le supliqué que tuviera compasion de mí, y le prometí hacer cuanto supiera para servirle bien, y agradecer sus beneficios; pero le declaré que nada seria capáz de hacerme envilecer.

—¡Ah! este es el lenguage de mi Luisa, dijo Morel, de mi Luisa, cuando tenia el derecho de estar orgullosa.... ¿pero cómo fué?... En fin, continúa....

—Estaba entre tinieblas, y al cabo de un rato, oigo cerrar la puerta de salida del aposento en que estábamos, que mi amo habia encontrado á tientas. Me tenia en su poder: corre á su cuarto, y vuelve luego con una luz. No me atrevo á contaros padre mio, la nueva lucha que hube de sostener, sus amenazas y su persecucion de aposento en aposento: afortunadamente el temor, la desesperacion y la cólera, me daban fuerzas. Mi resistencia lo puso furioso, y no sabia ya lo que hacia. Me maltrató, me pegó, y me llenó la cara de sangre.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó el lapidario alzando al cielo las manos, ¿no son crímenes estos? ¡No hay castigo que baste para semejante mónstruo, no lo hay!

—Tal vez sí, dijo Rodolfo, que parecia reflexionar profundamente, y dirigiéndose á Luisa la dijo: ¡Valor! contadnoslo todo.

—Esta lucha hacia ya tiempo que duraba, y mis fuerzas me abandonaban, cuando el portero, que habia vuelto, dió dos golpes, señal de que habia alguna carta. Temiendo que si yo no la iba á buscar, la entrase el mismo portero me dijo: «¡Ve!... Si dices una sola palabra, está perdido tu padre; si tratas de salir de mi casa, lo pierdes tambien, y cuando vengan á pedirme informes de tí, yo impediré que te coloques, dando á entender, sin afirmarlo que me has robado, y añadiré que eres una criada detestable....» El dia siguiente á aquella escena, vine á decírselo todo á mi padre, á pesar de las amenazas de mi amo. Mi padre queria

que saliese luego de aquella casa, pero la consecuencia era su encarcelamiento. Lo poco que ganaba se hacia indispensable á mi familia desde la enfermedad de mi madre, y los malos informes que el señor Ferrand queria dar de mí, me hubieran impedido quizás por mucho tiempo encontrar otra colocacion.

— Sí, dijo Morel con sombría amargura; tuvimos la cobardía y el egoismo de dejar volver allá á nuestra hija. ¡Oh! qué bien decia yo: ¡La miseria, la miseria! ¡cuántas infamias obliga á cometer la miseria!

— ¡Ah! padre mio, ¿no procurasteis acaso de todos modos el hallar los mil trescientos francos? Os fué imposible, y no nos queda mas que resignarnos.

— Vamos, hija mia, continúa.... los tuyos han sido tus verdugos; mas culpa tenemos nosotros que tú de la desgracia que te sucede, dijo el lapidario, ocultando la cara entre sus manos.

— Cuando volví á ver á mi amo, repuso Luisa, se presentó conmigo brusco y duro, como antes de la escena de que os he hablado, y ni una sola palabra me dijo acerca de lo pasado; el ama de gobierno continuó atormentándome; dábame apenas lo necesario para mi alimento, y cerraba el pan bajo llave, y muchas veces, por malicia, emporcaba lo que quedaba de la mesa, que era lo que me daban, porque ella acostumbraba á comer con el señor Ferrand. Por la noche apenas dormia, á cada instante temia ver entrar al escribano en mi cuarto que no podia cerrarse: habia mandado quitarme la cómoda que atravesaba en la puerta para guardarme, y no me quedaba mas que una silla, una mesita y mi maleta: procuraba fortificarme con esto lo mejor que podia, y me acostaba vesti-

da. Durante algun tiempo me dejó tranquila, y ni siquiera me miraba, de suerte que empecé á tranquilizarme un poco, creyendo que ya no pensaba en mí. Un domingo me permitió salir, y corrí á participar el feliz cambio de mi estado á mis padres. ¡Cuánto nos hizo gozar á todos! Hasta este punto lo supisteis todo, padre mio; lo que me queda que decir.... y la voz de Luisa tembló.... es horrible, y os lo he ocultado siempre.

—¡Oh! bien seguro estaba yo, bien seguro, de que me ocultabas algun secreto, esclamó Morel con una especie de aturdimiento y volubilidad de espresion que espantó á Rodolfo. Tu palidéz, tus facciones, debian habérmelo hecho conocer. Cien veces lo he dicho á tu madre.... pero ella me tranquilizaba.... ¡Vaya una accion! ¡Para librarnos de nuestra mala suerte, dejar á nuestra hija en casa de aquel mónstruo!... ¿Y á dónde va ahora nuestra hija? Al banco de los criminales....¡Hela ahí! ¡Ah! pero al fin.... ¿y quién sabe?... en verdad que.... porque uno es pobre.... ¿pero y los demás? ¡Bah! ¡bah!... ¡Los demás!... Y luego deteniéndose como para reunir sus ideas que se le confundian, esclamó: ¡Ah! No sé lo que me digo.... la cabeza me arde.... Me parece que estoy ébrio.

Y ocultó la cara entre las manos.

Rodolfo no quiso dejar conocer á Luisa cuánto le afectaba la incoherencia del lenguaje del lapidario, y replicó con gravedad.

—No teneis razon, Morel: no era solamente por ella, sino por su madre, por sus hijos y por vos mismo el que vuestra pobre esposa temiese las consecuencias de la salida de Luisa de casa del escribano. No acuseis á nadie.... Que todas las maldiciones y todos los odios recaigan sobre un solo hombre.... Sobre ese mónstruo de hipocresía, que

colocaba á una jóven entre el deshonor y la ruina... la muerte, tal vez, de su padre y de su familia.... Sobre ese amo que abusaba de una manera infame de su posicion.... Pero tened paciencia, ya os he dicho que la Providencia reserva muchas veces para el crímen castigos sorprendentes y espantosos.

Las palabras de Rodolfo estaban marcadas, por decirlo asi, de un carácter tal de certeza y conviccion al hablar de aquel castigo providencial, que Luisa le miró con sorpresa y casi con miedo.

—Proseguid, hija mia, añadió dirigiéndose á Luisa, no nos oculteis nada, porque es mas importante de lo que vos pensais.

—Empezaba, pues, á tranquilizarme algun tanto, dijo Luisa, cuando una tarde el señor Ferrand y el ama de gobierno, salieron cada uno por su lado. No comieron en casa, y me quedé sola: dejáronme como acostumbraban, mi racion de pan, vino y agua, despues de haber cerrado con llave los armarios: concluida mi labor, comí; y como me diese miedo el estar sola en los aposentos, me subí á mi cuarto, despues de haber dejado encendido el velon del señor Ferrand. Cuando este salia de tarde, no acostumbrábamos á esperarle; me puse, pues, á trabajar, y contra mi costumbre el sueño me venció poco á poco.... ¡Oh! padre mio, ¡no vais á creerme!... Vais á llamarme mentirosa.... pero sobre el cadáver de mi pobre hermana, os juro que digo verdad....

—Esplicaos, dijo Rodolfo.

—¡Ah! señor, hace siete meses que procuro en vano esplicarme á mí misma aquella noche horrible, sin poderlo alcanzar: he estado á punto de perder el juicio queriendo comprender este misterio....

—¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué va á decir? escla-

mó el lapidario saliendo de la especie de indiferente confusion en que estaba postrado por intermitencias desde el principio de aquella relacion.

— Me habia dormido, contra mi costumbre, en la silla, repuso Luisa. Hé aqui lo último de que me acuerdo. Despues.... despues.... ¡Oh! padre mio, ¡perdon! Os juro con todo que no soy culpable....

— ¡Te creo!... ¡Te creo!... Pero habla.

— No sé cuanto tiempo haria que estaba durmiendo, cuando desperté, y me encontré en mi mismo aposento, pero acostada y deshonrada por el señor Ferrand, que estaba á mi lado....

— ¡Mientes! ¡Mientes! esclamó el lapidario furioso. Confiésame que cediste á la violencia, ó al temor de verme llevar á la cárcel.... pero no mientas asi.

— Os juro, padre mio....

— Mientes.... Mientes.... ¿Por qué habria querido el escribano encarcelarme, puesto que le habias cedido?

— Cedido no: ¡oh, no, padre mio! Mi sueño fué tan profundo que estaba como muerta.... Esto os parecerá estraordinario, imposible.... ¡Lo sé, Dios mio! porque aun á estas horas no puedo yo misma comprenderlo.

— Pues yo lo comprendo todo, replicó Rodolfo interrumpiendo á Luisa, este crimen es el único que le faltaba á aquel hombre.... No acuseis á vuestra hija de faltar á la verdad, Morel. Decidme, Luisa: ¿en la comida, antes de subir á vuestro aposento, no notasteis algun gusto estraño en lo que bebisteis? Cuidad de recordar bien esta circunstancia.

Despues de un momento de reflexion, respondió Luisa.

— Me acuerdo, en efecto, que el agua con vino

que me dejó la señora Serafina, como acostumbraba, tenia el gusto un poco amargo; pero no hice caso, porque el ama de gobierno se divertía algunas veces en echarme sal ó pimienta en la bebida.

—¿Y aquel dia os pareció amarga la bebida?

—Sí señor, pero no tanto que me impidiese el beber; creí que el vino se volvia ácido.

Morel, con la vista fija, escuchaba las preguntas de Rodolfo y las respuestas de Luisa, sin parecer comprender su sentido.

—Antes de dormiros sobre vuestra silla, ¿no sentisteis pesada la cabeza y las piernas entorpecidas?

—Si señor, las sienes me latian con fuerza, sufria un ligero estremecimiento, y me sentia muy mal.

—¡Oh, miserable, miserable! esclamó Rodolfo. ¿Sabeis, Morel, lo que ese hombre dió á beber á vuestra hija?

El artesano miró á Rodolfo sin contestarle.

—El ama de gobierno, su cómplice, habia echado en la bebida de vuestra hija un narcótico, ópio seguramente, que paralizó las fuerzas y el conocimiento de Luisa por algun tiempo, y al salir de aquel sueño letárgico.... estaba deshonrada....

—¡Ah! esclamó Luisa, ¡ahora veo esplicada mi desgracia!... Ya lo veis, padre mio, soy menos culpable de lo que os parecí.... ¡Padre mio, padre mio! ¡Contestadme, contestadme!

La mirada del lapidario estaba espantosamente fija.

Tan horrible perversidad no podia caber en la mente de aquel hombre sencillo y honrado, que apenas comprendia aquella revelacion espantosa.

A mas, fuerza es decirlo, hacia algunos momentos que su razon se perdia, y sus ideas se oscure-

cian mas y mas. Entonces caia en aquella aniquilacion del pensamiento que con respecto á la inteligencia, es lo que la noche con respecto á la vista.... formidable síntoma de enagenacion mental.

Por fin, contestó el artesano con voz sorda, breve y precipitada:

—¡Oh, sí, es malo, muy malo, muy malo!

Y volvió á caer en su apatía.

Rodolfo lo miró con angustia, creyendo que la energía de la indignacion empezaba á estinguirse en aquel infeliz, lo mismo que muchas veces despues de violentos disgustos faltan las lágrimas y queriendo terminar lo mas pronto posible aquella penosa entrevista, dijo á Luisa:

—Valor, hija mia, acabad de contarnos ese tegido de horrores.

—¡Ah, señor! lo que habeis oido es nada todavia. Al ver junto á mí al señor Ferrand, solté un grito de terror. Quise huir, y me detuvo á la fuerza: me sentia tan débil y tan pesada, seguramente á causa del brevage de que habeis hablado, que no pude escaparme. «¿Por qué quieres huir ahora?» me preguntó el señor Ferrand con un tono de sorpresa que me confundió. «¿Qué capricho es ese? ¿No estoy aqui con tu consentimiento?» —¡Ah, señor, esto es infame! esclamé, ¡habeis abusado de mi sueño para perderme! mi padre lo sabrá..... Cuando dije esto, mi amo se echó á reir.— «¿He abusado de tu sueño, dices? ¿Yo? ¡Tú te chanceas! ¿A quién harás creer esta mentira? ¡Estoy aqui desde las diez y habrias dormido mucho y muy profundamente! Confiesa mas bien que no he hecho mas que aprovecharme de tu buena voluntad: ea, no seas tan caprichosa, ó nos vamos á enfadar. Tu padre está en mi poder; y ahora no tienes ya ra-

zon ninguna para rechazarme : sé sumisa , y seremos buenos amigos ; sino ¡pobre de tí!» — Se lo contaré todo á mi padre , esclamé yo , y sabrá vengarme : ¡hay justicia!... El señor Ferrand me miró con sorpresa. — «¿Tú estás loca? ¿Y qué le podrás decir á tu padre? ¿Que te has dignado recibirme? haz lo que quieras , tú verás cómo te recibe él.» — ¡Dios mio! pero esto no es verdad, ¡vos sabeis bien que estais aqui contra mi voluntad! — «¿Contra tu voluntad? ¿Tendrás la desvergüenza de sostener esa mentira y de hablar de violencias? ¿Quieres una prueba de tu falsedad? Ayer dí órden al señor German , mi cajero , de que se viniera á concluir un trabajo que corria prisa ; y ha trabajado hasta la una en un aposento debajo de este. ¿No hubiera oido tus gritos y el ruido de una lucha parecida á la que tuve que sostener dias atrás contra tí , picarilla , cuando no eras tan condescendiente como hoy? Pues bien : pregúntale mañana á German, y te dirá si ha oido que esta noche todo ha estado perfectamente tranquilo.»

— ¡Oh! tenia tomadas todas las precauciones para asegurar su impunidad, esclamó Rodolfo.

— Sí señor , y por esto estaba aterrada. A todo lo que me decia el señor Ferrand , no encontraba yo contestacion alguna , é ignorando que me hubiese hecho tomar un brevage, no sabia esplicarme á mí misma la tenacidad de mi sueño. Las apariencias estaban contra mí , y si me hubiese quejado , todo el mundo me hubiera echado la culpa á mí, cuando para mí misma era aquella noche un misterio impenetrable.

CAPÍTULO XXXII.

El crímen.

Confundido dejó á Rodolfo la espantosa hipocresía del escribano Ferraud.

—¿Y no os atrevisteis á quejaros á vuestro padre del odioso atentado del escribano?

—No señor; hubiérame sin duda creido cómplice del señor Ferrand; y temia que se olvidase en su cólera de que su libertad y la existencia de nuestra familia dependian de mi amo.

—Y probablemente, añadió Rodolfo, para evitar á Luisa una parte de su penosa confesion, cediendo al temor de perder á vuestro padre con una negativa, ¿habreis continuado siendo víctima de aquel miserable?

Luisa bajó los ojos avergonzada.

— Y despues ¿fué menos brutal para con vos su conducta?

— No señor : para alejar toda sospecha , cuando por casualidad tenia al cura de la Buenanueva y á su vicario á comer , me dirigia mi amo duros reproches delante de ellos , y rogaba al cura que me amonestase , diciéndole que tarde ó temprano me perderia ; porque tenia maneras demasiado libres con los dependientes de su despacho , y era holgazana , y añadia que me conservaba en su casa por caridad á mi padre , que era un honrado padre de familia , á quien habia hecho algunos favores. Salvo lo del favor hecho á mi padre todo aquello era mentira : yo no veia jamás á los dependientes, que trabajaban en un cuerpo del edificio enteramente separado del nuestro....

—Y cuando os encontrabais sola con Ferrand, ¿de qué modo os esplicaba su conducta para con vos delante del cura?

—Me queria hacer creer que todo era chanza: pero el cura tomaba sériamente sus acusaciones, y me decia con severidad que era menester estar enteramente viciada para perderse en una santa casa en que tenia continuamente á la vista religiosos ejemplos. Yo no sabia qué responder á esto, y bajaba la cabeza avergonzada ; mas mi silencio y mi confusion me perjudicaban , y la vida se me hacia tan pesada , que muchas veces estuve á punto de atentar á ella ; pero pensaba en mis padres y en mis hermanos , á quienes sostenia yo algun tanto, y me resignaba porque en medio de mi envilecimiento encontraba un consuelo ; al menos mi padre se habia salvado de la cárcel. Una nueva desgracia me abatió , quedé embarazada y me ví perdida completamente. Yo no sé por qué presentí que al saber el señor Ferrand una noticia que debia

volverle menos cruel para conmigo, habia de redoblar sus malos tratamientos; lejos estaba con todo de suponer lo que sucedió....

Morel, vuelto de su momentánea aberracion, miró confuso á su alrededor, se pasó la mano por la frente, ordenó sus ideas, y dijo á su hija:

—Me parece que he tenido un momento de distraccion.... La fatiga.... el pesar.... ¿qué estabas diciendo?

—Cuando el señor Ferrand supo que estaba en cinta....

El lapidario hizo un ademan de desesperacion, pero calmóle Rodolfo con una mirada.

—Vamos, escucharé hasta el fin, dijo Morel, sigue, sigue....

Luisa prosiguió contando:

—Pregunté al señor Ferrand de qué medios me valdria para ocultar mi deshonra, y las consecuencias de una falta de que él era autor. ¡Oh, ahora si que no me creereis, padre mio!

—Hablad....

—Interrumpiéndome con indignacion y con fingida sorpresa, afectó no comprenderme, y me preguntó si estaba loca. Yo esclamé espantada: ¡Dios mio! ¿Qué quereis que sea de mí ahora? Si no teneis compasion de mí, tenedla al menos de vuestro hijo.—«¡Qué horror! esclamó el señor Ferrand levantando al cielo las manos. ¡Cómo, miserable! ¿tendrias la audacia de acusarme de estar tan vilmente corrompido para descender hasta una muger de tu especie? ¿Serias tan desvergonzada para atribuirme las consecuencias de tus escesos, á mí que te he repetido cien veces delante de los testigos mas respetables que acabarias por perderte, por tu impúdico desenfreno? Sal de mi casa al instante, yo te despido....

Rodolfo y Morel quedaron mudos de espanto.... una hipocresía tan infernal les aterró.

—¡Oh! lo confieso, dijo Rodolfo, esto escede á las mas horribles previsiones.

Morel no dijo nada, sus ojos se abrieron de una manera espantosa, un espasmo convulsivo contrajo sus facciones, bajó de la mesa en que se habia sentado, abrió bruscamente un cajon, sacó una lima muy larga y muy acerada con mango de madera, y se lanzó á la puerta.

Rodolfo adivinó su pensamiento, y cogiéndole por el brazo lo detuvo.

—¿A dónde vais, Morel? ¡os perdeis, desgraciado!

—Si no me dejais salir, esclamó debatiéndose furioso el artesano, haré dos desgracias en lugar de una.

Y el insensato amenazó á Rodolfo.

—¡Padre mio! es nuestro salvador, esclamó Luisa.

—Se está mofando de nosotros, respondió Morel completamente alucinado y luchando con Rodolfo. Quiere salvar al escribano.

Al cabo de un segundo, este le habia desarmado con mucho tiento, abrió la puerta y tiró la lima por la escalera.

Luisa corrió al lapidario, le estrechó en sus brazos, y le dijo:

—¡Padre mio, es vuestro bienhechor y habeis levantado la mano contra él, volved en vos, padre mio!

Estas palabras hicieron volver en sí á Morel, que ocultó su cara entre las manos y cayó mudo á los pies de Rodolfo.

—Levantaos, repuso este con bondad. ¡Paciencia, paciencia!... Comprendo vuestro furor y os acom-

paño en vuestro odio; pero en nombre de vuestra misma venganza no la comprometais asi.

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó el lapidario levantándose: ¿Pero qué pueden la justicia y la ley contra esto? Somos pobres y se nos reirán en las barbas cuando vayamos á acusar al hombre rico y poderoso. ¡Ja, ja, ja! y se echó á reir con una risa convulsiva.... ¡y tendrán razon! ¿Dónde están nuestras pruebas? sí, nuestras pruebas..... No nos creerán.... Asi os digo, esclamó redoblando su furor, os digo que no tengo confianza sino en la imparcialidad de mi cuchillo....

—Silencio, Morel; el dolor os trastorna, le dijo tristemente Rodolfo. Dejad hablar á vuestra hija; los momentos son preciosos, el comisario la espera, y es menester que yo lo sepa todo.... todo, lo oís.... Continuad, hija mia.

Morel volvió á dejarse caer abatido sobre su asiento.

—Es inútil, caballero, que os diga mis lágrimas, y mis súplicas, pues estaba desconsolada. Esto habia sucedido á las diez de la mañana, y me hallaba en el gabinete del señor Ferrand; el cura debia venir á almorzar aquel dia, y entró en el momento mismo en que mi amo me llenaba de injurias, y pareció haberle turbado vivamente la entrada del clérigo.

—¿Y qué dijo entonces?

—Pronto se determinó: dirigióse al cura, y esclamó: «¿No os decia yo, señor cura, que esta muchacha se perderia? Pues ya está perdida, y perdida para siempre: acaba de confesarme su falta y su deshonra, rogándome que la salve, yo, que únicamente por compasion la he tenido en mi casa.
—¡Cómo! me dijo indignado el señor cura, á pesar de los saludables consejos que vuestro amo os ha

dado tantas veces en mi presencia, ¿os habeis envilecido hasta este punto? ¡Oh, esto es imperdonable! Amigo mio, despues de las bondades que habeis prodigado á esta infeliz y su familia, la compasion seria ya una debilidad.... Sed inexorable,» dijo el cura, engañado como todos, por la hipocresía del señor Ferrand.

—¿Y en aquel instante no le quitasteis la máscara?

—¡Dios mio! yo estaba petrificada, la cabeza se me turbaba y ni me atrevía, ni hubiera podido pronunciar una palabra: con todo quise defenderme: Pero señor.... esclamé. —«No prosigais, indigna criatura, me dijo interrumpiéndome el señor Ferrand. ¿Has oido al señor cura? la compasion seria debilidad.... Dentro de una hora has de estar fuera de mi casa.» Y sin dejarme tiempo para contestarle, se llevó al cura á otro cuarto. Despues de la salida del señor Ferrand, añadió Luisa, quedé un rato delirando: echada de su casa y sin poderme colocar en otra parte, por causa del estado en que me encontraba, y de los malos informes que mi amo daria de mí, y aun temia que en su cólera hiciese encarcelar á mi padre, no sabia que hacerme. Por último me dirigí á mi cuarto, en donde lloré abundantemente.

Al cabo de dos horas, se presentó el señor Ferrand, y me dijo: «¿Has arreglado tu ropa?»—¡Perdon! esclamé cayendo á sus pies, no me echeis de vuestra casa en el estado en que estoy. ¿Qué voy á hacer asi sin poder colocarme en parte alguna?—«Tanto mejor: Dios te castiga de ese modo por tu libertinage y tus mentiras.»—¿Y os atreveis á decirme que miento? grité indignada, ¿os atreveis á decir que no sois vos el que me ha perdido?—«Sal al momento de mi casa, infame, puesto que per-

sistes en tus calumnias, esclamó con una voz terrible. Y para castigarte, mañana hago meter en la cárcel á tu padre.»—Pues bien, no os acusaré mas, señor, os lo prometo; pero no me echeis. Tened piedad de mi padre, lo poco que gano aqui sostiene á mi familia.... Guardadme en vuestra casa, y no diré nada: procuraré que nadie conozca mi estado, y cuando no podré ya ocultar por mas tiempo mi triste posicion, entonces me echareis.

A fuerza de súplicas, por mi parte, el señor Ferrand, consintió en que siguiera en su casa, lo que consideré como un gran favor, tan desesperada era mi situacion. Con todo, durante los cinco meses que siguieron á esta escena cruel, fui bien desgraciada, y muy mal tratada: solamente el señor German, á quien veia raras veces, me preguntaba con bondad acerca de mis penas; pero la vergüenza me impedía comunicárselas.

—¿No es á poca diferencia por ese tiempo cuando él vino á vivir aqui?

—Sí señor: buscaba una habitacion por la parte del Temple, ó del Arsenal; habia aqui una para alquilar, que es la que habitais vos; se la enseñé, y le acomodó. Cuando la dejó, me suplicó que no dijera á nadie su nuevo domicilio que sabíamos todos en casa del señor Ferrand.

La necesidad en que estaba German de librarse de las persecuciones de que era objeto, esplicaba á los ojos de Rodolfo estas precauciones.

—¿Y no pensasteis alguna vez en confiaros á German? preguntó el príncipe á Luisa.

—No señor: tambien estaba engañado por la hipocresía del señor Ferrand: decia que era duro y exigente; pero lo creía el hombre mas honrado del mundo.

—Cuando estuvo aqui German, ¿no oyó algunas veces á vuestro padre quejarse de que el escribano os habia querido seducir?

—Mi padre no hablaba jamás de sus temores delante de estraños; y por otra parte, en aquella época yo engañaba su temor, y le tranquilizaba, diciéndole que el señor Ferrand no pensaba ya en mí. ¡Ah, padre mio! ahora me perdonareis aquellas mentiras, que no decia sino para tranquilizaros, ya lo veis, ya lo veis.

Morel no contestó; apoyada la frente sobre sus brazos, que tenia cruzados en la mesa, estaba sollozando.

Rodolfo, hizo señal á Luisa para que no dirigiera mas la palabra á su padre, y prosiguió la infeliz su narracion.

—Pasé aquellos cinco meses en lágrimas y angustias continuas: á fuerza de precauciones habia llegado á ocultar mi estado; pero no esperaba poderlo disimular, en los dos últimos meses que me separaban del término fatal.... El porvenir se hacia para mí cada vez mas espantoso; el señor Ferrand me habia declarado que no me queria mas en su casa, y de este modo iba á verme privada del corto recurso con que ayudaba á mi familia. Maldecida y arrojada de casa por mi padre, que despues de las mentiras que le habia dicho me hubiera creido cómplice y no víctima del señor Ferrand, ¿qué iba á ser de mí? ¿dónde refugiarme? ¿qué colocacion podia encontrar en el estado que me hallaba? Entonces tuve una idea criminal, pero por fortuna retrocedí antes de su ejecucion.... Os hago esta confesion, caballero, porque no quiero ocultar nada, ni aun de lo que puede hacerme culpable, para haceros conocer á qué estremos me re-

dujo la crueldad del señor Ferrand. Si hubiese cedido á un pensamiento funesto, ¿no hubiera él sido cómplice en mi crímen?

Despues de un momento de silencio, continuó Luisa haciendo un esfuerzo, y temblándole la voz:

—Habia oido decir á la portera, que vivia en esta casa un charlatan, y....

No pudo concluir.

Rodolfo recordó que el dia de su primera entrevista con la señora Pipelet, habia recibido del cartero, en ausencia de la portera, una carta escrita en papel basto, de letra contrahecha, y sobre la cual habia notado las señales de algunas lágrimas.

—¡Y le escribisteis, infeliz! ¡hace esto tres dias!... Llorasteis sobre aquella carta, y hasta desfiguraste la letra.

Luisa miraba á Rodolfo con espanto....

—¿Pero cómo lo sabeis?...

—Tranquilizaos; estaba solo en el cuarto de la portera cuando trajeron vuestra carta, y por casualidad fijé en ella la vista.

—Pues bien, lo confieso. En aquella carta, que no firmé, escribí al señor Bradamanti que, no atreviéndome á ir á su casa, le rogaba se encontrase conmigo al anochecer, junto al Chateau d'eau. Habia perdido el juicio, queria pedirle un horrible consejo, y salí de casa de mi amo con la intencion de seguirlo; pero á los pocos momentos recobré mi razon, y conocí el crímen que iba á cometer.... volví á casa, y falté á la cita. Aquella noche pasó una escena, cuyas consecuencias han producido la última desgracia que me persigue.

El señor Ferrand creyó que yo habia salido por un par de horas, cuando á poco rato ya estaba de vuelta. Al pasar por delante de la puerta del jardin, la ví entreabierta con mucha sorpresa mia:

entré por ella, y llevé la llave al gabinete del señor Ferrand, donde se dejaba ordinariamente. Esta pieza, que estaba delante de su alcoba, era el lugar mas retirado de la casa, donde daba sus audiencias secretas, pues los asuntos ordinarios los trataba en su despacho. Ahora sabreis por qué indico estos detalles: como conocia muy bien la disposicion de las habitaciones, despues de haber pasado por el comedor, que estaba alumbrado, entré sin luz en el salon, y de allí al gabinete para dejar la llave; pero apenas la hube puesto sobre la mesa, cuando se abrió de golpe la puerta de aquel aposento. Apenas me hubo divisado mi amo, á la luz de una lámpara que ardia en su cuarto, cerró bruscamente la puerta, dejando dentro á alguien que no pude distinguir; y luego precipitándose sobre mí, á pesar de la oscuridad, me cogió por la garganta como si hubiese querido ahogarme, y me dijo en voz baja y en tono furioso y terrible: «¿Me estabas espiando? ¿escuchabas á la puerta? ¿qué es lo que has oido?... Responde, responde, ó te ahogo.» Pero cambiando de idea, y sin darme tiempo de decir una palabra, me hizo retroceder hasta el comedor. La despensa estaba abierta, metióme en ella, y la cerró.

—¿Y no oisteis nada de su conversacion?

—Nada absolutamente; si hubiese sabido que habia alguien en su cuarto, me hubiera guardado muy bien de entrar en él, porque lo tenia prohibido hasta á la señora Serafina.

—Y cuando salisteis de la despensa, ¿qué os dijo?

—El ama fué la que vino á sacarme, y aquella noche no volví á ver al escribano. La sorpresa y el susto que habia tenido, me hicieron padecer mucho, y el dia siguiente, en el acto de bajar de mi cuarto, me encontré con el señor Ferrand: tem-

blé al pensar en sus amenazas de la víspera; mas cuál fué mi sorpresa, cuando me dijo con voz tranquila: «¿Sabes que tengo prohibido que se entre en mi gabinete, cuando estoy con alguien en él? Pero por el poco tiempo que debes permanecer aquí, es inútil que te riña mas.» Y se volvió á su despacho.

Aquella moderacion me sorprendió despues de sus amenazas; pero continué mi servicio, segun costumbre, y fuime á arreglar su cuarto, á pesar de que con lo que habia sufrido toda la noche, me sentia débil y abatida. Al colocar alguna ropa en un gabinete muy oscuro junto á la alcova, me sobrecogió de repente un doloroso aturdimiento, y conocí que perdia el sentido. Al caer, quise maquinalmente sostenerme, me cogí de una capa colgada de una percha, y arrastrándola en mi caida, quedé casi enteramente cubierta con ella.

Cuando recobré el sentido, la puerta vidriera de aquel gabinete estaba cerrada, y oí la voz del señor Ferrand, que habló muy alto. Acordándome de la escena de la víspera, me creí muerta si hacia un movimiento, y me figuré que como estaba envuelta con la capa que al caer me habia cubierto, mi amo no me habia visto al cerrar la puerta del gabinete. Si me descubria, ¿cómo hacerle creer en aquella casualidad casi inesplicable? Retuve, pues, el aliento, y á pesar mio, hube de oir el fin de aquella conversacion, empezada sin duda mucho tiempo antes.

CAPÍTULO XXXIII.

La Conferencia.

Y quién era la persona que hablaba con el escribano, encerrada en su cuarto? preguntó Rodolfo á Luisa.

— Lo ignoro, caballero, no conocí su voz.

— ¿Y qué decian?

— La conversacion duraba sin duda hacia mucho tiempo, pero yo oí solamente lo que voy á deciros: «Nada mas sencillo, decia el desconocido; un perillan llamado Zurdillo, contrabandista arrojado, me puso, con motivo del negocio de que os hablaba hace un momento, en relacion con una familia de *piratas de agua dulce* (1) establecida en la pun-

(1) Mas tarde verá el lector, las singulares costumbres de estos piratas parisienses.

ta de un islote cerca de Asnieres: son los mas terribles bandidos del mundo: el padre y el abuelo fueron guillotinados, y dos de los hijos están condenados á presidio por toda la vida; pero quedan la madre, tres hijos y dos hijas, tan malvados unos como otros. Dícese, que para robar de noche en las orillas del Sena, bajan con su barca hasta Bercy, y es gente capáz de matar á cualquiera por un escudo: nosotros, empero, no tenemos ninguna necesidad de ellos; bástanos con que den hospitalidad á vuestra forastera. La familia Marcial (este es el nombre de mis piratas) pasará á sus ojos por una honrada familia de pescadores: yo iré á hacer dos ó tres visitas en vuestro nombre á la señorita, le ordenaré ciertas bebidas, y á los ocho dias habrá hecho relaciones con el cementerio de Asnieres. En los pueblos pasan las muertes como una carta en el correo; pero en París se miran demasiado. Pero decidme: ¿cuándo quereis enviar á vuestra forastera al islote de Asnieres, para que tenga tiempo de prevenir á los de Marcial del papel que tienen que representar? —Mañana llegará, pasado mañana estará alli, respondió el señor Ferrand, y yo la diré de antemano que el doctor Vicente irá á visitarla en mi nombre.— Vaya por el buen nombre de Vicente, dijo el desconocido; tanto me gusta este como otro cualquiera.»

—¿Qué nuevo misterio de crímen y de infamia es este? esclamó Rodolfo, sorprendido cada vez mas.

—¿Nuevo? no señor: vais á ver cómo estaba ligado á otro crímen que ya sabeis, replicó Luisa, y continuó: Oí el ruido de las sillas; la conversacion habia terminado.— «No hay necesidad de que os encargue el secreto, dijo el señor Ferrand.— Estamos comprometidos mútuamente, y asi po-

demos servirnos, pero jamás perjudicarnos, respondió el otro. Ya veis mi celo; ayer á las diez de la noche recibí vuestra carta, y esta mañana misma vengo á veros; hasta la vista, cómplice, no olvideis la isla de Asnieres, ni á los pescadores Marcial, ni al doctor Vicente: gracias á estas tres palabras mágicas, vuestra forastera no vive ocho dias.— Aguardad, dijo el señor Ferrand, que vaya á quitar el cerrojo que por precaucion he puesto en la puerta, y á ver si hay alguien en la antesala, para que podais salir por el callejon del jardin como habeis entrado.» El señor Ferrand salió un momento, volvió, y lo oí, por fin, alejarse con el desconocido.

Ya comprendereis mi terror durante aquella conversacion, y mi desesperacion por haber sorprendido á mi pesar tal secreto. Dos horas despues la señora Serafina subió á buscarme á mi cuarto, en donde estaba yo, temblando y mas enferma de lo que me habia sentido hasta entonces. — «El amo os llama; sois mas dichosa de lo que mereceis: vamos, bajad. Estais muy pálida, pero lo que va á deciros os restituirá los colores.»

Seguí á la señora Serafina hasta el gabinete del escribano; pero al verle, me estremecí á pesar mio; aunque tenia el gesto menos malvado que de ordinario, me miraba de fijo mucho tiempo, como si hubiese querido leer en mi pensamiento. Bajé los ojos, y él me dijo:

— ¡Parece que estais conmovida! — Sí señor, le contesté, sorprendida de que no me tuteara como de costumbre. — «Esto es muy natural, contestó él; es consecuencia de vuestro estado, y de los esfuerzos que habeis hecho para disimularlo: pero á pesar de vuestros embustes, de vuestra mala conducta y de vuestra indiscrecion de ayer, añadió en

tono mas dulce, tengo compasion de vos; dentro de algunos dias os seria imposible ocultar vuestro embarazo, y aunque os traté como mereciais delante del cura de la parroquia, un suceso como este, seria á los ojos del público la deshonra de una casa como la mia; y á mas, vuestra familia se desesperaría.... de consiguiente, en esta circunstancia, consiento en ausiliaros en cuanto me sea posible.»—¡Ah, señor! esclamé yo, estas espresiones de bondad de vuestra parte me lo hacen olvidar todo.—«¿Olvidar? ¡Cómo!» me preguntó con aspereza.—Nada, nada, perdonad, señor, respondí yo temiendo irritarlo, y creyéndole en las mejores disposiciones con respecto á mí.—«Oidme, pues, prosiguió: hoy ireis á ver á vuestro padre, y le anunciareis que os envio dos ó tres meses al campo, para cuidar una casa que acabo de comprar, y durante vuestra ausencia, le mandaré vuestro salario. Mañana saldreis de París; os daré una carta de recomendacion para la señora Marcial, madre de una honrada familia de pescadores que vive junto á Asnieres, y direis que llegais de un pueblo, sin esplicaros mas. Mas tarde sabreis el objeto de esta recomendacion enteramente en favor vuestro. La señora Marcial os cuidará como á una hija, y un médico amigo, el doctor Vicente, irá á prestaros los ausilios que vuestra posicion exige. Ya veis que no puedo hacer mas por vos.»

—¡Qué horrible trama! esclamó Rodolfo; ahora lo comprendo todo. Creyendo que la víspera habiais sorprendido un secreto, seguramente terrible para él, queria deshacerse de vos, y tendria algun interés en engañar á su cómplice cuando os designaba á él como forastera. ¡Cuál debió ser vuestro espanto al oir semejante proposicion!

—¡Ah! fué para mí un golpe que me aterró. No

podia articular una sola palabra, miraba espantada al señor Ferrand, y mi cabeza se desvanecia. Iba quizás á arriesgar mi vida diciéndole que por la mañana habia oido sus proyectos, cuando afortunadamente recordé los riesgos á que me espondria esta confesion.— «¿Conque, no me comprendeis?» me preguntó con impaciencia.— Sí señor, le dije yo; pero preferiria no ir al campo.— «¿Y por qué? en la casa adonde os dirijo estareis perfectamente.» — No, no, no iré; prefiero quedarme en París, sin separarme de mi familia: prefiero confesarlo todo, y morir de vergüenza si es menester.— «¡Te niegas! dijo el señor Ferrand, conteniendo todavia su cólera, y mirándome de fijo con atencion. ¿Por qué has cambiado tan de repetente de modo de pensar? me preguntó. Hace un momento que aceptabas....» --Conocí que si adivinaba mi pensamiento estaba perdida; y le contesté que no creía que se tratara de dejar á París ni á mi familia.—«¡Pero tú deshonras á tu familia, miserable!» esclamó fuera de sí y cogiéndome y empujándome con tanta fuerza, que me hizo caer. — «Te doy tiempo hasta mañana: mañana saldrás de aqui para ir á casa de Marcial, ó á hacer saber á tu padre que te he despedido, y que el mismo dia irá él á la cárcel.»

Quedé sola, tendida en el suelo y sin fuerzas para levantarme. La señora Serafina habia acudido corriendo al oir gritar al amo, y con su ayuda y desmayándome á cada paso, pude llegar á mi aposento, donde me tendí en la cama: tantos sacudimientos me habian hecho un efecto terrible, y por los dolores atroces que me sobrecogieron á eso de la una de la mañana, conocí que iba á dar á luz antes de tiempo aquella desgraciada criatura.

— ¿Y por qué no pedisteis socorro?

—¡Oh! no me atreví. El señor Ferrand queria librarse de mí, y hubiera enviado por el doctor Vicente, el cual me habria muerto en casa, en lugar de matarme en el campo en casa de los Marcial.... ó me hubiera ahogado él mismo, para decir despues que habia fallecido en el parto. ¡Ah! quizás eran una locura estos temores, pero en aquel momento me asaltaron, y esto fué lo que causó la desgracia en que me encuentro; á no ser por esto, hubiera arrostrado mi vergüenza, y no me veria ahora acusada de haber muerto á mi hijo, pues en lugar de pedir socorro, de miedo de que oyeran mis gritos de dolor, los ahogaba mordiendo las sábanas. Por fin, despues de sufrimientos horribles.... sola en medio de la oscuridad, dí á luz aquella malhadada criatura, cuya muerte causó seguramente mi parto prematuro.... porque yo no la maté, ¡Dios mio! no la maté: ¡oh, no! En medio de aquella noche horrible, tuve un placer amargo, el de apretar contra mis brazos á mi hijo....

Y la voz de Luisa se confundió entre sollozos.

Morel habia escuchado la relacion de su hija con una apatia y una indiferencia sombría que espantaron á Rodolfo.

Con todo, viéndola prorumpir en lágrimas, el lapidario, que habia permanecido siempre con los codos sobre la mesa, apoyadas ambas manos contra las sienes, la miró fijamente, y dijo:

—¡Llora.... llora! ¿y por qué llora? Y luego prosiguió despues de vacilar un rato.... ¡Ah! lo sé.... lo sé.... el escribano.... Continúa, pobre Luisa.... eres mi hija.... y te amo siempre.... hace un momento, no te conocia ya.... mis lágrimas eran como oscuras.... ¡Oh, Dios mio! mi cabeza.... ¡Oh, qué dolor siento en ella!

—¡Ya veis que no soy culpable, padre mio! ¿no es verdad?

—Sí.... sí.

—¡Es una gran desgracia.... pero tenia tanto miedo al escribano!...

—¿Al escribano? ¡Oh, te creo, te creo! es tan malvado, tan malvado....

—¿Me perdonais ahora, padre mio?

—Sí....

—¿De veras?

—Sí, muy de veras.... ¡Oh! te amo siempre.... vaya.... aunque no pueda.... decir.... vaya si te amo.... porque.... ¡Oh! ¡mi cabeza, mi cabeza!

Luisa miró á Rodolfo espantada.

—Padece mucho; dejad que se calme, y continuad.

Luisa continuó despues de haber mirado á Morel dos ó tres veces con inquietud.

—Apreté contra mi pecho á mi hijo, aturdida de no oirle respirar; pero pensaba, la respiracion de una criatura tan pequeña debe oirse apenas.... sin embargo, me parecia que estaba muy frio. No podia procurarme luz, porque no me la dejaban jádia más, y esperé á que estuviese claro, procurando calentarlo como podia; mas cada vez me parecia estaba mas helado; y con todo, pensaba que con la fuerte helada que debia haber, seria el frio el que lo tenia tan aterido.

Al despuntar el dia, acerqué á mi hijo á la ventana, y lo miré.... Estaba frio, helado; apliqué mi boca á la suya para sentir su respiracion.... puse mi mano encima de su corazon.... y no latia.... ¡estaba muerto!...

Y Luisa se echó á llorar.

—¡Oh! En aquel momento, continuó, pasó por mí una cosa imposible de describir: de lo demás

no me acuerdo sino confusamente y como de un sueño: eran á la vez la desesperacion, el terror, la rabia, y sobre todo me sobrecogió otro espanto: no temia ya que el señor Ferrand me ahogase, pero sí que al encontrar á mi hijo muerto á mi lado, me acusase de haberlo asesinado. Entonces no tuve mas que un solo pensamiento; el de ocultar su cuerpo á todos los ojos: de este modo mi deshonor no seria conocido, no tendria que temer ya la cólera de mi padre, y podria escaparme de la venganza del señor Ferrand, puesto que habiendo salvado mi situacion, me seria fácil dejar su casa, colocarme en otra, y seguir ganando con que mantener á mi familia.

Estas son, señor, las razones que me han impulsado á no confesar nada y á sustraer á las miradas de todos el cuerpo de mi hijo. He faltado seguramente; pero en la posicion en que estaba, agobiada por todos lados, oprimida por el dolor y casi delirante, no reflexioné el riesgo á que me esponia siendo descubierta.

— ¡Qué tormentos, qué torturas! esclamó Rodolfo profundamente conmovido.

— El dia iba adelantando, prosiguió Luisa; no me quedaban mas que algunos momentos antes que despertasen en casa, y ya no vacilé: envolví á mi hijo lo mejor que pude, bajé con cuidado, y fui al fondo del jardin para hacer un hoyo en el suelo donde enterrarlo; pero habia helado toda la noche, y la tierra estaba demasiado dura. Entonces oculté su cuerpo en el fondo de una gruta, en donde nadie entraba en todo el invierno; cubrílo con una maceta vacía, y volví á mi cuarto sin que nadie me hubiese visto salir.

De todo lo que os digo, señor, no me queda

mas que una idea confusa. Todavía no he podido esplicarme, cómo estando tan débil tuve valor y fuerzas para hacer todo aquello. A las nueve, la señora Serafina subió á informarse de por qué no estaba levantada todavía, y la dije que me sentia tan mala, que la suplicaba me dejase pasar acostada todo el dia, y que al siguiente saldria de casa puesto que asi lo queria el señor Ferrand. Al cabo de una hora, subió este en persona.—«Estais peor, me dijo: hé ahí las consecuencias de vuestra terquedad. Si os hubieseis aprovechado de mis bondades, estariais hoy ya establecida en casa de unas honradas gentes que tendrán con vos todo cuidado posible; no seré, sin embargo, tan inhumano que os deje abandonada en el estado en que estais; esta tarde vendrá á veros el doctor Vicente.»

Al oir aquella amenaza, me estremecí de miedo: contesté al señor Ferrand que habia faltado la víspera en despreciar sus ofertas, que admitia entonces; pero que sintiéndome demasiado mala para partir, dejaria para dos dias mas tarde el trasladarme á casa de los Marcial, y que por de pronto era inútil llamar al doctor Vicente. Mi objeto era ganar tiempo; porque estaba bien decidida á salir de la casa, y de irme á la de mis padres el dia que habia fijado para trasladarme á la de Marcial, confiando de este modo que mi padre lo ignoraria todo. Ya tranquilizado por mi promesa el señor Ferrand, estuvo casi afectuoso conmigo, y me recomendó por la primera vez de su vida al cuidado de la señora Serafina.

Pasé el dia en mortales angustias, y temblando á cada momento de que la casualidad descubriera el cuerpo de mi hijo.... No deseaba mas que una cosa, y era que cesara el frio, á fin de que ablan-

dándose la tierra, pudiese cavarla.... Nevó aquel dia, y con esto concebí esperanza; pero lo pasé todo en la cama.

Llegada la noche aguardé á que todos durmieran, y tuve la fuerza de levantarme é ir al leñero para tomar una hacha de hacer hastillas, que me sirviese para hacer un hoyo en la tierra cubierta de nieve. Despues de infinito trabajo, lo alcancé.... Entonces cogí el cadáver, lloré todavía mucho sobre él, y lo metí lo mejor que pude en la maceta.... No sabia el ruego de difuntos, y le dije un Padre nuestro y una Ave María, rogando á Dios lo recibiera en el Paraiso.... Creí que me iba á faltar el valor cuando fué menester cubrir de tierra la especie de huesa que le habia hecho.... ¡Una madre enterrar á su hijo!... En fin, lo logré: ¡cuánto me costó, Dios mio! y volví á esparcir la nieve por encima de la tierra, á fin de que nada conocieran: la luna me habia alumbrado, y cuando todo estuvo concluido, no podia resolverme á marchar: ¡pobre criatura, enterrada en la tierra helada y bajo la nieve! Aunque estuviese muerta, me parecia que habia de sentir el frio. En fin, volví á mi cuarto, y me acosté con una calentura violenta. Por la mañana el señor Ferrand mandó á preguntar cómo estaba, y contesté que me sentia un poco mejor, y que al dia siguiente estaria en estado de marchar al campo. Permanecí todo aquel dia en cama para tomar un poco de fuerza. Por la tarde me levanté, y bajé á la cocina para calentarme, y como fuese muy tarde ya y estuviese en ella sola, bajé al jardin para rezar la última plegaria.

Al momento en que iba á subir á mi cuarto, encontré al señor German á la puerta del gabinete en que trabajaba, y me dijo muy de prisa poniéndose la tierra, pudiese cavarla.... Nevó aquel dia, y con esto concebí esperanza; pero lo pasé todo en la cama.

Llegada la noche aguardé á que todos durmieran, y tuve la fuerza de levantarme é ir al leñero para tomar una hacha de hacer hastillas, que me sirviese para hacer un hoyo en la tierra cubierta de nieve. Despues de infinito trabajo, lo alcancé.... Entonces cogí el cadáver, lloré todavía mucho sobre él, y lo metí lo mejor que pude en la maceta.... No sabia el ruego de difuntos, y le dije un Padre nuestro y una Ave María, rogando á Dios lo recibiera en el Paraiso.... Creí que me iba á faltar el valor cuando fué menester cubrir de tierra la especie de huesa que le habia hecho.... ¡Una madre enterrar á su hijo!... En fin, lo logré: ¡cuánto me costó, Dios mio! y volví á esparcir la nieve por encima de la tierra, á fin de que nada conocieran: la luna me habia alumbrado, y cuando todo estuvo concluido, no podia resolverme á marchar: ¡pobre criatura, enterrada en la tierra helada y bajo la nieve! Aunque estuviese muerta, me parecia que habia de sentir el frio. En fin, volví á mi cuarto, y me acosté con una calentura violenta. Por la mañana el señor Ferrand mandó á preguntar cómo estaba, y contesté que me sentia un poco mejor, y que al dia siguiente estaria en estado de marchar al campo. Permanecí todo aquel dia en cama para tomar un poco de fuerza. Por la tarde me levanté, y bajé á la cocina para calentarme, y como fuese muy tarde ya y estuviese en ella sola, bajé al jardin para rezar la última plegaria.

Al momento en que iba á subir á mi cuarto, encontré al señor German á la puerta del gabinete en que trabajaba, y me dijo muy de prisa poniéndose

dome en la mano un cartucho de oro. — «Van á prender á vuestro padre mañana muy temprano, por una letra de cambio de mil trescientos francos, y no está en estado de pagarla.... ahí teneis dinero.... apenas sea de dia, corred á su casa.... solo desde hoy conozco al señor Ferrand; es un malvado, y yo le quitaré la máscara.... Sobre todo no digais que soy yo quien os ha dado este dinero....» y el señor German se separó de mí sin dejarme tiempo para darle las gracias, pues bajó la escalera corriendo.

CAPÍTULO XXXIV.

La Locura.

Esta mañana, prosiguió Luisa, antes que nadie estuviese levantado en casa del señor Ferrand, me he venido aqui con el dinero que me habia dado el señor German para salvar á mi padre; pero la suma no era suficiente, y sin vuestra generosidad, no hubiera podido sacarlo de manos de los alguaciles de comercio.... Probablemente despues de mi salida de casa del señor Ferrand habrán subido á mi cuarto, y habrán encontrado evidentes señales que les habrán hecho descubrir el funesto acontecimiento.... Hacedme un favor, caballero, dijo Luisa sacando del bolsillo el cartucho de oro: ¿quereis poner en poder del señor German este dinero? Le habia prometido no decir á nadie que estaba empleado en casa del señor Ferrand; pero puesto

que vos lo sabiais, no he cometido indiscrecion ninguna.... Ahora, os lo repito, os lo repito delante de Dios que me oye, no he dicho ni una palabra que no sea verdad.... no he tratado de disminuir mi falta, y....

Pero, interrumpiéndose bruscamente, esclamó asustada:

—Mirad á mi padre, caballero, miradle.... ¿qué es lo que tiene?

Morel habia escuchado la última parte de aquella relacion con una sombría indiferencia, que Rodolfo atribuia al abatimiento del infeliz padre. Despues de trastornos tan violentos y contínuos debian haberse secado sus lágrimas, y embotádose su sensibilidad; ni fuerza debia quedarle para indignarse.

Rodolfo se engañaba.

Como la llama de una lámpara que se apaga y renace, y vuelve á apagarse y á renacer, la razon de Morel, fuertemente sacudida ya, vaciló algun tiempo, echó acaso algunos destellos de inteligencia, y de repente se oscureció.

Absolutamente ageno á todo lo que se decia, y á todo lo que pasaba en rededor suyo, hacia algunos momentos que el lapidario se habia vuelto loco.

Aunque su muela estaba colocada al otro lado de la mesa, y no tenia en las manos ni piedras ni instrumentos, el artesano, atento y ocupado, simulaba las operaciones de su trabajo acostumbrado, con la ayuda de instrumentos imaginarios, y acompañaba aquella pantomima con una especie de silbido, á fin de imitar el ruido de la muela en su movimiento de rotacion.

—¡Pero, caballero, repuso Luisa con creciente espanto, mirad á mi padre!

Luego acercándose al artesano, le dijo:

—¡Padre mio, Padre mio!

Morel miró á su hija con aquella mirada vaga, turbada, distraida é indecisa, peculiar de los locos.

Sin dejar de continuar su maniobra insensata, respondió en voz baja, suave y triste:

—Debo mil trescientos francos al escribano.... el precio de la sangre de Luisa.... ¡es menester trabajar, trabajar! ¡Oh! Pagaré.... pagaré....

—¡Dios mio! ¡Pero esto no es posible, señor, esto no puede durar! No está enteramente loco, ¿es verdad? dijo Luisa con voz desesperada. Va á volver en si.... ¡esto no es mas que un momento de enagenacion!...

—¡Morel, amigo Morel! le dijo Rodolfo, nosotros estamos aqui, mirad.... Vuestra hija está junto á vos, y es inocente.

—Mil trescientos francos.... dijo el lapidario sin mirar á Rodolfo, y continuó su simulacro de trabajo.

—¡Padre mio! dijo Luisa echándose á sus pies y cogiéndole las manos: ¡soy vuestra Luisa!

—Mil trescientos francos.... repitió el lapidario desprendiéndose con mucho esfuerzo de los brazos de su hija; mil trescientos francos.... ó sino, añadió en voz baja y como en confidencia, ó sino.... van á guillotinar á Luisa....

Y volvió á hacer como si diera vueltas á su muela.

Luisa dió un grito terrible.

—¡Está loco! esclamó, ¡está loco!... Y soy yo, soy yo la causa de ello.... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! Y sin embargo, no es culpa mia.... ¡yo no queria hacerle mal!... ¡Aquel mónstruo, aquel mónstruo!

—¡Vamos, hija mia, valor! dijo Rodolfo, esperemos.... esperemos que esta locura no será mas

que momentánea. Vuestro padre ha sufrido demasiado: tantos disgustos de golpe eran superiores á la fuerza del hombre.... y su razon se ha debilitado; pero volverá á recobrar su imperio.

—Pero y mi madre, y mi abuela, y mis hermanos.... ¿qué va á ser de ellos? esclamó Luisa: hélos ahí privados de mi padre y de mí.... ¡Oh, morirán de hambre, de miseria y de desesperacion!

—¿No estoy yo aquí?... Perded cuidado, que nada les ha de faltar. Tened valor; vuestra declaracion provocará el castigo de un gran criminal. Me habeis dejado convencido de vuestra inocencia, y no dudeis de que será reconocida y proclamada, como no lo dudo yo.

—¡Ah, señor, ya lo veis, el deshonor, la locura y la muerte! ¡Ved ahí los males de que es causa aquel hombre! ¡Y no hay poder contra él! ¡No lo hay! ¡Ah! ¡este pensamiento completa todos mis males!

—Lejos de esto, un pensamiento diverso es el que debe ayudaros á soportarlos.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Id con la certeza de que vuestro padre, vos y todos los vuestros sereis vengados.

—¿Vengados?

—Sí.... yo os juro, respondió Rodolfo con solemnidad, que una vez conocidos los crímenes de Ferrand, espiará cruelmente el deshonor, la muerte y la locura que ha causado. Si las leyes son impotentes para alcanzarlo; si su astucia y su maña igualan á sus crímenes, se le opondrá á la astucia la astucia, á su maña la maña, y á sus crímenes otros crímenes, que serán sin embargo, con respecto á los suyos, lo que el suplicio justo y vengador impuesto al culpable por una mano inexorable, con respecto á un asesinato cobarde y oculto.

—¡Ah, señor! Dios oiga vuestras palabras.... No es ya á mi á quien quisiera vengar; es á mi padre privado de razon, es á mi hijo muerto al nacer.

Luego, queriendo probar el último esfuerzo para arrancar á Morel de su enagenamiento, esclamó otra vez:

—¡Adios, padre mio!... ¡Me llevan á la cárcel, y no os veré mas!... Es Luisa la que os dice adios.... ¡Padre mio, padre mio, padre mio!

Nada contestó Morel á aquellos desconsolados gritos.

Nada conmovió aquella alma aniquilada..... ¡nada!...

Las cuerdas paternales, las últimas siempre que suelen romperse, no vibraron ya.....

.....

La puerta del desvan se abrió, y entró el comisario.

—Mis horas están contadas, amigo, le dijo á Rodolfo. Muy á pesar mio me veo en la precision de deciros que me es imposible permitir que se prolongue mas esta conversacion.

—Está terminada ya, respondió amargamente Rodolfo señalándole al lapidario. Nada le queda ya á Luisa que decir á su padre; nada le queda á este que oir de su hija.... está loco....

—¡Gran Dios!... Hé ahí lo que yo temia; ¡ah, esto es horroroso! esclamó el comisario.

Y acercándose vivamente al lapidario, se convenció, despues de un rato de exámen, de aquella triste realidad.

—¡Ah, caballero! dijo tristemente á Rodolfo; deseaba sinceramente que fuese reconocida la inocencia de esa jóven; pero despues de tal desgracia, no serán votos solamente lo que yo haga.... No, no: contaré lo honrada y lo infeliz que es esta fa-

milia ; contaré el horrible y último golpe que acaba de abatirla , y estoy seguro de que los jueces tendrán un motivo mas para encontrar una inocente en la acusada.

—¡Bien , bien! dijo Rodolfo: obrando así no son funciones de hombre público las que ejerceis, sino un sacerdocio....

—Creedme , caballero , nuestra mision es casi siempre tan penosa , que nos interesamos con placer y reconocimiento , cuando encontramos algo de honrado y bueno.

—Una palabra todavia, señor comisario: las revelaciones de Luisa Morel me han probado evidentemente su inocencia.... ¿podeis decirme cómo ha sido descubierto , ó mejor diré denunciado , su crímen pretendido?

—Esta mañana , dijo el comisario , una muger que sirve al escribano Ferrand , ha denunciado que despues de la precipitada partida de Luisa Morel, que ella sabia estar embarazada de siete meses, habia subido al cuarto de esta jóven, y encontrado en él evidentes señales de un parto clandestino , y que despues de algunas investigaciones , las huellas marcadas sobre la nieve , habian conducido al descubrimiento del cuerpo de un niño recien nacido y enterrado en el jardin.

Despues de la declaracion de esta muger, me he trasladado á la calle del Sendero , y he encontrado al señor Ferrand , indignado de que hubiese sucedido en su casa semejante escándalo. El señor cura de la iglesia de Buenanueva, que el escribano habia enviado á buscar , me ha declarado tambien que la hija de Morel habia confesado su falta delante de él , un dia en que imploraba con este motivo la indulgencia y la compasion de su amo, y que ademas habia oido muchas veces como el señor Ferrand ha-

cia á Luisa las mas severas amonestaciones, prediciéndola que tarde ó temprano se perderia; prediccion, ha añadido el cura, que desgraciadamente acaba de realizarse. La indignacion del señor Ferrand, repuso el comisario, me pareció tan legítima, que participé de ella: díjome que Luisa Morel se habria refugiado seguramente en casa de sus padres, y por esto me he venido aqui inmediatamente: el crimen era fragante, y de consiguiente tenia derecho de proceder al inmediato arresto.

Rodolfo se contuvo al oir hablar de la indignacion del señor Ferrand, y dijo al comisario.

—Os doy mil gracias, caballero, por vuestra complacencia y por el apoyo que os dignais prestar á Luisa; voy á mandar conducir á este infeliz y á la madre de su esposa á un hospital de locos.

Y luego dirigiéndose á Luisa, que seguia arrodillada junto á su padre, procurando en vano volverle la razon, la dijo:

—Resignaos, hija mia, á partir sin abrazar á vuestra madre.... evitadla una dolorosa despedida.... En cuanto á su suerte, estad tranquila: desde hoy nada faltará á vuestra familia: buscaremos á una muger que cuide á vuestra madre y se ocupe de vuestros hermanitos, bajo la direccion de vuestra buena vecina la señora Rigolette; y por lo que hace á vuestro padre, nada se escaseará para que su curacion sea tan rápida como completa.... ¡Valor! Creedme, las personas honradas se encuentran muchas veces cruelmente combatidas por la desgracia, pero salen siempre de estas luchas, mas fuertes y mas veneradas.....
.....

Dos horas despues del arresto de Luisa, el lapidario y la vieja idiota fueron de órden de Rodolfo conducidos por David á Charenton, donde debian

tener un cuarto, y ser cuidados particularmente.

Morel salió sin resistencia de la casa y calle del Temple, y dejó conducirse sin oposicion por donde quisieron: su locura era tranquila, inofensiva y triste.

La abuela tenia hambre; enseñáronle pan y carne, y siguió detras de esta comida.

Las piedras del lapidario, confiadas á su esposa, fueron puestas aquel mismo dia en manos de la señora Mathieu, la corredora, que fué por ellas.

Por desgracia de esta buena muger, la siguió y espió Jorobeta, que conocia el valor de las piedras que se querian hacer pasar por falsas, por la conversacion que habia sorprendido cuando el arresto de Morel por los corchetes. Y se aseguró por sí mismo de que la corredora vivia en el Boulevart de San Dionisio, núm. 11.

Rigolette comunicó con muchos rodeos á Magdalena Morel el acceso de locura de su marido, y la prision de Luisa. Al principio lloró mucho y se desconsoló, dando gritos desesperados; mas luego, pasada aquella primera efervecencia de dolor, la pobre muger, débil y voluble, se consoló poco á poco, viéndose á sí y á sus hijos cercados del bienestar que debian á la generosidad de su bienhechor.

En cuanto á Rodolfo, sus ideas eran amargas al pensar en las revelaciones de Luisa.

«Nada mas frecuente, pensaba, que esta corrupcion impuesta con mas ó menos violencia por un amo á una criada, por una parte por medio del terror ó la sorpresa; y por otra por la imperiosa naturaleza de las relaciones que crea el servicio.

«Esa depravacion, que desciende por escala del rico al pobre, despreciando para alimentarse la inviolabilidad tutelar del hogar doméstico; esa depravacion deplorable siempre, aun cuando se

acepte voluntariamente, se hace vergonzosa y horrible cuando se impone á la fuerza.

«Es una sujecion impura y brutal, una innoble y bárbara esclavitud de la criatura, que en su terror, corresponde con lágrimas á los deseos del amo, y con estremecimiento del disgusto y del miedo á sus caricias.

«Y luego, añadia Rodolfo: ¡Qué consecuencias para la muger! ¡casi siempre el envilecimiento, la miseria, la prostitucion, el robo, y algunas veces el infanticidio!

«¡Y cuán estrañas son las leyes que se ocupan de esto!

«Todo cómplice en un crímen, paga la pena de aquel crímen. Todo ocultador es tenido como ladron. Y esto es justo.

«Pero que por ociosidad seduzca un hombre á una jóven inocente y pura; la haga madre y la abandone, no dejándola mas que deshonra, infortunio y desesperacion, y la impela de este modo al infanticidio, crímen que debe ella pagar con la vida.... y que este hombre no sea mirado como cómplice de aquella, es incomprensible.

«¿Qué ha sido aquello en sustancia? Nada, menos que nada, una intriguilla de amor, un capricho de un dia, escitado por su buen palmito, para entretenerse un rato.... ¿Ya no hay mas?... Pues á otra....

«Mas aun: por poco original y descarado que sea el carácter de este hombre (lo que puede suceder muy bien, sin que por esto deje de ser el hombre mas bueno del mundo) puede ir á ver á su víctima sentada en el banco de los criminales.

«Si por acaso está citado como testigo, puede divertirse diciendo á los curiosos, que deben guillo-

tinar á la jóven lo mas pronto posible, para mayor honra y gloria de la moral pública.

— «Tengo una cosa algo importante que revelar á la justicia.

— «Hablad.

—«Señores jurados, esta infeliz era virtuosa y pura, no puede negarse.... Yo la seduje.... tampoco puedo negarlo, y de mí tuvo un hijo, lo cual es tambien muy cierto; pero como era rubia, la abandoné completamente por otra morenita, no lo niego. Tal vez lo estrañareis; pero en todo esto he usado de un derecho imprescriptible, de un derecho sagrado, que la sociedad me reconoce y concede....

«Y el hecho es, que el tal hombre está completamente en su derecho, se dirán los jurados por lo bajo unos á otros. No hay ley que impida seducir á una jóven rubia, y abandonarla en seguida por una morena.... Esto es corriente....

«Ahora, señores jurados, esta infeliz pretende haber muerto á su hijo.... ó mejor diré á nuestro hijo, porque yo la he abandonado, porque encontrándose sola, y en la miseria mas profunda, se ha espantado de su situacion, y ha perdido el juicio. ¿Y por qué? Porque, segun ella, teniendo que cuidar y criar á su hijo, la era imposible el ir á trabajar y ganarse su subsistencia, y la del fruto de nuestro amor.... Pero, permitidme señores jurados, que os diga, que yo encuentro muy débiles estas razones. ¿No podia esa señorita ir á dar á luz el hijo en el hospital de la Bourbe, si hubiese encontrado una plaza vacante? ¿No podia irse en el momento crítico á casa del comisario del cuartel, y hacerle su declaracion, á fin de estar autorizada para depositar á su hijo en los espósitos? ¿No podia, mientras yo me estaba haciendo arrullos á mi nue-

va querida, buscar un medio menos bárbaro para salir del lance? Confieso, señores jurados, que encuentro demasiado cómoda y fácil esta manera de desembarazarse del fruto de muchos momentos de olvido y placer, y de eludir de tal modo los cuidados del porvenir. ¡Qué diablos! No basta que una jóven pierda el honor, arrostre el desprecio y la infamia, y lleve en su seno por espacio de nueve meses á una criatura ilegítima; es menester ademas que la crie, cuide y alimente, que la dé un oficio, y en fin, que haga de ella un hombre honrado como su padre, ó una muchacha recatada, que no se pervierta como su madre.... Porque, en fin, la maternidad tiene deberes sagrados, y las miserables que los infringen son madres desnaturalizadas que merecen un castigo terrible y ejemplar.... En vista de esto, señores jurados, entregad inmediatamente al verdugo á esa jóven, y obrareis como ciudadanos virtuosos, independientes, firmes é ilustrados. He dicho.

«Ese hombre ha mirado la cuestion bajo un punto de vista muy mural, dirá con aire grave algun usurero hecho presidente del jurado. Ha hecho, ¡vive Dios! lo que cualquiera de nosotros hiciera en su lugar, porque es bastante linda esa rubia, aunque un poco pálida. Ese tunante, comó dijo el otro, ha cortejado rubias y morenas; no hay ley que lo impida; y en cuanto á esta infeliz, siempre resulta que ella se tiene la culpa. ¿Por qué no se defendia? Asi no hubiera tenido que cometer un crímen.... un crímen monstruoso.... que avergüenza á la sociedad.... hasta en sus cimientos.

«Y los tales tendrán razon tambien.

«¿En virtud de qué ley, puede ser juzgado criminalmente el seductor? ¿De qué complicidad directa ó indirecta, moral ó material, pueden acu-

sarle? Es un perillan afortunado que ha seducido á una linda mozuela, y la ha plantado en seguida, como él mismo lo confiesa; ¿dónde está la ley que impida esto?

«¿En este caso, no dice la sociedad, como cierto padre en cierto cuento verde?

«*Encerrad vuestras gallinas.... mi gallo anda suelto, y ¡yo me lavo las manos!*

«Pero que un pobre miserable, tanto por necesidad como por estupidéz, por violencia, ó ignorancia de las leyes que no sabe leer, compre á sabiendas una alhaja robada.... Irá veinte años á presidio como encubridor, si el ladron es á tanto condenado.

«El raciocinio es lógico y poderoso.

«Sin ocultadores no habria ladrones. Sin ladrones no habria ocultadores. Pues entonces no haya piedad para unos y para otros.... menos piedad todavía con el que escita al mal, que con el que lo hace. Sea, pues, castigada con una pena terrible la mas ligera complicidad.

«Bien.... aqui hay un pensamiento severo y fecundo, grande y moral.

«Inclínense todos ante la sociedad que ha dictado semejante ley.... pero recuérdese tambien que esta sociedad, tan inexorable con la complicidad mas insignificante de crímen respecto á las cosas, está organizada de tal modo, que el hombre sencillo é ingénuo que tratase de probar que hay al menos una solidaridad moral, y material complicidad entre el seductor inconstante y la víctima seducida y abandonada, pasaria por un visionario.

«Y si este hombre sencillo se atreviese á decir que sin padres no podria haber hijos, la sociedad se alborotaria creyendo que habria dicho una atrocidad ó una locura.

«Y tendria razon la sociedad, como la tiene siempre; porque bien considerado, aquel hombre que podria decir tan buenas cosas al jurado, por poco aficionado que fuese á emociones trágicas, podria ir tranquilamente á ver cortar la cabeza de su querida, sentenciada por crímen de infanticidio, crímen del cual él es cómplice, ó por mejor decir autor, por su horrible abandono....

«Esta encantadora proteccion dispensada á la parte masculina de la sociedad, con motivo de ciertas flaquezas dimanadas del cieguecito Dios de amor, ¿no prueba que los franceses sacrifican todavía á las Gracias, y que es el pueblo mas galante del universo?»

CAPÍTULO XXXV.

SANTIAGO FERRAND.

En la época en que tenian lugar los acontecimientos que referimos, en una de las estremidades de la calle del Sendero, se estendia una larga pared, agrietada y albardillada con una capa de yeso, cubierta de pedazos de botellas y vasos rotos: esta pared, que cerraba por aquel lado el jardin del escribano Santiago Ferrand, daba á un cuerpo del edificio, construido sobre la calle, y alzado hasta el primer piso con sus desvanes por remate.

Dos anchos escudos de cobre dorados, insignia del notariado, adornaban la carcomida puerta cochera, cuyo color primitivo no se distinguia ya, bajo las capas de lodo que la cubrian.

Esta puerta conducia á un pasadizo cubierto, á cuya derecha estaba el cuarto del viejo portero,

medio sordo, que era en el gremio de los sastres lo que el señor Pipelet en el de los zapateros; á la izquierda habia una caballeriza que servia de bodega, de cuarto de colada, de leñero, y de establecimiento á una naciente colonia de conejos, acotados en el pesebre por el portero, que distraía por medio de la cria de los gazapos las penas de su reciente viudéz.

Al lado de la portería se hallaba el hueco de una escalera tortuosa, estrecha y oscura, que conducia al despacho, como lo anunciaba á los clientes una mano pintada de negro, cuyo índice se dirigia hácia las siguientes palabras, pintadas tambien de negro en la pared: *El despacho está en el primer piso.*

A un lado de un gran patio empedrado y lleno todo de yerba, veíanse las vacías cocheras; al otro lado una reja de hierro enmohecida, que cerraba el jardin, y en el fondo el pabellon, ocupado únicamente por el escribano; una escalera de ocho ó diez escalones de piedras desunidas, movedizas, mohosas, verduzcas y gastadas por el tiempo, conducia á aquel pabellon cuadrado, compuesto de una cocina y otras dependencias subterráneas, de un piso bajo, de un primer piso, y un desvan, que habitaba Luisa.

Esta vivienda parecia tambien hallarse muy abandonada por las profundas grietas que surcaban las paredes; las ventanas y persianas, en otro tiempo pintadas de color de plomo, se habian vuelto á fuerza de años casi negras; las seis del primer piso, que daban al patio, no tenian cortinas, pero una especie de orin grasiento y opaco cubria los cristales: en el piso bajo, veíanse al través de las vidrieras mas trasparentes, cortinas de indiana amarilla con adornos encarnados.

Por la parte del jardin no tenia el pabellon mas que cuatro ventanas, dos de las cuales estaban tapiadas.

El jardin, lleno de malezas parasitas, parecia estar abandonado; no se veia ni una flor, ni un arbusto; un sotillo de olmos, cinco ó seis altos árboles frondosos, algunas acacias y saúcos, un césped claro y amarillo, agostado por el ardiente sol del verano; calles de tierra gredosa cubiertas de espinos; en el fondo una gruta medio subterránea, y al horizonte las elevadas paredes desnudas y blanquizcas de las casas colindantes, trepadas en diversas partes por ventanillas enrejadas como las de una cárcel, tal era el triste conjunto de la habitacion y jardin del escribano, el cual daba una grande importancia á aquella apariencia, ó por mejor decir, á aquella realidad.

A los ojos del vulgo, la indiferencia hácia el lujo, ó la comodidad, pasa casi siempre por desinterés, y el desaseo por austeridad.

Comparando el lujo estraordinario de algunos escribanos, ó los fabulosos tocados de sus señoras, con la sombría casa del señor Ferrand, tan falta de elegancia, gusto y suntuosidad, los clientes esperimentaban una especie de respeto, ó mas bien de confianza ciega hácia aquel hombre, que atendida su numerosa clientela y la fortuna que se le suponia, hubiera podido decir como cierto cofrade: Mi tren, mis arcas, mi casa de campo, mi palco en la ópera, etc.; y que lejos de esto, vivia con una severa economía: pero en cambio, depósitos, fondos á intereses, fideicomisos, en una palabra, todos los negocios que requieren reconocida integridad iban á casa del señor Ferrand.

Viviendo parcamente como vivia, el escribano se entregaba á sus gustos.... detestaba el mundo,

el fausto y los placeres comprados á subido precio; mas, aun cuando asi no hubiese sido, hubiera sacrificado sus mas vivas inclinaciones á la apariencia de que le convenia cubrirse.

Vamos á hacer un ligero retrato de este hombre.

Era uno de los hijos de la grande familia de los avaros.

Al avaro casi siempre se le presenta bajo un aspecto ridículo ó grotesco; pero los mas malvados no pasan del egoismo ó de la dureza.

La mayor parte aumentan su fortuna atesorando; algunos, aunque en corto número, se aventuran á prestar dinero á usura; los mas atrevidos apenas osan sondear con la vista la sima del agiotaje.... mas es casi inaudito que un avaro, por adquirir nuevos bienes, llegue hasta el crimen, hasta el asesinato.

Esto es fácil de comprender. La avaricia es sobre todo, una pasion negativa, pasiva.

El avaro en sus incesantes combinaciones, piensa mas en enriquecerse disminuyendo sus gastos y acortando cada vez mas lo estrictamente necesario, que no en verificarlo á espensas del prógimo: es ante todo el mártir de la conservacion.

Débil, tímido, sagáz, desconfiando, y en especial prudente y circunspecto, nunca ofensivo, y siempre indiferente á las desgracias del prógimo, á lo menos el avaro no causará estas desgracias; ante todo y sobre todo, es el hombre de la realidad, del positivismo, ó por mejor decir, solo es avaro porque no tiene fé mas que en el hecho, en el oro que tiene en caja.

Las especulaciones y los préstamos mas seguros le tientan apenas; porque siempre ofrecen una posibilidad de pérdida, y antes prefiere sacrificar el interés de su dinero que esponer el capital.

Un hombre tan timorato y calculador de las contingencias, no poseerá casi nunca la salvage energía del malvado, que arriesga la libertad ó la cabeza para apropiarse una riqueza.

Arriesgar, es una palabra borrada del vocabulario del avaro.

En este sentido, pues, decimos que Santiago Ferrand era una escepcion asaz curiosa, y una variedad quizás nueva, de la especie avaro: porque Santiago Ferrand arriesgaba, y mucho.

Contaba para asegurarse la impunidad de sus crímenes, por cierto muy numerosos, con su estremada agudeza, su profunda hipocresía, su talento artificioso y fecundo, y su audacia infernal.

Santiago Ferrand era una doble escepcion.

Regularmente esas gentes atrevidas y enérgicas que no retroceden ante ningun género de maldad para procurarse oro, están hostigadas, por pasiones fogosas como el juego, el lujo, la mesa, y la disipacion.

Santiago Ferrand no conocia ninguna de esas necesidades violentas y desordenadas: astuto y paciente como un falsario, cruel y resuelto como un asesino, era sobrio y arreglado como Harpagon (1).

Una sola pasion, ó mas bien un solo apetito, pero vergonzoso, bajo y casi feróz en su vehemencia, le exaltaba á menudo hasta el frenesí, y era esta pasion la lujuria.... la lujuria del bruto, la lujuria del lobo ó del tigre.

Cuando ese fermento acre é impuro, escitaba la sangre de aquel hombre robusto, subiánle al rostro ardientes calores; la efervescencia carnal obstruia su inteligencia, y olvidando algunas veces su astu-

---

(1) El avaro de la comedia de Moliere.

ta prudencia, se trasformaba, como hemos dicho, en tigre ó lobo, como lo prueban sus primeras violencias con Luisa.

El soporífico y la audáz hipocresía con que habia negado su crímen, era mas propia de su carácter que la fuerza descubierta.

Deseo grosero, ardor brutal, y desdén feróz, eran las diferentes fases del amor en aquel hombre.

Las caricias, la hermosura y la generosidad le eran absolutamente desconocidas, como lo prueba su conducta con Luisa; pues el préstamo de mil y trescientos francos, hecho á Morel á un crecido interés, era á la vez para Ferrand un lazo, un medio de opresion, y un buen negocio. Seguro de la probidad del lapidario, sabia que debia ser reembolsado de aquella suma tarde ó temprano. Sin embargo, debió de ser muy profunda la impresion que le causó la hermosura de Luisa, para obligarle á desprenderse de una suma tan ventajosamente colocada.

Fuera de esta debilidad, Santiago Ferrand solo amaba el oro, y amaba el oro por ser oro, no por los goces que procura, pues era estóico; no por los goces que podia procurarle, pues no era bastante poeta para disfrutar especulativamente como ciertos avaros. En cuanto á lo que le pertenecia, amaba la posesion por la posesion, y con respecto á lo que pertenecia á los demas, si era un rico depósito, por ejemplo, lealmente entregado solo á su probidad, esperimentaba al devolverlo la misma pena y la propia desesperacion que sentia el platero Cardillac, al separarse de una joya que su esquisito gusto habia convertido en obra maestra del arte.

Pero es que para el escribano era tambien su brillante reputacion de probidad, una obra maestra del arte.... y un depósito era para él tambien

una alhaja de que no podia desprenderse sin furiosos pesares.

¡Cuántos cuidados, cuántos ardides, qué astucia, qué habilidad, qué arte, en una palabra, no habia empleado para atraer cada suma á sus arcas, para formar esa brillante fama de integridad do venian á incrustarse, por decirlo asi, las mas preciosas muestras de confianza, cual las perlas y los diamantes en el oro de las diademas de Cardillac!

Cuanto mas se perfeccionaba el célebre platero, parece que mas precio daba á sus artefactos, considerando siempre el último como su obra maestra, y desolándose al tener que abandonarla.

Cuanto mas se perfeccionaba Santiago Ferrand en el crímen, mas apreciaba las señales de confianza sonantes y de buena ley que se le rendian.... considerando igualmente su postrera picardía como su obra maestra.

En el discurso de esta obra se verá por qué medios, verdaderamente prodigiosos, logró apropiarse impunemente varias sumas muy considerables.

Su vida subterránea y misteriosa le proporcionaba las emociones incesantes y terribles que el juego da al jugador.

Ferrand ponia en juego contra la riqueza de todos, su hipocresía, su astucia, su audacia, su cabeza.... y jugaba sobre el terciopelo, como suele decirse; porque esceptuando la accion de la justicia humana, que él caracterizaba enérgicamente por una chimenea que podia desplomarse sobre su cabeza, perder, era para él no ganar, y estaba aun tan criminalmente dotado, que en su amarga ironía veía una ganancia continua en el aprecio sin límites y en la ciega confianza que inspiraba, no solo á la multitud de sus ricos clientes, si que tambien á los artesanos y trabajadores de su barrio.

Un gran número de ellos colocaban dinero en su casa, diciendo: «No es caritativo, es cierto; es devoto, es una desgracia; pero es mas seguro que el gobierno y las cajas de ahorros.»

A pesar de su rara habilidad, habia cometido aquel hombre dos de aquellos errores de que no se libran ni los mas astutos criminales.

Forzado por las circunstancias, es cierto, tenia dos cómplices; pero esta falta inmensa, como decia él, habia sido reparada en parte, pues ninguno de esos dos cómplices podia perderle sin perderse á sí mismo, ni sacar mas provecho de ese caso estremo que el de denunciarse á sí propio y al escribano á la vindicta pública.

Por esta parte estaba, pues, bastante tranquilo.

Por lo demas, no habiendo llegado al término de sus crímenes, los inconvenientes de la complicidad eran compensados por el ausilio criminal que de ella sacaba á veces.

Digamos algo ahora del personal del señor Ferrand, é introduciremos en seguida al lector en el despacho del escribano, en donde encontraremos á los principales personages de esta historia.

El señor Ferrand tenia á lo mas cincuenta años, y ni siquiera aparentaba cuarenta; era de estatura mediana, encorbado, ancho de espaldas, vigoroso, cuadrado, rechoncho, rojo, y velludo como un oso.

Sus cabellos se aplastaban sobre sus sienes, su frente era calva, sus cejas apenas indicadas, y su tez biliosa casi desaparecia bajo una multitud de pecas; pero cuando le agitaba una viva emocion, aquella máscara amarilla y terrosa se llenaba de sangre, y su color se convertía en un rojo lívido.

Su rostro era aplastado como el de una calavera, segun dice el vulgo; su nariz roma y arreman-

gada, sus labios tan delgados y tan imperceptibles, que su boca parecia una incision en la cara: cuando se sonreia con aire malvado y siniestro, se le veian las puntas de sus dientes casi todos negros y cariados. Afeitado siempre hasta las sienes, su cara pálida tenia una espresion á la vez austera y devota, impasible y rígida, fria y reflexiva, y sus pequeños ojos negros, vivos, perspicaces y móviles desaparecian bajo sus grandes anteojos verdes.

Santiago Ferrand tenia una escelente vista; pero resguardado por sus anteojos, podia ¡ventaja inmensa! observar sin ser observado; conocia muy bien cuán á menudo é involuntariamente es significativa una mirada. A pesar de su imperturbable descaro, habia encontrado dos ó tres veces en su vida otras miradas poderosas y magnéticas, ante las cuales se habia visto precisado á bajar la vista, y en ciertas circunstancias supremas, es muy funesto tener que inclinar los ojos ante el hombre que interroga, acusa, ó juzga.

Asi, pues, los desmesurados anteojos del señor Ferrand, eran una especie de trinchera cubierta, desde la cual examinaba las menores maniobras del enemigo.... porque todo el mundo era el enemigo del escribano, porque él engañaba mas ó menos á todo el mundo, y porque los acusadores no son mas que engañados bien orientados ó enfurecidos.

Afectaba en su trage una negligencia que rayaba en desaseo; su cara afeitada solo cada dos ó tres dias, su cráneo sucio y rugoso, sus uñas aplastadas y ribeteadas de negro, su olor á cieno, sus viejos y raidos gabanes, sus corbatines á modo de cuerdas, sus medias de lana negra, y sus gruesos zapatos, recomendaban tambien singularmente su virtud á los clientes, al paso que le daban un aire

de desprendimiento del mundo, y un perfume de filósofo práctico que les encantaba.

¿A qué gustos, á qué pasion ó á qué debilidad podria sacrificar el escribano la confianza que se le demuestra?.... Ganaba tal vez sesenta mil francos al año, y su familia se componia de una criada y de una vieja ama de llaves; su solo placer era ir cada domingo á misa y á vísperas; no conocia ópera comparable al grave sonido del órgano, ni sociedad mundana que mereciese entrar en competencia con una velada apaciblemente trascurrida junto á la chimenea con el cura de su parroquia despues de una frugal comida: finalmente, su gozo se cifraba en la probidad, su orgullo en la honradéz, su felicidad en la religion.

Tal era el juicio que los contemporáneos del señor Santiago Ferrand hacian de este raro y grande hombre de bien.

CAPÍTULO XXXVI.

LA ESCRIBANIA.

El despacho del señor Ferrand se parecia á todos los demas despachos, y sus escribientes, á todos los escribientes de escribano. Llegábase á él por una antesala amueblada con cuatro sillas viejas; en el despacho propiamente dicho, rodeado de diferentes estantes con divisiones llenas de cartones que contenian los legajos de los clientes del señor Ferrand, cinco jóvenes, encorbados sobre unos pupitres de madera negra, reian, hablaban y garabateaban de continuo.

Habia otra antesala llena igualmente de estantes, que ocupaba regularmente el oficial mayor, y despues otra pieza vacía, que para mayor secreto, separaba el gabinete del escribano de la antesala.

Tal era el conjunto de aquel laboratorio de actos de todos géneros.

Acababan de dar las dos en un relox de pared, colocado entre las dos ventanas del despacho, y reinaba cierta agitacion entre los escribientes: alguna parte de su conversacion dará á conocer la causa de aquella inquietud.

—De veras, si alguno me hubiese sostenido que Francisco German era un ladron, dijo uno de los jóvenes, le hubiera contestado: ¡mentís!

—¡Tambien yo!...

—¡Y yo tambien!

—A mí me ha causado una impresion tal el verle arrestar y llevar por la guardia, que no he podido almorzar.... Yo creo que he ganado en ello, porque asi no he tenido que comer la gazofia cotidiana de la señora Serafina.

—¡Diez y siete mil francos es una suma considerable!

—¡Enorme!...

—¡En quince meses que hace que German era cajero, no habia faltado ni un sueldo siquiera en la caja del principal!...

—Yo creo que nuestro principal no ha procedido bien en hacer prender á German, pues el pobre muchacho juraba por Dios y por los santos que no habia sacado mas que mil y trescientos francos en oro.

—Mucho mas cuando los traía esta mañana pàra volverlos á poner en caja en el momento en que nuestro principal acababa de enviar á buscar la guardia....

—Hé aqui los disgustos de las personas de una probidad feróz como el principal; son implacables.

—Bien, pero debe mirarse mucho antes de per-

der á un jóven que se ha portado siempre con honradéz.

—El señor Ferrand dice que lo hace para dar ejemplo.

—¿Ejemplo de qué? De nada sirve eso para los que son honrados; y los que no lo son, saben muy bien que se esponen á ser descubiertos si roban.

—Lo cierto es, que esta casa ha dado un buen dia al comisario.

—¿Cómo?

—¡Vaya! esta mañana la pobre Luisa.... no ha mucho German....

—A mí el asunto de German no me parece muy claro.

—¿No ha confesado?

—Ha confesado que ha sacado mil y trescientos francos, pero sostiene furiosamente que no ha tomado los otros quince mil en billetes de banco, y los otros setecientos que faltan en la caja.

—A la verdad, puesto que ha confesado una cosa, ¿por qué no hubiera hecho lo mismo con lo demas?

—Es cierto, lo mismo le castigan á uno por quinientos francos, que por quince mil.

—Sí, pero se guardan los quince mil, y con ellos se tiene un pequeño caudal para emprender negocios al salir de la cárcel, dicen los pícaros.

—¡No está tan mal pensado!

—Dígase y hágase lo que se quiera, aqui hay gato encerrado.

—¡Y German que defendia siempre á nuestro principal cuando le llamábamos jesuita!

—Eso es verdad. ¿Por qué no ha de poder tener el derecho de ir á misa? nos decia él; ¿os dice él algo porque vosotros no vayais?

—¡Hola! aqui está Jabulot, que vuelve de hacer

diligencias; ya vereis qué pasmado va á quedar.

—¿De qué? ¿De qué se trata, camaradas? ¿hay algo de nuevo acerca de la pobre Luisa?

—Ya lo sabrias, badulaque, si no hubieses corre-teado tanto....

—Vaya, ¡creeis que no hay mas que un paso de aqui á la calle de Chaillot!

—¡Oh, malo.... malo...!

—¡Bien! ¿y ese famoso vizconde de Saint-Remy?

—¿No ha venido todavía?

—No.

—Pues su coche estaba dispuesto, y me ha mandado á decir por su ayuda de cámara, que iba á venir en seguida.... pero segun ha dicho el criado, no está de muy buen humor. Amigos, aquello es lo que se llama un buen palacio y un lujo desordenado.... cualquiera diria que es una de la casas de los señores de otro tiempo.... de que se habla en Foblás. ¡Oh! Foblás.... ¡este es mi héroe y mi modelo! dijo Jabulot dejando su paraguas y descalzándose sus zuecos.

—Tienes razon, Jabulot, porque como dice Homero el sublime ciego: «Debemos ser atrevidos á ejemplo de Foblás, y amar sin distincion, desde la duquesa hasta la costurera.»

—Pido la cabeza de Chalamel.

—Vamos, señores, hablemos del vizconde de Saint-Remy. Parece, segun dice Jabulot, que su casa es soberbia.

—Piramidal.

—Pero, segun creo, ese vizconde tiene deudas y apremios.

—Aqui hay una letra de treinta y cuatro mil francos que el escribano de cámara envió, pues han de venir á pagarla al despacho, por antojo, al parecer, del acreedor.

— ¡Oh! ahora, sin duda, podrá pagar el bizarro vizconde, puesto que volvió ayer noche del campo en donde estaba oculto para burlar á los alguaciles del comercio.

— Pero ¿cómo no le han embargado la casa?

— ¡Tan tonto le crees! la casa no es suya; sus muebles están á nombre de su ayuda de cámara, que ha justificado que se los alquila, lo mismo que sus carruajes y sus caballos están á nombre de su cochero, que dice que alquila al vizconde magníficas carrozas á tanto al mes. ¡Oh! el señor de Saint-Remy es hombre que lo entiende. Pero ¿qué es lo que decias que habia sucedido de nuevo aqui?

— Figúrate que hace dos horas que el principal entró como un furioso: ¿En dónde está German? nos preguntó.—No lo sabemos, señor.—Pues bien; el miserable me robó anoche diez y siete mil francos, ha dicho el principal.

— ¡German.... robar!... es mentira....

— ¡Cómo! señor, ¿estais cierto de ello? ¡eso no es posible! esclamamos todos.— Os aseguro, señores, repuso el principal, que habia puesto ayer en el cajon del escritorio en que él trabaja, quince billetes de á mil francos, y mas de dos mil francos en oro en una cajita: todo ha desaparecido. En aquel momento ha entrado el portero, diciendo: Señor, la guardia va á venir.

— ¿Y German?

— Aguerda un poco.... El principal dijo al portero: En cuanto llegue German, hazle subir al despacho sin decirle cosa alguna, pues quiero confundirle ante estos señores. Al cabo de un cuarto de hora llega el pobre German como si nada hubiese; cuando la señora Serafina acababa de traernos nuestro almuerzo, saluda al principal, y nos dice á nosotros muy tranquilamente: Buenos dias.

—¿German, que no almorzais? pregunta el señor Ferrand. — No señor, gracias, no tengo gana.— ¿Muy tarde habeis venido? — Si señor.... me he visto precisado á ir esta mañana á Belleville. —¿Para ocultar, sin duda, el dinero que me habeis robado? grita el señor Ferrand con voz terrible.

—¿Y German?

—Vuélvese el pobre muchacho pálido como un cadáver, y responde en seguida tartamudeando: Señor, por favor no me perdais....

—¿Segun eso habia robado?

—Espera que concluya, Jabulot. ¡No me perdais! le dijo al principal.— ¿Luego lo confesais, miserable? — Si señor.... pero aqui está el dinero que falta. Creia poderlo volver á poner esta mañana antes que os hubieseis levantado; pero desgraciadamente una persona que tenia una corta cantidad mia, y á quien creia encontrar ayer noche en su casa, estaba hacia dos dias en Belleville, y me ha sido preciso ir esta mañana.... Esta es la causa de haber venido mas tarde.... ¡Por favor, señor, no me perdais! Al tomar este dinero, sabia bien que podia devolverlo esta mañana. Aqui teneis los mil y trescientos francos en oro. —¡Cómo los mil y trescientos francos! esclamó el señor Ferrand. ¡No son malos mil y trescientos francos! Me habeis robado del escritorio del despacho del primer piso, quince billetes de á mil francos de una cartera verde, y dos mil en oro. — ¡Yo, jamás! esclamó el pobre German con acento confuso. Os he tomado mil y trescientos francos en oro.... pero ni un sueldo mas.... No he visto cartera alguna en el cajon; no habia mas que dos mil francos en oro en una caja. —¡Oh, infame, impostor!... ha esclamado nuestro principal. El que roba mil y trescientos francos, puede muy bien haber robado mas, y la

justicia decidirá.... ¡Oh! seré implacable con un abuso de confianza tan horroroso. Será un ejemplo.... Por último, mi amigo Jabulot, llega á este tiempo la guardia, con el secretario del comisario, para estender la declaracion, se apoderan de German, y se lo llevan: ya lo sabes todo.

—¿Es posible eso? German, la flor y nata de los hombres honrados.

—A todos nos ha parecido tambien muy singular.

—Con todo, es preciso confesar una cosa: German era maniático, y nunca ha querido decir donde vivia.

—Esto es cierto.

—Siempre tenia un aire misterioso.

—Esa no es razon para que haya robado diez y siete mil francos.

—Sin duda.

—Esta no es mas que una observacion que me ocurre.

—¡Pardiez! ¡Vaya una noticia!... no me hubiera sobresaltado mas un varapalo en la cabeza.... German.... German, que tenia aquel aire de honradéz.... á quien se le hubiera administrado el viático sin confesion.

—Parecia que tuviese un presentimiento de su desgracia....

—¿Por qué?...

—No sé.... hacia algun tiempo que le remordia alguna cosa.

—Tal vez era Luisa la causa.

—¿Luisa?

—Con todo, yo no hago mas que repetir lo que decia esta mañana la señora Serafina.

—¿Qué decia, qué?...

—Que era el amante de Luisa.

—Miren el hipócrita.

— ¡Toma, toma, toma!

— ¡Ah, bah!

— Eso no es verdad.

— ¿Cómo lo sabes, Jabulot?

— No hace quince dias que German me dijo en confianza, que estaba enamorado como un loco de una costurera muy honrada, á quien habia conocido en la casa en donde vivia, y sus ojos se cubrieron de lágrimas al hablarme de ella.

— ¡Vaya, vaya! ¡qué inocenton eres, Jabulot!

— Dice que Foblás es su héroe, y es bastante necio, asáz zopenco, y suficientemente zamacuco, para no comprender que se puede estar enamorado de la una y ser el amante de la otra, porque como dice el tierno Fenelón, en sus instrucciones al duque de Borgoña: «El buen servidor de Cupido, debe solazarse del mismo modo con la rubia que con la morena.»

— Pido la cabeza de Chalamel.

— Os digo que German hablaba formalmente.

En este momento entró en el estudio el oficial mayor.

— ¡Y bien! dijo á Jabulot: ¿habeis despachado todos los encargos?

— Sí, señor Dubois, he estado en casa del señor de Saint-Remy, y va á venir en seguida para pagar.

— ¿Y en casa de la señora condesa Mac-Gregor?

— Tambien.... aqui teneis la contestacion.

— ¿Y en la de la señora condesa de Orbigny?

— Da muchas gracias al principal; llegó ayer por la mañana de Normandía, y no esperaba tener tan pronto contestacion: aqui está su carta. He pasado tambien á casa del administrador del señor de Harville, como él lo habia exigido, para cobrar los gastos del contrato que fui á hacer firmar el otro dia.

— ¿Le habeis dicho que no corria prisa?

— Sí, pero ha querido de todos modos pagar: aqui está el dinero. ¡Ah! olvidaba esta tarjeta que he hallado en la habitacion del portero, con una línea escrita debajo con lápiz. El portero ha dicho que el dador de ella ha preguntado por el señor escribano, y ha dejado escrito lo siguiente: «Walter Murph» impreso; y mas abajo con lápiz: «Volverá á las tres para asuntos importantes.»

— No conozco este nombre.

— ¡Ah! olvidaba tambien, que Mr. Badinot ha dicho que descansaba en el señor Ferrand, y que hiciese este lo que le pareciese mejor, que siempre mereceria su aprobacion.

— ¿No ha dado contestacion por escrito?

— No señor, ha dicho que no tenia tiempo para ello.

— Muy bien.

— El señor Cárlos Robert vendrá tambien hoy á hablar con el principal; parece que ayer se batió con el duque de Lucenay.

— ¿Y está herido?

— No lo creo, me lo hubieran dicho en su casa.

— ¡Mirad! ahora pára un coche....

— ¡Qué hermosos caballos! ¡qué fogosos son!

— ¡Y ese cochero inglés, con su peluca blanca, su librea negra con galones de plata, y sus charreteras de general!...

— Seguramente es algun embajador.

— ¡Pues no digo nada del volante!... ¡la plata que lleva encima!!..

— ¡Y buenos bigotes!

— Toma, dijo Jabulot, es el coche del vizconde de Saint-Remy.

Un momento despues entró el señor de Saint-Remy en el despacho del escribano.

CAPÍTULO XXXVII.

EL VIZCONDE DE SAINT-REMY.

Hemos descrito ya la encantadora figura, la esquisita elegancia, el aire distinguido del señor de Saint-Remy, llegado la víspera de la quinta de Arnauville (propiedad de la señora duquesa de Lucenay), do habia hallado un refugio contra las pesquisas de los alguaciles de comercio, Malicorne y Bourdin.

El señor de Saint-Remy entró bruscamente en el despacho con el sombrero calado, aire altanero y orgulloso, guiñando los ojos, y preguntando con tono soberanamente impertinente, sin dirigir la vista á nadie:

— ¿Dónde está el escribano?

— El señor Ferrand trabaja en su gabinete, dijo

el oficial mayor ; pero si quereis aguardar un instante , caballero , podrá recibiros.

— ¿Cómo , esperar?

— Pero señor....

— No hay pero que valga , decidle que el vizconde de Saint-Remy está aqui.... Me parece muy estraño que ese escribano me haga hacer antesala... ¡Vaya un modo de darse tono!

— Si quereis tener la bondad de pasar á esotra pieza , dijo el primer oficial, iré en seguida á avisar al señor Ferrand.

El señor de Saint-Remy se encogió de hombros, y siguió al oficial mayor.

Al cabo de un cuarto de hora , que le pareció muy largo , y que cambió su despecho en cólera, el vizconde fué introducido en el gabinete del escribano.

Nada mas curioso que el contraste de aquellos dos hombres, ambos profundos fisonomistas y habituados á juzgar casi á la primera mirada de aquel con quien tenian que habérselas. El señor de Saint-Remy veía por primera vez á Santiago Ferrand, y chocóle el carácter de aquel rostro pálido , rígido, impasible , con la mirada oculta por unas enormes gafas verdes , y cuyo cráneo desaparecia casi completamente bajo un viejo gorro de seda negro. El escribano estaba sentado á su escritorio , en un sillon de cuero , junto á una chimenea desmoronada y llena de ceniza , en donde humeaban dos tizones ennegrecidos ; unas cortinas de percalina verde, hechas girones , puestas en unas varillas de hierro encima de las ventanas , ocultaban los vidrios inferiores , y daban al gabinete, ya de suyo lúgubre, un reflejo lívido y siniestro. Estantes de madera negra llenos de cajones de carton rotulados , algunas sillas de madera de cerezo silvestre , cubiertas

de terciopelo de Utrecht amarillo, un relox con caja de caoba, un enladrillado amarillo, húmedo y glacial, un techo lleno de grietas y adornado con guirnaldas de telarañas, tal era el *sancta sanctorum* del escribano Santiago Ferrand.

No habia dado aun dos pasos en el gabinete el vizconde, ni pronunciado siquiera una sola palabra, cuando el escribano, que le conocia de *reputacion*, le odiaba ya. En primer lugar veía en él, por decirlo asi, un rival en picardías; luego, por la misma razon, Ferrand que era de fisonomía baja é innoble, no por eso detestaba menos en los demas la elegancia, la gracia y la juventud, especialmente cuando estas ventajas iban acompañadas de un aire de insolente supremacía. El escribano, que afectaba comunmente un tono brusco y casi grosero con sus clientes, quienes le tenian aun mas afecto por aquellos modales de labriego del Danubio, propúsose redoblar su brutalidad con el señor de Saint-Remy. Este no conocia tampoco á Santiago Ferrand mas que de *reputacion*, y esperaba hallar en él un escribano bonachon ó ridículo, pues siempre se representaba bajo aspectos de simplones á los hombres de probidad proverbial, cuyo tipo cabal era Santiago Ferrand, segun decian. Lejos de esto, la fisonomía y la actitud del cartulario producian un sentimiento indefinible en el vizconde, mitad temor, mitad odio, aun cuando no tuviese razon alguna poderosa de temerle ni odiarle. Asi es que como consecuencia de su carácter resuelto, exageró todavía su insolencia y su fatuidad habituales. El escribano conservaba su gorra puesta, el vizconde hizo lo propio con su sombrero, y gritó desde la puerta con tono altivo y satírico.

—Es muy estraño, señor escribano, que me ha-

gais tomar la molestia de venir aqui, en lugar de enviar á buscar á mi casa el dinero de las letras que he firmado á ese Badinot, y por las que el pícaro ha entablado una demanda contra mí en el tribunal.... Me decis, es cierto, que teneis ademas que comunicarme un asunto muy importante.... convengo.... mas en ese caso no debiais obligarme á hacer un cuarto de hora de antesala: eso no es muy político, señor escribano.

El señor Ferrand, impasible, terminó una cuenta que estaba haciendo, enjugó metódicamente su pluma en la esponja embebida en agua que rodeaba su tintero de loza descantillado, y levantó hácia el vizconde su rostro glacial, terroso y romo adornado con las gafas. Hubiérase tomado por una calavera, cuyas órbitas hubiesen sido reemplazadas por unas grandes pupilas amarillas y verdes. Despues de haberle mirado por un momento en silencio, díjole el escribano al vizconde con voz brusca y breve.

— ¿En dónde está el dinero?

Esta sangre fria exasperó al señor de Saint-Remy.

¡El.... el ídolo de las mugeres, la envidia de los hombres, el modelo de la mejor sociedad de París, el temido duelista, no producir efecto alguno sobre un miserable escribano! esto era odioso; y aun cuando se hallaba á solas con Santiago Ferrand, su orgullo íntimo se irritó.

— ¿En dónde están las letras? dijo él en igual tono.

Con la punta de uno de sus dedos, duros como un hierro y cubiertos de pelos rojos, tocó el escribano sin contestar una ancha cartera de cuero colocada á su lado. Decidido á ser igualmente lacónico, aunque estremeciéndose de cólera, sacó el

vizconde de la faltriquera de su paletó un librito de memorias, de tafilete, cerrado con broches de oro, tomó de él cuarenta billetes de á mil francos, y los mostró al escribano.

—¿Cuánto son? preguntó este.

—¡Cuarenta mil francos!

—Dádmelos.

—Tomad, y concluyamos pronto, cumplid con vuestra obligacion, cobraos, y entregadme las letras, dijo el vizconde arrojando impacientemente el paquete de billetes de banco sobre la mesa.

El escribano los tomó, se levantó, fué á examinarlos junto á la ventana, dándoles vueltas de todos lados uno por uno, con un cuidado tan escrupuloso, y por decirlo asi, tan insultante para el señor de Saint-Remy, que este palideció de rabia. Santiago Ferrand, como si hubiese adivinado los pensamientos que agitaban al vizconde, meneó la cabeza, se volvió medias hácia él, y le dijo con un acento indefinible.

—No seria la primera vez que se han visto....

Absorto un momento, el vizconde de Saint-Remy contestó con sequedad.

—¿Qué?

—Billetes de banco falsos, contestó el escribano, continuando el atento exámen de los que tenia en la mano.

—¿Qué quereis decir con eso, caballero?

Santiago Ferrand se detuvo un momento, miró fijamente al vizconde á través de sus gafas; despues, encogiéndose imperceptiblemente de hombros, continuó el inventario de sus billetes sin pronunciar una sola palabra.

—¡Vive Dios, señor escribano, sabed que estoy acostumbrado á que me contesten cuando pregunto!

esclamó el señor de Saint-Remy irritado por la calma de Santiago Ferrand.

—Estos son buenos, dijo el escribano, volviendo á su mesa, donde tomó un pequeño legajo de papeles sellados, á los que iban anexas dos letras de cambio; puso en seguida uno de los billetes de mil francos, y tres cartuchos de á ciento sobre el legajo del crédito, y en seguida dijo al señor de Saint-Remy, señalándole con el índice el dinero y los títulos:

—Ahí teneis lo que os sobra de los cuarenta mil francos; mi cliente me ha encargado que cobrase el importe de los gastos.

El vizconde habia hecho muchos esfuerzos para contenerse mientras Ferrand formaba sus cuentas, y en vez de contestarle y de recoger su dinero, dijo con voz trémula de cólera:

—Os he preguntado por qué me habeis dicho, á propósito de los billetes de banco que os acabo de entregar: «que se habian visto algunos que eran falsos.»

—¿Por qué?

—Sí.

—Porque os he enviado á buscar por un negocio de falsificacion.

Y el escribano asestó sus anteojos al vizconde.

—¿Y qué tengo yo que ver con ese asunto?

Tras un momento de silencio, el señor Ferrand dijo al vizconde con acento triste y severo:

—¿Sabeis, caballero, cuáles son los deberes que debe cumplir un escribano?

—Yo os lo diré en breves palabras: tenia ahora mismo cuarenta mil francos, y me quedan mil trescientos....

—¡Sois muy vivo, caballero!... Pero yo os diré

que un escribano es para los negocios temporales lo que un confesor para los espirituales.... Por su estado tiene á menudo conocimiento de muy innobles secretos.

—¡Y bien, y qué!

—Se vé á veces precisado á estar en relaciones con algunos bribones.

—¿A qué viene todo esto?...

—Debe, en cuanto le sea posible, impedir que sea arrastrado por el cieno un nombre distinguido.

—Pero ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

—El nombre de vuestro padre, es un nombre tan respetado, como respetable, y vos lo deshonrais, caballero....

—¿Qué os atreveis á decir?

—Sin el interés que inspira ese hombre venerable, de quien os hablo, á todas las gentes de bien, en lugar de haber sido citado aqui, estariais ahora delante de un juez.

—No os comprendo.

—Me esplicaré: hace cosa de dos meses que cedisteis por medio de un agente de negocios, una letra de cincuenta y ocho mil francos, girada por la casa Meulaert y compañía, de Hamburgo, á favor de un tal William Smith, y pagadera á tres meses fecha, en casa de Mr. Grimaldi, banquero de París.

—¡Y qué!

—Esa letra es falsa.

—Esto no es verdad....

—¡Esa letra es falsa! la casa Meulaert no ha estado nunca en negociacion con William Smith, ni le conoce.

—¡Seria cierto! esclamó el señor de Saint-Remy con tanta sorpresa como indignacion; entonces he

sido horriblemente engañado, porque yo recibí ese valor como dinero contante.

— ¿De quién?

— Del mismo William Smith; la casa Meulaert es conocida, y yo estaba tambien tan seguro de la probidad del señor William Smith, que acepté la letra en pago de una suma que me debia....

— William Smith no ha existido jamás.... es un personage imaginario....

— ¡Caballero, me estais insultando!

— Su firma es falsa y supuesta como todo lo demas.

— Os digo que el señor William Smith existe; pero sin duda he sido el juguete de un horrible abuso de confianza.

— ¡Pobre jóven!

— ¡Esplicaos!

— En una palabra, el tenedor actual de la letra está convencido que vos sois el falsificador.

— ¡Caballero!

— Supone tener pruebas de ello, y antes de ayer vino á rogarme que os mandase á buscar, y os propusiese que recojais la letra falsa mediante una transaccion.... Hasta aqui todo marchaba en el terreno legal; pero hed aqui lo que ya no lo es, y tened entendido que solo os hablo por indicios: ahora pide cien mil francos, entregados hoy mismo; de lo contrario, mañana al medio dia, la letra falsa se habrá depositado en manos de un juez.

— ¡Esto es una infamia!

— Y un absurdo ademas.... Vos estais arruinado, y perseguido por una suma que acabais de pagarme, gracias á no sé qué recurso.... esto le he dicho yo al tenedor de esa nueva letra.... Pero me ha contestado que cierta gran señora muy rica no os dejaria en el atolladero....

— ¡Basta, caballero, basta!

— ¡Otra infamia, otro absurdo! convengo en ello.

— Por último.... ¿qué es lo que se intenta?

— Especular indignamente sobre una accion indigna. He consentido en comunicaros esta proposicion censurándola, como debe hacerlo un hombre honrado; lo demas es asunto vuestro. Si sois culpable, elegid entre el tribunal ó el rescate que se os impone.... El paso que acabo de dar es enteramente oficioso y sin interés, y no me volveré á meter en un negocio tan bajo. El actual poseedor se llama el señor Juanin, negociante de aceites, que vive á orillas del Sena, muelle de Billy, número 10: arreglaos con él, pues sois dignos de entenderos.... si sois un falsario, como él lo afirma.

El señor de Saint-Remy habia entrado en casa de Santiago Ferrand con aire altanero y cabeza erguida; pues aunque habia cometido en el discurso de su vida algunas acciones vergonzosas, poseia cierto orgullo, y un valor natural, hasta entonces nunca desmentido, por lo cual al principio de la entrevista, considerando al escribano como un adversario indigno de él, se habia contentado con zumbarse á costa suya. Mas en cuanto Ferrand habló de falsificacion al vizconde, se sintió humillado, y á su vez fué dominado por el escribano. Sin el imperio absoluto que tenia sobre sí mismo, no le hubiera sido dable ocultar la impresion terrible que le causó aquella revelacion inesperada, porque podia tener para él consecuencias incalculables.... que el escribano no sospechaba siquiera. Despues de un momento de silencio y de reflexion, aunque tan orgulloso, tan irritable y tan vano con su valor, humillóse á suplicar al hombre grosero, que tan crudamente le habia hablado en el austero lenguaje de la probidad.

— Caballero, me dais una prueba de interés que os agradezco, y siento la vivacidad de mis primeras espresiones.... dijo el vizconde de Saint-Remy con tono cordial.

— No me tomo ningun interés por vos, contestó brutalmente el escribano. Vuestro padre es el honor mismo, y me hubiera sido sensible que en el fondo de la soledad en donde vive, segun dicen, retirado en Angers, hubiera sabido que su nombre era citado en un tribunal: hélo ahí todo.

— Os repito que soy incapáz de la infamia de que se me acusa.

— Eso se lo direis al señor Juanin.

— Pero, lo confieso, la ausencia del señor Smith que tan indignamente ha abusado de mi buena fé....

— ¡Infame Smith!

— La ausencia del señor Smith me pone en un cruel conflicto; soy inocente, y si me acusan lo probaré; pero un litigio semejante perjudica siempre á un hombre de honor.

— ¡Y bien!

— Sed generoso, y emplead el dinero que acabo de entregaros, en satisfacer en parte las exigencias de la persona que tiene esa letra entre sus manos.

— ¡Este dinero pertenece á mi cliente, y es sagrado!

— Dentro de dos ó tres dias os lo reembolsaré.

— No os será posible.

— Tengo recursos.

— Ninguno.... que puedan ser públicos á lo menos. Vuestros muebles y vuestros caballos no os pertenecen ya, y tengo para mí que esto es otro engaño innoble.

— ¡Sois muy cruel, caballero! Pero admitiendo esto, ¿no lo convertiré todo en dinero en un caso estremo de desesperacion? Solo que, como me es

imposible procurarme de aqui á mañana al medio dia los cien mil francos, os ruego que empleeis el dinero que acabo de entregaros en retirar la malhadada letra, ó bien.... vos que sois tan rico.... hacedme este anticipo, y no me abandoneis en semejante apuro.

—¡Yo responder de cien mil francos por vos! ¡Ah! ¿estais loco por ventura?

—Yo os lo suplico. .. en nombre de mi padre.... de quien me habeis hablado.... tened compasion de mí....

—Yo tengo compasion de los que lo merecen, dijo ásperamente el escribano; como hombre honrado, aborrezco á los petardistas, y no sentiria ver á uno de esos caballeritos sin fé, ni ley, impíos y desordenados, atado por una vez á la vergüenza, para que sirviese de ejemplo á los demas.... Pero oigo que vuestros caballos se impacientan, señor vizconde, añadió el notario sonriéndose y enseñando la punta de sus negros dientes.

—En aquel momento llamaron á la puerta del gabinete.

—¿Qué hay? dijo Santiago Ferrand.

—La señora condesa de Orbigny, dijo el oficial primero.

—Rogadla que aguarde un momento.

—¿Es la madrastra de la marquesa de Harville? dijo el señor de Saint-Remy.

—Sí señor.... Tiene una cita conmigo, y espero que....

—¿Confio en que no saldrá una palabra de vuestra boca acerca de esto? repuso Saint-Remy con tono amenazador.

—Ya os he dicho, caballero, que un escribano es tan discreto como un confesor.

—Santiago Ferrand tocó la campanilla, y presentóse el oficial primero.

—Decid que pase adelante á la señora de Orbigny.... Luego dirigiéndose al vizconde, le dijo: Tomad esos mil y trescientos francos, siempre será un ausilio para pagar al señor Juanin.

La señora de Orbigny (en otro tiempo la señora Roland) entró en el momento en que salia el señor de Saint-Remy, con las facciones contraidas por la rabia de haberse humillado inútilmente ante el escribano.

—¡Ah! buenos dias, señor de Saint-Remy, le dijo la condesa: ¡cuánto tiempo hace que no os habia visto!...

—Efectivamente, señora, despues del matrimonio de Harville, de que fui testigo, no he tenido el honor de volveros á encontrar en parte alguna, dijo el vizconde inclinándose y dando de repente á sus facciones una espresion afable y risueña. ¿Desde entonces habeis residido siempre en Normandía?

—Sí por cierto; el señor de Orbigny no quiere vivir ya mas que en el campo.... y lo que él quiere, quiérolo yo tambien.... Asi es que teneis en mí una verdadera señora de provincia; no habia estado en París desde el matrimonio de mi querida hijastra con ese escelente señor de Harville.... ¿Le veis muy á menudo?

—Harville se ha vuelto muy uraño y esquivo.... y pocas veces se le vé en sociedad, dijo el vizconde con un poco de impaciencia; pues le era insoportable tal conversacion, ya por su inoportunidad, como porque parecia causar mucho placer al escribano. Pero la madrastra de la señora de Harville, loca de alegría con el encuentro de aquel ele-

gante, no era muger que soltase tan pronto la presa.

—¿Y mi querida hijastra añadió, espero que no será tan huraña como su marido?

—La señora de Harville está muy en moda y siempre muy obsequiosa como conviene á una muger hermosa; pero temo, señora, abusar de vuestro tiempo, y....

—Nada de eso, os lo aseguro. Es para mí una dicha el haber hallado al elegante de los elegantes, al rey de la moda: en diez minutos voy á estar al corriente de cuanto pasa en París, como si jamás hubiese salido de él.... ¿Y vuestro amigo el señor de Lucenay, que era testigo con vos en el casamiento de Harville?

—Mas original que nunca: parte para Oriente, y vuelve de alli exactamente á tiempo para recibir ayer mañana una herida, aunque de poca gravedad.

—¡Pobre duque! ¿Y su muger, siempre bella y hechicera?

—Sabeis, señora, que tengo el honor de ser uno de sus mejores amigos, y mi voto en este particular podria ser considerado como sospechoso.... Espero, señora, que tendreis la bondad, á vuestro regreso á Aubieres, de hacer presentes mis recuerdos al señor de Orbigny.

—Ágradecerá mucho, os lo aseguro, vuestra memoria; pues se informa á menudo de vos y de vuestros triunfos.... Dice siempre que le traeis á la imaginacion al duque de Lauzun.

—Esa sola comparacion es un completo elogio; mas desgraciadamete para mí, es mas benévola que verídica. Adios, señora, pues no me atrevo á esperar que os digneis recibirme antes de vuestra marcha.

—Sentiria en estremo que os incomodaseis en

venir á mi casa. Estoy, puede decirse, acampada por algunos dias en una casa de alquiler; pero si al verano ú otoño pasais por el camino que conduce á nuestra quinta, yendo á alguno de esos castillos de moda, en que las hermosas se disputan el placer de recibiros.... concedednos algunos dias, aunque sea solo por la curiosidad del contraste, y para descansar en casa de unos pobres campesinos del torbellino, de esa vida de recreo tan elegante y tan loca....

—Señora....

—No necesito deciros por cuán felices nos tendremos el señor de Orbigny y yo en recibiros; pero adios, caballero, temo que el arisco filántropo (y señaló al escribano) no se impaciente con nuestras habladurías.

—Muy al contrario, señora, muy al contrario, dijo Ferrand con un acento que acreció la rabia contenida de Saint-Remy.

—Confesad que el señor Ferrand es un hombre terrible.... repuso la señora de Orbigny haciendo aspavientos; pero tened entendido, puesto que, felizmente para vos, se ha encargado de vuestros negocios, que os reñirá furiosamente: es un hombre implacable. ¿Mas qué digo?.... al contrario.... un elegante como vos.... tener al señor Ferrand por escribano.... es una segura prenda de enmienda; porque es bien sabido que él nunca deja hacer locuras á sus clientes, ó de lo contrario, les entrega sus cuentas.... ¡Ah! él no quiere ser el escribano de todo el mundo.... Despues dirigiéndose á Santiago Ferrand, le dijo: ¡Sabeis, señor puritano, que es una famosa conversion la que habeis hecho!... ¡volver prudente al elegante por escelencia, al rey de la moda!

—Justamente es una conversion, señora.... el

señor vizconde sale de mi gabinete muy diferente de lo que era cuando entró.

—¡Cuando os digo que haceis milagros!... No hay por qué maravillarse; sois un santo.

—¡Ah, señora!... me adulais.... dijo el escribano con compuncion.

El vizconde hizo un profundo saludo á la señora de Orbigny; y despues en el momento de salir, queriendo por última vez enternecer al escribano, le dijo con un tono indiferente, pero que sin embargo dejaba percibir una profunda ansiedad:

—Por última vez.... mi querido Ferrand.... ¿no quereis concederme lo que os pido?

—¿Alguna locura?.... sin duda.... sed inexorable, mi querido puritano, esclamó la señora de Orbigny riéndose:

—Lo oís.... caballero.... no puedo contrariar á tan hermosa señora.

—Mi querido Ferrand, hablemos formalmente.... de las cosas formales.... y ya sabeis que esta lo es mucho.... Decididamente.... ¿os negais? preguntó el vizconde con una angustia mal disimulada.

El escribano fué bastante cruel para aparentar que vacilaba; y Saint-Remy tuvo un momento de esperanza.

—¿Cómo, hombre de hierro, cedeis? dijo riendo la suegra de la señora de Harville; ¿sufrís tambien el hechizo del irresistible?...

—A fé mia, señora, estaba á pique de ceder, como decís; pero me haceis avergonzar de mi debilidad, contestó Ferrand; y despues, dirigiéndose al vizconde, le dijo con una espresion cuyo sentido solo este comprendió: Formalmente (y recalcó sobre esta palabra), es imposible.... No sufriré que por capricho cometais una indiscrecion como esa.... señor vizconde, yo me considero como el tutor de

mis clientes; no tengo otra familia, y me creeria cómplice de las locuras que les permitiese hacer.

—¡Oh, el puritano, miren el puritano! dijo la señora de Orbigny.

—Por último, ved al señor Juanin, y estoy seguro que pensará absolutamente como yo; y como yo os dirá.... ¡no!!!

Saint-Remy salió desesperado.

Tras un corto momento de reflexion, esclamó:

—¡Es preciso! y dijo luego á su volante que le tenia abierta la puertecilla del coche: ¡Al palacio de Lucenay!

Mientras que el señor de Saint-Remy se dirige á casa de la duquesa, baremos asistir al lector á la conversacion de Ferrand y de la señora de Orbigny.

CAPÍTULO XXXVIII.

EL TESTAMENTO.

El lector habrá olvidado tal vez el retrato de la madrastra de la marquesa de Harville, trazado por esta, y por la misma razon repetiremos que la señora de Orbigny era una muger pequeña, rubia, delgadita, con las cejas casi blancas, los ojos redondos, saltones y de un azul sin brillo, sus palabras melosas, su mirada hipócrita, y sus modales insinuantes é insidiosos. Estudiando su fisonomía falsa y pérfida se descubria en ella algo de solapadamente cruel.

—¡Qué jóven tan hermoso es el caballero de Saint-Remy! dijo la condesa á Santiago Ferrand, asi que hubo salido el vizconde.

—Ciertamente.... pero, señora, hablemos de

negocios.... Me escribisteis desde Normandía que queriais consultarme sobre graves intereses....

—No habeis sido siempre mi consejero, desde que el buen doctor Polidori me dirigió á vos.... ¿A propósito, habeis recibido noticias suyas? preguntó la señora de Orbigny con un aire del todo indiferente.

—Desde que se marchó de París no me ha escrito ni una sola vez, contestó con no menor indiferencia el escribano.

Advertimos al lector que estos dos personages se mentian descaradamente el uno al otro; porque el escribano habia visto recientemente á Polidori (uno de sus cómplices), y le habia propuesto ir á Asnieres, á casa de los Marcial, piratas de agua dulce, de que mas tarde hablaremos, para envenenar á Luisa Morel, bajo el nombre de doctor Vicente. La madrastra de la señora de Harville habia ido á París para tener tambien una conferencia secreta con aquel malvado, oculto, como ya hemos dicho, hacia mucho tiempo bajo el nombre de César Bradamanti.

—Pero no es el doctor quien nos interesa ahora, dijo la madrastra de la marquesa de Harville. Estoy muy inquieta: mi esposo está indispuesto, su salud se debilita de dia en dia; y aunque sin causarme temores graves.... su estado me atormenta, ó mas bien le atormenta.... añadió enjugando sus ojos ligeramente humedecidos.

—¿De qué se trata?

—Habla incesantemente de últimas disposiciones.... de testamento....

Aqui Mad. de Orbigny ocultó su cara en el pañuelo por espacio de algunos minutos.

—Esto es triste, sin duda, replicó el escribano; mas esa precaucion no encierra en sí nada de des-

agradable.... ¿Cuáles son las intenciones del señor de Orbigny?

—¡Dios mio, qué se yo!... Ya conocereis que cuando habla de este asunto, procuro mudar pronto la conversacion.

— Pero en fin, ¿no os ha dicho algo de positivo sobre este particular?

— Creo, contestó la señora de Orbigny con aire enteramente desinteresado, creo que quiere legarme no solo lo que la ley le permite.... sino.... ¡Oh! mirad, os lo ruego, no hablemos de eso....

— ¿De qué hablaremos, pues?

— ¡Ay, teneis razon, hombre implacable!... á pesar mio, es preciso tratar del triste asunto que me ha traido aqui.... Pues bien; el señor de Orbigny lleva su bondad hasta querer desvincular una parte de su fortuna, y hacerme donacion de una suma considerable.

— ¿Pero su hija.... su hija? esclamó severamente Ferrand. Debo declararos que hace un año que el señor de Harville me ha encargado sus negocios.... y no ha mucho le hice comprar una magnífica posesion.... Ya conoceis mi escrupulosidad en todos los asuntos.... poco me importa que el señor de Harville sea mi cliente, por lo que yo abogo es por la causa de la justicia. Si vuestro marido quiere tomar, con respecto á su hija la señora de Harville, una determinacion que no me parezca regular.... os lo diré bruscamente, no debeis contar conmigo.... limpia y recta, tal ha sido siempre la línea de mi conducta.

—¡Y la mia tambien! asi es que repito siempre á mi marido lo que vos decís: «Vuestra hija os ha dado mucho que sentir, está bien.... mas esta no es razon para desheredarla....

—Muy bien.... estamos conformes.... ¿y qué contesta?

—Contesta: «Dejaré á mi hija veinticinco mil francos de renta, sobre mas de un millon que tiene de su madre: su marido posee personalmente una riqueza enorme; conque asi bien puedo cederos lo demas, á vos, mi tierna amiga, el único apoyo, el único consuelo de mis decrépitos dias y mi ángel custodio.» Os repito estas palabras, para mí muy lisonjeras, continuó la condesa con un suspiro de modestia, para mostraros cuán bueno es conmigo el señor de Orbigny; sin embargo, á pesar de todo he rehusado siempre sus ofertas, y él se ha empeñado en rogarme que viniese á veros.

—No obstante, yo no conozco al señor de Orbigny.

—Pero él conoce, como todo el mundo, vuestra legalidad.

—Mas ¿cómo os ha dirigido á mí?

—Para desvanecer de una vez mis negativas y mis escrúpulos, me ha dicho: «No os propongo que consulteis á mi escribano, porque le creeriais demasiado afecto á mí; pero me avendré á la decision de un hombre cuyo rigorismo de probidad es proverbial, el señor Santiago Ferrand. Si conceptúa comprometida vuestra delicadeza con la aceptacion de mis ofertas, no hablaremos mas de ello, y sino os resignareis.» Consiento en ello, dije, y ahí teneis cómo os hemos convertido en árbitro nuestro. «Si es de mi parecer, añadió mi esposo, le enviaré un poder para realizar los valores de mis rentas y existencias, guardará en depósito la suma, y cuando muera, mi tierna amiga, tendreis á lo menos una existencia digna de vos.»

Nunca, tal vez, conoció mejor el señor Ferrand

que en este momento, la utilidad de sus anteojos. Sin duda hubiera alarmado á la señora de Orbigny la chispeante mirada del escribano, cuyos ojos parecieron iluminarse al oir la palabra depósito. Contestó, sin embargo, con tono regañón:

—Esto es capáz de impacientar al mas sufrido: hé aqui la décima ó duodécima vez que se me elige por árbitro.... siempre bajo el pretesto de mi probidad.... no se sabe decir mas que esto.... ¡mi probidad, mi probidad!... ¡gran ventaja!... no me reporta mas que pesares y molestias....

—Mi buen señor Ferrand.... vamos.... no me trateis con aspereza. Escribireis al señor de Orbigny que espera vuestra carta, á fin de remitiros ámplios poderes.... para realizar el importe de lo antedicho.

—¿Cuánto es á corta diferencia?

—Creo que me ha hablado de cuatrocientos ó quinientos mil francos.

—La suma es menos considerable de lo que creía; luego os habeis sacrificado por el señor de Orbigny.... Su hija es muy rica.... vos no teneis nada.... vamos, puedo aprobarlo, y me parece que honradamente podeis aceptar.

—¿De veras.... lo creeis? dijo la señora de Orbigny, juguete como todo el mundo de la probidad proverbial del escribano, pues no habia sido desengañada sobre este particular por el doctor Polidori.

—Podeis aceptar.... repitió él.

—Aceptaré, pues, dijo la señora de Orbigny con un suspiro.

El primer oficial llamó á la puerta.

—¿Quién llama? preguntó Ferrand.

—La señora condesa Mac-Gregor.

—Que tenga la bondad de aguardar un momento.

—Os dejo, pues, mi querido Ferrand, dijo la

señora de Orbigny ; escribireis á mi marido.... ya que lo desea , y mañana os enviará sus ámplios poderes.

— Escribiré....

— Adios, mi digno y buen consejero....

— ¡Ah! la gente del mundo no sabe cuán desagradable es encargarse de semejantes depósitos, y la responsabilidad que pesa sobre nosotros. ¡Os digo que nada hay tan detestable como esa hermosa reputacion de probidad, que no acarrea mas que trabajo!

— ¡Y la admiracion de las gentes de bien!...

— ¡Loado sea Dios! ¡La recompensa que yo ambiciono no la cifro en el mundo! esclamó Ferrand con místico acento.

A la condesa de Orbigny sucedió Sara Mac-Gregor.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

CAPÍTULO XXXIX.

La condesa Mac-Gregor.

Sarah entró en el gabinete del escribano con su habitual serenidad y sangre fria; Ferrand no la conocia, é ignoraba el objeto de su visita; y se puso mas sobre sí de lo que acostumbraba, esperando engañar aun á otra persona con su hipocresía.... Miró muy atentamente á la condesa, y á pesar de la impasibilidad de aquella muger de frente de mármol, advirtió un ligero estremecimiento de cejas, que le pareció daba á entender un embarazo comprimido. El escribano se levantó de su poltrona, adelantó una silla, y mostrándosela con un gesto á Sarah, la dijo:

—Me habeis pedido una cita para hoy; ayer estuve muy ocupado, y no me ha sido dable contestaros hasta esta mañana, por lo que os pido mil perdones.

—Deseaba veros, caballero.... para un asunto de la mas grave importancia. Vuestra reputacion de probidad, de buen corazon y de oficiosidad, me ha hecho confiar en el éxito del paso que voy á dar.

El escribano se inclinó ligeramente sobre su silla.

—Sé, caballero, que vuestra discrecion es á toda prueba....

—Es un deber en mí, señora.

—Sois un hombre rígido é incorruptible.

—Si señora.

—Sin embargo, si os dijesen: Señor.... de vos depende el volver la vida.... mas que la vida.... la razon, á una desgraciada madre, ¿tendriais valor para negaros á ello?

—Segun cómo.... señora; esplicaos, y contestaré.

—Hará como unos catorce años, á fines de diciembre de 1824, que un hombre, jóven aun y vestido de luto.... vino á proponeros que tomaseis como pension vitalicia la suma de ciento cincuenta mil francos, que se querian depositar á favor de una criatura de tres años, cuyos padres trataban de permanecer desconocidos.

—Y bien, señora, continuad, dijo el escribano zafándose asi de contestar categóricamente.

—Consentisteis en encargaros del depósito, y de hacer asegurar al párvulo una renta vitalicia de ocho mil francos; la mitad debia ser capitalizada en provecho suyo hasta su mayor edad, y la otra pagada por vos á la persona que cuidase de la criatura.

—Continuad, señora....

—Al cabo de tres años, dijo Sarah sin poder vencer una ligera emocion, el 12 de noviembre de 1827, murió la niña....

—Antes de proseguir esta conversacion, señora, os preguntaré: ¿qué interés teneis en este asunto?

— La madre de la niña es.... hermana mia, caballero (1). Tengo como prueba de lo que digo, la fé de difuntos de la pobre niña, las cartas de la persona que cuidaba de ella, y la obligacion de uno de vuestros clientes en cuya casa habiais colocado los ciento cincuenta mil francos.

— Veamos esos papeles, señora.

Asaz admirada de no ser creida bajo su palabra, sacó Sarah de una cartera muchos papeles que el escribano examinó cuidadosamente.

— Y bien, señora, ¿que pretendeis? la fé de difuntos está en regla, los ciento cincuenta mil francos han sido adjudicados al señor Juanin, mi cliente, por la muerte de la niña; es uno de los efectos del depósito vitalicio, y asi se lo dije á la persona que me encargó este negocio. En cuanto á los réditos, han sido exactamente pagados por mí hasta la muerte de la niña.

— Yo me complazco en confesar, caballero, que vuestra conducta ha sido muy leal en todo esto. La muger á quien fué confiada la niña se hizo tambien acreedora á nuestra gratitud, pues tuvo el mas esmerado cuidado de mi pobre sobrinita.

— Esto es cierto, señora; yo mismo quedé tan satisfecho de la conducta de aquella muger, que viéndola sin ocupacion despues de la muerte de la niña, la tomé á mi servicio, y desde aquella época.... sigue en mi casa....

— ¿La señora Serafina es criada vuestra?

— Es mi ama de llaves, once años hace, y no me he arrepentido de ello nunca.

---

(1) Creemos inútil recordar al lector, que la niña de que se trata es Flor Celeste, hija de Rodolfo y Sarah, y que esta al bablar de su supuesta hermana, urde una mentira necesaria á sus proyectos, como se va á ver; por lo demas Sarah está convencida como Rodolfo de la muerte de la niña.

— Puesto que es asi.... podria sernos de grande utilidad, si vos quisieseis acoger mi demanda.... que os parecerá estraña.... y hasta culpable quizás al pronto; pero cuando sabreis la intencion con que....

— ¡Una peticion culpable, señora! no os creo á vos capáz de hacerla, ni yo soy capáz de escucharla.

— Sé, caballero, la severidad de vuestros principios.... pero pongo toda mi esperanza.... mi sola esperanza.... en vuestra compasion.... ¿En todo caso puedo contar con vuestra discrecion?

— Sí señora.

— Continúo, pues. La muerte de la niña sumió en tal desolacion á su madre, que su dolor es tan vivo hoy, como el dia que recibió la noticia, y despues de habernos hecho temer por su vida, hoy peligra su razon.

— ¡Pobre madre! dijo el señor Ferrand dando un suspiro.

— ¡Oh! sí, muy desgraciada madre; porque tenia que avergonzarse del nacimiento de su hija en la época que la perdió, mientras que las circunstancias han variado de tal modo, que mi hermana, si su hija viviese aun, podria legitimarla, llenándose de orgullo, y no separarse de ella jamás. Pero uniéndose esa incesante pena á sus demás pesares, nos hace temer á cada instante por su razon.

— Desgraciadamente eso no tiene remedio.

— Si señor....

— ¡Cómo, señora!

— Supongamos que se le dice á la madre: Se ha creido muerta á vuestra hija.... pero no lo está.... la muger que la cuidó cuando niña, está aqui para afirmarlo.

— Semejante mentira seria muy cruel, señora.... ¿á qué dar una vana esperanza á la pobre madre?

—¿Y si eso no fuese una mentira? ¿ó mas bien, si esa suposicion pudiese realizarse?

—¿Por un milagro? Si no fuese necesario para obtenerlo mas que unir mis súplicas á las vuestras, lo haria con todo el fervor de mi corazon.... creedlo, señora. Desgraciadamente la fé de difuntos es demasiado real.

—Yo bien sé, caballero, que la niña murió, y sin embargo, la desgracia no seria irreparable si quisierais....

—¿Es algun enigma, señora?

—Me esplicaré con mas claridad.... Si mi hermana encuentra mañana á su hija, no solo volverá á la vida, sino que podrá abrigar esperanzas de casarse con el padre de aquella, que en el dia se halla libre cual ella. Mi sobrina murió á los seis años. Separada de sus padres, desde la mas tierna edad, no han conservado recuerdo alguno de ella.... Suponed que se halla una jóven de diez y siete años (mi sobrina tendria ahora esta edad), una jóven como otras tantas, abandonada de sus padres: y se dice á mi hermana: Aqui teneis á vuestra hija, pues se os habia engañado: razones graves han obligado á que se la hiciese pasar por muerta; pero la muger que la crió y un escribano respetable, os afirmarán y probarán que es ella....

Santiago Ferrand, despues de haber dejado hablar á la condesa sin interrumpirla, se levantó bruscamente, y esclamó con aire de indignacion:

—¡Basta...! señora, ¡oh, esto es infame!

—¡Caballero!

—Atreverse á proponerme.... á mí.... que falsamente suponga la existencia de una criatura, y destruya una fé de difuntos.... ¡una accion criminal, en fin! Esta es la primera vez de mi vida que sufro un ultraje semejante.... ¡y sin embargo,

no lo he merecido, Dios mio.... bien lo sabeis vos!

— Pero, caballero, ¿á quién perjudica esto? Mi hermana y la persona con quien desea casarse son viudos y sin hijos.... ambos sienten amargamente la pérdida de su hija.... se les engaña.... pero al darles la felicidad y la vida.... se asegura tambien la suerte mas feliz á una pobre niña abandonada.... conque asi es una accion noble y generosa, y no un crímen.

—¡En verdad.... esclamó el escribano con una cólera que iba en aumento, me admira cómo puede darse tan bello colorido á los mas execrables proyectos!

— Pero.... reflexionad....

— Os repito, señora, que eso es infame.... y es una vergüenza ver á una muger de vuestra calidad tramar tales abominaciones.... que ignora sin duda vuestra hermana.

—¡Caballero!

—¡Basta, señora, basta!... Yo no soy galante, y.... os diria brutalmente muy duras verdades....

Sarah lanzó al escribano una de sus miradas negras, profundas, casi aceradas, y le dijo friamente:

— ¿Rehusais?

—¡No mas insultos, señora!

—¡Mirad lo que haceis!...

— ¿Amenazas?

— Amenazas.... y para probaros que no serán vanas.... sabed en primer lugar que no tengo hermana....

—¡Cómo, señora!

— Yo soy la madre de la niña....

— ¿Vos?...

—¡Yo!... Habia hecho un rodeo para llegar á mi objeto, imaginando una fábula para interesaros; pero sois implacable, y me quito la máscara....

¿Quereis guerra?... ¡pues bien!... haya guerra.

—¿Guerra? ¡porque me niego á asociarme á una maquinacion criminal! ¡qué audacia!

—Escuchadme, caballero: vuestra reputacion de hombre honrado es cabal y perfecta.... estrepitosa, inmensa....

—Porque es merecida.... ¡Asi es preciso haber perdido la cabeza para atreverse á hacerme proposiciones como la vuestra.... y amenazarme porque no las acepto.

—Mejor que nadie sé, caballero, cuánto debe desconfiarse de esas virtudes ariscas, que encubren á menudo la liviandad de las mugeres y la maldad de los hombres.

—Señora....

—Desde el principio de nuestra entrevista, sin saber por qué, dudo que merezcais el aprecio y consideracion de que gozais.

—¿De veras, señora?... Esa duda hace honor á vuestra perspicacia.

—¿No es cierto?... porque esa duda está fundada sobre nimiedades.... sobre el instinto, sobre presentimientos inesplicables.... sin embargo, rara vez me han engañado mis previsiones.

—Concluyamos esta conversacion, señora....

—No sin que sepais antes mi resolucion.... Empiezo por deciros, de vos á mí, que estoy convencida de la muerte de mi pobre hija.... pero no importa: supondré que no lo está: las causas mas inverosimiles se defienden.... Os hallais en la actualidad en una posicion que debe haberos creado muchos envidiosos que considerarán como una suerte feliz la ocasion de atacaros, y yo se la facilitaré....

—¡Vos!...

—Yo, atacándoos bajo cualquier absurdo pretesto, sobre una irregularidad en la fé de difuntos,

por ejemplo; ó sobre cualquiera otra cosa. Sostendré que mi hija no ha muerto; y como tengo el mayor interés en hacer creer que vive aun, aunque perdida, ese proceso me será útil dando una popularidad inmensa á mi litigio. Una madre que reclama á su hija es siempre interesante, y asi tendré en mi favor á los envidiosos, á vuestros enemigos, y á todas las almas sensibles y novelescas.

—¡Ese plan es tan loco como infame! ¿Qué interés me hubiera movido á hacer pasar por muerta á vuestra hija no estándolo?

—En verdad, es un poco difícil el encontrar el motivo; pero para eso sirven los abogados.... Pero mirad: ya tengo uno escelente: supongamos que hayais querido repartiros con vuestro cliente la suma impuesta á vitalicio en favor de la desgraciada niña.... la hicisteis desaparecer....

El escribano, impasible, se encogió de hombros, y dijo:

—¡Si hubiese sido capáz de ese crímen, en vez de hacerla desaparecer la hubiese muerto!

Estremecióse Sarah de sorpresa, permaneció muda por un momento, y luego repuso con amargura:

—¡Para un hombre que pasa por un santo, ese solo pensamiento es un crímen! ¿Habria acaso dado en el blanco tirando al azar?... Esto me da que pensar, y pensaré.... Una palabra, y será la última.... Ya veis que soy una muger que atropello sin compasion por cuanto me hace estorbo en mi camino.... Reflexionad bien.... es preciso que mañana os hayais decidido, pues podeis hacer impunemente lo que os pido. En su gozo el padre de mi hija, no discutirá la posibilidad de semejante resurreccion, si nuestras mentiras, que le harán feliz, están diestramente combinadas. Ademas, no

tiene mas pruebas de la muerte de nuestra hija, que lo que yo le escribí hace catorce años, y me será fácil persuadirle que le engañé, porque entonces tenia yo justos motivos de queja contra él.... Le diré que en mi dolor habia querido romper á sus ojos el último lazo que nos unia aun el uno al otro. Vos no podeis quedar comprometido en nada: afirmad únicamente, hombre irreprensible, afirmad que todo fué concertado entre vos, la señora Serafina y yo, y se os creerá. En cuanto á los ciento cincuenta mil francos, es negocio mio; quedarán adjudicados á vuestro cliente que debe completamente ignorar esto; y por último vos mismo fijareis vuestra recompensa....

Santiago Ferrand conservó toda su serenidad á pesar de lo raro de su posicion tan estraña como peligrosa para él. Creyendo realmente la condesa la muerte de su hija, iba á proponer al escribano que hiciese pasar por viva la niña que catorce años antes habia hecho pasar él por muerta. Tenia demasiado talento, y conocia sobrado los peligros de su posicion para no comprender el valor de las amenazas de Sarah, pues aunque admirable y laboriosamente construido, el edificio de su reputacion descansaba sobre arena. El mundo tan fácilmente se despreocupa como se preocupa, deseando poseer el derecho de pisar al que ayer ponia en las nubes. ¿Cómo calcular las consecuencias del primer ataque dirigido á la reputacion de Santiago Ferrand? Por loco que fuese el ataque, la misma audacia podia promover sospechas.... La perspicacia da Sarah y su endurecimiento asustaban al escribano; pues como madre no se habia enternecido ni un instante al hablar de su hija, y parecia no haber considerado su muerte mas que como la pérdida de un medio de accion.

Semejantes caractéres son implacables en sus designios y en la venganza.

Queriendo ganar tiempo para desviar tan peligroso golpe, Ferrand dijo friamente á Sarah.

—Me habeis dado hasta mañana á medio dia, pero yo os concedo hasta pasado mañana, para renunciar á un proyecto cuya gravedad no sospechais. Si de aqui á entonces no he recibido de vos una carta que me manifieste que abandonais ese loco y criminal proyecto, conocereis á espensas vuestras que la justicia sabe proteger á los hombres honrados, que rehusan culpables complicidades, y que puede alcanzar á los autores de odiosas maquinaciones.

—¿Esto quiere decir que me pedís un dia mas para reflexionar acerca de mis proposiciones? Esta es buena señal.... os le concedo.... Pasado mañana á esta hora volveré aqui, y quedará decidida entre nosotros la paz ó la guerra; pero repito que la guerra será encarnizada, sin compasion ni piedad.

Y Sarah salió.....

.....

Todo va á pedir de boca.... dijo entre sí. Esa miserable jóven por quien se interesaba Rodolfo por capricho, y que habia enviado á la granja de Bouqueval para convertirla mas tarde en su querida, no es ya temible por ahora.... gracias á la tuerta que me ha librado de ella.... La astucia de Rodolfo ha salvado á la señorita de Harville de la red en que habia querido hacerla caer; mas es imposible que escape á la nueva trama que medito, y quedará perdida sin remedio para Rodolfo. Entonces.... entristecido, solo, aislado de todo afecto, ¿no se hallará en una disposicion de espíritu tal, que admita con gusto la mentira á que puedo dar todas las

apariencias de la realidad, con el ausilio del escribano?... y este me ayudará, porque le he asustado. Encontraré fácilmente una jóven huérfana, interesante y pobre, que, instruida por mí, ocupará el puesto de nuestra hija, tan amargamente llorada por Rodolfo.... Conozco la grandeza y generosidad de su corazon..... Sí, para dar un nombre, un rango á la que creerá su hija, hasta entonces infeliz y abandonada, volverá á anudar nuestros lazos que yo habia creido indisolubles.... Las predicciones de mi nodriza se realizarán por fin, y habré conseguido el objeto constante de mi vida ¡UNA CORONA!!!.....

.....

Apenas acababa de salir Sarah de casa del escribano, cuando entró en ella el señor Cárlos Robert, bajando del mas elegante cabriolé, y dirigiéndose sin cumplimientos al gabinete de Santiago Ferrand.

CAPÍTULO XL.

CARLOS ROBERT.

El comandante, como decia la señora Pipelet, se entró sin etiqueta en el despacho del escribano, á quien halló de humor sombrío y atrabiliario, pues le dijo brutalmente:

—Tengo destinadas estas horas para mis clientes; cuando querais hablarme, venid por la mañana.

—Mi querido *cartulario*, (este era uno de los chistes del señor Robert), en primer lugar, se trata de un negocio importante, y despues queria desvanecer por mí mismo los temores que hubieseis podido concebir....

—¿Qué temores?

—¿No sabeis?

—¿Qué?

—Mi desafío....

— ¿Vuestro desafío?

— Con el duque de Lucenay. ¡Cómo! ¿lo ignorabais?

— Sí. Completamente.

— ¡Ah! ¡Bah!

— Y ¿por qué motivos ha sido ese duelo?

— Una cosa escesivamente grave que pedia sangre. Figuraos que en plena embajada, se atrevió á decirme el señor de Lucenay que yo padecia de pituita.

— ¿Que padeciais de...?

— *Pituita*, mi querido cartulario: una enfermedad que debe ser muy ridícula.

— ¿Y por eso os habeis batido?

— ¡Qué diablos! ¿y por qué quereis que uno se bata? Creeis que se puede á sangre fria oir decir que se padece de pituita delante de una muger hechicera, y ante una marquesita.... que.... en fin, basta.... esto no podia quedar sin satisfaccion.

— ¡Por cierto que no!...

— Nosotros los militares, ya entendeis.... tenemos siempre el pie en el estribo.... Mis testigos se apersonaron ayer con los del duque: yo habia sentado la cuestion muy claramente.... ó un duelo, ó una retractacion.

— ¿Una retractacion.... de qué?

— ¡De la pituita, pardiez! ¡de la pituita que queria atribuirme!

El escribano se encogió de hombros.

— Por su parte los testigos del duque decian: Nosotros hacemos justicia al carácter caballeresco del señor Cárlos Robert; pero el señor de Lucenay no puede, ni debe, ni quiere retractarse. — Con que es decir, señores, respondieron mis testigos, ¿el señor de Lucenay se obstina en sostener que el señor Cárlos Robert padece de pituita? — Sí seño-

res; mas no cree él con esto ajar la delicadeza del señor Robert.—Entonces que se retracte....—No, señores; el señor de Lucenay reconoce al señor Robert por un hombre de honor, pero pretende que padece de pituita. Ya veis que no habia medio de arreglar un asunto tan grave....

—Ninguno.... vos habiais sido insultado en lo que de mas respetable tiene el hombre.

—¿No es verdad? Asi es que elegimos sitio y hora, y ayer por la mañana fuimos á Vincennes, y alli se terminó este asunto lo mas honrosamente: herí ligeramente con la espada al duque de Lucenay; y los testigos declararon que quedaba cubierto el honor de entrambos. Entonces el duque dijo en alta voz: Yo no me retracto nunca antes de un duelo; despues ya es otra cosa. Ahora es deber mio proclamar que habia acusado falsamente al señor Robert de padecer de pituita, y reconozco, no solo que mi leal adversario no padece de pituita, sino que es incapáz de padecerla jamás.... Despues el duque me tendió cordialmente la mano, diciéndome: ¿Estais satisfecho? —¡Seremos eternamente amigos! le contesté yo, y debia hacerlo.... El duque se portó con la mayor nobleza.... hubiera podido no decir nada, ó contentarse con declarar que yo no padecia de pituita.... pero afirmar que nunca la padeceria.... fué un proceder muy delicado por parte suya.

—¡Eso es lo que se llama un valor bien empleado!... Pero ¿qué es lo que quereis?

—Mi querido *guarda-notas* (otra gracia del señor Robert) se trata de una cosa muy importante para mí.... Sabeis que segun nuestros pactos, cuando os adelanté trescientos cincuenta mil francos para acabar de pagar vuestra escribanía, estipulamos que avisándoos con tres meses de anticipacion,

podria retirar de vuestra casa.... esos fondos cuyo interés me pagais....

— ¿Y qué?

— Pues bien, prosiguió el señor Robert con embarazo; yo.... no.... pero.... es que....

— ¿Qué?

— Ya lo comprendeis, es un puro capricho.... la idea de convertirme en hacendado, querido cartulario.

— ¡Esplicaos, pues; ya me impacientais!

— En una palabra: se me propone una adquisicion territorial, y si no os fuese desagradable.... quisiera, es decir, desearia retirar mis fondos de vuestra casa.... y vengo á avisaros, segun lo tenemos convenido....

— ¡Ah, ah!...

— Esto no os agravia ¿no es verdad?

— ¿Por qué me ha de agraviar?

— Porque podriais creer....

— ¿Qué podria creer?

— Que doy crédito á los rumores....

— ¿Qué rumores?

— No, nada; tonterías....

— Pero hablad de una vez....

— No porque corran tantos disparates respecto á vos....

— ¿Qué disparates?

— No encierran en el fondo ni un asomo de verdad.... pero los malvados afirman que á pesar vuestro os habeis hallado envuelto en negocios perjudiciales.... puras habladurías, y nada mas.... Como cuando decian que jugábamos juntos en la bolsa.... tales rumores desaparecieron pronto.... porque quisiera que vos y yo nos volviésemos chivos, sí....

— ¿De manera, que no considerais seguro vuestro dinero en mi casa?

—Sí tal, sí tal.... pero preferiria tenerlo en mi poder....

—Águardad....

El señor Ferrand cerró el cajon de su escritorio, y se levantó.

—¿A dónde vais, mi querido guarda-notas?

—Á buscar con qué convenceros de la exactitud de los rumores que corren sobre el mal estado de mis negocios, dijo irónicamente el escribano.

Y abriendo la puerta de una escalerilla secreta que le permitia pasar al pabellon del fondo sin atravesar el despacho, desapareció.

Apenas habia salido, llamó el oficial mayor.

—Entrad, dijo Cárlos Robert.

—¿No está aqui el señor Ferrand?

—No, mi digno *chupa-tintas* (otro chiste del señor Robert).

—Es una dama cubierta con un velo que desea hablar al principal al instante, para un asunto muy urgente....

—Digno chupa-tintas, el señor Ferrand va á volver en seguida, y se lo diré. ¿Es linda esa dama?

—Seria preciso ser brujo para adivinarlo, pues el velo negro que lleva es tan espeso, que no se la vé el rostro....

—¡Bueno, bueno! voy á descubrírselo bonitamente al salir. Avisaré al escribano en cuanto entre.

El oficial mayor salió.

—¿A dónde diablos ha ido el cartulario? pensó Robert, ¿á buscarme el estado de su caja?... si esos rumores son absurdos, tanto mejor.... ¡Bah! bien mirado todo.... tal vez son algunas malas lenguas los que hacen correr esas suposiciones.... ¡Las personas integras como Ferrand, tienen tantos envidiosos!... Pero lo mismo dá, prefiero tener en mi poder los fondos.... compraré el castillo de que se

me ha hablado que tiene torrecillas góticas del tiempo de Luis XIV de la época del renacimiento.... cuanto hay de mas lindo.... Esto me dará un aire de señor feudal, que no habrá mas que pedir. No será como mi amor con la tontuela y recatada marquesita de Harville. Me ha hecho ir y venir.... ¡Dios mio!... ir y venir para darme calabazas, como dijo la estúpida portera de la calle del Temple, con su peluca de muchacho.... Esa broma me cuesta mas de mil escudos.... verdad es que me quedan los muebles.... y puedo comprometer á la marquesa.... Mas aqui llega el cartulario.

El señor Ferrand volvió con algunos papeles en la mano, que entregó á Cárlos Robert.

— Aqui teneis, le dijo á este último, trescientos cincuenta mil francos en billetes del tesoro.... Dentro de algunos dias arreglaremos la cuenta de los intereses.... Hacedme el recibo....

— ¡Cómo!... esclamó el señor Robert estupefacto. A lo menos no creais que....

— Yo no creo nada....

— Pero....

— ¡El recibo!...

— ¡Querido guarda-notas!...

— Escribid pues.... y decid á las personas que os hablen del mal estado de mis negocios como contesto á las sospechas.

— El hecho es que asi que se sepa esto, vuestro crédito va á ser aun mas sólido; pero de veras, volved á tomar ese dinero, porque actualmente no lo necesito; yo os decia dentro de tres meses.

— Señor Cárlos Robert, no se sospecha de mí dos veces.

— ¿Estais enojado?

— ¡El recibo!

—¡Hombre de hierro! dijo el señor Cárlos Robert. Despues añadió escribiendo el recibo: ¡Ah! hay una dama enteramente tapada que desea hablaros luego, luego, sobre un negocio muy urgente.... Me propongo divertirme en mirarla bien al pasar por delante de ella.... Aqui teneis vuestro recibo: ¿está en regla?

—Muy bien. Ahora idos por esa escalerilla.

—Pero ¿y la dama?

—Cabalmente es para que no la veais.

Y el escribano llamando á su oficial primero le dijo:

—Haced entrar á esa señora.... Adios, señor Robert.

—Vamos es preciso renunciar á verla.... No me guardeis rencor, cartulario.... Creed que....

—¡Bien, bien! adios....

Y el escribano cerró la puerta tras el señor Cárlos Robert.

Al cabo de algunos segundos el oficial mayor introdujo á la señora duquesa de Lucenay, muy sencillamente vestida, cubierta con un gran chal, y oculto el rostro por el espeso velo de encaje negro que rodeaba su sombrero del mismo color.

CAPÍTULO L.

LA SEÑORA DE LUCENAY.

La señora de Lucenay, bastante turbada, se aproximó lentamente al bufete del escribano, que se adelantó á recibirla.

—¿Quién sois, señora.... y qué me quereis? dijo bruscamente Santiago Ferrand, cuyo humor, ya muy sombrío por las amenazas de Sarah, se habia exasperado por las desagradables sospechas de Cárlos Robert. Por otra parte la duquesa iba vestida tan modestamente, que el escribano no veia razon alguna para deberse mostrar afable. Como vacilase en hablar, añadió duramente:

—¿Os esplicareis de una vez, señora?

—Caballero.... dijo con voz conmovida, procurando ocultar su rostro entre los pliegues de su velo, caballero.... ¿se os puede confiar un secreto de la mayor importancia?

—Todo se me puede confiar, señora; mas es preciso que sepa y vea á quién hablo.

—Caballero.... esto, tal vez no es necesario.... Sé que sois la lealtad, el honor personificados....

—Al hecho, señora.... al hecho.... me aguarda un sugeto, y deseo saber quién sois.

—¿Qué os importa mi nombre?.... un amigo mio.... un pariente.... acaba de salir de aqui....

—¿Su nombre?

—Florestan de Saint-Remy.

—¡Ah! esclamó el escribano, y echó sobre la duquesa una mirada atenta é inquisitorial; luego replicó: y bien, señora, ¿qué quereis?

—El señor de Saint-Remy.... me lo ha dicho todo.... caballero....

—¿Qué os ha dicho, señora?

—¡Todo!...

—Y ¿qué quereis decir con eso?

—¡Dios mio! caballero.... bien lo sabeis vos.

—Yo sé muchas cosas del señor de Saint-Remy.

—¡Pero es una cosa terrible!

—Sé muchas cosas terribles del señor vizconde.

—¡Ah! ya me lo habia dicho él. No teneis compasion....

—Para los petardistas y falsarios como él, no, no la tengo. ¡Si ese Saint-Remy es pariente vuestro, en vez de venir á abogar por él, debierais avergonzaros! Si acaso venis á llorar para enternecerme, es inútil, sin contar que haceis un papel muy bajo para una muger honrada.... si lo sois.

La brutal insolencia exasperó el orgullo y la sangre patricia de la duquesa, que echando atrás su velo, y con altanera actitud, imperiosa mirada, y firme voz, dijo:

—Yo soy la señora duquesa de Lucenay.... señor escribano....

Aquella muger tomó entonces un aire tan noble y su aspecto se hizo tan imponente, que el escribano, dominado y fascinado retrocedió sobrecogido, se quitó maquinalmente el gorro de seda negro que cubria su cráneo, y saludó profundamente.

Nada habia en efecto mas gracioso y mas severo á la vez, que la fisonomía y el aspecto de la señora de Lucenay, aunque entonces tenia ya treinta años muy cumplidos, un rostro pálido y un poco ajado; pero tambien poseia unos grandes ojos negros, brillantes y atrevidos, hermosos cabellos del mismo color, la nariz fina y arqueada, los labios rojos y desdeñosos, la tez lozana, los dientes deslumbrantes, el talle esbelto y delgado, flexible y lleno de nobleza, y un andar de diosa sobre las nubes, como dice el inmortal Saint-Simon. Con la cabeza empolvada y el trage del siglo XVIII, la señora de Lucenay hubiera representado en la parte física y moral una de aquellas libertinas (1) duquesas de la regencia, que hacian uso á la vez de tanta audacia, atolondramiento y seductora bondad en sus numerosos amores, y que confesaban de vez en cuando sus errores con tanta franqueza y sencilléz, que los mas rigoristas decian: «Sin duda es muy ligera y muy culpable, pero es tan encantadora y quiere á sus amantes con tanto afecto, pasion y fidelidad.... mientras les quiere.... que no se puede odiarla. ¡Y luego, no daña mas que á sí misma y hace á tantos felices!» Sin los polvos y el tontillo, tal era tambien la señora de Lucenay, cuando no la perseguian sombrías preocupaciones. Habia entrado en casa del escribano cual tímida aldeana, y mostróse de repente gran señora, alti-

(1) *Libertinage* significaba entonces independencia de carácter y desprecio háeia el *qué dirán*.

va é irritada. Nunca en su vida habia encontrado Santiago Ferrand una muger de una hermosura tan insolente y de un porte á la vez tan noble y tan atrevido. El rostro un poco ajado de la duquesa, sus hermosos ojos circuidos de una imperceptible aureola azul, y las rosadas ventanas de su nariz estraordinariamente dilatadas, anunciaban una de esas naturalezas ardientes que los hombres poco platónicos adoran con tanta embriaguéz como delirio.

Aunque viejo, feo, innoble y sórdido, era Santiago Ferrand tan capáz como otro cualquiera, de apreciar el género de belleza de la señora de Lucenay. Su odio y su rabia contra Saint-Remy se aumentaban con la admiracion brutal que le inspiraba su bella y orgullosa querida, y roido por toda clase de furores contenidos, consideraba interiormente que aquel caballero falsario, á quien casi habia forzado á arrodillarse á sus pies amenazándole con el tribunal, inspiraba un amor estraordinario á la gran señora, cuando se atrevia á dar un paso que podia perderla. A estos pensamientos el escribano sintió renacer su audacia paralizada por un momento, y el odio, la envidia, y una especie de resentimiento feróz y ardiente, hicieron aparecer en su mirada, sobre su frente y sus megillas los fuegos de las pasiones mas vergonzosas y viles. Viendo á la señora de Lucenay á punto de entablar una conversacion tan delicada, esperaba verla valerse de rodeos y frases disimuladas. Pero ¡cuál fué su admiracion! Hablóle con tanta seguridad y altanería como si se tratase de la cosa mas sencilla del mundo, y como si ante un hombre de su especie no debiese hacer uso de la reserva y miramientos que hubiera guardado sin duda alguna con sus iguales. En efecto, la insolente grosería del escribano, hiriéndola en lo mas vivo, habia precisado

á la señora de Lucenay á salir del papel humilde y suplicante que habia tomado al principio con grande trabajo, y recobrando su carácter, creyó no competir á su alto rango el descender á la menor reticencia ante el escribano. Muger de talento, caritativa, generosa, llena de bondad, de afecto, y con un corazon grande, á pesar de sus faltas, pero hija de una madre, que por su grande inmoralidad habia llegado á envilecer hasta el noble y sagrado infortunio de la emigracion, la señora de Lucenay, en su natural desprecio hácia ciertas razas, hubiera dicho lo que aquella emperatriz romana que se metia en el baño delante de un esclavo: «Ese no es hombre.»

—Señor escribano, dijo resueltamente la duquesa á Santiago Ferrand, el señor de Saint-Remy es un amigo mio, me ha confiado el apuro en que se halla, de resultas de una doble infamia de que es víctima.... Con el dinero todo se compone: ¿cuánto se necesita para terminar esos miserables embrollos?

Santiago Ferrand quedó asombrado de aquel modo despejado y resuelto de entrar en materia.

—Piden cien mil francos.... repuso el escribano, despues de haber dominado su admiracion.

—Tendreis vuestros cien mil francos.... Enviareis en seguida esos infames papeles al señor de Saint-Remy.

—¿En dónde están los cien mil francos, señora duquesa?

—¿No os he dicho que los tendreis?...

—Deben ser entregados mañana antes del medio dia, de lo contrario, se presentará al tribunal la demanda de falsificacion.

—Pues bien; dad esa suma y se os reembolsará, y yo os pagaré bien los intereses....

—Pero, señora, eso es imposible....

—No creo me digais que un escribano como vos no halla cien mil francos de la noche á la mañana.

—¿Y bajo qué garantías, señora?

—¿Qué quereis decir con eso? esplicaos....

—¿Quién me responderá de esa suma?

—Yo....

—Pero.... señora....

—¿Será necesario deciros que poseo una propiedad de ochenta mil libras de renta, á cuatro leguas de París?.. Esto puede bastar, á lo que creo, para lo que llamais garantías....

—Sí señora, mediante inscripcion hipotecaria.

—¿Qué significa esa otra palabra? Alguna formalidad sin duda.... Haced, señor escribano, haced lo que sea necesario.

—Semejante acto no puede hacerse en menos de quince dias, y es necesario el consentimiento de vuestro esposo, señora.

—Pero si esa posesion me pertenece á mí, á mí sola; dijo con impaciencia la duquesa.

—No importa, señora; estais bajo el poder de un marido, y las escrituras hipotecarias son muy largas y muy minuciosas.

—Pero, os repito que no me hareis creer que sea tan difícil encontrar cien mil francos en dos horas.

—Entonces, señora, dirigios á vuestro escribano ó á vuestros administradores.... En cuanto á mí, no me es posible....

—Tengo mis razones para llevar esto en secreto, dijo la duquesa con altivéz. Ya que conoceis á la canalla que persigue al señor de Saint-Remy, sabed que por esto me dirijo á vos....

—Me honra infinito vuestra confianza, señora; mas no puedo acceder á lo que me pedís.

—¿No teneis esa suma?

— Tengo una cantidad mucho mayor en billetes de banco ú oro contante.... aqui, en mi caja.

— ¡Oh, cuántas palabras!... ¿es mi firma lo que quereis? os la doy, y concluyamos....

— Suponiendo, señora, que seais la duquesa de Lucenay....

— Venid dentro de una hora á mi casa, y alli firmaré lo que sea necesario.

— ¿El señor duque firmará tambien?

— No os comprendo.... caballero.

— Vuestra firma sola no es de ningun valor para mí, señora....

Gozábase Santiago Ferrand con cruel delicia en la dolorosa impaciencia de la duquesa, que bajo esa apariencia de sangre fria y de desdén ocultaba penosas angustias.

Habia concluido por de pronto todos sus recursos. El dia antes su diamantista le habia adelantado una suma considerable por sus pedrerías, algunas de las cuales habian sido confiadas á Morel el lapidario, y esta suma habia servido para pagar las letras de cambio de Saint-Remy, y desarmar otros acreedores. El señor Dubreuil, arrendatario de Arnouville, tenia adelantado mas de un año de arriendo, y por otra parte faltaba el tiempo: desgraciadamente todavía para la señora de Lucenay, dos de sus amigos, á quienes hubiera podido recurrir en caso estremo, se hallaban entonces ausentes de París.... A sus ojos el vizconde era inocente de la falsificacion, y habia creido, como él la habia dicho, que era víctima de dos bribones; pero su posicion no por eso era menos terrible. ¡El acusado y llevado á una cárcel!... Si huia quedaba tambien su nombre deshonrado por una sospecha semejante. A estos terribles pensamientos estremeciase de terror la señora de Lucenay.... amaba

ciegamente á aquel hombre miserable á la vez y dotado de tan poderosas seducciones; su pasion por él era una de esas pasiones desordenadas que las mugeres de su carácter y de su organizacion sienten comunmente cuando ha pasado la primera flor de su juventud y tocan á la maduréz de la edad.

Santiago Ferrand espiaba cuidadosamente los menores movimientos de la fisonomía de la señora de Lucenay, que le parecia cada vez mas hermosa y atractiva.... Su admiracion rencorosa y comprimida, se hacia cada vez mas ardiente, y esperimentaba un acre placer en atormentar con sus negativas á aquella muger, que no podia sentir por él mas que desprecio. Esta no podia acomodarse á la idea de decir al escribano una palabra que pudiese tener visos de súplica; sin embargo, reconociendo la inutilidad de las otras tentativas, habia resuelto dirigirse á él, único hombre que podia salvar á Saint-Remy. Asi, pues, procuró vencerse y continuó:

— Puesto que poseeis la suma que os pido, y que ademas mi garantía es suficiente, ¿por qué os negais?

— Porque los hombres tienen sus caprichos como las mugeres, señora.

— Pero veamos, ¿qué capricho es ese, que os hace obrar en contra de vuestros intereses? pues os digo que pongais vos mismo las condiciones.... sean cuales fueren las acepto.

— ¿Aceptariais todas las condiciones? dijo el escribano con una espresion singular.

— ¡Todas!... ¡dos, tres, cuatro mil francos mas, si quereis! porque, os lo aseguro, añadió francamente con un tono casi afectuoso, sois mi único recurso.... Me seria imposible encontrar en otra parte lo que os pido para mañana.... y es preciso.... comprendeis.... absolutamente preciso.... Asi, os

lo repito, sea cual fuere la condicion que impongais á este servicio, la acepto, nada me costará.... nada....

Volvíase mas pesada y dificultosa la respiracion del escribano, latian las arterias de sus sienes, poníase encarnada su frente; felizmente los vidrios de sus anteojos ocultaban la llama impura de sus pupilas, una nube ardiente se estendió sobre su pensamiento comunmente frio y sereno, y abandonóle la razon. Su innoble ceguedad, le hizo interpretar las últimas palabras de la duquesa de un modo vil, indigno: entrevió vagamente, al través de su inteligencia ofuscada, una muger atrevida como las mugeres de la antigua córte de Francia, una muger estraviada por el temor de la deshonra de aquel á quien amaba, y capáz quizás de los mayores sacrificios para salvarle. Este pensamiento era aun mas estúpido que infame; pero, ya lo hemos dicho, algunas veces Santiago Ferrand se volvia tigre ó lobo, y entonces la fiera se sobreponia al hombre.

Levantóse bruscamente y se acercó á la duquesa de Lucenay. Esta, cortada, se levantó tambien, y le miró muy maravillada.

— ¡Nada os costará! esclamó él con voz trémula y acercándose mas á la duquesa. Pues bien; os prestaré esa suma, con una condicion, una sola condicion.... y yo os juro que....

El escribano no pudo terminar su declaracion...

Por una de esas caprichosas contradicciones de la naturaleza humana, á la vista de las facciones asquerosamente inflamadas de Ferrand, y con los pensamientos estraños y grotescos que escitaron sus pretensiones amorosas en la señora de Lucenay, que las adivinó, la duquesa, á pesar de sus inquietudes y de sus angustias, soltó una carcajada tan

franca, tan loca, tan estrepitosa, que el escribano retrocedió estupefacto. Despues, sin darle tiempo para pronunciar una sola palabra, la duquesa se abandonó á su creciente jovialidad, echóse el velo, y entre dos carcajadas, dijo al escribano, descon-certado por el odio, la rabia y el furor:

—En verdad, prefiero pedir este favor al señor de Lucenay....

Luego salió sin dejar de reir, de tal modo, que despues de cerrada la puerta de su gabinete, el es-cribano la oia aun.

Ferrand no recobró la razon, sino para maldecir su imprudencia; pero á poco se reanimó pensando que la duquesa no podia contar esta aventura, sin comprometerse gravemente.

Sin embargo, aquel dia era fatal para él. Estaba sumido en los mas negros pensamientos, cuando la puerta secreta de su gabinete se abrió, y entró la señora Serafina muy conmovida.

—¡Ah, Ferrand! esclamó juntando las manos; ¡cuánta razon teniais en decir que algun dia nos perderia el haberla dejado con vida!

—¿A quién?

—A aquella maldita niña.

—¿Cómo?

—Una muger tuerta que yo no conocia, y á quien Tournemine entregó la niña para desembarazarnos de ella para siempre, hace catorce años, cuando se la hizo pasar por muerta.... ¡Ay, Dios mio, quién lo hubiera creido!...

—Esplícate.... esplícate....

—Esa muger acaba de venir.... Estaba ahí bajo ahora mismo, y me ha dicho que sabia que era yo quien la habia enviado la chiquilla.

—¡Maldicion! ¿quién ha podido decírselo?.. Tour-nemine está en presidio.

— Lo he negado todo, tratando á la tuerta de embustera. ¡Pero ya, ya! se empeña en que ha hallado otra vez á la niña, que es ya una jóven, que sabe dónde está, y que puede descubrirlo y denunciarlo todo cuando quiera....

— ¡Se ha desencadenado hoy contra mí todo el infierno! esclamó el escribano en un acceso de rabia que le hizo volver horriblemente feo.

— ¡Dios mio! ¿qué podriamos decir á esta muger? ¿qué podríamos prometerla para que calle?

— ¿Tiene trazas de ser persona acomodada?

— Como la trataba de pordiosera.... ha hecho sonar su cesto.... dentro del cual habia dinero....

— ¿Y sabe dónde está actualmente la jóven?

— Asi lo afirma....

— ¡Y es la hija de la condesa Sarah Mac-Gregor! añadió el escribano confuso. ¡Y ahora mismo me habia venido á hacer lucrosas ofertas para que dijese que su hija no habia muerto!... ¡Y esa hija vive.... y podria devolvérsela!... ¡Sí; mas esa falsa fé de difuntos! ¡Si se hace una informacion.... estoy perdido! Ese crímen puede conducir al descubrimiento de los demas....

Despues de un momento de silencio, dijo á la señora Serafina:

— ¿Esa tuerta sabe dónde está la jóven?

— Sí.

— ¿Y ella debe volver?

— Mañana.

— Escribe á Polidori que venga esta noche á verme, á las nueve.

— ¿Que quereis deshaceros de la jóven y de la vieja?... Ferrand, eso es mucho para hacerlo de una vez.

— Te digo que escribas á Polidori, que venga á verme á las nueve.....

Al anochecer de aquel dia, Rodolfo dijo á Murph, que no habia podido introducirse en casa del escribano:

— Disponed que el señor de Graün espida un estraordinario al instante, porque es preciso que Cecilia esté en París dentro de seis dias.

— ¿Todavía andamos á vueltas con ese diablo infernal? ¿Qué beneficio reportaremos de traer aquí á la execrable esposa del pobre David, tan hermosa como infame?

— ¿Qué beneficio, sir Walter Murph? Dentro de un mes se lo preguntareis al escribano Santiago Ferrand.

Fin del tomo segundo.

MUSEO NACIONAL DE CERAMICA Y DE LAS ARTES SUNTUARIAS
GONZALEZ MARTI
BIBLIOTECA
VALENCIA

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

PAGINAS.

Capítulo I. *Idilio*. 5
Cap. II. *Inquietudes*. 11
Cap. III. *La emboscada*. 19
Cap. IV. *El presbiterio*. 36
Cap. V. *El encuentro*. 49
Cap. VI. *La velada*. 56
Cap. VII. *La hospitalidad*. 63
Cap. VIII. *Una granja modelo*. 75
Cap. IX. *La noche*. 87
Cap. X. *El sueño*. 102
Cap. XI. *La carta*. 113
Cap. XII. *Reconocimiento*. 117
Cap. XIII. *La lechera*. 127

Cap. XIV. *Consuelos*. 143
Cap. XV. *Reflexion*. 147
Cap. XVI. *El camino hondo*. 151
Cap. XVII. *Clementina d'Harville*. . . . 158
Cap. XVIII. *Las confianzas*. 168
Cap. XIX. *La caridad*. 202
Cap. XX. *Miseria*. 218
Cap. XXI. *La deuda*. 231
Cap. XXII. *Detencion de Morel por deudas*. 246
Cap. XXIII. *Luisa*. 254
Cap. XXIV. *Rigolette*. 269
Cap. XXV. *Vecino y vecina*. 289
Cap. XXVI. *El presupuesto de Rigolette*. 300
Cap. XXVII. *El Temple*. 318
Cap. XXVIII. *Descubrimiento*. 331
Cap. XXIX. *Aparicion*. 338
Cap. XXX. *El arresto*. 345
Cap. XXXI. *Confesion*. 357
Cap. XXXII. *El crimen*. 373
Cap. XXXIII. *La conferencia*. 384
Cap. XXXIV. *La locura*. 395
Cap. XXXV. *Santiago Ferrand*. 408
Cap. XXXVI. *La escribania*. 418
Cap. XXXVII. *El vizconde de Saint-Remy*. 427
Cap. XXXVIII. *El testamento*. 443
Cap. XXXIX. *La condesa Mac-Gregor*. 449
Cap. L. *Cárlos Robert*. 460
Cap. LI. *La duquesa de Lucenay*. . . . 467

LOS

MISTERIOS

DE PARIS

9

135

B-2-24